
WES MARKIN
Edición española
EL RESURGIMIENTO DE LOS RAY
UNA NOVELA DEL INSPECTOR JEFE MICHAEL YORKE

El Resurgimiento de los Ray

Las Investigaciones del Inspector Jefe Yorke

Libro 4

Wes Markin

Para Janet y Peter

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos o lugares, es puramente coincidencial

Derechos de autor © 2025 Wes Markin

Primera publicación 2025

ISBN :

Editado por: Candida Bradford

Publicado por: WFM Publishing Ltd

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro debe ser reproducida de ninguna manera sin el permiso expreso del autor

Índice

Acerca del Autor
Otras Obras de Wes Markin
1918
2015
1918
2015
1918
2015

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Epílogo

Agradecimientos
Postfacio

Acerca del Autor

Wes Markin es el autor superventas de "Whitby's Forgotten Victims" (Las Víctimas Olvidadas de Whitby), protagonizada por el implacable DCI Frank Black y su ingenioso compañero, el DI Gerry Carver. También es autor de los thrillers del DCI Michael Yorke ambientados en Salisbury, y los thrillers de Jake Pettman ambientados en Nueva Inglaterra. Wes vive en North Yorkshire con su esposa, sus dos hijos y su travieso cockapoo, Rosie, cerca de las escenas del crimen de las Víctimas Olvidadas de Whitby.

Puedes encontrar más información en:
www.wesmarkinauthor.com
Facebook.com/wesmarkinauthor

Otras Obras de Wes Markin

Las Víctimas Olvidadas de Whitby

Huesos Olvidados

Vidas Olvidadas

Almas Olvidadas

Tumbas Olvidadas

Sombras Olvidadas

Profundidades Olvidadas

Asesinatos de Yorkshire

Los Asesinatos del Viaducto

Los Asesinatos del Lago Solitario

Los Asesinatos de la Cueva Llorosa

Los Asesinatos del Cementerio

Los Asesinatos de Invierno

Los Asesinatos de la Roca Negra

Las Investigaciones del Inspector Jefe Yorke

Una Última Oración

La Serpiente Arrepentida

El Silencio de Severance

El Resurgimiento de los Ray

Danza con la Parca

Navidad con el Conduit

Más Vale el Diablo

El Diario Secreto de Lacey Ray

Thrillers de Jake Pettman

El Pozo Asesino

Fuego en los Huesos

Cataratas Azules

El Núcleo Podrido

Entre la Espada y la Pared

1918

LOS CERDOS estaban tranquilos esta noche.

Inusualmente tranquilos.

El cuervo que volaba en círculos lo agradecía. No porque esta granja fuera su destino. Los cerdos no le interesaban. En cambio, esta clase de depredador se dirigía a un corral vecino donde podría alimentarse de los ojos y las lenguas de corderos recién nacidos. Sin embargo, unos cerdos silenciosos significaban corderos dormidos y tranquilos, y el cuervo disfrutaba de esta ventaja.

Abajo, en la granja de cerdos, otra clase de depredador agradecía el silencio.

Esta especie venía en manada. Seis en total. Cada uno de ellos impulsado por el mismo motivo para matar. No por alimento, como el ave de arriba, sino por venganza.

Era pasada la medianoche y la manada serpenteaba entre los corrales de cerdos hacia la parte trasera de la casa de la granja.

Los cerdos permanecían inmóviles.

Estos animales habían sido la parte más crítica del plan. El ruido que estas bestias hacían, especialmente cuando se les molestaba de esta manera, podría despertar a los muertos y casi con toda seguridad haría salir al granjero loco. Se rumoreaba que poseía un rifle Enfield Pattern 1913. Aunque probablemente podrían haberle abatido con sus pistolas Webley, recuerdos de la Marina Real, no querían arriesgar ninguna vida.

Así que, a pesar de la gran pérdida de los hombres, que resultaba tortuosa y les atormentaba constantemente incitándoles a una respuesta precipitada, habían sido pacientes. Durante varias reuniones clandestinas, habían formulado un plan. Los cerdos habían sido drogados por un hombre que llevaba trabajando en la granja estos últimos meses. No había hecho falta un dineral para convencerle. El hombre había presenciado "actos depravados", se refería a su empleador como un "individuo vil", y consideraba que era su "solemne deber como hombre temeroso de Dios" ayudar en la conspiración contra él.

Un soldado señaló por encima de sus cabezas al cuervo. Volaba en círculos dibujando venas oscuras sobre la luna llena.

—Significa mala suerte —susurró el soldado.

—Cuando vienen de dos en dos o de tres en tres, quizás. Solo hay uno —siseó otro.

—Aun así, creo que la suerte del maldito granjero acaba de agotarse.

La manada de soldados agraviados vino con sus uniformes. Estaban orgullosos de sus logros. Habían luchado por el Rey y la Patria. *Ganado* por el Rey y la Patria.

Lo mínimo que podían esperar era un regreso con la bienvenida merecida. Una llena de felicidad y amor.

A los brazos de sus familias. Excepto que...

Había un problema. El granjero de cerdos se había llevado a sus hijos.

2015

PAUL VIO QUE su móvil no tenía cobertura y se estremeció.

Pero, en serio, ¿qué esperaba? Estar en medio de la nada siempre había sido muy efectivo para cortar el contacto con el mundo exterior.

Reconociendo sus actos imprudentes, echó una mirada hacia el vehículo de su madre; conducido ilegalmente hasta aquí porque solo tenía dieciséis años y carecía de carné. Lo había aparcado junto a varios árboles retorcidos.

Una rama se curvaba desde el árbol más grande como un dedo que le hacía señas. Le costó apartar la mirada. Era una rama significativa de un árbol significativo. Empapada de historia.

Por eso había venido. Por la historia. *Su* historia.

Volvió la mirada hacia el patio de la granja. Era una noche fría, pero no húmeda, y el cielo estaba despejado. Un gran pájaro negro se alzaba y descendía sobre él, trazando líneas de tinta negra contra la luna llena.

Mientras cuestionaba la sensatez de este viaje impulsivo, comenzó su recorrido por la finca de ochenta y ocho acres. La hierba le llegaba hasta las rodillas y la maleza lo arañaba, pero a pesar de la explosión de vida que la naturaleza aportaba, el lugar en sí parecía muerto desde hacía tiempo.

Las vallas que antes albergaban a los cerdos yacían rotas y destrozadas. Los graneros parecían decrépitos y la casa de labranza

a la que se acercaba tenía aspecto esquelético. Partes del tejado se habían desprendido, y la hiedra había desgarrado los muros.

Quizás eso era todo lo que necesitaba saber. Que el lugar había caído. Que todo había terminado. Que los Ray ya no existían.

Entonces, ¿por qué seguía avanzando? ¿Por qué no había regresado al coche?

Porque el hecho de que los Ray ya no existieran no era estrictamente cierto.

Él era un Ray.

No su madre. No. Ella había tenido mucha desgracia en su vida, pero eso no formaba parte de ella; solo se había casado con el linaje enfermo y adoptado el apellido. Así que él era potencialmente el último de los Ray, dependiendo de si su tía, Lacey Ray, seguía viva. *Y*, pensó, *probablemente sería mejor que no lo estuviera*.

Al acercarse a la casa, comenzó a sudar a pesar del frío. El peso en su mano izquierda se estaba convirtiendo en una verdadera carga.

Se detuvo a unos metros de la casa, cerró los ojos y se imaginó a aquella joven enfermera, rota y ensangrentada en el camino, acribillada a perdigones. Se giró y miró hacia el viejo granero a su izquierda. El asesino de la enfermera, Thomas Ray, había aparecido muerto y mutilado allí años después.

No le sorprendía en absoluto que este lugar hubiera sido una espina en el costado del ayuntamiento durante tanto tiempo. Este lugar nunca sería comprado. Aunque estos sean tiempos menos religiosos y supersticiosos, después de lo que ocurrió aquí, ¿podría alguien realmente negar la existencia del mal?

Respiró hondo y miró hacia el pájaro negro que sobrevolaba el lugar.

Ahora el último de los Ray había regresado. De vuelta a *este* agujero infernal empapado de sangre.

Marchó por el sendero arrastrando el bidón de plástico lleno de combustible.

1918

EL GRUPO DE soldados agraviados lo había encontrado más fácil de lo esperado.

A pesar de las atroces acciones del monstruo contra sus propios hijos, estos eran hombres unidos por la moralidad. Habían luchado contra los alemanes en nombre de la decencia y la justicia durante muchos años arduos y no estaban dispuestos a sacrificar su rectitud ahora, sin importar cuán corrosivo fuera su deseo de venganza. Así que habían perdonado a los niños. Andrew Ray, de siete años, había opuesto resistencia y había pateado ferozmente a uno de ellos en las espinillas, pero no había sido difícil someterlo a él y a su hermana menor, Dorothy.

Los niños habían sido encerrados bajo las escaleras y se habían librado del destino que enfrentaba su padre. Él no viviría para sentir el dolor de perder a su propia sangre. El mismo dolor que atormentaba cada segundo de las ahora insomnes vidas de los soldados.

No. Que los soldados agraviados mataran a niños no serviría de nada, excepto para destruir la poca alma que les quedaba. No era una opción.

El destino de la madre, Gladys, aún estaba por decidirse. Su implicación en este asunto seguía sin estar clara. «Seguramente, debía saberlo», había sido una frase común en sus reuniones clandestinas. «Pero la sospecha no es evidencia», Douglas, el más sabio de los soldados, había afirmado a menudo.

Gladys vería cómo la justicia llegaba a su marido. Luego, ella también sería juzgada.

William, el mayor de los soldados y el líder natural entre ellos, agarró al granjero mientras dormía y lo arrastró escaleras abajo.

Al final de las escaleras, lanzó al granjero a través de la puerta principal abierta. Este se estrelló contra su mecedora tallada a mano en el porche. Hecha de madera pesada, la silla no se movió; en cambio, el pequeño granjero rebotó en ella y cayó al suelo boca abajo, con un crujido.

William se acercó y puso su mano sobre uno de los husillos en forma de flecha en el respaldo de la silla. La meció, esperando a que el granjero se girara boca arriba. —Eres hábil con tus manos, ¿verdad?

El granjero se estremeció y un extraño ruido salió de él. *¿Estaba sollozando?*

—¿Es aquí donde te sentabas mientras planeabas destruir todas nuestras vidas? —le escupió William.

Se estaba haciendo más evidente que el granjero no estaba sollozando.

Nada de eso.

Estaba riéndose para sí mismo.

De la puerta emergió Gav, el más grande y fuerte de los soldados. Había envuelto a Gladys en su enorme cuerpo y su mano estaba sujetando la boca de ella. Su camisón blanco ondeaba a su alrededor mientras luchaba entre sus garras. También intentaba golpear con los talones sus espinillas, pero Gav no permitía suficiente distancia entre ellos para que pudiera generar fuerza.

El granjero continuaba temblando de risa. Era un sonido hueco. Uno muy diferente a cualquier cosa que todos hubieran escuchado antes.

William sintió una oleada de sangre y se acercó al granjero caído. Mantuvo una de sus botas de munición encima de la cabeza del bastardo. Cerró los ojos e imaginó clavando la placa de hierro del talón y la suela de cuero tachonada en su cráneo. Se imaginó haciéndolo una y otra vez. Triturando, si fuera necesario.

Borrándolo de la faz de la tierra.

—Debías saber que este día llegaría, Reginald —dijo William.

Reginald Ray se giró lentamente sobre su espalda. La luna estaba llena y lo suficientemente brillante como para ofrecerles, por primera vez esta noche, una clara visión de su rostro. O lo que quedaba de él. Estaba cubierto de manchas escamosas. La mayoría estaban secas, pero algunas estaban abiertas y supuraban.

—¿Qué te ocurre? —dijo William y retrocedió con la mano en la boca.

—¡La peste! —gritó David, el más joven de ellos, llevándose también la mano a la boca.

Gav siseó al oído de Gladys. —Dinos ahora. ¿Qué le *pasa*?

Descubrió su boca para que pudiera responder. —¡Nada, cerdo asqueroso!

—¿Nada? ¡Mira su cara! ¡Se está desmoronando!

—Siempre ha sido así. *Reginald siempre ha sido así*. No es contagioso. Solo tiene brotes a veces.

¿No es contagioso?

—¿Estás segura? —dijo David.

Ella escupió sus palabras. *—Siempre ha sido así*.

Los soldados bajaron las manos y se miraron entre sí, compartiendo su alivio de que esto no fuera contagioso. Ahora sabían por qué este hombre había sido prácticamente un recluso en Little Horton. Una afección cutánea como esta ciertamente lo habría llevado a evitar el ojo público.

—Lo que sea que penséis que ha hecho, no lo ha hecho. Somos buena gente. Él no tiene nada que ver con vuestros hijos desaparecidos. Lo juro por las vidas de los nuestros —dijo Gladys.

Pero Reginald seguía riendo.

William lo miró, haciendo una mueca ante la visión de las llagas del viejo granjero abriéndose y cerrándose con cada grotesca carcajada, y dijo: —¿Él no parece estar de acuerdo?

Gladys negó con la cabeza. —No lo sé. ¿Quizás la caída lo aturdió? Reginald... ¿por qué te estás riendo?

Reginald continuó. Balanceaba su cabeza cubierta de llagas de un lado a otro.

—Reginald, por favor, ya basta... —la voz de Gladys comenzaba a quebrarse bajo el peso de sus lágrimas.

—Ya he tenido suficiente —dijo David, dando un paso adelante y golpeando con su bota el costado de Reginald.

Reginald se encogió en posición fetal, pero no detuvo su risa.

—Vamos a terminar con esto —dijo David—. Sabemos que lo hizo.

Reginald retrajo sus labios y expuso sus encías doloridas e infectadas. No tenía dientes. Las palabras que entonces murmuró fueron ahogadas y quedas, pero comprensibles. —Es cierto. Yo sé dónde están vuestros hijos.

Aparte del que sujetaba firmemente a Gladys, los soldados se acercaron más.

—¿Dónde están? —dijo William.

Las palabras que salieron de su rostro en descomposición fueron peores que cualquier bala de un alemán.

Gladys se lamentó, mientras la mayoría de los soldados volvían a cubrirse la boca con las manos, esta vez por asco, más que por miedo.

—Repite eso y te mataré ahora mismo —dijo William.

En ese momento, el cuervo regresó, ahíto de lenguas de cordero. Voló bajo y atrapó las palabras.

—Nos los comimos.

2015

LA PUERTA TRASERA colgaba de sus goznes, así que Paul Ray entró por allí.

La cocina estaba a oscuras, y utilizó la linterna de su móvil para mirar alrededor.

Era como una gran cocina victoriana; en una excursión del colegio le habían llevado a una muy parecida, en una mansión propiedad del Patrimonio Nacional. Había una estufa de hierro fundido; junto a ella, cacerolas de cobre colgaban de la pared. A medida que avanzaba hacia el interior de la cocina, el caos aumentaba. Algunos de los armarios más modernos se caían a pedazos, y los cajones yacían destrozados en el suelo.

A pesar de estar abandonado el lugar, flotaba un aroma a carne sorprendentemente fresco. Esta peculiaridad obligó a Paul a considerar las atrocidades que debieron ocurrir en esta cocina hace un siglo.

De niño, había sido aterrador escuchar la historia de boca de otro chico. La había introducido con una pregunta que solo tenía un objetivo: acosarle. —¿Sabes lo que hizo tu tatarabuelo?

Sus padres, y los padres de otros, a menudo descartaban esta historia como folclore de Wiltshire. Las mentes de sus hijos eran vulnerables, después de todo, y necesitaban protección. Cuando Paul *finalmente* descubrió que era cierto y que existían registros de este suceso, se había pasado toda la noche en vela, garabateando otras

palabras que el acosador había usado aquella primera vez. Una y otra vez.

Comía niños... comía niños... comía niños...

El acoso había empeorado antes de mejorar. Paul se había ganado el apodo de *Hanzel* debido a las referencias al canibalismo en ese cuento clásico. Le habían llenado la mochila de comida para perros y los niños se habían reído de él por traer un "bebé picado" al colegio. Los niños podían ser crueles. Estos lo habían sido durante mucho tiempo.

Por supuesto, todo había terminado cuando tenía doce años y casi muere. Había sido secuestrado, y su padre asesinado. Después de regresar al colegio, los acosadores le habían rodeado y Paul dio una paliza de muerte a dos de ellos.

Ese había sido el final del asunto.

Paul a menudo recordaba este momento de triunfo con una sonrisa en la cara. Pero no esta vez. No mientras estaba en una granja transmitida de asesino a asesino, respirando olores rancios y arrastrando litros de gasolina con él.

En la puerta de la cocina, Paul dejó el bidón de plástico con combustible durante un momento para recuperar el aliento y limpiarse el sudor de la frente con su camiseta. Era una noche fría, pero cargar con ese peso por todo el patio de la granja había pasado factura.

Solo ahora se dio cuenta de que estaba temblando y su estómago se revolvía. Estaba aterrorizado, pero ¿quién no lo estaría?

Necesitaba terminar esto rápidamente.

Dejó el bidón de gasolina en la puerta de la cocina y se adentró en el pasillo. Lo más importante ahora era comprobar que no hubiera nadie allí. Lo último que quería era quemar el lugar con algún okupa durmiendo en el piso de arriba.

La comprobación no llevó mucho tiempo. La casa era más pequeña de lo que parecía desde fuera. También tuvo cuidado de gritar advertencias antes de entrar en cualquier habitación para evitar ser emboscado por alguien.

La primera parte de su advertencia era muy sincera. —Voy a quemar esta casa.

La segunda parte, menos. —No voy a entrar a comprobar y estoy a punto de encender una cerilla.

Cuando nadie apareció, entró. Paul podía ser un Ray, pero no era como ninguno de los otros Ray. Para ellos la vida podría haber sido barata. Para él no lo era, ni lo sería nunca.

Aquí es donde el legado de los Ray realmente terminaba.

Aquí. Esta noche.

Después, cambiaría su apellido. Tenía dieciséis años ahora. La ley le concedería esa clemencia.

Sabía exactamente dónde quería iniciar el fuego. Regresó al salón. Aquí un perro salchicha disecado pasaba el tiempo sobre una alfombra blanca.

Desenroscó el bidón y vació gasolina por todo el perro salchicha. Contuvo la respiración y retrocedió rápidamente mientras vertía; sabía que de lo contrario los vapores le atacarían los ojos. La gasolina se derramó por el suelo y las paredes mientras se desplazaba hacia atrás por el pasillo. Algunas gotas salpicaron sus zapatos y pantalones, pero no le preocupaba. Estaría a una distancia considerable antes de que las llamas se alzaran. Maniobró cuidadosamente alrededor de la cocina para poder alcanzar los armarios, los cajones y todas las superficies de trabajo sin tener que volver sobre sus pasos. Finalmente, estaba fuera con gasolina de sobra.

Sacó un mechero Zippo de su bolsillo y leyó el grabado: *¡Feliz cumpleaños Joe!*

—Por ti, papá —dijo Paul y encendió el Zippo. Lo lanzó a la cocina y escuchó cómo golpeaba contra el suelo. El sonido de la ignición fue suave pero, considerando el silencio, significativo. Las llamas se elevaron rápidamente. Sorprendido por la velocidad, Paul se giró para correr.

Había un hombre de pie allí con un mono de trabajo. Llevaba un saco blanco suelto sobre la cara. No estaba atado, pero se habían cortado agujeros para los ojos para que pudiera ver. Sostenía un mazo en la mano.

Paul ya estaba en plena carrera, así que dar la vuelta repentinamente le hizo perder el equilibrio. Cayó de rodillas. Notó un

pájaro negro posado en el suelo frente a él. Entonces, oyó y sintió el golpe en la parte posterior de su cabeza, y todo desapareció.

1918

EL CUERVO ENCONTRÓ otro árbol desde el que observar. Lo suficientemente cerca para ver, pero no para ser visto. El ave aún estaba pesada por su festín nocturno y no quería añadir una huida frenética a su agenda. Deseaba desesperadamente seguir mirando. Era su tipo de espectáculo favorito. Uno que involucraba la muerte.

Los soldados habían sido rápidos en su emboscada a Reginald Ray. Ahora, la paliza que le daban al viejo granjero mientras lo conducían a través del patio de su granja era rápida y brutal. Su odio hacia este hombre ardía. Otros hombres podrían haberse movido lentamente para saborear la experiencia; dejar que el granjero *sintiera* cada golpe y luego sufriera durante un breve tiempo antes de asestar el siguiente.

Pero no. Estos hombres eran soldados y se comportaban como tales. Estaban entrenados para moverse rápida y eficientemente para hacer el trabajo. El disfrute sería una distracción. Así que lo golpeaban mientras avanzaban a paso firme.

Los gritos tanto de Reginald como de Gladys eran densos y desesperados. Los gritos se veían interrumpidos ocasionalmente por el grito de guerra de un soldado. —Vas a arder en el infierno esta noche por lo que has hecho.

A veces, un soldado advertía a otro. —No en la cara. No le golpeéis en la cara. Se os quedará pegado encima.

Finalmente, los gritos disminuyeron, y para el cuervo, parecía como si ahora simplemente estuvieran arrastrando un cadáver.

Solo cuando llegaron al árbol, Reginald indicó que aún estaba vivo. —Ya he pasado mucho tiempo en el Infierno.

—Pues entonces no te importará quedarte allí permanentemente —dijo el líder, William, mientras agarraba a Reginald por las axilas y lo levantaba—. Date la vuelta y mírame.

Reginald obedeció. William lo examinó de arriba abajo. Su pijama abotonado de algodón estaba manchado de hierba y barro. —¿Qué demonios te pasa? Tu cara...

—¿Parece una fruta podrida? —Reginald sonrió, haciendo que las llagas más grandes de sus mejillas se abrieran, exponiendo el tejido blando y reluciente debajo.

—Sí —dijo William y escupió al suelo.

El pelo de Reginald se estaba cayendo de manera peculiar. Era como si alguien lo hubiera agarrado a puñados y arrancado, dejando al descubierto partes de su cuero cabelludo, que también estaba lleno de ampollas y supurando. —Como he dicho, ya he pasado mucho tiempo en el infierno —hizo una pausa para levantar la mano y señalar a los soldados—. Nunca experimenté las maravillas juveniles que vosotros sí. ¿Recordáis cuando podíais elegir entre las chicas? ¿Cuando podíais tocar y sentir todos esos cuerpos? —Se tocó el labio superior hinchado con la punta de la lengua—. *¿Por dentro y por fuera?*

—Eres un animal —dijo William.

En ese momento, Gladys, que estaba de rodillas a varios metros detrás de William y su marido, rompió a llorar de nuevo.

Reginald continuó, —*¿Os acordáis?* ¿Recordáis todo ese folleti-folle, folleti-folle? Pues yo recuerdo lo que estaba haciendo en mi juventud. —Volvió a dirigir su dedo hacia su boca—. Estaba viendo mis dientes caer en el abrevadero mientras cargaba el pienso. —Luego levantó su mano—. Vi cómo mis uñas se volvían del color de la mierda. —Se tiró de las llagas en las mejillas—. Y vi cómo mi cara se convertía en fruta podrida. Así que, ¿queréis hablar de que iré al Infierno esta noche, soldado? No me hagáis reír. ¡Yo ya estaba allí cuando todos vosotros estabais folleti-folle, folleti-folle, folleti-folle!

—Es un día especial para mí, Reginald —dijo William, agarrando el hombro del granjero—. Hoy, mi *único* hijo habría cumplido quince

años. —Le dio un puñetazo en el estómago. El anciano se derrumbó de rodillas, jadeando por aire.

Momentos después, la falta de aliento se convirtió en una risa insidiosa. Levantó la mirada con una sonrisa desdentada. —¡No habrá folleti-folle para él entonces!

William le dio una fuerte patada en la cara. Lo levantó parcialmente del suelo antes de enviarlo de espaldas. William descendió con los puños volando. Tres de sus compañeros tuvieron que contenerlo. —Hagamos esto correctamente, William —le susurró Gav al oído—, solo está intentando ganar lo que sea que cree que le queda por ganar. Ahora es el momento de acabar con esto.

William se apartó y dio la espalda a Reginald. Miró hacia abajo a Gladys. Ya no la estaban reteniendo. No había necesidad. Escuchar a su marido hablar de esa manera la había destrozado.

Mientras los otros soldados preparaban a Reginald para su ejecución, William se arrodilló y dijo, —¿Cómo pudiste permitirlo? Debiste saberlo, ¿no?

Gladys le miró con la cara enrojecida. —*Me llevó con él.*

—¿Qué? —William arrugó la cara—. No entiendo...

—*Me llevó cuando tenía cinco años*.

William abrió mucho los ojos. —¿De dónde?

—Del orfanato.

—Dios mío, *¿cuando tenías cinco años?* ¿Qué demonios te hizo?

—Nada... al principio. Me trató como a una hija, y yo le ayudaba con su enfermedad. —Estaba llorando con fuerza, así que tuvo que hacer una pausa para recuperar el control de su voz—. Me trató bien. Hasta que cumplí doce años. Hasta que tuvimos a Andrew.

William se estremeció.

—Y entonces cambió. Solo le importaba Andrew, y más tarde, Dorothy. Yo entonces era su enfermera. Nada más. Alguien a quien escupir y gritar mientras su enfermedad empeoraba.

Gladys ya hablaba de él como si se hubiera ido. ¿Acaso quería lo mismo que querían los soldados? ¿Un fin a la locura?

William le levantó la cabeza por la barbilla y la miró a los ojos. —¿Lo sabías? ¿Sabías lo que estaba haciendo?

—A diferencia de ese hombre, yo creo en Dios, señor, y le juro por la vida de mis hijos que *no sabía nada*.

—Está diciendo la verdad, soldado. Ella se los comió... disfrutó cada bocado, pero no sabía nada —gritó Reginald desde detrás de William.

William se volvió. La soga rodeaba el cuello de Reginald. Gav lo sostenía por las piernas. El viejo granjero no forcejeaba. La cuerda había sido lanzada sobre la retorcida rama y luego atada alrededor de la base del árbol.

—¿Por qué, Reginald? —dijo William, dando pasos hacia el condenado—. ¿Por qué nos hiciste esto? ¿A nuestros hijos?

—La respuesta es bastante simple —dijo Reginald—. Su juventud, su frescura, *su salud*. Quería tenerla dentro de mí.

David vomitó. Douglas gritó: —¡Jesús!

—¿Por qué? —dijo William.

Reginald sonrió. —Para mejorarme.

—No parece que haya funcionado.

—Con el tiempo. Podía sentir la novedad dentro... construyéndose, creciendo.

—Antes de morir, Reginald, ¿puedes decirnos si nuestros hijos sufrieron?

Reginald hizo una pausa antes de responder. —No. Hay preguntas que es mejor dejar sin respuesta.

—¿Así que nos niegas incluso eso?

—Yo podría...

—Maldita bestia monstruosa —dijo Gav y soltó las piernas de Reginald.

No hubo caída. No querían que su muerte fuera instantánea. Detener el flujo de vida había sido el plan. Dejar que sintiera cómo le abandonaba.

El cuervo se arriesgó a acercarse dos árboles más para obtener una mejor vista.

Observó a seis soldados en un semicírculo alrededor del viejo árbol. No más vómitos ni llantos, solo la pétrea contemplación de un demonio siendo enviado de vuelta al infierno. Incluso la esposa,

Gladys, se había puesto en pie para despedirse del hombre que le había robado la inocencia.

Reginald Ray agarró la soga alrededor de su cuello, siguiendo una reacción instintiva de arrancar el objeto que cortaba el flujo de sangre y oxígeno. El cuervo había volado cerca de este hombre en muchas ocasiones. Parecía haber más paz en esos ojos que nunca antes. Incluso cuando los capilares comenzaron a reventarse.

Después de varios minutos, Reginald Ray colgaba inerte con la lengua sobresaliendo.

Los soldados se turnaron para escupir sobre el cuerpo y luego se alejaron de él. Levantaron a Gladys y le dijeron que sería perdonada bajo dos condiciones. La primera era que dejara a Reginald Ray para los animales durante unos días antes de que fuera descolgado. La segunda, que fuera una buena madre para esos niños.

Una vez que estuvieron a cierta distancia, el cuervo voló hacia el ahorcado. Aterrizó en su hombro. Podía sentir que el corazón del asesino aún latía. Esto no disuadió al cuervo. Realmente no podía evitarlo.

Se alimentó de la lengua de Reginald Ray.

2015

LA PARTE POSTERIOR de su cabeza palpitaba.

Lo último que Paul recordaba haber visto era un pájaro negro y, detrás, una granja en llamas. Ahora, estaba mirando de nuevo una llama, pero esta vez era más pequeña y menos agresiva.

Una vela.

Se dio cuenta de un gemido profundo e incesante. Después, su entorno comenzó a tomar forma. Había velas suspendidas en voluminosos candelabros de plata que bordeaban una mesa larga. Había alguien posado frente a él y alguien sentado a su derecha, en la cabecera de la mesa.

Su visión estaba demasiado borrosa para enfocarse en estas figuras, que parecían poco más que manchas de tinta sobre un fondo pálido.

El recuerdo del hombre con el saco blanco en la cabeza... las rendijas para los ojos... el mazo en su mano, le asaltó. Con el corazón latiendo repentinamente más rápido, intentó ponerse de pie. Entonces, al darse cuenta de que tenía las piernas encadenadas, se tambaleó y sintió que su sangre se congelaba.

—Permanezca sentado, por favor —las palabras fueron siseadas, más que pronunciadas.

Paul desobedeció la orden, a pesar de saber que sus opciones eran limitadas. No podía correr. Las cadenas le harían caer de rodillas.

Mierda... mierda... otra vez no... ¡Joder, otra vez no!

El gemido continuaba. Su entorno se volvió más claro. Había cuencos distribuidos por la mesa. Algunos contenían pan, otros fruta. Había carnes cortadas y cuencos de estofado. Era una habitación espaciosa con aire victoriano. Un reloj de pared emergía de las sombras, junto con algunas pinturas victorianas. De hecho, fue una acuarela de una familia reunida alrededor de un pequeño arroyo en un hermoso día de verano lo que trajo su visión a una claridad total.

Y vaya si deseaba que no hubiera sido así.

El joven que gemía frente a él estaba desfigurado. Era difícil identificar exactamente cómo en la limitada luz que ofrecían las velas, pero parecía no tener labios, párpados ni orejas.

Paul tomó una profunda respiración por la nariz mientras el mundo volvía a tambalearse a su alrededor.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde...?

Se detuvo cuando vio al anciano en la cabecera de la mesa. También parecía desfigurado, pero de una manera diferente. Su rostro parecía irritado. Algunas zonas tenían costras. Estaba delgado y demacrado, y tenía muchas calvas en la cabeza. Estaba llevándose cucharadas de estofado a la boca.

Paul intentó de nuevo alejarse, olvidando que sus piernas estaban encadenadas. Las cadenas traquetearon y se detuvo.

—No llegará muy lejos —dijo el anciano.

El joven frente a él, que parecía haber sido intervenido de alguna manera, levantó una mano para señalarlo...

Excepto que no había mano, solo un muñón vendado.

El joven no habló y continuó gimiendo.

—¿Qué le ocurre? —dijo Paul.

El anciano tragó su comida.

—Ah, nada, ignórelo. Le invité a cenar, y creo que esto no es lo que esperaba. Ni siquiera ha tocado su comida.

El joven tenía un plato de carne cortada delante de él.

—Déjeme salir de aquí —dijo Paul—. No lo entiende. Esto no puede estar sucediendo. Otra vez no... ¿no lo entiende? ¿Sabe quién soy?

—No, ¿quién es usted, joven?

—Soy Paul Ray.

El hombre dejó su cuchara. Repiqueteó en su cuenco.

—Bueno... ¡joder, Paul Ray! ¿Cuáles eran las probabilidades? Así que, encantado de conocerle por fin. —Se puso de pie de un salto y rodeó la mesa con los brazos abiertos para abrazarle—. Soy Reginald Ray.

1

EN EL ESPEJO del cuarto de baño, Michael Yorke examinó las arrugas alrededor de sus ojos. Pasó la mano por su barba. ¿Afeitársela le daría un repentino estallido de juventud?

Probablemente no. Tenía cuarenta y cuatro años. Además, ¿cuándo le había importado realmente tanto su aspecto?

No, la barba se quedaba, a pesar de las canas; había algo en ella que resultaba reconfortante.

Yorke suspiró. No solo estaba envejeciendo a la velocidad de la luz, sino que en el espacio de menos de dos años, se había convertido en un padre de familia con dos hijos y *eso* conllevaba una presión considerable.

Cuando era Inspector Jefe de Detectives en la policía de Wiltshire, la presión había sido inmensa. A veces, intolerable. Pero la paternidad era un planeta completamente diferente. Incluso una dimensión distinta.

Beatrice Yorke, ahora de nueve meses, no había tenido un comienzo tranquilo en su vida. Había superado su nacimiento prematuro con bastante facilidad, solo para regresar a casa con cólicos, lo que había hecho que su existencia, así como la de sus padres, fuera bastante traumática. Probar todos los remedios disponibles, tanto tradicionales como científicos, y todos igualmente ineficaces, había sido costoso y agotador. Finalmente, la familia Yorke había cedido a la derrota; nunca volverían a dormir.

¡Y entonces se detuvo de repente! Hace dos meses. Pero apenas se habían atrevido a aceptar el alivio cuando comenzó un problema con el otro hijo.

Yorke miró la pantalla del teléfono móvil de su hijo adoptivo Ewan y leyó de nuevo el mensaje anónimo.

El chico de trece años cargaba con una maldita pesada carga.

El mensaje decía: *Hola huérfano.*

El sargento detective Jake Pettman intentó meterse en la cama con su mujer, Sheila, sin despertarla, pero fracasó miserablemente. Como solía hacer tan a menudo.

—*¿Has visto qué hora es?* —dijo Sheila, manteniéndose de espaldas a él.

—Lo siento. Es este nuevo caso. El chico del granjero desaparecido.

Extendió la mano para acariciarle el hombro. Llevaba su camisón azul claro favorito. Ese que siempre le excitaba. Pero esta noche ya estaba más que satisfecho. Como lo había estado casi todas las noches de este mes.

—Si no supiera lo mierda que es tu trabajo, probablemente empezaría a sospechar que tienes una aventura —dijo Sheila.

Jake se sonrojó. Inmediatamente agradeció que estuviera oscuro y que ella le diera la espalda. Fingió una risa. —No creo que tenga tiempo para nada de eso.

Sheila se dio la vuelta y le rodeó con sus brazos. Le acarició su ancho cuello y besó su rostro regordete. —Quizás mañana puedas volver temprano. Frank preguntaba por ti.

Jake se sintió enfermo. Le besó la frente. —Lo intentaré. Te lo prometo.

—Hueles como si te hubieras duchado.

—Me duché en el trabajo —mintió Jake.

Sheila empezó a besarle la barbilla. Fue subiendo hasta que comenzó a mordisquearle el labio inferior. Su mano se deslizó desde

su espalda y se abrió camino bajo las sábanas. —Me gusta cuando hueles a fresco.

Él sintió su mano en la parte delantera de sus calzoncillos.

Metió la mano bajo las sábanas y tomó la de ella entre las suyas. —Lo siento, Sheila. Estoy *tan* cansado. Además, este caso nos está destrozando a todos.

Sheila se apartó y suspiró. —Lo entiendo... buenas noches entonces.

Después de que Sheila se quedara dormida, Jake permaneció despierto durante horas. Cruzó sus grandes brazos detrás de la cabeza y escuchó la lluvia golpeando en su ventana.

¿Por qué había empezado a ser tan amable con él ahora? Después de todos estos años tratándolo con desprecio cuando él solo había intentado hacer lo mejor por ella y por Frank. ¿Ahora, después de empujarle a los brazos de otra persona, empezaba a comportarse como la esposa cariñosa... acaso sentía que lo estaba perdiendo?

Jake suspiró. *¿Qué demonios estoy haciendo?*

En lugar de contar ovejas, se hizo esta pregunta una y otra vez hasta que se quedó dormido.

De camino a la cama, Yorke decidió pasar por la habitación de Beatrice.

Esto es una locura, pensó mientras la cogía en brazos.

Despertarla condenaría casi con toda seguridad a la casa de los Yorke a una noche sin dormir. Sin embargo, en este momento, el riesgo parecía valer la pena por el calor que ella desprendía y la sensación de felicidad que le transmitía.

Había un viejo sillón en la esquina donde Patricia solía sentarse para dar el pecho a Beatrice durante las horas más intempestivas. Con su pequeño paquete, se acomodó en el sillón.

Miró su diminuta carita.

Bebé Bea.

Le acarició la mejilla y ella apretó los labios hacia dentro. Yorke sonrió. Probablemente se estaba preparando para alimentarse.

Lo que más adoraba de Beatrice, y lo que le hacía sentirse tan feliz, era su absoluta inocencia y el hecho de que no conocía nada malo en el mundo que la rodeaba.

Las lágrimas acudieron a sus ojos. Con esa nariz respingona y esos pómulos estrechos, Beatrice se parecía tanto a Danielle. La hermana que prácticamente había criado a Yorke cuando su madre no había querido saber nada de él. Apoyándole, influyéndole, moldeándole hasta convertirle en el hombre que llegó a ser. Danielle lo había sido todo para él. Hasta su adicción a las drogas y su eventual asesinato a manos de un traficante llamado William Proud.

Hace nueve meses, la noche en que nació Beatrice, Yorke se había enfrentado a Proud. Este había sido el momento que Yorke había anhelado durante tanto tiempo. Una oportunidad para cerrar heridas.

Pero en lugar de cerrarlas, la confrontación había abierto un abismo de más preguntas, sospechas y tragedia.

Proud le había dicho a Yorke que él no era el único responsable de la muerte de su hermana. *«Solo soy el instrumento contundente... hay un cabrón corrupto cagando en el mismo retrete que tú...»*

Proud había muerto aquella noche. Accidentalmente. Estaba retrocediendo para alejarse de un Yorke furioso y había caído por el hueco de una escalera. Se había roto el cuello y murió al instante.

Yorke no lamentaba su muerte. El muy cabrón había ejecutado a su hermana independientemente de si alguien más se lo había ordenado o no.

Pero la muerte tuvo repercusiones. Una suspensión para Yorke mientras se investigaba la fatalidad. Se determinó que fue accidental, pero Yorke había actuado solo cuando debería haber pedido refuerzos. Le levantaron la suspensión pero le bajaron un rango a inspector.

No estaba preparado todavía para trabajar y, afortunadamente, el médico había estado de acuerdo. No le había costado mucho

convencerle. Simplemente le dijo la verdad. Que el pensamiento de volver al trabajo le provocaba náuseas físicas.

Actualmente estaba considerando un cambio de carrera. Probablemente ya lo habría hecho si no fuera por una pregunta que le atormentaba. *¿Quiénes eran esas personas que habían ordenado la muerte de su hermana? ¿Y por qué?*

Tenía la dolorosa sensación de que tendría que permanecer en este trabajo para encontrar una respuesta a esa pregunta.

El inspector Mark Topham se apartó de Bobby.

De espaldas al joven, recuperando el aliento, se pasó la mano por la cara para limpiar el sudor y las lágrimas.

—Eso fue más rápido de lo que esperaba —dijo Bobby, acariciando la espalda de Topham.

Topham no respondió. No estaba interesado en charlas triviales. Bobby probablemente ni siquiera era su verdadero nombre.

Toda esta situación no era real.

No lo había sido durante meses.

—Quiero decir, sabía que había algo ahí. Electricidad, chispas, pero vaya, volamos. *Realmente volaste*...

—Puedes irte ya.

Bobby resopló. —¡Mierda! ¡Qué brusco eres! La mayoría de la gente al menos charla unos minutos después.

—Eres un prostituto.

Un resoplido no fue suficiente esta vez; soltó un jadeo de sorpresa. —¿Así que está bien follarme pero no hablar conmigo?

Topham se preguntó si merecía la pena responder a eso. Decidió que no. Sintió moverse la cama cuando Bobby se incorporó.

—Sabes, no parecías tener problema en hablar conmigo en el bar toda la noche. Pero supongo que todo era por el objetivo final.

—El dinero está en la mesita —continuó Topham sin darse la vuelta—. Por favor, no montes un escándalo al salir del hotel. Te he pagado lo suficiente por tu discreción.

—*¿Mi discreción?* —elevó la voz—. ¿Sobre qué quieres que sea discreto? ¿Sobre el hecho de que no quisiste follarme con condón?

—Buenas noches. —Topham cerró los ojos. Escuchó a Bobby vestirse junto a la cama y luego la puerta se cerró.

Con los ojos aún cerrados, buscó a tientas en el suelo la botella de vodka. Se incorporó en la cama y comenzó a beber a tragos.

Mientras el alcohol le quemaba la garganta, vio en su mente las palabras escritas en una tarjeta por un hombre mudo que había visto el cadáver de Neil: *Había trozos de él por todas partes, Mark. Le habían apuñalado miles de veces.*

Su compañero. Su amante. Su todo.

Bebió más vodka.

Muerto. Ido. Sin retorno posible.

YORKE todavía no había logrado irse a la cama.

Deseaba haberlo hecho porque entonces no estaría sentado aquí viendo las noticias. Con los ojos muy abiertos, observaba la granja en llamas de la familia Ray, criadores de cerdos.

Como si el recuerdo de la muerte de William Proud hace nueve meses no hubiera sido suficiente esta noche, ahora Yorke se enfrentaba al recuerdo de haber encontrado el cuerpo mutilado de Thomas Ray colgado en uno de los viejos graneros.

En la emisión de noticias, los bomberos intentaban, sin éxito, salvar la vieja casa de la granja. No es que tuvieran muchas posibilidades; el lugar era antiguo, de madera y muy combustible. El hecho de que todavía siguiera en pie a estas alturas era un milagro.

«La policía ni confirma ni desmiente que haya juego sucio», aparecía en la barra de información.

Yorke soltó una carcajada sarcástica. ¡No podía ser otra cosa más que juego sucio! La propiedad estaba abandonada y en medio de la nada. ¡Era poco probable que fuera un aparato eléctrico defectuoso!

A eso se añadía el hecho de que esta propiedad pertenecía a la familia más notoria jamás vista en Wiltshire. Una que había

aterrorizado a la comunidad local durante varias generaciones hasta que Yorke y su equipo le pusieron fin hace cinco años.

La policía ni confirma ni desmiente que haya juego sucio.

Se rio a carcajadas.

Apagó el televisor.

De todos modos, no era su problema.

BAJO LA MIRADA de la granja en llamas, un Volvo V40 blanco abandonado resplandecía.

La inspectora jefe Emma Gardner se alejó un paso, se apoyó contra el viejo árbol y rebuscó en su bolsillo. Un agente novato la vio buscando y se acercó ofreciéndole un paquete de cigarrillos. —¿Quiere uno, señora?

Gardner sonrió. —No, gracias, Peter. Nunca he fumado en mi vida. —Sacó su paquete de tic-tacs y se volvió para examinar la escena.

Había mucho movimiento, y no solo de bomberos. Caras familiares, incluida la de la superintendente Joan Madden, abundaban.

Gardner y varios otros colegas habían sido apartados de un caso de persona desaparecida porque este incidente requería una investigación inmediata y seria. No era un incendio cualquiera. Era la casa de la granja de los Ray. Lo que una vez fue el corazón palpitante del mal.

—Esperarías fuego en el infierno —dijo Gardner—, pero ha estado tranquilo durante tanto tiempo.

—Demasiado tiempo —dijo la agente Collette Willows, acercándose—. Era solo cuestión de tiempo.

Gardner respiró hondo. Sintió una punzada en el pecho y tosió. Un fuerte recordatorio de la lesión casi mortal que sufrió hace casi un año.

—¿Está bien, señora? —dijo Willows.

—Sí, Collette. Tienes noticias sobre el coche, ¿verdad?

—Me temo que sí. Pertenece a Sarah Ray.

Esto no era un incendio cualquiera.

Se echó los tic-tacs en la boca y se apoyó contra el infame árbol en el que Reginald Ray fue ejecutado.

Desde una de las ramas retorcidas, brillaban los ojos de un pájaro negro.

En la cama, Patricia se volvió hacia él.

—Lo siento, no pretendía despertarte —dijo Yorke.

—¡No te creo! Estás encantado de que esté despierta... hay algo que te preocupa.

Levantó el brazo, y ella se acercó más, recostándose contra su hombro. —Me lees como a un libro abierto.

Ella alzó la mano y pasó sus dedos por la barba de él. —Bien... sigue ahí.

—Casi desaparece. Pasé un tiempo en el baño mirando la maquinilla.

—Imaginé que estabas haciendo eso.

—Luego pasé un tiempo con Bea...

Ella le agarró la oreja.

—¡Ay! ¡Eso duele!

—Bien. Con suerte, eso te hará pensarlo dos veces la próxima vez. La máquina de leche que tienes al lado necesita descansar.

—Estaba profundamente dormida.

—Probablemente porque me dejó seca hace una hora.

Yorke consideró contarle sobre el incendio en la granja de los Ray, pero decidió no hacerlo. A pesar de que le habían levantado la suspensión, se estaba planteando seriamente sus opciones. Volver a las fuerzas del orden tenía poco atractivo ahora mismo. "Harto hasta la médula", era su respuesta habitual a los intentos de Patricia de abordar el tema. Si no fuera por la ridícula reducción de sueldo, ya estaría investigando para obtener un título de profesor. Hablar del

incendio a estas horas de la noche podría mostrar que estaba interesado en volver.

Y no lo estaba. Simplemente *no* lo estaba.

Sin pensarlo realmente, Yorke dijo: —Noté que Ewan parecía triste, así que cogí su móvil para echar un vistazo. Ha estado recibiendo mensajes horribles. En uno, le llamaban huérfano...

Patricia se incorporó. —*¿Has hecho qué?*

—*Mierda.* Cogí su móvil y leí sus mensajes. —Sintió que el color se le iba de la cara—. ¿Me vas a decir que eso fue una equivocación?

—¡Sí! ¿En qué estabas pensando?

—Estaba preocupado...

—Es un chico de trece años, ¡no puedes leer sus mensajes!

—Pero seguramente está bien si crees que hay un problema, ¿no?

—¿Hablas en serio, Mike?

—Lo siento.

—No es a mí a quien tienes que pedir disculpas. No puedes vigilar la vida de alguien, Mike. Así no funcionan las cosas.

Se pasó la mano por su propia barba. —¿Aunque la intención venga de un buen lugar?

—*Aunque* sea así. —Se volvió a tumbar a su lado—. Habla con él mañana. Explícale lo que has hecho. Seguro que lo entenderá. —Suspiró y se dio la vuelta, alejándose de él.

—¿No se te olvida algo? —dijo Yorke—. ¿Qué hay del hecho de que le hayan llamado huérfano? ¿No te impacta eso?

—Claro que sí, pero ya lo sabía.

—¿Cómo?

—Él me enseñó los mensajes.

Era el turno de Yorke de incorporarse. —¿Y no pensaste en decírmelo?

—Él no quería que lo hiciera.

Se sintió como si le hubieran dado un puñetazo y le faltara el aire. —¿Por qué?

—¡Exactamente por esto! ¡Porque sabía que te pasarías de la raya!

—¿Pasarme de la raya? ¡Le están llamando huérfano! ¡Hay acoso y luego está el ataque verbal en toda regla!

Patricia se incorporó y le miró de frente. —Compórtate.

—¿Así que eso es todo? —dijo Yorke—. ¿Él te cuenta eso y tú lo descartas como si no fuera importante?

—Todo lo contrario. Me puse en contacto con el colegio. Se está tratando el asunto.

—¿Con qué? *¿Un castigo?*

—Aún no lo sé. Pero son niños. Sí, están acosando. Sí, hay que pararlo. Pero no se parará con que tú entres en plan justiciero. Esa es la razón por la que Ewan no te lo contó.

Alguien llamó a la puerta principal.

Ambos se miraron y luego miraron el reloj en la mesita de noche.

—Espera aquí —dijo Yorke y se puso el batín.

Bajó las escaleras, en silencio y rápidamente, sin querer dar tiempo suficiente para otro golpe disruptivo en la puerta que pudiera despertar a los niños.

Miró por la mirilla y sintió una ráfaga de adrenalina.

Sarah Ray.

Gardner vio cómo el coche de Topham se detenía detrás de los otros vehículos policiales. Dejó el infame árbol y corrió para recibirle. Por el camino, sintió agudos recordatorios en el pecho de la herida de cuchillo de hace nueve meses.

No iba a saludar a Topham. Había pasado los últimos meses pulsando el botón de autodestrucción, así que quería ver en qué estado se encontraba antes de que acabara en el registro de incidencias.

Había sido una decisión acertada.

Topham se sostuvo contra el techo de su coche. Su camisa blanca abotonada estaba por fuera, sus pantalones estaban sucios, y su pelo desaliñado.

Retrocede un año y tendrías a un hombre que valoraba su apariencia por encima de todo en el mundo. Excepto, quizás, a Neil Solomon. Su pareja, ahora fallecida.

—Dime que no has conducido hasta aquí en este estado.

—Podría decírtelo si quieres, pero ¿me creerías? Acabas de verme salir del coche. —Le sonrió.

—Vuelve al coche, te llevaré de regreso cuando termine. Si Madden te ve, te suspenderán... probablemente no sería algo malo... pero necesito pensar. Entra en el coche. Duerme la borrachera si hace falta. Ya inventaremos alguna excusa sobre ti y tu coche por la mañana. Diremos que empezaste a vomitar o algo así.

—Sigo viéndolo, Emma... en todas partes.

—¿A Neil?

Tenía lágrimas corriendo por la cara. —¡Dios, no! ¡Ojalá! Sigo viendo al cabrón que lo mató.

Gardner le agarró del brazo. —Entra en el coche y quédate ahí, maldita sea.

Sarah Ray tenía mucho mejor aspecto que hace cinco años.

Ya no llevaba el pelo negro azabache a la altura de los hombros, mal partido en medio. En su lugar lucía un corte bob corto, cuidadosamente peinado y con un toque rojizo. Era una mujer alta y corpulenta que había cambiado su ropa holgada y desgastada por un conjunto ceñido y a la moda.

No era sorprendente que todo hubiera mejorado tras liberarse de un infiel en serie.

Yorke reconoció la angustia en ella, y eso hizo que todos los recuerdos volvieran de golpe. De hecho, incluso antes de que ella se lo dijera, Yorke sabía que su hijo había desaparecido de nuevo.

Le había llevado varios minutos a Yorke desenredarse del abrazo de Sarah. Ella había llorado desconsoladamente sobre su hombro. Poco de lo que había dicho entre sollozos tenía sentido.

Con una bandeja de té caliente humeante, Patricia también había acudido en su ayuda, y juntos habían conseguido sentarla en el sofá.

Cuando Patricia dejó las tazas sobre la mesa de café de madera, Sarah se puso de pie de un salto. —¿Posavasos?

—Por supuesto —dijo Patricia.

Mientras Patricia volvía a la cocina, Yorke recordó los TOC de Sarah; su obsesión por el orden y la limpieza. En su actual estado de ansiedad, era inevitable que se manifestaran.

—*Sabía* que era él. Inmediatamente —Sarah volvió a sentarse—. En cuanto vi el incendio en las noticias, simplemente lo supe.

—¿Y has intentado llamarle por teléfono?

—Cientos de veces.

—Entonces, ¿se ha llevado el coche? ¿No hay posibilidad de que lo hayan robado?

—Las llaves han desaparecido del cajón de la cocina. Nadie ha entrado en mi casa, estoy segura.

—Beba un poco de té, señora Ray.

Todos tomaron un sorbo de té, incluida Patricia, que acababa de regresar con los posavasos.

—Pero, en definitiva, tenemos a un chico de dieciséis años y un coche desaparecido. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Menos de dos horas.

—Así que, si fueras a la comisaría ahora, es poco probable que lo traten inmediatamente como una desaparición...

—Por eso vengo directamente a usted.

Yorke dejó su taza y miró a Sarah, sin saber cómo responder.

Patricia respondió en su lugar. —Señora Ray, comparto sinceramente su preocupación. De verdad. Pero mi marido actualmente no está trabajando. Michael no ha estado bien...

—¿Y por qué pensabas que yo respondería de manera diferente a mis colegas de comisaría? —dijo Yorke.

Sarah dejó su taza y clavó la mirada en Yorke. —Porque usted estuvo allí, inspector Yorke. Vio lo que nosotros vimos. Vio el mal aquella noche. Por Dios, ¿ha visto algo parecido desde entonces? Si es así, rezo por su alma. ¿Cree que un chico olvida lo que vimos esa noche? ¿Cree que yo lo olvido? ¿Cree que alguien puede?

Yorke no respondió.

—¿Lo ha olvidado, inspector?

—Claro que no.

Patricia intervino de nuevo. —Señora Ray, realmente creo que deberíamos contactar...

—Patricia, por favor —dijo Yorke—. Está bien, señora Ray, tiene mi atención. Pero dígame, ¿por qué ahora? ¿Por qué Paul se levantó hoy y quemó la granja?

—Porque vinieron a por él otra vez... y otra vez.

El corazón de Yorke latió más rápido. —¿Quiénes?

—Los bastardos de los que desciende.

—Están muertos, señora Ray...

—En sus sueños, inspector. Una y otra vez. Cada noche. Vienen a por él, y lo quieren.

—Eso no tiene sentido —dijo Yorke.

—Le están volviendo loco. Este último mes apenas ha dormido y cuando está despierto por la noche, a veces le oigo llorar. No le dejan en paz... y ahora... ahora... ha ido y ha hecho esto.

Yorke sintió la mano de Patricia en su pierna. —Mike. Esto no depende de ti.

Yorke puso su mano sobre la de Patricia. —Sigo escuchando, señora Ray, pero ¿no podría ser simplemente una coincidencia?

—Fui a su habitación después de ver el incendio en las noticias porque sospechaba que estaba involucrado de alguna manera. Busqué sin rumbo. Estaba buscando cualquier cosa que me dijera dónde podría estar. Entonces, miré en el cajón de su mesita de noche, y... y entonces lo supe...

—¿Qué encontró allí?

—Es lo que no encontré, inspector. El mechero Zippo de su padre. Nunca lo sacaba del cajón de su mesita. Es su posesión más preciada. Y sin embargo, esta noche, cuando la granja de los Ray se incendia, ¿qué? ¿*Casualmente* se lo lleva consigo?

El fuego casi se había extinguido, pero el aire estaba cargado de humo. Cuando Gardner vio por primera vez a Yorke acercarse, se preguntó si su vista le estaba jugando una mala pasada debido a la escasa visibilidad.

Se detuvo frente a ella y al agente Sean Tyler.

—Me alegra verle, señor... me gusta la barba —dijo Tyler, abriendo su cuaderno de registro.

—Gracias —dijo Yorke—. Pero no me registres todavía. No sé si me quedaré.

Miró a Gardner. Ella se quedó sin palabras y solo pudo articular un "¿señor?"

—Ahora es al revés, jefa.

Aproximadamente al mismo tiempo que Yorke había sido degradado, Gardner había conseguido un ascenso a comisaria.

—Sí... lo siento... pero Mike, ¿por qué estás aquí?

—Suena ridículo, lo sé, jefa, pero de algún modo necesito recuperar mi trabajo.

—Por el amor de Dios, deja lo de jefa, y acompáñame.

Gardner se alejó con Yorke de Tyler y se dirigió hacia su vehículo en el que Topham dormía tras otra sesión de bebida.

—Así que, dos días después de decirme que estabas pensando en hacerte profesor, decides volver al trabajo a las... —Hizo una pausa para mirar su reloj—. ¿Doce y cuarto? ¿Y a una posible escena del crimen?

—Eso es básicamente, señora, perdón, Emma... Recibí una visita hace una hora que dejó mis planes de cambio de carrera en un segundo plano. La pipa, las zapatillas y las citas de Shakespeare tendrán que seguir siendo un sueño inalcanzable.

—Creo que la profesión docente ha evolucionado bastante desde tus tiempos de estudiante, Mike, pero ve al grano: ¿quién era esa visita?

—No me creerías si te lo dijera.

—Ponme a prueba.

—Sarah Ray.

Gardner desvió la mirada. Estaba sorprendida, pero no de la manera que Yorke esperaba. Ella ya sabía que los Ray estaban

involucrados; el Volvo abandonado lo había indicado. Lo que le sorprendía era que Sarah acudiera directamente a Yorke. —¿Por qué?

—Cree que su hijo vino aquí esta noche.

—*¿Te dijo eso?*

—Sí. No tiene pruebas, pero lo sospecha. Sospechar sería quedarse corto. Está *convencida*.

Gardner se contuvo. No era el momento de revelar que efectivamente tenían pruebas de que él había conducido hasta allí. —Pero aun así, ¿por qué acudir a ti?

—Una reacción por defecto, supongo. Les ayudé la última vez. Imagino que cree que volveré a ayudar.

—Ahora eres tú quien se queda corto. Hiciste algo más que *ayudar*. Los rescataste de unos cerdos devoradores de hombres en un granero.

—Encontrarlos fue un esfuerzo de equipo. Nunca hemos sido mejores que la suma de nuestras partes.

—Por eso estoy tan condenadamente contenta de verle, señor... Mike... ¡Espero no tener que acostumbrarme a eso! Solo estoy sustituyendo a...

—Inspector detective Michael Yorke —dijo la superintendente Joan Madden—. ¿No estabas enfermo?

Yorke quería responder como imaginaba que lo haría un personaje de película. Un rápido movimiento de pelo y la frase: *Dije que volvería*.

Pero Madden no era el tipo de persona que apreciara el sarcasmo ni ninguna exhibición de bravuconería. A menos, claro está, que viniera de ella.

—Estoy listo para volver, señora.

Ella miró su reloj. —¿A las doce y cuarto?

Yorke quería bromear sobre tener un déjà vu tras la misma observación de Gardner, pero se guardó el comentario mordaz para sí mismo.

—Sí, señora. —Le explicó lo que había sucedido con Sarah Ray. La conversación exacta, incluyendo el mechero desaparecido.

Madden le dio la espalda para mirar el patio de la granja y la casa humeante.

—Cuesta creer que este lugar estuviera una vez lleno de cerdos —dijo—. Parece tan tranquilo. Tan muerto. Especialmente ahora que la propiedad se ha quemado hasta los cimientos. ¿Sabes que los cerdos pueden aprender sus nombres con solo dos o tres semanas de edad? ¿Crees que estos animales llegaron a saber? ¿A entender el mal con el que convivían? Creo que probablemente sí. Dicen que los perros pueden percibir estas cosas y los cerdos son más inteligentes... pobres diablos. Así que... —Se dio la vuelta—. Los Ray, ¿eh? Lo peor que le ha pasado a este maldito lugar. Y tú lo sabes y por eso estás aquí. Te felicito por eso, Michael. Emergiendo de esa pradera de depresión cuando se te necesita. No hay sentido más agudo en el cuerpo, pero ¿venir aquí y esperar meterte sin más? ¿En serio? ¿Parezco idiota?

—Por supuesto que no, señora.

—Hay procedimientos. Aún estás de baja. Necesitas una evaluación psicológica. Esto no es 1975.

—Lo entiendo, señora, pero sabe lo crucial que es el tiempo aquí. No estoy diciendo que su equipo no vaya a resolver esto, pero cuantos más seamos mejor, y ¿realmente quiere verme pasar semanas entre papeleo cuando estoy dispuesto a trabajar?

—Vete a casa, Michael. No vas a entrar así como así en esta escena del crimen. Vete a casa y duerme este repentino estallido de entusiasmo que te ha sacado de tu estupor.

Yorke bajó la cabeza. —Sí, señora.

Madden volvió a darse la vuelta y observó cómo las últimas brasas del incendio se apagaban bajo un chorro de agua. —Tantas veces los Ray han agrietado esta comunidad. Tantas veces. Y cada vez, justo cuando parece que la comunidad ha sanado, vuelven para abrirla de nuevo. —Se volvió de nuevo—. Preséntate en la comisaría mañana a las ocho. Me reuniré contigo primero y luego la DCI Emma Gardner podrá reincorporarte.

—Gracias, señora.

—No me lo agradezcas todavía. Lo único que me importa es Samuel.

—¿Samuel? —dijo Yorke.

—Samuel Mitchell. El chico de la granja desaparecido la semana pasada.

—¿Cree que está relacionado, señora? —preguntó Gardner.

—*Sé* que está relacionado. Cuando los Ray están involucrados, todo está relacionado.

Yorke respiró hondo y asintió.

Tenía razón.

2

PARA YORKE, RESULTABA extraño volver a llevar un traje después de tanto tiempo. Aún más extraño era deambular por los pasillos de la sede central de Wiltshire y saludar a colegas con los que había tenido bastante relación pero que habían optado por no contactarle durante su suspensión.

Admitió que habría sido incómodo para ellos, así que no guardaba rencor; sin embargo, se propuso mentalmente no comportarse así si alguna vez se encontraba en la situación contraria.

Estar suspendido había sido una experiencia solitaria.

El sargento detective Jake Pettman había sido la excepción, por supuesto. Se había esforzado en mantener el contacto. *Posiblemente,* ¡con demasiado esfuerzo! A veces podía ser un verdadero incordio.

Cuando Yorke divisó a su amigo íntimo en el pasillo mientras se acercaba al despacho de Madden, abrió los brazos hacia él y se abrazaron.

Pettman era un hombre enorme. Su cabeza rapada no habría desentonado en el círculo de Stonehenge.

Yorke retrocedió, recuperando el aliento y frotándose las costillas.

—Echaba de menos trabajar contigo, grandullón, pero probablemente pasaré del abrazo la próxima vez.

—Bueno, no tiene por qué haber una próxima vez porque no te vas a ir a ninguna parte.

Yorke sonrió.

—Para ser sincero, hasta anoche, probablemente no habría estado de acuerdo contigo.

—Sí, Emma mencionó que Sarah Ray te había hecho dudar.

—¿Así que seguís hablando de mí a mis espaldas? —Yorke arqueó las cejas.

—Siempre, señor.

—Bueno, tienes razón. Sarah me hizo dudar. Pero esos recuerdos... digamos que están aún muy frescos. No siento un sentido de responsabilidad... o deber, realmente... pero...

—¿Sientes compasión?

—Sí, supongo que sí. Nadie merece experimentar lo que ellos experimentaron, y ciertamente no merecen volver a experimentar algo parecido.

—¿Y crees que lo harán?

—No lo sé, Jake. Espero por Dios que no.

—Tengo que ir a la sala de incidencias con Emma ahora —dijo Jake—. ¿Vienes?

—No, tengo una reunión con Madden, y luego me pondré al día con Emma justo después de la sesión informativa.

Cuando Yorke pasó por su lado, Jake le dio una palmada en la espalda.

Yorke quiso responder, pero su mejor amigo le había vuelto a dejar sin aliento.

Durante toda la reunión con Madden, las palabras de William Proud seguían resonando en la cabeza de Yorke.

Solo soy el instrumento contundente... hay un cabrón corrupto cagando en el mismo retrete...

¿Podría ser Madden? ¿Su teniente que siempre seguía las reglas?

Ya había dedicado muchas horas a pensar en esto, pero simplemente no tenía sentido.

Se preguntó si esto era a lo que estaba condenado ahora que había vuelto a la sede central. ¿Caería en la paranoia continua? ¿Sería cada colega un sospechoso del asesinato de su hermana?

Después de prometer aceptar con elegancia su degradación a inspector detective y asegurarle que asistiría a todas sus reuniones de reintegración, especialmente las psicológicas, se reunió con Gardner en su despacho. Su *antiguo* despacho.

—Es solo temporal —dijo Gardner.

—No, no lo es. Te queda bien. Lo mantienes más ordenado de lo que yo jamás lo hice.

Sonrió.

—Ya veremos.

Yorke bebió de una botella de zumo mientras Gardner optaba por un café.

—Entonces, ¿cómo fue la sesión informativa? —dijo Yorke.

Gardner suspiró.

—Lenta. Son un público difícil. Piensan que Samuel Mitchell, el joven desaparecido, está muerto, pero estoy intentando mantenerlos positivos. También sugerí que la desaparición de Paul Ray anoche podría estar relacionada, y me miraron con muchas dudas. Sin embargo, alguien sugirió que Paul podría haber incendiado la granja y haberse dado a la fuga.

—Entonces, ¿por qué no llevarse el coche? —dijo Yorke—. Supongo que funcionaba, ¿no?

Gardner asintió.

—Parkinson dijo que podría haber estado preocupado por que su madre denunciara el robo del coche, así que lo abandonó.

Parkinson. El nombre le hizo estremecerse.

—Aun así... si yo estuviera huyendo del culo del mundo, me llevaría el coche. No lo dejaría allí como prueba de que fui el incendiario. —Yorke dio un sorbo al refresco con edulcorante artificial —. No. Paul ha sido secuestrado de nuevo.

Gardner miró la botella de Yorke.

—¿Por qué bebes esa porquería, señor?

—Es una buena pregunta: antes lo odiaba. Ewan empezó a insistirme en que no bebía suficiente agua. El zumo es un

compromiso. No puedo beber de una botella de agua todo el día. Es demasiado...

—¿Aburrido?

—Sí, en fin. Quiero que me cuentes la Operación Bookmark de principio a fin mientras me bebo estos químicos.

—Sí, señor.

—Y tengo otra petición, no muy distinta a la que tú me hiciste anoche.

—¿De qué se trata, señor?

—Por última vez, ¿podrías dejar de llamarme señor?

HACE TRES DÍAS, Samuel Mitchell, un jornalero de diecisiete años, había desaparecido de la granja de sus padres. Samuel era conocido por ser un joven educado, además de tener discapacidad intelectual. Sus resultados de los GCSE del año anterior habían sido pobres, y se suponía que estaba asistiendo a un instituto para repetir sus asignaturas de inglés y matemáticas. Se suponía. Sus padres estaban contentos haciendo la vista gorda a su ausencia mientras él ayudaba en la granja. Cuando realmente se les presionó sobre esto, admitieron que no creían que tuviera esperanza de aprobar de todos modos, por lo que le habían convencido para que rechazara el instituto y desarrollara su oficio en la granja.

La *Granja Mitchell* estaba en The Downs, a un tiro de piedra de la *Granja Porcina Ray* en Little Horton. Gardner admitió que había pensado en la relación entre la desaparición de este joven y la turbulenta historia de los Ray antes de que Paul Ray desapareciera la noche anterior, pero aún no lo había incluido en ningún informe.

—Es una granja estupenda para los niños —dijo Gardner—. Llevamos a Anabelle hace unos meses.

Yorke sonrió al pensar en su ahijada. —¿Es una granja en funcionamiento?

—Sí, de productos lácteos. Pero tienen todo tipo de actividades para atraer visitantes. Paseos en tractor, una pequeña granja con

jerbos, un parque infantil, una cafetería que vende helados caseros. Han convertido el lugar de una granja en apuros a una mina de oro. Doce libras la entrada. Cuando entrevisté a los padres por primera vez, me lo dijeron. Estaban casi arruinados. Con solo unos pocos préstamos, crearon un día de excursión para familias, y su suerte ha cambiado.

—Interesante.

—Ahora es bastante común. Muchas granjas están recurriendo a recibir visitantes. Es la única forma en que pueden seguir adelante en el clima económico actual.

—¿Entonces, cómo desapareció Samuel Mitchell?

Gardner abrió una carpeta de papel y le mostró a Yorke una fotografía aérea de un laberinto de arbustos. —Reynolds se emocionó mucho al enviar su nuevo dron para fotografiar esto. Dijo que la imagen de internet no era adecuada. Tenía mis dudas, pero le dejé divertirse.

Lance Reynolds era el Oficial de Apoyo Científico. Su talento con la cámara era legendario. Aunque el a menudo truculento tema de sus fotografías aseguraba que ninguna de ellas llegaría jamás a una exposición para el público.

Yorke pasó el dedo por la fotografía del laberinto. El centro estaba formado por cuatro arbustos circulares, enmarcados por cuatro rectangulares. —Es enorme. Debe de haberles costado una fortuna.

—El laberinto es relativamente nuevo. Ya habían ganado una cantidad razonable de dinero antes de crearlo. Así que, en fin, sobre la desaparición. A las 14:46, un anciano se presentó en la recepción de la granja para denunciar la desaparición de su nieto. Afirmó que el niño de siete años se había perdido en este laberinto. Dio el nombre de su nieto como Jordan pero no proporcionó su propio nombre. La madre de Samuel, Holly Mitchell, que estaba en la recepción en ese momento, no pensó en preguntárselo; más tarde, declaró haberse sentido inquieta por la apariencia del hombre —hizo una pausa para dar un sorbo a su café.

—¿La apariencia del hombre?

—Sí, aparentemente un eczema bastante grave. Su cara estaba cubierta de manchas rojas y secas, algunas de las cuales tenían costras. Por radio, contactó con su hijo, Samuel, para que entrara en el laberinto y recuperara a Jordan, el niño perdido de siete años.

Yorke señaló el laberinto. —¿Y qué encontró Samuel allí?

—No lo sabemos. Nunca volvió a salir.

Gardner condujo a Yorke hasta la sala de investigación.

La luz automática se encendió de golpe. Era brillante e intensa y hizo que Yorke sintiera como si los focos se hubieran vuelto a posar sobre él por primera vez en mucho tiempo.

Bienvenido de nuevo, Michael... veamos si todavía tienes lo que hace falta.

—¿Estás bien, Mike? —dijo Gardner.

Yorke sonrió. —Sí... solo me puse nostálgico por un momento.

—¿No se supone que la nostalgia es algo positivo? ¡Algunas de las cosas que experimentamos en esta sala evocan cualquier cosa menos positividad en mí!

Yorke quería responder que esos recuerdos podían ser, a su manera, positivos. La pasión que había sentido en esta sala liderando a su equipo hacia el éxito era inolvidable.

Gardner le tomó del brazo. —¿Es demasiado pronto?

—No. Estoy bien. Buena presentación... —Yorke señaló el collage de imágenes que llenaba la pizarra frontal—. ¿Por qué no empezamos por ahí?

El dedo de Gardner señaló a un chico alto con pelo escaso. —Ese es Samuel Mitchell —. Lucía una sonrisa bobalicona y una camiseta con "KORN" escrito en ella. La "R" estaba escrita al revés.

—*Korn* es un grupo de heavy metal —dijo Yorke.

—Siempre dije que estabas al día con los jóvenes, Mike.

—Bueno, ¡tú claramente no! Empezaron a principios de los noventa. Son tremendamente retro.

—Todos con los que hemos hablado sobre este chico solo han tenido cosas positivas que decir de él. Educado, con buen humor y pasión por la música y los animales. Nadie ha mencionado su bajo intelecto de manera crítica. La mayoría de las personas se han limitado a decir que es su carácter sencillo lo que le hace tan accesible. Sus padres, Holly y Ryan —Gardner movió el dedo hacia las fotografías junto a Samuel— están obviamente deshechos. No paraban de decirme cuánto adoraban su naturaleza especial.

Gardner suspiró y luego continuó moviendo su dedo alrededor del tapiz del crimen hasta que se detuvo en un boceto forense del abuelo que había denunciado la desaparición de su nieto, Jordan. Junto a él había una imagen borrosa de CCTV del mismo hombre alejándose hacia el aparcamiento a las 14:48 - dos minutos después de hacer la denuncia.

La cara del hombre fibroso era casi esquelética. Sus pómulos eran altos y afilados. Sus ojos estaban tan hundidos en sus cuencas que Yorke dudaba que tuviera una visión periférica clara. Llagas rojas y escamosas brillaban por toda su cara y tenía calvas por todo el cuero cabelludo.

Jake se acercó por detrás en ese momento. —Sí. Dios no se contentó con hacerlo feo, también decidió darle una buena paliza.

—Hola Jake —dijo Yorke—. Entonces, este hombre peculiar simplemente se fue a las 14:48, ¿y nadie se dio cuenta?

—¿Por qué lo harían? —dijo Gardner—. Todos estaban preocupados por un niño de siete años perdido en el laberinto. Un niño ficticio, por cierto.

—¿Podemos estar 100% seguros de que el nieto no existe? —dijo Yorke.

—Sí. La misma cámara de CCTV que captó al abuelo marchándose, lo captó llegando a la 13:30. *Solo.*

—¿Había más cámaras de CCTV en el aparcamiento para que podamos identificar el vehículo en el que iba este hombre?

—No.

—¿Y a qué hora entró Samuel realmente en el laberinto?

—Tan pronto como su madre, Holly, se puso en contacto con él por radio. Así que, alrededor de las 2:47 de la tarde.

—¿Qué hay de otras personas en el laberinto? ¿Qué vieron?

Gardner negó con la cabeza. —Hemos agotado esa vía. La gente vio a Samuel adentrándose en el laberinto, preguntando si alguien había visto a un niño pequeño llamado Jordan, pero nadie lo había visto. La granja cierra a las 3 de la tarde, así que el laberinto estaba tranquilo en ese momento, al igual que la mayor parte de la granja.

—Entonces, ¿Samuel podría haber salido del laberinto?

—Bueno, su padre, Ryan, niega que esto ocurriera. Él estaba de pie en la entrada del laberinto.

Jake interrumpió. —Y definitivamente no había otra forma de entrar y salir.

—Gracias, Jake. Entiendo cómo funciona un laberinto —dijo Yorke.

—¿Y todos los tiempos concuerdan? —preguntó Yorke—. ¿Hay testigos de que el padre estaba de pie fuera de la entrada alrededor de las 2:48 de la tarde después de que su hijo hubiera entrado en el laberinto?

—Sí —dijo Gardner—. Lo confirman otros trabajadores del lugar. Además, un pequeño grupo de visitantes, que se reunieron para ver si podían ayudar. Hemos tenido a los Asesores de Búsqueda y sus perros en el laberinto, así como en los campos y en la zona boscosa inmediatamente detrás. Ninguna señal. Los helicópteros también han rastreado la misma zona. De nuevo, nada. Samuel Mitchell entró y nunca salió.

—No es posible —dijo Yorke—. A menos que siga ahí dentro, y estoy seguro de que los pastores alemanes habrían encontrado el cuerpo si ese fuera el caso.

Yorke todavía sostenía la fotografía del laberinto. Pasó el dedo alrededor del arbusto rectangular exterior. —¿Con qué minuciosidad se ha revisado este perímetro?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gardner.

—Quiero decir que Samuel Mitchell debe haber pasado por encima, a través o por debajo de este seto exterior.

—Bueno, PolSA lo examinó, pero no había daños en los arbustos, ¡y desde luego no había agujeros cavados por debajo!

—Lo que significa que pasó por encima...

—Pero ¿por qué pasaría por encima, señor? —dijo Jake.

Yorke hizo una pausa para pensar. —Bueno, estaba allí para rescatar a un niño desaparecido. ¿Y si el niño desaparecido estaba al otro lado de ese arbusto?

—No creemos que hubiera un niño desaparecido, Mike —dijo Gardner.

—Yo tampoco, pero Samuel sí. Quiero ir a la granja ahora y me encantaría que vinierais conmigo. Por cierto, ¿dónde está Mark?

Gardner y Jake intercambiaron miradas.

—Maldita sea —dijo Yorke—, solo llevo cinco minutos de vuelta y ya han empezado los secretos.

—No es eso, Mike —dijo Gardner—. Solo creo que es mejor que te lo expliquemos de camino a la granja.

Era mediados de abril, así que hacía bastante calor al aire libre. El problema surgía cuando te metías en la sombra o cuando una ráfaga ocasional de viento perforaba tu comodidad con un escalofrío. Los tres detectives se abrocharon las chaquetas y se dirigieron a la entrada de la granja.

Actualmente, unos familiares estaban dirigiendo la granja mientras los propietarios, Holly y Ryan Mitchell, sufrían desesperadamente en casa. El oficial de enlace familiar Bryan Kelly les ofrecía un hombro en el que llorar. Era bueno haciendo de oído comprensivo. Menos eficaz siendo vigilante. Sin embargo, Gardner había asegurado a Yorke que había aprendido de errores anteriores.

Estos familiares dieron la bienvenida a Gardner y su equipo, y ofrecieron desalojar el lugar de clientes.

Yorke extendió la palma de su mano. —No será necesario, señora. Solo queremos examinar el laberinto.

Dentro de la granja, Yorke miró a su alrededor el patio de recreo rural artificial. El parque infantil lucía grandes toboganes de túnel y una serie de estructuras para trepar modeladas como dinosaurios. La cafetería por la que pasaron no era solo una cafetería; era una

arena de actividad de dos pisos. Había una colorida zona de juegos blandos en la planta baja y un restaurante en el piso superior. También había un zoológico de insectos y reptiles alojados en una serie de acuarios.

La idea de compartir su almuerzo con tarántulas comedoras de pájaros le provocó un escalofrío a Yorke. A su hijo adoptivo, Ewan, le gustaría, sin embargo. Le encantaban las serpientes y había perdido su propia serpiente de maíz aproximadamente al mismo tiempo que había perdido trágicamente a sus padres.

Mientras se acercaban a la entrada del laberinto, Gardner señaló la pequeña granja de animales, donde los niños podían sostener jerbos y conejos. También había un pequeño recinto para suricatas.

—Allí hacen carreras de ovejas —dijo Gardner.

—Incluso puedes apostar por un ganador —sonrió Jake.

Yorke puso los ojos en blanco. —¡Venga ya!

Gardner se rio. —No dinero, Mike. Puedes elegir una oveja, coger un boleto de rifa gratis, y si la tuya gana, entras en un sorteo para ganar más entradas para volver.

Yorke negó con la cabeza. —Las granjas nunca fueron así cuando yo era más joven.

Aunque, pensó Yorke, *nadie me llevó nunca a una, así que podrían haberlo sido, por lo que yo sé.*

Su mente realizó un giro familiar en torno a una madre a la que no le importaba nada más que los hombres y las drogas, y una hermana que desesperadamente intentó criarlo —y no tuvo tiempo para visitas recreativas a una granja.

Se detuvieron en la entrada del laberinto. Una pareja de ancianos salió. El hombre guiñó un ojo y dijo: —¡Yo me dibujaría un mapa si fuera usted! Entrar es la parte fácil.

—Quizás lo haga, señor —dijo Yorke, saludando con un gesto de cabeza.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Jake.

—Te lo diré cuando lo encuentre.

Yorke señaló que los lados del laberinto parecían estar conectados con la pista de carreras de ovejas y el parque infantil, y

luego dijo: —Entonces, si Samuel trepó por cualquiera de estos lados, ¿seguiría dentro de la granja?

—Sí —dijo Gardner—. En el momento en que desapareció, todavía quedaban algunas familias en el parque infantil. En la pista de carreras de ovejas, varios granjeros estaban ordenando el lugar y alimentando a las ovejas. Hablamos con todos. Nadie vio a Samuel saltando por encima de los setos. Y lo habrían notado, estoy segura.

—Así que, es como dije. Ha pasado por encima del muro exterior hacia tierra de nadie —dijo Yorke—. Vamos.

Se adentraron en el laberinto. De su bolsillo, Yorke sacó una copia de la foto aérea que había mirado anteriormente. Ya se había tomado la libertad de dibujar la ruta en la copia, así que no perdió tiempo con callejones sin salida o volviendo sobre sus pasos.

—Buena idea, señor —dijo Jake.

Finalmente, llegaron al muro exterior.

Yorke metió la mano a través del arbusto y dio unos golpecitos en la valla de madera que había detrás. —Por eso fue fácil escalar. ¿Ves lo delgado que está el arbusto aquí?

Notó que Jake y Gardner se miraban entre sí.

La valla tenía poco más de metro ochenta de altura. Yorke se arrodilló, saltó e intentó alcanzar por encima del arbusto. Falló en su primer intento. Lo intentó de nuevo y logró agarrar la parte superior de la valla. Se impulsó hacia arriba y usó sus pies para trepar por el muro de arbustos.

Pasó una pierna por encima, miró hacia abajo a Gardner y Jake, y dijo: —No está mal para un viejo. —Y se dejó caer.

Siendo alto y musculoso, Jake pudo ayudar a Gardner a subir. Ella aterrizó junto a Yorke con un golpe seco y un gruñido. Afortunadamente, logró mantenerse en pie.

Jake se unió a ellos, sin hacer ruido.

—¿Qué has hecho, pasarla de un paso? —dijo Gardner.

Yorke les ignoró y avanzó.

Miró hacia el pequeño trozo de bosque y las hectáreas y hectáreas de tierras de cultivo estériles que se extendían en la distancia. —Así que, después de escalar este muro, Samuel Mitchell, ¿adónde fuiste? —Respiró hondo—. ¿Y con quién estabas?

Paul Ray dio la bienvenida a su libertad.

Sabía que era un sueño, pero eso no le impidió disfrutarlo.

A su alrededor solo había vacío, que terminaba en oscuridad. No era muy diferente a la granja porcina de los Ray; el dominio insidioso que había vandalizado antes. Campos cubiertos de maleza rodeados por árboles retorcidos, graneros decrépitos y una casa de campo que estaba siendo consumida por la naturaleza que la rodeaba.

Sin embargo, a pesar de toda la soledad, era libre, y se sentía como un alivio. Por qué sería así, no podía decirlo. Era extraño cómo sabía que esto no era real, y sin embargo no tenía idea de lo que estaba sucediendo en la realidad.

Mientras caminaba hacia la casa decrépita, sintiendo el viento pero, curiosamente, sin sentir frío, su padre, Joe, se unió a él.

Miró a su padre que, sorprendentemente, parecía lleno de vida, a pesar de estar muerto. También le asombró el hecho de que ahora ambos tenían la misma estatura. La última vez que lo había visto, apenas le llegaba a los hombros.

—Pero los jabalíes... Él te arrojó con ellos... —dijo Paul, tomando la mano de su padre.

—Sí, eso creo.

—Te he echado de menos, papá.

—Yo te he echado de menos más de lo que podrías imaginar, Paul. Y a tu madre también. ¿Ha rehecho su vida?

—Ahora es más feliz.

—Bien. ¿Y tú?

—No realmente, papá. Sigo soñando.

—¿Sobre qué?

—Sobre...

—¡Paul, mira!

Paul miró hacia delante y vio a un hombre corpulento con pelo largo y desaliñado parado en la puerta principal de la casa. Era Lewis

Ray. El hombre que lo había secuestrado todos esos años atrás y había asesinado a su padre.

Paul y Joe se acercaron y se pararon frente a él, mirando hacia su rostro. El asesino despiadado miraba fijamente al vacío.

—Tú también estás muerto —dijo Paul—, mi tía Lacey te mató.

Lewis continuó con su mirada pero ofreció un breve asentimiento.

—Y me alegro —dijo Paul—, eres malvado.

—Lo soy. *Lo somos*.

Notó que su padre ya no estaba a su lado.

—Ya no puedes hacerme daño —dijo Paul.

—Yo no, pero otros sí pueden.

—¿Quiénes?

—Otros como nosotros, Paul.

—No soy como tú. Nunca seré como tú.

—Mira detrás de ti, Paul.

Paul se dio la vuelta.

El hombre con el mono blanco y el saco blanco suelto sobre la cara estaba allí. Paul podía ver los ojos moviéndose detrás de los agujeros cortados en la tela. Paul buscó el mazo con el que este hombre le había golpeado antes.

No estaba allí. En su lugar, sostenía otro saco blanco suelto.

El hombre se lo ofreció. Paul negó con la cabeza, y entonces sintió que le agarraban los brazos por detrás.

Sintió el saco blanco siendo forzado sobre su cabeza...

...tosió y se arrancó el saco de la cabeza. Estaba despierto y sentía la boca como si estuviera llena de tiza. Sus ojos buscaron rápidamente la vela que le había permitido ver antes. Había desaparecido. Le habían dejado en la oscuridad, y con sus sueños.

Sus ojos comenzaron a adaptarse, y pudo ver: el contorno del candelabro; la forma del reloj de pie; y la silueta del joven mutilado frente a él.

Había silencio. ¿No estaba gimiendo el joven antes? ¿Estaría durmiendo ahora?

A medida que su visión comenzaba a ganar más claridad, los recuerdos empezaron a arremolinarse. Recordó al anciano de antes,

presentándose como Reginald Ray, y luego deslizándose hacia donde él estaba encadenado a una silla. Recordó a Reginald sosteniendo un trozo de carne cortada frente a su boca, pidiéndole que comiera. Él se había apartado, manteniendo la boca firmemente cerrada. Reginald había amenazado con forzarlo, pero las lágrimas de Paul y su desesperación por evitar la carne, que podría o no haber sido cortada del joven de enfrente, finalmente le disuadieron.

—Aceptarás quién eres sin necesidad de ser forzado —había dicho Reginald.

Un trapo empapado en productos químicos había sido forzado sobre su boca, y los sueños habían comenzado.

Al darse cuenta de que todo era más claro ahora, Paul examinó la mesa y vio que el surtido de comida todavía estaba presente. Cuando levantó los ojos, se sintió aliviado al ver que Reginald no estaba allí en ese momento. Pero, cuando sus ojos cayeron sobre el otro cautivo, se le cortó la respiración.

La cabeza del joven ya no era circular. Parecía como si hubiera sido aplastada por la parte superior. Quizás machacada.

Sintió bilis en la boca.

Se puso de pie y sintió las cadenas chocar contra las patas de la silla. Juró que saldría de allí aunque tuviera que llevarse la silla consigo.

La puerta se abrió, lanzando lanzas de luz hacia la habitación. Entrecerró los ojos contra el repentino dolor agudo.

Esta vez, cuando abrió los ojos, se adaptaron rápidamente. El anciano con el rostro enfermo estaba parado en la entrada. Paul miró de nuevo al joven con la cabeza deformada y puso su mano en la boca para contener el vómito.

Justo por encima de los ojos muy abiertos del joven, faltaba la parte superior de su cabeza. Una sierra ensangrentada yacía sobre la mesa junto a su plato.

Reginald entró en la habitación. —¿Listo para comer, joven?

3

MARAVILLADA, GARDNER observaba trabajar a su antiguo jefe. No solo porque el oficial al que respetaba por encima de todos los demás había vuelto, sino porque ya estaba haciendo descubrimientos que ellos habían pasado por alto.

No tenía ningún derecho a estar por encima de él en la cadena de mando, pero el hecho de que lo hubiera aceptado con tanta elegancia era un testimonio más del tipo de hombre que era.

Jake y Gardner se mantuvieron a distancia y observaron cómo Yorke se movía de un lado a otro a lo largo de la valla, deteniéndose ocasionalmente para examinarla y, si algo le interesaba, analizarlo más a fondo.

Finalmente, Yorke regresó hacia Gardner y Jake.

Jake arqueó una ceja. —¿Ninguna salida secreta entonces, señor?

—¿Qué tiempo hacía el día que Samuel desapareció? Preferiblemente, ¿en el momento exacto?

—Fácil —dijo Gardner—, estuvo lloviendo a cántaros todo el día.

Yorke se volvió para mirar la valla de nuevo e instruyó a Jake y Gardner a hacer lo mismo. —Bien, imaginad que estabais esperando a alguien junto a esta valla bajo la lluvia, ¿dónde os colocaríais?

—También es fácil —dijo Gardner, señalando un grupo de árboles cerca del final de la valla—. Refugio.

—Sí —dijo Yorke—, seguidme.

Bajo los árboles, Yorke señaló hacia arriba. —Mucha cobertura aquí.

Los árboles eran viejos y gruesos, y el follaje que colgaba ofrecía un paraguas sobre la posición en la que se encontraban y se extendía parcialmente sobre el interior del laberinto.

—Bien, seguidme el juego —dijo Yorke.

—Tenemos mucha práctica en eso, señor —dijo Jake.

Yorke le dedicó una sonrisa sardónica. —Imaginad que sois Samuel Mitchell al otro lado de esa valla llamando a este mítico niño de siete años, Jordan.

A Gardner se le abrieron los ojos de par en par. Había captado la hipótesis de Yorke alto y claro. —Y entonces el secuestrador grita "Estoy aquí" desde este lado de la valla.

—Exactamente —dijo Yorke—. ¿Y cuál sería lo primero que haríais?

—Trepar para rescatar al niño —dijo Gardner.

—Un momento... —dijo Jake—. No nos precipitemos. Se denuncia la desaparición de un niño pequeño, no de un hombre o mujer adultos. ¿Me está diciendo que este secuestrador estaba imitando la voz de un niño?

Yorke se encogió de hombros. —Quizás. Y recordad, Samuel Mitchell tiene una inteligencia muy por debajo de la media. Además, estaba lloviendo intensamente. Aunque la imitación fuera pobre, podría haber sido suficiente para engañarle. —Yorke miró alrededor bajo los árboles—. Entonces, ¿y si se situó aquí? ¿Protegiéndose de la lluvia?

Examinaron el suelo durante un tiempo pero no encontraron nada. Finalmente, Yorke terminó en una cavidad de un árbol. Sacó su teléfono móvil, encendió la linterna y la dirigió al interior. —*¡Emma!*

Ella se acercó y miró dentro. —Sí, lo veo. —Sacó unos guantes de plástico de su mochila y se los puso. Metió la mano enguantada en la cavidad y extrajo una botella de agua de plástico medio vacía. La sostuvo frente a Yorke.

Yorke sonrió. —La etiqueta parece nueva, lo que significa que no ha estado aquí mucho tiempo... ¿cuántas personas crees que se

adentran en esta zona detrás de la granja? —Miró alrededor, hacia el bosque vacío y los campos—. No muchas. ¿Cuánto quieres apostar a que esta botella pertenecía a nuestro secuestrador?

Gardner sonrió. Le encantaba tener de vuelta a su antiguo jefe.

La habitación palpitaba mientras la llama de la vela titilaba.

Paul mantenía la cabeza agachada y miraba fijamente el charco de vómito a sus pies. Quizás no tuviera más remedio que escuchar cómo Reginald masticaba y sorbia, pero no iba a mirar también.

Y había otra razón para mantener los ojos bajos. *El pobre joven frente a él.*

Un fino hilo de sangre había avanzado desde los dientes de la sierra a través de la mesa. Goteaba constantemente sobre la rodilla de Paul. No podía oírla caer por encima del viejo que roía a su lado, pero la sentía.

Cada gota.

Se sentía cálida, pero eso podría haber sido solo su imaginación. El joven podría llevar horas muerto por lo que él sabía, y su sangre ya estaría fría.

—Te estás cortando la nariz para fastidiarte la cara, Paul —dijo Reginald—. No hay nada malo en lo que se ha puesto delante de ti. Todavía recuerdo leer *The New York Times* en 1931. En aras de la investigación, un hombre llamado Seabrook cocinó y comió carne humana. ¿Quieres saber lo que dijo?

Paul negó con la cabeza para indicar que no quería saberlo. Sin embargo, no podía expresar su negativa en voz alta. Temía que, si lo hacía, o rompería a llorar o vomitaría de nuevo.

—Déjame instruirte, Paul. Comenzó diciendo que iera como ninguna otra carne que hubiera probado jamás! Ahora, si eso no despierta tu curiosidad, nada lo hará.

Una cuchara flotaba frente a Paul. Estaba colmada de una carne rosada que se parecía a carne picada cruda.

—¿Aún no estás convencido, eh? ¿Qué te parece esto entonces? "Era tan parecida a la buena ternera bien desarrollada que creo que ninguna persona con un paladar de sensibilidad normal y ordinaria podría distinguirla de la ternera". Supongo, Paul, que tienes un paladar ordinario. Por lo tanto, ¿qué tienes que temer?

Un plato fue empujado hacia él. Estaba lleno de una carne carbonizada.

Paul se atragantó pero esta vez no salió nada. Su estómago ya estaba vacío.

—Y sin embargo, Paul, eres un Ray. Tu sangre es nuestra sangre... mi sangre. Entonces, ¿qué te repele? En algunas sociedades tribales, se comen a los parientes fallecidos para guiar sus almas hacia sus descendientes vivos. ¿Has oído alguna vez algo tan hermoso?

Paul levantó la mirada hacia el anciano. —¿Por qué estás haciendo esto?

—¿Qué quieres oír? —Las llagas se abrieron y supuraron en su rostro mientras hablaba—. ¿Que me gusta el sabor de la ternera? ¿Que quiero consumir sus almas? ¿Que lo hago porque tengo hambre y el canibalismo es la respuesta a la hambruna? ¿Qué respuesta te gustaría?

—La verdad.

—Pero la verdad es demasiado simple y no te dará el cierre que buscas. Hago esto porque siempre lo he hecho. Lo hago porque es quien soy. Quienes somos. Y tú también formas parte de todo esto, Paul.

—¡No, no es cierto! —Los ojos de Paul se llenaron de lágrimas.

—Exactamente como dije: cortándote la nariz para fastidiarte la cara. —Cogió un cuchillo de trinchar y lamió la punta—. Vaya, esa es una buena idea.

GARDNER HABÍA LLEVADO las pruebas de vuelta a la comisaría en su vehículo. Yorke y Jake les seguían.

Por una vez, Yorke había permitido que Jake condujera.

Jake dijo: —Sé que no ocurre muy a menudo cuando estamos juntos en un coche, pero ¿puedo dejar constancia de que prefiero que sea de esta manera?

—Estoy de acuerdo en que es más relajante... de hecho, induce al sueño, pero ¿qué ocurre cuando tenemos que llegar a algún sitio rápidamente o incluso a tiempo?

Jake se rio. —Te he echado de menos, tío.

—Yo también te he echado de menos, amigo. ¡Aunque te vi la semana pasada!

Jake redujo la velocidad al acercarse a un coche que remolcaba un transporte de caballos. —Sí, lo recuerdo. Estabas siendo ligeramente irritante, si mal no recuerdo.

—Creo que la palabra es *comprensivo*. Además, estoy casi seguro de que pagué la mayoría de las rondas. Hay gente a la que no hay manera de complacer.

Se rieron un momento, pero había un tema acechando a la vuelta de la esquina que necesitaba ser abordado. Y ambos lo sabían.

—¿Podrías adelantar, por favor, Jake?

Jake suspiró, pero luego obedeció.

Cambiaron de tema hasta que Jake tomó la tercera salida de la rotonda hacia la autopista.

—Entonces, ¿le pusiste punto final? —dijo Yorke.

—¡Espera a que llegue a la autopista antes de sacar ese tema! ¿Valoras tu vida?

Pero Yorke no iba a dejarse engañar, sin importar las circunstancias. —¿Punto final?

—No exactamente.

—¿No exactamente?

—Estoy trabajando en ello.

—¿Trabajando en ello?

—¿Hay un puto eco en este coche?

—Mira —dijo Yorke—, estoy bastante seguro de que pasamos más de tres horas en *el Wyndham* discutiendo las ventajas de hacer lo correcto en esta situación. Estoy de acuerdo, mi recuerdo de la

última hora de esa conversación es bastante borroso, y Kenny, ya bien entrado en los ochenta, se acercó para dar sus dos peniques, que era un anticuado comentario y no demasiado útil, pero estoy absolutamente seguro de que llegamos a un acuerdo antes del cierre.

—Sí, así fue.

—¿Y luego pasaste por su casa y te acostaste con ella después de la hora de cierre?

Jake se sonrojó. —¿Cómo lo sabías?

—Bueno, el *no exactamente* y el *trabajando en ello* fueron indicadores bastante claros. —Yorke suspiró—. Y mantén los malditos ojos en la carretera.

Jake volvió la mirada y continuó circulando por el carril lento. Yorke vio que estaba alcanzando un récord histórico de 90 km/h. *Bueno*, pensó Yorke, *hay más posibilidades de sobrevivir si monta un número y se estrella contra un bolardo*.

—Es tu vida... —dijo Yorke.

—Sí, lo es.

Yorke asintió. —Bueno, quizás deberías dejar de pedir consejo entonces.

—Lo haré.

Pasó un duro minuto de silencio antes de que Jake dijera: —Vale, me has pillado. Estoy jodido. No sé qué hacer.

—Hablamos de...

—*Me gusta*, Mike. Quiero decir, realmente, realmente me gusta.

Yorke suspiró. —*¡Por ahora!* Ya discutimos esto. Es emocionante, pero estás reaccionando a las explosiones químicas en tu cerebro, y puede que no duren. ¿Y entonces qué? No tendrás nada.

—No, no es así. Todo lo que hacemos Sheila y yo es discutir. Con Caroline es diferente. Solo nos reímos.

—Tú y Sheila solo necesitáis aclarar las cosas...

—*¿Aclarar las cosas?* Llevamos años intentándolo. Tú, más que nadie, lo sabes. Durante nuestro matrimonio, ¡no me sorprendería haber pasado más tiempo fuera del dormitorio que dentro!

Yorke aceptó que tenía un buen punto, pero no estaba dispuesto a conceder la derrota todavía. —Piensa en tu hijo, entonces.

Jake giró bruscamente hacia la salida del cruce. Casi se la había saltado. Yorke jadeó. Un camionero, obligado a frenar, tocó el claxon. Yorke se sorprendió; Jake nunca había sido tan temerario al volante antes. Evidentemente, su adrenalina estaba por las nubes.

—Frank es en todo lo que pienso, joder. Lo peor es mirarle a los ojos. ¿Sabes cómo se siente eso ahora mismo? ¿La culpa?

—Solo puedo imaginarlo.

—¡Solo puedes imaginarlo! ¿Es porque tú, el moral e íntegro Michael Yorke, nunca harías algo como...

Jake fue interrumpido por el sonido de su teléfono a través de los altavoces del coche. Yorke pulsó el botón de respuesta en el panel de control.

—Soy yo —dijo Gardner—. Tenemos un testigo.

—Continúa —dijo Yorke.

—Introducid esta dirección en el navegador y dirigíos allí ahora mientras os explico todo.

Yorke escuchó y programó el navegador en el coche de Jake.

Gardner continuó: —Tuvimos una gran respuesta a nuestro comunicado de prensa de ayer, pero nada como lo que acaba de llegar hace cinco minutos. ¡Un testigo ha informado de que vio a alguien conduciendo por la carretera detrás del laberinto y el bosque! Mira tu teléfono, Mike.

Gardner le había enviado una imagen de Google Maps. Había colocado un pin rojo en la carretera que pasaba por detrás del bosque junto a la granja de los Mitchell.

—Es un paseo de ocho minutos desde donde acabamos de estar bajo ese árbol —dijo Gardner—. El testigo vio al conductor aproximadamente a las 3 de la tarde del día que desapareció Samuel Mitchell.

—Entonces, ¿eso lo situaría más o menos diez minutos después del posible secuestro? —dijo Yorke.

—Sí —dijo Gardner.

—Dios mío —dijo Jake—, ¿qué vio este testigo?

—El testigo es un ganadero lechero llamado Bryce Singles. Mientras regresaba a casa en su tractor desde una granja vecina, dice que pasó junto a un vehículo aparcado donde he colocado ese

pin. Un par de minutos más tarde, el mismo vehículo iba pegado a su tractor, intentando desesperadamente adelantarle. Singles informa que era una locura. Literalmente intentaba sacarlo de la carretera. Obviamente, se apartó para dejar pasar al maníaco.

—De acuerdo, ¿tenemos detalles del vehículo? —dijo Yorke.

—Sí, pero eso no es lo mejor.

—Continúa.

—Singles reconoció al conductor, Mike.

—Maldita sea. ¿Quién era?

—*Otro* granjero local. Robert Bennett. Es la dirección adonde te diriges ahora.

—¿Respuesta armada? —dijo Jake.

Yorke dijo: —No lo aconsejaría. Es demasiado tiempo de espera. Tanto Paul como Samuel podrían estar allí y en peligro ahora mismo.

—Eso mismo pensé —dijo Gardner—, así que he pedido a algunos agentes de la zona que vengan como apoyo.

—Bien.

—Hay más.

—Continúa.

—Singles dice que Robert Bennett literalmente bajó la ventanilla y le lanzó insultos. No pudo oír lo que decía por el ruido del tractor, pero claramente era venenoso. Bennett tiene eccema por toda la cara, Singles lo confirmó.

—¿Así que fue el abuelo quien se acercó a recepción en la granja y dio la falsa alerta sobre su nieto? —dijo Jake.

—No nos precipitemos —dijo Yorke—, discutiremos eso más tarde. ¿Singles pudo ver a alguien más en el vehículo?

—No, pero supongo que Samuel podría haber estado en el maletero, ¿no? —dijo Gardner.

—Bien, necesitamos llegar allí... ¿Jake?

—¿Sí, señor?

—Necesito que pares para poder conducir yo.

—¿Por qué tenía el presentimiento de que dirías eso?

Paul Ray agradeció el tiempo lejos de Reginald.

Sabía que era un sueño y que, en la realidad, seguía con él. Pero estaba tan agradecido por este descanso del viejo cabrón.

Las sillas alrededor de la mesa estaban vacías, y suspiró aliviado al ver que el joven mutilado ya no estaba sentado frente a él. Sin embargo, todos los lugares estaban preparados, y los finos cubiertos y los relucientes platos blancos sugerían que se esperaban visitas.

Junto al candelabro, alguien había colocado más velas. Paul nunca había visto la habitación tan iluminada.

Con la ausencia de Reginald y del joven muerto, había razones para estar animado, pero había muchas más para no estarlo. El surtido de comida dispuesto ante él, por ejemplo. El banquete había crecido. Y después de su conversación con Reginald, ¿cómo no podía esperar lo peor de estos platos?

Mientras sus ojos se movían de un plato a otro, sus temores se confirmaron. La náusea creció, y se dio cuenta de que se estaba rascando un picor peculiar en la mano derecha. Miró hacia abajo y vio que estaba roja e irritada.

Los invitados comenzaron a entrar. Continuando rascándose, levantó la mirada hacia sus rostros. A algunos los reconocía, a otros no.

Frente a él, su padre, Joe, tomó asiento. Le guiñó un ojo a su hijo y luego agarró una servilleta de su plato y se la metió bajo el cuello para proteger su camisa de la comida.

Reconoció a Lacey, su tía. Ella se colocó su largo cabello rubio detrás de las orejas y se sentó a su izquierda. Puso su mano sobre la de él, se inclinó y le susurró al oído: —Nunca juzgues un libro por su portada. Si miras más allá, verás más.

Sonrió a Lacey. Siempre le había caído bien. Sí, las cosas de las que la habían acusado le preocupaban, y era una persona peligrosa, pero siempre había sido buena con él.

Sintió unas manos fuertes sobre su hombro y notó la cara rasposa de Lewis Ray contra la suya. He aquí un pariente que nunca había sido bueno con él. Un pariente que le había hecho dormir con cerdos y luego había intentado darlo de comer a jabalíes salvajes.

—Ve el alma, Paul. —Lewis se sentó a su derecha.

Se dio cuenta de que seguía rascándose febrilmente la mano. Miró hacia abajo y vio que se había hecho sangre.

Luego, miró hacia arriba y vio a otros Ray tomando asiento alrededor de la mesa. Reconoció a muchos de ellos por fotografías que sus padres le habían mostrado mientras crecía. Reconoció a sus abuelos, padres de Lacey y Joe, que habían muerto antes de que él naciera.

La única ausencia notable era Reginald. El cabeza de familia.

La familia se saludó, cogieron copas de vino, las chocaron y comenzaron a preparar sus platos.

Su padre recogió dos globos oculares, con los nervios ópticos aún colgando por detrás, en su plato. Los sazonó con pimienta negra y, con el más pequeño de sus tenedores, ensartó uno. Se lo metió en la boca, cerró los ojos y masticó. Paul sintió que se le revolvía el estómago.

Después de terminar, su padre le sonrió. —No hay nada que no funcione con ajo.

Rápidamente, Paul dirigió su atención a Lacey para distraerse, pero ella también estaba ocupada en un comportamiento repugnante. Trabajaba duramente con su cuchillo y tenedor en una oreja. Cuando finalmente arrancó un trozo, se lo metió en la boca. Segundos después de masticar, escupió algunos trozos de metal en su plato. Parecían perdigones. Paul sintió el sabor de la bilis en su boca.

Ella sonrió a Paul. —¿No odias cuando te encuentras uno lleno de pendientes?

Intentó ignorarlos a todos mirando hacia su mano irritada y con picor, pero no sirvió de nada, porque se la había destrozado y algunos de sus arañazos habían desgarrado su piel.

Por el rabillo del ojo, Paul pudo ver a Lewis raspando algo del interior de un cráneo. Era la parte superior de un cráneo, y se preguntó si sería la pieza extraída de aquel pobre joven que estaba sentado frente a él en la realidad. Paul se llevó una mano a la boca; no podría contener las ganas de vomitar por mucho más tiempo...

El anfitrión hizo su entrada. Todos se pusieron de pie para recibirlo.

Reginald rodeó la mesa rápidamente. Ágil sobre sus pies, a pesar de sus muchos años. Se paró detrás de Paul, como había hecho Lewis momentos antes, y dijo: —No os levantéis por mí, sino por vuestro invitado de honor.

—Bravo —dijo Joe, levantando su copa.

Lacey le revolvió el pelo a Paul, Lewis le dio una palmada con su gran mano en el hombro.

—Después de todo —continuó Reginald—, ¡siempre saben mejor cuando son de los tuyos!

Todo el mundo empezó a reír, y Paul clavó sus uñas más profundamente en su mano dolorida...

...Paul abrió los ojos.

Las velas todavía parpadeaban, pero Reginald Ray se había ido. El joven mutilado ahora se había desplomado hacia adelante, de modo que Paul podía ver directamente dentro de su cráneo vacío.

Su mano derecha le escocía como loca. Miró hacia abajo, vio que estaba rascando un muñón sangriento y vendado, y gritó.

La granja era mucho más pequeña que la que habían visitado antes, y esta no estaba abierta al público en general. A juzgar por su estado, nunca lo estaría. Una casa de campo desaliñada estaba enmarcada por dos campos descuidados y cercados. Las vallas, donde aún se mantenían en pie, se habían podrido. Ni un solo animal pastaba.

Yorke y Jake salieron del coche.

—¿Así que esto es lo que ocurre si no conviertes tu granja en un parque de atracciones en el siglo veintiuno? —dijo Yorke, dirigiéndose hacia el camino de la casa—. Vamos.

—¡Emma nos dijo que esperáramos refuerzos!

—No lo dijo. Solo dijo que vendrían refuerzos.

Jake le vio alejarse corriendo. A su lado, Gardner se detuvo con un crujido en su vehículo.

Ella saltó fuera y vio a Yorke, a lo lejos, acercándose al camino de la casa de campo. —¿No podría haber esperado un minuto?

Jake la miró. —No parece hacer mucho según las normas últimamente. Será mejor que le alcancemos. ¿Granjeros y escopetas? Ya tenemos experiencia en este terreno.

—Con dos jóvenes desaparecidos, no le habrá dado muchas vueltas —dijo Gardner, echando a correr.

Yorke estaba golpeando la puerta de la casa de piedra cuando le alcanzaron.

Jake estaba seguro de que podía ver el polvo arremolinándose alrededor del porche cada vez que aporreaba. —No golpee tan fuerte, señor, el lugar podría venirse abajo.

Yorke le ignoró y golpeó con más fuerza. No había buzón para gritar a través de él, así que probablemente estaba desahogando su frustración en la puerta de madera.

—Le doy una oportunidad más o me voy a la parte trasera —dijo Yorke.

—¿Soy solo yo, señor, o la degradación le ha puesto más nervioso? —dijo Jake.

La puerta empezó a abrirse. Jake sacó su placa.

—Policía —dijo Yorke.

Un hombre mayor salió de la casa. Era el hombre de las imágenes de las cámaras de seguridad y el dibujo del artista forense. Tenía una fina capa de crema blanca sobre las manchas de su cara.

—¿Señor Robert Bennett? —dijo Yorke.

—Sí, ¿qué es esto? —Su voz sonaba apagada.

—¿Quién está en la casa con usted?

—Nadie. Vivo solo. ¿Por qué? —Metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros.

—*¿Qué está haciendo?* —Yorke levantó las manos, listo para saltar si fuera necesario.

Robert sacó una pequeña caja púrpura. —Mis postizos.

—De acuerdo, despacio —dijo Yorke, bajando las manos.

Robert abrió la caja y se colocó la dentadura postiza. —Eso está mejor. Me resulta muy difícil hablar sin ellos. Ahora, ¿para qué me buscan?

—¿Encontró a su nieto? —dijo Jake.

—¿Perdón?

Gardner se acercó y puso una mano en el brazo de Jake. Le lanzó una mirada para reprenderle por ser tan hostil. Él asintió, aceptando su advertencia.

—¿Puede apartarse de la puerta, señor Bennett? —dijo Yorke.

—¿Por qué?

—El agente Pettman le acompañará al vehículo mientras registramos sus instalaciones.

—De nuevo, ¿por qué?

—Porque tenemos motivos para creer que la vida de alguien puede estar en peligro en esta propiedad, señor Bennett. Por eso.

O TE OCUPAS de vivir o te ocupas de morir.

Cuando tenía diez años, Paul había oído a su padre decirle eso a su madre durante uno de sus episodios. Ella había pasado todo el fin de semana limpiando la casa de arriba abajo. Y luego de abajo arriba.

Su TOC por la limpieza era implacable, especialmente cuando se enfrentaba a una ansiedad extrema, y su padre había tenido un talento especial para traer ese caos a su hogar familiar. Las aventuras extramatrimoniales habían sido su especialidad.

Había querido a su padre, pero descubrir sus comportamientos descarriados había sido traumático, por decir lo mínimo. ¿Le habría perdonado alguna vez? No lo sabía, ni lo sabría nunca. Lewis Ray y sus jabalíes salvajes se habían encargado de eso.

Así que, mientras miraba el muñón ensangrentado y vendado donde antes tenía una mano, aquellas palabras volvieron a él. Las palabras que su padre había usado con su madre enferma cuando ya no podía soportar más sus comportamientos irracionales.

O te ocupas de vivir o te ocupas de morir.

El hecho de que estuviera a punto de seguir el consejo de su padre después de todo lo que le había hecho a su madre no le

parecía correcto. Pero nada podía ser más cierto que este mantra ahora mismo.

Reginald Ray, un hombre que había muerto hace más de cien años, estaba vivo y comiendo gente de nuevo. Cómo seguía vivo era un misterio para cualquiera, pero el hecho era que... estaba comiendo gente de nuevo.

Y le había quitado a Paul la mano derecha.

Paul se puso de pie y la silla se levantó del suelo con él. Miró hacia abajo a la cadena alrededor de sus tobillos que serpenteaba alrededor de las patas de la silla de madera y luego pasaba por dos arcos de madera situados debajo del asiento acolchado.

Las cadenas estaban tan fuertemente enrolladas a su alrededor que caminar sería imposible. Literalmente tendría que saltar hacia la libertad, a menos que...

Ocúpate de vivir.

Se lanzó a sí mismo y a la silla hacia atrás contra la pared.

La fuerza del golpe vibró por todo su cuerpo. El aire fue expulsado de sus pulmones y oyó un crujido que rezó fuera la madera cediéndose en lugar de su columna vertebral.

Apretó los dientes y se lanzó de nuevo. Esta vez el sonido fue más como un chasquido.

Consiguió dar dos empujones más antes de tener que escupir ácido estomacal.

Jadeando por aire, con bilis corriendo por su barbilla y lágrimas quemando sus mejillas, lo intentó una y otra vez...

Ocúpate...

Sentía como si sus costillas se hubieran vuelto gelatina, pero podía oír la madera astillándose.

De...

Gritó con todas sus fuerzas. El dolor era insoportable.

Vivir.

La silla se estrelló contra la pared, y Paul se derrumbó hacia atrás sobre los restos de madera.

Que te jodan, Reginald.

Yorke y Gardner registraron toda la casa de Robert Bennett. El único delito que se estaba cometiendo allí era contra la limpieza. La cocina y el salón estaban repletos de vajilla sucia. En los dormitorios se repetía el mismo patrón, excepto que la vajilla había sido sustituida por montones de ropa sin lavar.

Gardner miró en el armario del dormitorio. —¿Ropa de mujer? Dijo que vivía solo...

—Quizás vivía con alguien —dijo Yorke. Señaló un cenicero lleno de colillas—. ¿Y se marchó cuando se hartó de su desorden?

—Cogeré un par de esas colillas —dijo Gardner—. Podemos intentar que coincida el ADN con el de la botella.

Yorke asintió y Gardner sacó una bolsa de plástico.

Fuera, rodearon la propiedad. Inspeccionaron un cobertizo viejo y grande, apenas accesible debido a los montones de antiguos equipos agrícolas que habían sido abandonados allí. Algunos se habían caído y bloqueaban parcialmente la puerta que se abría hacia dentro.

Ni rastro de Samuel Mitchell o Paul Ray.

—¿Qué ha hecho el cabrón con Samuel? —dijo Gardner.

—Vamos a preguntárselo —dijo Yorke mientras se dirigían de vuelta hacia el coche de Jake. A estas alturas Jake ya habría leído a Robert sus derechos y lo habría instalado en el asiento trasero del coche—. Y esperemos que esté lo bastante nervioso como para soltarlo todo.

Paul se apartó rodando de la madera. Todo su cuerpo ardía y su visión daba vueltas.

Gateó, tosiendo fluidos. Esperaba que fuera vómito, pero por lo que sabía podría haber sido sangre. La fuerza de aquellos golpes necesarios para romper la madera había sido impresionante.

Pero el cabrón le había quitado la mano, y preferiría morir antes que quedarse y dejar que le cortara otra parte del cuerpo.

Se levantó sobre sus rodillas. Se balanceó hacia adelante y hacia atrás con la cabeza erguida.

Concéntrate, Paul, concéntrate.

Su visión giraba como loca. ¿Tenía una conmoción cerebral? Probablemente.

Era ahora o nunca.

Se puso de pie. Lentamente, para no caerse, pero con determinación, porque no era momento de fallar.

Comenzó a caminar. Ahora que la cadena no estaba tensa contra la madera, se deslizó liberándole los tobillos.

Se agachó y recogió una pata de silla con su mano restante. La rotura había dejado la madera afilada y puntiaguda.

Atrévete a detenerme, pensó, *y te clavaré esta estaca directamente en el corazón.*

Yorke sostenía la puerta del coche abierta con una mano y miraba a Robert Bennett. No era solo la feroz enfermedad cutánea lo que le revolvía el estómago. Estaba ligeramente encorvado y parecía más agobiado que enfadado por su actual situación.

—¿Dónde está, señor Bennett? —dijo Yorke.

Robert suspiró. —Realmente no sé de qué me habla.

—Tenemos grabaciones de CCTV que prueban que usted estuvo en la granja Mitchell a las 14:48 el miércoles. También tenemos un testigo que le vio alejándose en coche de la propiedad aproximadamente a las 15:00. Pero, más importante y más urgentemente, un joven llamado Samuel ha desaparecido de esa propiedad. ¿Sabe cuándo fue visto por última vez ese joven, señor Bennett?

—Déjeme adivinar... ¿alrededor de la misma hora en que me vieron en las grabaciones de CCTV?

—Correcto. Así que, dígame dónde está y acabemos con este problema antes de que empeore aún más de lo que ya está.

—Pero usted tiene otro problema, detective.

—¿Y cuál es, señor Bennett?

—No era yo quien aparecía en las grabaciones de CCTV, y ciertamente no era yo quien se alejaba en coche de la granja Mitchell porque he estado aquí toda la semana. No me he movido. —Robert levantó la mano para rascarse una zona de la cara pero lo pensó mejor y la bajó—. Me pica terriblemente cuando salgo.

—¿Qué le ocurre, de todos modos? —dijo Jake desde detrás de Yorke.

—Síndrome de Papillon-Lefèvre, o SPL para abreviar. Es raro y probablemente nunca habrán oído hablar de él.

—No, no he oído hablar de él —dijo Jake—. No es contagioso, ¿verdad?

—No, y lo he tenido desde que tengo memoria. —Abrió las manos y mostró las escamas en la piel de sus palmas—. También lo tengo en las plantas de los pies. Afectó a todo lo que mantenía mis dientes en su sitio. Los perdí todos a los diecisiete. Como pueden imaginar, nunca he tenido mucho éxito con las mujeres. A veces, tengo infecciones cutáneas horrorosas en la cara, por eso tengo toda esta porquería por encima.

—¿A quién pertenece la ropa de mujer del armario?

—A mi esposa. Por eso me encuentran en este estado melancólico. Le llevó cuarenta años decidir que finalmente había tenido suficiente de despertarse junto a *esto*. —Señaló su cara.

—Esta es su última oportunidad —dijo Yorke—. Necesitamos saber dónde está Samuel Mitchell. Si nos lo dice ahora, todo acabará mucho mejor para usted. Se lo puedo asegurar.

—Tengo setenta años, detective. Incluso si tuviera la energía para secuestrar a un joven, ¿por qué lo haría?

—Bueno, esa es otra pregunta que esperaba que usted respondiera.

—No me está escuchando. No quiero decir nada más hasta que llegue a la comisaría y tenga un abogado. Su compañero acaba de decir que ese era mi derecho, y me gustaría ejercerlo.

Yorke cerró la puerta de golpe.

Paul Ray se tambaleaba por la casa. Su visión seguía dando vueltas y todo su cuerpo aún sentía como si estuviera siendo incinerado. En varias ocasiones, chocó contra las paredes. No tenía coordinación.

Mantente consciente. Solo mantente consciente.

Tropezó con algunos muebles y algo se rompió en el suelo detrás de él, pero no tenía ni idea de qué era.

Delante, en su visión fragmentada, vio la puerta principal. Preparó la afilada pata de silla y la abrió.

Había alguien de pie allí.

No podía ver lo suficientemente bien como para distinguir si era Reginald, así que no se arriesgó.

Embistió al individuo con la pata de la silla.

4

LACEY RAY VIVÍA para estos momentos.

Siempre lo había hecho y siempre lo haría.

Y porque conocía la importancia de estos momentos, y sabía que la *definían*, y sabía que si se equivocaba en uno, sería su fin, era meticulosa en planificarlos y ejecutarlos.

Se detuvo un segundo para considerar cómo se sentiría si todo llegara a su fin. No tristeza, porque realmente no experimentaba esa emoción, y estaba razonablemente segura de que *nunca* la había experimentado. Los sentimientos siempre habían sido complicados para ella.

Esperaba sentir anhelo. Anhelo por el placer de estos momentos. Sí, eso era. Si alguna vez la encerraban en una jaula, sentiría anhelo. Después de todo, se sentía obligada a hacer lo que hacía.

Había leído bastante sobre el tema, y sobre su propia condición sociópata, como para saber que esto probablemente estaba vinculado a la gratificación sexual. Pero eso no le molestaba. Había comerciado con el sexo; había manipulado con el sexo; en ocasiones, había disfrutado del sexo. El sexo era un medio para un fin. Un medio para el control y el placer.

Si obtenía gratificación sexual al matar a cabrones, pues que así fuera. Sonrió con sarcasmo. Había cosas peores en el mundo.

Extendió la mano y acarició el rostro de Tobias. Él la miró. Era adoptado. Algunos dirían "robado". Sin embargo, a pesar de las diferencias biológicas, compartían muchas similitudes. Le sonrió.

En un bloque de apartamentos mugriento, estaban de pie junto a los ascensores en el sexto piso. Se encontraban junto a la ventana con vistas al Puerto de Southampton. Como era habitual, los contenedores estaban apilados a gran altura, y el puerto de cruceros adyacente estaba concurrido.

Tobias no era lo suficientemente alto para ver por la ventana, pero se contentaba con estar quieto y esperar. La impaciencia no era una de las debilidades de Tobias, a pesar de sus cinco años.

Tenían la espalda hacia los ascensores. En el reflejo del cristal de la ventana, había observado anteriormente cómo los dos cabrones grasientos que estaba cazando salían del ascensor y pasaban junto a ella sin prestarle atención.

Sí, habría sido fácil abalanzarse sobre los dos sacos de carne allí mismo, pero todo se trataba del momento. Y ese no había sido.

Ahora, más de diez minutos después, miró la pantalla de su móvil, que estaba conectada a una pequeña cámara en la habitación donde residían los dos hombres grasientos y otro de su calaña.

El momento casi había llegado. Podía sentir el deseo creciendo en su interior.

Observó la pantalla. No había sonido y Tobias no podía verla. No es que él hubiera intentado echar un vistazo a escondidas, estaba perdido en su propio mundo, esperando a que ella lo activara.

La cámara apuntaba a su set de filmación. *Irónico*, pensó, *cómo os estoy filmando mientras filmáis*.

Una joven, a mediados de los veinte a juzgar por su aspecto, estaba atada a una cama metálica que parecía haber sido robada de un hospital. El colchón había sido arrojado a un lado y ella yacía sobre las láminas metálicas, vistiendo solo su ropa interior.

Lacey había utilizado una cámara espía de alta resolución y por eso podía ver que el rímel de la chica estaba corrido. Tenía una mordaza forzada en la boca.

Parecía exhausta y claramente había renunciado a intentar liberarse de la cama metálica.

Dos de los sacos de carne se acercaron a la cama con máscaras de payaso y nada más; el otro se movía en círculo alrededor de la

escena con una cámara de mano. Él no necesitaba llevar la máscara. No aparecería en la película cuando llegara a internet.

Uno de los hombres, tan obeso que su barriga colgaba sobre sus genitales, sostenía una navaja automática. El otro hombre, marginalmente más delgado, acarició el rostro de ella.

La mujer apartó la cabeza bruscamente. El hombre la abofeteó con fuerza.

Lacey respiró profundamente por la nariz y exhaló por la boca.

Ya casi era hora de actuar.

Comenzando en su mejilla, el hombre más gordo pasó el cuchillo por la mejilla de la mujer inmovilizada y sobre su cuello hasta llegar a su sujetador rojo. Pasó la punta de la hoja por el centro del sujetador, donde estaría el aro, luego a través de su pecho hasta la tiranta. La cortó y arrojó el sujetador a un lado.

Lacey apartó la mirada del móvil y observó su reflejo en la ventana.

Se pasó una mano por la cabeza rapada, giró la cara hacia un lado para poder ver la cabeza del tatuaje de jaguar en su cuello, que terminaba justo debajo de su oreja. Se quitó la camisa vaquera. Debajo, llevaba una camiseta blanca, por lo que podía ver más del jaguar que recorría su costado hasta el torso.

Todo su brazo izquierdo era un tatuaje de fuego.

Volvió a mirar la cámara y vio al hombre más gordo colocando su navaja sobre una pequeña mesa metálica justo detrás de él.

Lacey sabía que eventualmente, cuando terminaran, volvería a por ese cuchillo. El hombrecillo que giraba por la habitación con su cámara no solo estaba filmando porno de tortura. Era una película snuff. Lacey acarició la cabeza de Tobias. Él la miró.

—Es la hora. Exactamente como hemos hablado.

Él asintió.

Ella se arrodilló para besarle la mejilla. —Mientras mamá está dentro, tú te quedas fuera, y no entras hasta que yo te lo diga. ¿Entendido?

Él asintió de nuevo.

Tobias acarició el tatuaje del jaguar y se sentó en el suelo.

—Buen chico. —Lacey se dirigió hacia la esquina.

Rhys Phoenix bajó la cámara. —¿Qué coño ha sido eso?

Le ignoraron. Sus actores continuaron.

Hubo otro golpe en la puerta principal.

—Hay alguien en la *puta* puerta. ¡Por el amor de Dios, parad! —siseó Phoenix.

Los hombres retrocedieron, gruñendo. Se quitaron las máscaras de payaso y miraron con desprecio a Phoenix. Él dejó la cámara sobre la mesa de madera junto a la navaja. —No hagáis ruido. Voy a mirar.

Por fortuna, la habitación donde estaban filmando quedaba oculta de la puerta principal por un tabique divisorio, así que cuando la abriera, nadie vería lo que estaba ocurriendo. Rodeó la división y luego miró a través de la mirilla. Pudo ver a una mujer alta, delgada y con muchos tatuajes. «¿Qué coño?»

¿Habían hecho demasiado ruido? ¿Les habían oído?

¡Mierda! Necesitaba saber las respuestas a estas preguntas antes de continuar. Abrió la puerta. —¿Sí?

La mujer tenía lágrimas en los ojos y los brazos cruzados tras la espalda.

—¿Está usted bien? —dijo Phoenix.

La mujer no respondió.

¿Qué estaba pasando aquí? ¿No sería una trampa? Se inclinó hacia adelante y miró a izquierda y derecha. *Nadie*.

Entonces, una idea se fue formando en su mente. No había cámaras de vigilancia en este pasillo. Esta mujer podría ser absorbida por este agujero negro y nadie se enteraría jamás...

Vio un destello de movimiento y sintió un dolor punzante en el cuello.

La mujer retiró la mano y dio un paso atrás. Sostenía una jeringa.

Phoenix se llevó una mano al cuello ardiente y con la otra intentó agarrar a la zorra. Logró sujetarla de la chaqueta y atraerla hacia sí antes de que su visión comenzara a oscurecerse. Entonces, todo fue

rápido. Intentó hablar, pero no pudo, y antes de darse cuenta, la oscuridad que había querido ofrecer a la mujer, lo engulló a él en su lugar.

Lonnie Bates se preguntó por qué se había hecho el silencio.

Un momento Phoenix estaba atendiendo a un visitante y al siguiente, no se oía nada.

—¿Phoenix? —dijo Lonnie.

Sin respuesta.

—¿Adónde coño ha ido?

Clive, su hermano mayor, hizo una mueca. —¡Ve a echar un vistazo!

—Tú estás más cerca de la puerta.

—Ni hablar, estoy desnudo y tú estás más cerca de la ropa.

La joven en la cama estaba llorando. Intentaba decir algo a través de la mordaza.

Lonnie se acercó al borde de la habitación y se vistió. Detrás de él, podía oír a Clive hablando con la joven. —Cállate.

Lonnie cogió la navaja automática de la mesa. —Solo por si acaso.

—No vayas a apuñalar a nadie a plena luz del día —dijo Clive.

Lonnie se dirigió hacia el tabique.

Phoenix yacía boca abajo en el suelo. Sus piernas aún estaban dentro de la habitación.

—Phoenix, tío, ¿estás bien? —dijo Lonnie. Se movió lenta y cautelosamente con la navaja extendida—. ¿Hay alguien ahí?

Sin respuesta.

Lonnie pasó por encima de Phoenix y salió de la habitación. Sintió una sensación punzante en un lado de la cabeza, y todo se desvaneció.

LACEY SE QUEDÓ sorprendida de la facilidad con que el pesado picahielos se deslizó en el cerebro del violador una vez que le había perforado el lateral de la cabeza. Dejó que continuara lentamente su trayectoria hasta que se detuvo al chocar con el otro lado del cráneo.

Se dio cuenta de que aún le sobraba un centímetro del picahielos. Probablemente podría optar por un modelo más pequeño la próxima vez; sería más fácil de ocultar.

Había sido una muerte fácil. Apenas hizo ruido en la emboscada, y el cabrón había muerto antes de que pudiera gritar.

Rodeó la parte delantera del violador muerto antes de que cayera y deslizó sus brazos alrededor de su gran estómago y espalda. Luego lo bajó lentamente sobre el otro hombre muerto. Solo cuando los dos cuerpos estaban estables debajo de ella, sacó el picahielos de su cerebro. Lo hizo despacio para reducir el sonido de succión.

—¿Qué está pasando? —dijo el otro violador.

Lacey no respondió.

—*¿Dónde están Phoenix y Lonnie?* —gritó desde detrás del tabique.

No había forma de que fuera a atraer a un tercero con tanta facilidad.

Pasó por encima de los cadáveres.

De pie tras el tabique, cerró los ojos y respiró profundamente. Podía oler al cabrón al otro lado y tenía muchas ganas de matarlo.

Golpeó en la falsa pared.

—¿Quién está ahí? —dijo el hombre.

Volvió a golpear.

—*¿Quién está ahí?* —su voz sonaba más angustiada esta vez.

—Si te tumbas boca abajo en el suelo con las manos detrás de la cabeza, te dejaré vivir —dijo Lacey.

Hubo una pausa mientras él asimilaba esta sorprendente opción. —¿Qué? ¿Quién eres?

Lacey sonrió. —Considérame una amiga.

—Una amiga. No te conozco de una mierda.

—No amiga *tuya*, imbécil. Amiga de la joven que tenéis atada a la cama.

—¿Cómo sabes...?

—Mira hacia arriba, esquina de la habitación, sobre el tabique.

—Qué demonios...

—¿Está parpadeando hacia ti? Sonríe, estás siendo grabado.

—Joder... no... ¡no!

—Entonces, ¿vas a aceptar la opción?

—¿La opción?

—De tumbarte boca abajo en el suelo con las manos detrás de la cabeza.

—Por supuesto. —Luego claramente fingió sonidos de movimiento—. Sí, lo estoy haciendo ahora.

—Bien. —Mientras Lacey caminaba hacia el borde del tabique, sonrió y pensó, *podrías haber hecho un intento más convincente de mentir, patética mancha en la humanidad.*

Cuando giró alrededor del tabique, él estaba de pie frente a la mujer cautiva, desnudo.

Lacey tenía los brazos cruzados tras la espalda. El picahielos estaba en su mano derecha, la que prefería.

Él sonrió con desprecio. —Eres una puta fea.

—Bueno, es la primera vez que me dicen eso —dijo Lacey—, pero supongo que si vas a probar un nuevo look, tienes que estar preparada para las críticas.

—Las lesbianas siempre soltáis muchas gilipolleces.

—¿Sabes cuál es lo peor de que no te hayas tumbado en el suelo?

—No, dímelo —dijo él, dando un paso hacia ella.

—No es el hecho de que ahora tenga que matarte, eso iba a hacerlo de todos modos. Es más el hecho de que ahora tengo que ver a un hombre mórbidamente gordo balanceando sus grotescos cojones en mi dirección.

Dio otro paso. —Voy a hacer algo más que balancearlos hacia ti, cariño.

Ella mostró el picahielos. —¿Incluso después de que te los corte?

Se movió con rapidez a pesar de ser un hombre corpulento, lanzando un golpe circular con la mano izquierda. A pesar de tener

buena velocidad y puntería, Lacey fue más rápida y precisa, y se apartó hacia un lado.

Sintió cómo el puño le rozaba la mejilla sin llegar a impactar. Clavó el picahielos en su costado.

Él gimió y se apartó de ella tambaleándose. La sangre manaba de la herida, pero Lacey notó que el picahielos no había penetrado tan profundamente como había previsto, probablemente debido a sus capas de grasa. Se había detenido en sus costillas, posiblemente salvando sus órganos.

Extendió la mano para extraer el arma e intentarlo de nuevo, pero el cabrón había aprovechado la oportunidad y le propinó un puñetazo en la cara.

Su cabeza se echó hacia atrás, golpeando contra el tabique, y todo destelló. Sintió todo el peso de él. El tabique, que era frágil, se vino abajo con estrépito, y ella se desplomó con él. Cuando abrió los ojos, vio los ojos del hombre acercándose entre el polvo y luego sintió unas manos fuertes alrededor de su cuello.

Intentó arañarle la cara y los brazos, pero debían sentirse como gotas de lluvia para él después de haber sido atravesado por el picahielos.

Mientras el mundo a su alrededor comenzaba a desvanecerse, Lacey comprendió la inevitabilidad de todo.

Viviendo de un momento glorioso a otro, solo era cuestión de tiempo. Siempre había sabido, como había reflexionado anteriormente, que en cuanto cometiera un error, sería su fin.

Y esta noche se había equivocado. El picahielos no había sido suficiente para acabar con un hombre excesivamente gordo.

Sonrió mientras la oscuridad se cernía sobre ella—

Las manos se aflojaron de su cuello. Él tenía los ojos muy abiertos y parecía confundido. Se llevó la mano a la navaja automática clavada en su garganta y luego se desplomó sobre los escombros del tabique.

Lacey se incorporó y pasó unos momentos recuperando el aliento antes de mirar a Tobias.

—Creo que te dije que esperaras fuera.

LACEY RAY DESATÓ a la joven de la cama metálica y le quitó la mordaza de la boca.

La mujer comenzó a gritar.

Lacey le tapó la boca con una mano y le acarició el pelo con la otra.

—Todo ha terminado.

El grito murió en la palma de la mano de Lacey.

Después de que Lacey retirara su mano, la mujer dijo:

—¿Están todos...?

—¿Muertos? Sí.

—¿Cómo murieron?

Lacey hizo una pausa para considerar cómo responder.

—Violentamente.

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par.

—¿Eso te molesta?

Ahora fue el turno de la mujer de hacer una pausa y considerar cómo responder.

—No... me alegro.

—Imaginaba que dirías eso.

—Me ataron... me hicieron daño... —Estaba llorosa y las palabras salían a borbotones mientras hablaba.

—Lo sé —dijo Lacey—, lo vi.

—¿Y no los detuviste... *antes*?

—Los detuve *antes* de que te mataran.

La mujer respiró hondo.

—Sí. Planeaban matarte. No eres la primera.

—Tenemos que ir a la policía.

—Esa no es la solución.

—¿Qué? —La mujer se incorporó. Se dio cuenta de que estaba desnuda y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Ir a la policía no detendrá al hombre que está haciendo esto.

Tobias se acercó a Lacey.

—¿Quién es este?

—Es mi hijo, Tobias.

—Apenas tendrá cinco años. ¿Cómo has podido traerlo aquí? ¿*Por qué* lo has traído aquí?

—Buena pregunta —dijo Lacey. Pensó en el hombre que yacía muerto entre los escombros—. Pero me alegro de haberlo hecho.

—No lo entiendo.

—No importa. Lo que importa es que el padre de este niño es la razón por la que estás aquí. Es la razón por la que yo estoy aquí. Le hizo daño a alguien muy especial para mí, hace mucho tiempo. Destruir sus negocios, incluido este, solo ha sido el principio.

—Quiero irme a casa.

—Y lo harás. —Acarició la cara de la mujer—. ¿Cómo te llamas?

—Claire.

—Bien, Claire, tengo un lugar llamado la *Habitación Azul*. Es un lugar que visito. Un lugar donde puedo disfrutar de muchos momentos maravillosos antes de hacerlos realidad. Un momento como el de hoy. Quiero asegurarte algo antes de irme. —Se inclinó y besó la frente de Claire—. El hombre que organizó todo esto, el hombre que puso a estos monstruos en esta habitación, el hombre que te puso en la cama, ya ha estado en mi Habitación Azul.

—¿Y qué le hiciste?

—Lo maté. Lenta y dolorosamente. Y fue una de las cosas más maravillosas que he sentido jamás...

5

YORKE SOLÍA ser un buen juez de carácter, pero incluso a él le costaba descifrar a Robert Bennett.

Y cuando un hombre se ahogaba en tanta melancolía, como era el caso de Robert, resultaba muy difícil detectar falsedades.

Después de tomar muestras de ADN y enviar para su análisis la botella de agua que habían encontrado detrás del laberinto, instalaron a Robert en una sala de interrogatorios. Inmediatamente se desplomó en su silla, comenzó a tamborilear con los dedos sobre la mesa y dijo que ya no le importaba lo del abogado. De hecho, durante más de veinte minutos, no había parecido preocuparse por nada mientras Yorke y Gardner, exasperados, intentaban interrogarle desde el otro lado de la mesa.

—¿Por qué está tan abatido? —preguntó Yorke.

—Creía que ya se lo había dicho —respondió Robert—. Cuando tu mujer te abandona a los setenta años, es difícil ver el lado positivo.

—Encontrar el lado positivo es la menor de sus preocupaciones ahora mismo, señor Bennett. Tenemos pruebas que le vinculan con el secuestro de un chico de diecisiete años.

—Creía que también ya le había dicho eso. Son chorradas. No es que me importe. Métanme en la cárcel por algo que no he hecho y dejen que el verdadero cabrón siga robando niños.

Antes de entrar en la sala, Yorke había leído un breve historial sobre Robert. Él, como muchos granjeros, había nacido en un entorno privilegiado. Sus padres habían sido avicultores devotos que

habían contribuido generosamente a la comunidad local. Robert se había marchado para casarse a temprana edad, optando por apoyar a su nueva esposa en la gestión de la granja que ella había heredado. Esta era una propiedad que no se transmitiría a la siguiente generación, ya que Robert y su mujer nunca habían tenido hijos. Aunque tampoco importaba. La granja se había arruinado de todos modos.

En sus cuarenta, Robert había probado suerte en el teatro amateur y había representado gran parte del repertorio de Shakespeare en varios pequeños teatros de Wiltshire. Desde entonces, hasta hace unos cinco años, había dividido su tiempo entre la granja y su propio club de teatro amateur para jóvenes aspirantes a actores. Se había vuelto muy popular en cierto momento, y había recibido muchos elogios del ayuntamiento local. Incluso se había hablado de una condecoración OBE en algún momento.

—Lo interesante de esto —le había dicho Yorke a Gardner antes de esta entrevista—, es que le habría dado mucho contacto con hombres jóvenes.

Pero Robert nunca había tenido problemas con la ley y había pasado los últimos treinta años de su vida como un ciudadano modelo. Sin embargo, repasando los anales de la historia, había muchos ciudadanos modelo que resultaron ser todo lo contrario cuando finalmente llegó la gran revelación.

A su lado, Gardner se puso unas gafas y tomó algunas notas. Yorke se sorprendió; nunca la había visto usar gafas antes.

—¿Por qué le dejó? —preguntó Gardner.

Robert se llevó la mano para rascarse una parte de la cara. Un trozo de piel seca se desprendió y brilló bajo la luz. —Lo habitual. Otro hombre.

Yorke esperaba que esto no fuera *habitual*. No podía ni imaginar cómo se sentiría si Patricia le hiciera eso. —¿Quién era?

—No lo sé. Dejó una nota. Dijo que era más joven y más amable que yo. —Sonrió y mostró sus relucientes dientes postizos.

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó Gardner.

—Hace aproximadamente una semana.

—¿Y desde entonces, qué? ¿Se ha quedado en casa? —dijo Yorke.

—Más o menos, sí. ¿Vieron el estado del lugar? No he puesto un pie fuera de casa.

—¿Ni siquiera para comprar comida?

—¿No han visto esas furgonetas pequeñas que usa Asda para repartir?

Yorke esperaba que Robert interpretara la sonrisa con la que respondió de la manera despectiva en que estaba destinada.

—No pudimos encontrar ningún coche en su propiedad —dijo Gardner.

—Correcto. Teníamos un Jaguar y ella se lo llevó.

Yorke le explicó que Bryce Singles había informado haberle visto en un Audi pasando junto a su tractor fuera de la granja Mitchell.

—No era yo. Nunca he tenido uno.

Aquí estaba diciendo la verdad. Yorke ya lo había confirmado.

—¿Ha conducido alguno alguna vez? —preguntó Gardner.

—No.

Yorke tomó nota. En algún momento, revisarían todos los conocidos de Robert para ver si podría haber tomado prestado el vehículo de alguien más.

—Volviendo a este estilo de vida recluido. ¿Cómo se siente, señor Bennett, manteniéndose encerrado de esa manera? —dijo Gardner, jugueteando con sus gafas, claramente no acostumbrada a ellas todavía.

—Extrañamente liberado. La gente me cabrea.

—Interesante. —Yorke señaló una carpeta de papel marrón sobre la mesa—. Porque mirando este expediente, yo diría que usted tiene un historial de ser bastante sociable, ¿no?

—¿En qué sentido?

—¿Teatro amateur? ¿Una sociedad que dirigía para jóvenes?

—Hace mucho tiempo de eso. Quizás desde entonces me he vuelto un gruñón.

No hay discusión ahí, pensó Yorke.

—Pero ¿por qué eligió dirigir la sociedad solo para jóvenes? —preguntó Gardner.

—¿Y por qué no? —Robert se rascó la palma de la mano—. Ah... ya entiendo. En lugar de simplemente querer ayudar a los jóvenes a desarrollar sus habilidades y elegir a Shakespeare por encima de La isla del amor, ¿monté un club de talentos para cazar?

Yorke cruzó la mirada con Robert por un momento. Luego respondió con calma. —¿Es ese el caso, señor Bennett?

Robert se dejó caer en su silla. —Quizás sí que es hora de llamar a mi abogado...

—¿Por qué ha cambiado de opinión? —dijo Gardner—. Antes no quería uno...

—Sois incorregibles, joder. Lo único que quiero es irme a casa.

—¿Y revolcarse en su miseria? —dijo Gardner.

—Sí... y revolcarme en mi miseria. Entonces, ¿dónde está esa fotografía mía en una granja en la que nunca he estado en mi vida?

Yorke abrió la carpeta y deslizó la imagen de las cámaras de vigilancia de la granja de los Mitchell.

Yorke observó a Robert con atención. Sus ojos se abrieron de par en par, y el color desapareció de su rostro escamoso.

Pero, se recordó Yorke a sí mismo, *es un actor experimentado*. —¿Ocurre algo, señor Bennett?

—Este no soy yo.

—Ciertamente se parece a usted —dijo Gardner.

—Sí... se parece... pero...

—¿Hasta en el... cómo lo llama? —Yorke miró sus notas—. ¿El PVS? —Extendió la mano y señaló las manchas de eccema en la cara del hombre de la fotografía.

—No soy yo. Yo no estuve allí —dijo Robert estrechando los ojos.

Por primera vez hoy, pensó Yorke, *pareces realmente preocupado*.

—Discúlpenos, señor Bennett, pero este hombre es su vivo retrato —dijo Gardner.

—Es alguien que está haciéndose pasar por mí.

Yorke y Gardner se miraron y sonrieron. Ahora se movían sincrónicamente y fueron capaces de fingir incredulidad a la perfección. Yorke volvió a mirar a Robert. —Menudo disfraz...

Robert golpeó la mesa con la mano. —Os lo estoy diciendo ahora mismo. No soy yo. Nunca he estado en esa *puta* granja.

—Me gustaría creerle, señor Bennett, pero sin una coartada para ese momento, y con esta imagen de las cámaras... —Negó con la cabeza—. Sin olvidar que un testigo ocular afirma que usted le insultó desde la ventanilla. Quiero decir, ¿por qué deberíamos pensar lo contrario?

—Mire bien. Es mucho más delgado que yo. —Robert se puso de pie y ofreció su perfil—. Obviamente no bebe cerveza como yo.

Yorke miró la foto, pero antes de decidir si tenía razón, alguien llamó a la puerta.

Jake le hacía gestos a Yorke para que saliera. Parecía agitado.

Mientras se levantaba, se dio cuenta de que Gardner era ahora la jefa. Le dio un golpecito en el hombro, y ella lo miró. Apenas la reconoció con las gafas puestas.

Ella se encogió de hombros. —No, ve tú.

—Gracias, señora.

Fuera de la sala, Jake le comunicó buenas noticias.

Yorke lo agarró por ambos hombros. —*¡Gracias a Dios!*

Jake suspiró. —Sin embargo, me temo que también hay malas noticias.

Sarah Ray agarraba la única mano que le quedaba a su hijo.

Yorke se acercó a Paul desde el otro lado de la cama del hospital. —¿Cómo lo llevas, grandullón?

Paul levantó en el aire su muñón recién vendado. —Bueno, ya no podré batear. —Sacó su mano restante del agarre de su madre y la levantó—. Pero al menos todavía puedo lanzar.

Yorke le ofreció una sonrisa comprensiva.

—No se saldrá con la suya —dijo Jake junto a Yorke.

—Me he librado por poco. —Paul tenía lágrimas en los ojos.

Las manos de Sarah se pusieron blancas mientras volvía a tomar la mano de Paul y la sujetaba con más fuerza; entonces, empezó a

llorar. Su hijo se inclinó y la abrazó.

Yorke y Jake ya conocían la mayoría de los detalles. Después de que la ambulancia lo hubiera llevado al hospital hacía más de una hora, Paul les había contado a los agentes locales casi todo lo que había vivido. Habían sido diligentes tomando notas. Mientras lo interrogaban, le habían limpiado, suturado y vendado la herida. Esta noche, los cirujanos operarían la herida y la arreglarían lo mejor posible.

La situación era trágica. Un joven estaba muerto y mutilado extremadamente. Un anciano, que se había presentado como Reginald Ray, se había estado alimentando de él. Paul les había dicho a los agentes que sospechaba que su mano había sido amputada con el mismo propósito. —Creo que había renunciado a intentar *convertirme*, y simplemente decidió que yo sería el siguiente.

El joven aún no había sido identificado, pero Yorke se sorprendería mucho si no fuera Samuel Mitchell. Actualmente no buscaban a ningún otro joven desaparecido en la zona. No era 1918, el año en que Reginald Ray había iniciado su ola de asesinatos en Wiltshire. Y ese hombre había muerto hace mucho tiempo, independientemente de lo que el secuestrador de Paul le hubiera dicho. No, este cuerpo pertenecía a Samuel Mitchell, sin duda. La confirmación no tardaría en llegar.

Gardner ya estaba dirigiendo una unidad de incidentes graves en la escena del crimen. Yorke aún no había recibido información actualizada, pero los primeros en responder se habían referido a la escena como "una pesadilla". Yorke se dirigiría allí después de hablar con Paul. Necesitaba hacerse una idea de la escena.

Hacerse una idea de a qué se enfrentaba.

Gardner había dejado claro que serían tanto ella como Topham quienes darían la noticia a Holly y Ryan Mitchell una vez confirmada.

—Les dijimos que lo encontraríamos —le había dicho a Yorke antes—. Ahora es nuestra responsabilidad comunicarles el resultado.

—¿Está Mark a la altura? —había dicho Yorke, recordando las cosas preocupantes que había estado oyendo sobre él últimamente.

—Estará a la altura. Esta situación es muy aleccionadora, ¿no crees?

Yorke y Jake esperaron pacientemente mientras madre e hijo se abrazaban. Finalmente, Paul se volvió para hablar con Yorke. —Me dijeron que el hombre al que herí se pondrá bien. ¿Es cierto, Mike?

Yorke asintió. —Le están poniendo un par de puntos en el brazo.

—Apenas podía ver, y entré en pánico. Pensé que era él otra vez. Que volvía para... —Finalmente dejó escapar sus propias lágrimas.

Sarah se levantó y atrajo la cabeza de Paul contra su pecho. Todos permanecieron en silencio, permitiendo a Paul este momento.

El cartero, que había ido a la puerta para entregar un paquete, había recibido una herida superficial en el brazo causada por una pata de silla. Afortunadamente, le resultó fácil reducir al joven herido y conmocionado, antes de que pudiera causar más daño. Con Paul inmovilizado en el suelo, el cartero había contactado con la policía. Nunca entró en la granja.

Bien por él, pensó Yorke. Hay escenas que no están hechas para ojos humanos inocentes. Esta definitivamente parecía una de ellas.

Paul se separó del abrazo de su madre y se estremeció mientras se enderezaba contra su almohada. —Lo siento... me duele muchísimo la espalda. Casi me la rompo al salir de esa silla. No os preocupéis. Me han hecho pruebas. No hay hemorragias.

—Lo has hecho muy bien —dijo Yorke—. Has sido increíblemente valiente.

—Bueno, en realidad no. Es solo que esta vez no te tenía a ti para que vinieras a buscarme.

—No me necesitabas.

—Soy un completo *jodido* idiota por haber quemado ese lugar.

—Estabas enfadado —dijo Sarah—. No es culpa tuya. Lo que te ha pasado, *todo lo que te ha pasado*, es por culpa de esa familia.

Yorke no dijo nada. Estaba de acuerdo con Paul. Ir a la antigua granja de los Ray y prenderle fuego había sido una idiotez. A Paul le costaría evitar los cargos cuando todo esto terminara. Si ese fuera el caso, Yorke tendría que intentar usar algo de influencia. Este chico ya había sufrido bastante.

—Sé que quizás no sea un buen momento para usted, Paul, pero si pudiera ayudarnos con algunas preguntas sobre el hombre que se hacía llamar Reginald Ray... podríamos resolver este asunto mucho antes.

—Por supuesto.

—Descríbanoslo.

Paul lo describió. Yorke no dejó que su expresión revelara la conmoción que le produjo saber que el anciano tenía eccema por toda la cara.

Cuando Paul terminó, Yorke miró a Jake. Ambos pensaban lo mismo.

Yorke dijo: —Voy a enseñarte una foto ahora, ¿te parece bien?

Paul asintió.

Yorke le mostró la fotografía de Robert Bennett tomada antes en la comisaría.

Paul se estremeció. —Sí. Es él. Es Reginald Ray.

No, no lo es, pensó Yorke, *porque a Reginald Ray lo colgaron de un árbol en 1918 y este hombre está actualmente bajo custodia.*

YORKE INDICÓ a Jake que se tomara un descanso. Iba a ser una noche larga y la escena del crimen estaba más que cubierta. Jake se mostró reacio al principio, pero luego cedió. Tenía recuerdos recientes de lo agotadoras que podían ser las investigaciones de asesinato.

—Pero ve directamente a casa —dijo Yorke—, *con tu mujer*.

Jake hizo un saludo militar y se marchó en coche, mientras Yorke se dirigía a la escena del crimen.

Yorke no podía creer que esta fuera la cuarta granja que visitaba en menos de veinticuatro horas. Él y Patricia habían estado hablando sobre la necesidad de salir más al campo, pero esto era ridículo.

Esta granja, a diferencia de la perteneciente a Robert Bennett, estaba bien cuidada. Lo único que le faltaba ahora era un propietario. El viudo Peter McCall cultivaba maíz y tenía varias

hectáreas dedicadas a este propósito. Finales de mayo, cuando el suelo ya no estaba frío, era el mejor momento para sembrar. Ahora era casi finales de abril. ¿Volvería Peter McCall para esta tarea? Yorke lo dudaba. No le sorprendería que estuviera muerto. A menos que fuera el hombre que se hacía pasar por Reginald Ray, pero si era así, ¿dónde dejaba eso al principal sospechoso, Robert Bennett?

A menos que Robert estuviera diciendo la verdad y alguien *estuviera* suplantándole. ¿Podría Peter ser el impostor? *¿En serio?* Sería un disfraz impresionante.

Se acercó a la propiedad. Era un día despejado, y los campos y la granja se bañaban en el sol primaveral de la tarde. Si no fuera por la furgoneta de incidentes graves, varios vehículos policiales más y un grupo de agentes alrededor del perímetro, habría sido una vista tranquila.

En cambio, sería una cautivadora portada para el periódico de mañana. Miró alrededor. Afortunadamente, aún no podía ver ni percibir a la prensa.

La normalmente animada Gardner se dirigió hacia él con la cara pálida y los brazos cruzados.

—¿Es horrible, entonces? —dijo Yorke.

—Mucho más que eso. —Gardner descruzó los brazos y metió la mano en su bolsillo con un temblor. Se echó unos tic-tacs en la boca. *Su vicio. Qué suerte tiene.* Él habría matado por un cigarrillo, pero ella se lo arrancaría de la boca antes de que pudiera encenderlo.

Le ofreció los tic-tacs.

Él los cogió. —No queda ninguno.

—Lo siento. No entres, Mike. Lo digo en serio. Ahórrate eso.

—¿Algún rastro del propietario, Peter McCall?

—Ninguno. He pedido que se contacte con la familia para ver si pueden arrojar algo de luz sobre dónde podría... —Tomó aire bruscamente, cerró los ojos con fuerza y se agarró el costado del pecho.

—¿Estás bien, Emma? —Yorke extendió la mano hacia ella.

—Sí... sí... —dijo Gardner, agarrando el brazo extendido de él—. Solo son punzadas de vez en cuando.

—Eso parecía más que una punzada —dijo Yorke—. Vamos a sentarte.

—Me tomaré un respiro en la furgoneta.

—¿Cuándo fue la última vez que fuiste al médico?

—Esta semana. Deja de preocuparte, me han dado el visto bueno. Dolores agudos en los músculos alrededor del pulmón serán lo normal, me temo. Y el estrés hace que empeore.

—¿Y qué tendríamos nosotros para estar estresados? —sonrió Yorke.

—No podría ni imaginarlo. —Gardner le devolvió la sonrisa.

—Ve a la furgoneta. Voy a entrar. Necesito hacerme una idea.

—Bueno, de acuerdo, pero estate preparado. No he visto nada parecido desde Jessica Brookes.

Yorke se estremeció al oír el nombre. Hacía tiempo que no escuchaba en voz alta el nombre de la madre de Ewan. Jessica había sido destrozada por un fanático religioso. Literalmente. Ese monstruo le había arrancado el corazón.

Mientras se acercaba, Yorke notó varios pájaros negros grandes dando vueltas sobre la granja. ¿Cuervos? Sus conocimientos sobre aves eran tales que no podía estar seguro, pero estaba bastante convencido. Era una visión peculiar. Varios juntos, flotando sobre la pequeña casa. ¿Podrían oler la sangre dentro? ¿La muerte?

Rápidamente se abrochó los dos botones superiores de su polo. Siempre le invadía la sensación de que el frío le arañaba el cuello y la parte superior del pecho, como un espíritu perdido intentando entrar en él, en escenas como esta.

En la cinta azul y amarilla, saludó al agente Sean Tyler.

—Buenas tardes, señor —dijo Tyler, registrando a Yorke en el cuaderno. Su tono de voz era demasiado animado. Su cara estaba llena de color. Obviamente no había estado en la casa que tenía detrás.

Yorke oyó llegar un vehículo. Se dio la vuelta y vio una furgoneta blanca. Un hombre con una cámara saltó fuera. Parecía que iban a conseguir esa cautivadora foto para la portada de mañana después de todo.

Yorke se volvió hacia Tyler. —¿Se ha contactado con Price?

Price era su Oficial de Relaciones Públicas.

—No lo sé.

—Pide a alguien que lo compruebe, Sean.

—Sí, señor.

Tyler le entregó unas bolsas selladas. Las abrió y se apoyó contra la pared de la granja mientras se ponía un traje protector. Luego cubrió sus zapatos con unos protectores.

Yorke entró en la casa por la puerta principal abierta. Ante él, en el vestíbulo, dos técnicos de la Científica estaban inspeccionando un jarrón hecho añicos que había sido derribado de una mesa. Aparte de esto, el vestíbulo estaba desnudo. Había algunas acuarelas de varios paisajes en la pared. Uno de los técnicos levantó la mirada hacia él y señaló una puerta abierta al final del pasillo.

Yorke asintió en señal de agradecimiento y se dirigió hacia la habitación. A medida que se acercaba, podía oír la actividad en la sala, y vio los destellos de una cámara. Tanta actividad. Y sin embargo, toda ella llegaba demasiado tarde para salvar a este joven.

Un joven a punto de comenzar su vida adulta.

Yorke imaginó a Robert Bennett de pie frente a él para poder gritarle a la cara: *y no solo le arrebataste eso, se lo arrancaste*.

Entró decidido en la habitación, comprobando instintivamente, una última vez, que tenía el cuello cubierto.

Se habían instalado luces portátiles que funcionaban con un generador principal alrededor de la habitación. Si la habitación era demasiado oscura, como había sido esta, era necesario. Las escenas del crimen oscuras eran cosa de películas. Se perdería demasiada evidencia.

Sin embargo, en este momento, Yorke deseaba una escena del crimen oscura para suavizar el impacto de estas atrocidades.

Los técnicos forenses rodeaban a Samuel Mitchell como si fueran aves de presa, analizando el peligro y determinando si quedaba suficiente en este cadáver que mereciera la pena para lanzarse sobre él.

El improperio que Yorke quería soltar ante semejante visión horrible no logró salir, quedándose atascado y muriendo en algún lugar de su garganta.

Sabía que Patricia estaba aquí —era la Cirujana Forense, después de todo— pero aún no había apartado los ojos del pobre joven, que yacía boca abajo sobre la mesa, con la cabeza completamente abierta. La sierra ensangrentada a su lado contaba una historia que Yorke no quería llevar consigo hasta el día de su muerte, pero sabía que tendría que hacerlo.

Podía sentir los ojos de Patricia sobre él ahora, pero vacilaba en encontrarlos porque no quería hacer de esto un recuerdo compartido. Aunque no tenía elección. Ese momento estaba llegando, más pronto que tarde.

Cuando el Oficial de Apoyo Científico Lance Reynolds rompió el momento de malestar de Yorke con un destello de su cámara, finalmente se encontró con los ojos de su esposa.

Sus ojos le ofrecieron compasión. Ella sabía que tenía una constitución más fuerte para esto que él. Después de quitarse la mascarilla, articuló con los labios: «¿Estás bien?»

Él mintió con un asentimiento.

Miró de nuevo el cuerpo, ahora siendo picoteado por los técnicos. Recordó la declaración de Paul de que el hombre que afirmaba ser Reginald Ray había estado "alimentándose" de Samuel.

El Reginald Ray original había asesinado y comido a seis chicos. Peor aún, *si* podía haber algo peor, también se los había dado de comer a su familia. Algo que *ellos* afirmaron no saber nada al respecto.

A pesar de las conexiones, Yorke no estaba dispuesto a creer que fuera el Reginald Ray original quien le había hecho esto a Samuel. Un hombre que se balanceó de una rama hace un siglo no era un demonio atormentado que había regresado de la tumba para continuar su matanza. Dejaría esa teoría para los cuentistas.

Aparte de Paul, la única Ray que quedaba era Lacey. Este no era su modus operandi. Ni de lejos. Tampoco había mostrado nunca interés en el canibalismo.

Patricia le sonrió, volvió a ponerse la mascarilla y se unió a la bandada de técnicos para seguir examinando el cuerpo.

Yorke examinó la habitación. Era como un antiguo comedor victoriano que encontrarías en una mansión señorial, aunque a una

escala ligeramente menor. El candelabro y la variedad de platos alrededor de la mesa sugerían invitados, y muchos. ¿El hombre que se hacía pasar por Reginald Ray esperaba invitados, o era simplemente una puesta en escena?

Al lado de la habitación había una silla destrozada, que actualmente estaba siendo examinada por el Oficial de Pruebas, Andrew Waites. Yorke pensó en la queja de Paul sobre su espalda magullada y decidió que tenía suerte de no tener ninguna hemorragia interna.

Mientras apartaba la mirada de los destrozos, por encima de la mesa, vislumbró un gran cuenco. Su contenido le hizo tener arcadas.

Los intestinos en el cuenco estaban enrollados, conservando la posición que habrían tenido cuando todavía estaban dentro de Samuel.

Yorke se dio la vuelta. Ciertamente ya tenía una idea clara del lugar. Si pasaba más tiempo aquí, vomitaría y contaminaría la escena. O peor aún, perdería la maldita cabeza.

Fuera, Yorke se apoyó contra el lateral de la granja, donde anteriormente se había puesto el traje protector.

Sus pensamientos divagaron hacia la desesperación. A pesar de ya conocer su próximo movimiento, y creer, como siempre creía, que pondrían fin al mal, de repente se sintió desesperanzado.

Se frotó las sienes. ¿Cómo podía tener alguna esperanza en la humanidad, cuando tantas personas se veían impulsadas a actos tan diabólicos? Y cada vez que detenían a uno de estos monstruos, otro surgía de la tierra como una maldita mala hierba...

¿Cuántas malas hierbas tendrían que arrancar? ¿Cuántas veces tendría que ver lo que acababa de presenciar en esa habitación?

—¿Señor?

Reconoció la voz y levantó la mirada hacia la imponente figura del inspector Mark Topham.

Sin pensarlo mucho, Yorke dio un paso adelante y abrazó a su viejo amigo. Al principio, Topham no respondió, posiblemente confundido sobre cómo reaccionar a esta súbita violación de la etiqueta de la escena del crimen, pero finalmente devolvió el abrazo.

Yorke dio un paso atrás, manteniendo el agarre en los brazos superiores de Topham. Notó que no se sentían tan tonificados como antes. En otros tiempos, dar una palmada en la espalda de Mark Topham, fanático de la forma física, era como dar una palmada a una pared de ladrillos.

Topham había perdido mucho peso. Su cara estaba pálida y demacrada. Había una oscuridad alrededor de sus ojos que no encajaba con un hombre tan conocido por su actitud brillante y optimista. Su pelo, habitualmente recortado y con estilo, colgaba tan sin vida como su otrora colorido temperamento.

—Siento que haya pasado tanto tiempo, Mark. De verdad —dijo Yorke.

—Tenía usted sus razones.

—No hay excusa.

—Le queda bien la barba.

—Me la voy a quitar —dijo Yorke, pasándose una mano por ella —. Es una resaca de mis días sentado y enfurruñado por la suspensión.

Topham suspiró. Miró hacia la entrada de la granja durante unos momentos antes de responder. —Tenía todo el derecho a enfurruñarse, señor, en mi opinión.

La noche en que fue suspendido, y nació Beatrice, Yorke le había dado la noticia a Topham de que su pareja, Neil, el hombre al que amaba desesperadamente, había sido asesinado. Nunca había escuchado tanta angustia provenir de un ser humano. Yorke había visto algo suceder tras los ojos de Topham aquella noche. Algo que podía percibirse, pero no describirse. Luego, después de que Topham se derrumbara de rodillas, Yorke había sostenido la cabeza de su amigo firmemente contra su pecho mientras la verdadera comprensión de lo que le había ocurrido a Neil echaba raíces en su interior y desgarraba su alma.

—Y tienes todo el derecho a estar triste —dijo Yorke—, durante el tiempo que necesites.

Topham desvió la mirada. —No es el momento ahora, señor.

—No, no lo es, Mark, estoy de acuerdo. Sin embargo, nunca parecerá el momento adecuado para hablar. Pero necesitas hacerlo,

realmente lo necesitas.

—Hablo con Emma. Hablo con mi hermana. Todo lo que parece que he hecho desde aquel día es *jodidamente* hablar.

—Necesitas hablar con alguien con quien no tengas una relación cercana. Alguien que realmente pueda ayudarte.

Topham puso los ojos en blanco.

Yorke le apretó el brazo con fuerza. —Sí. Sé que quizás no quieras oír esto, pero en cierto modo sé cómo te sientes. Me llevó años superar lo de Danielle... superar lo que le ocurrió. Pero ¿sabes qué fue lo que más me ayudó? Hablar con alguien a quien no conocía.

Topham apartó su brazo.

Suficiente, Mike, pensó Yorke. *Te estás pasando.*

—Me alegro de verte, Mike —dijo Topham—, pero no puedo hacer esto ahora. No con un niño muerto en esa granja. Y no con lo que Emma y yo tenemos que decirles a sus padres dentro de poco.

—Lo entiendo. —Yorke le dio unas palmaditas en el hombro otra vez—. Lo entiendo. Te veré en la central, ¿vale?

Topham asintió y se acercó a Tyler para registrarse.

Yorke quería gritarle que no entrara, que se ahorrara ese trauma, *especialmente* cuando estaba tan claramente mal.

Pero no lo hizo. Ya había causado suficiente daño por una noche.

Jake no fue a casa con su mujer. En lugar de eso, fue a casa de Caroline.

No era la primera vez que habían tenido sexo esta semana, y mentiría si dijera que sería la última.

Después, se tumbó a su lado, sudoroso, preguntándose si lo que Yorke le había dicho era cierto.

¿Era esto solo una serie de explosiones químicas en mi cerebro?

Miró la figura desnuda a su lado. Ella estaba de cara a él, sonriendo. Sus ojos recorrieron el cuerpo de ella. Transpiraba y resplandecía.

Sí, parece perfecta, pensó Jake. *Pero Sheila también lo es.*

Una vez le había dicho a Sheila que nunca podría encontrar a nadie tan atractiva como la encontraba a ella. No estaba mintiendo. Incluso ahora, estaba seguro de que esa afirmación seguía siendo cierta.

Caroline continuaba sonriendo.

Pero esa sonrisa, pensó Jake. *Dios, esa sonrisa. ¿Cuándo fue la última vez que Sheila me sonrió así?*

Caroline se estiró y tiró de la manta para cubrirlos antes de que cogieran frío. Cuando cubrió a Jake, de repente este se sintió abrumado por la culpa.

¿Cuándo fue la última vez que le sonreí a Sheila así?

Se preguntó si Sheila estaría pasando la tarde en la cama con otro.

Bueno, no, no lo estaría. Estaría demasiado ocupada cuidando de su hijo.

6

LACEY RAY OBSERVABA a Frank Pettman.

Era particularmente atrevido para un niño de su edad y logró escalar un muro de escalada que seguramente estaba pensado para niños mayores. Después de alcanzar la cima del muro, se escabulló hacia una casa en el árbol con forma de seta.

Lacey miró a Sheila Pettman, que observaba a su hijo con los ojos muy abiertos.

Manteniéndote en vilo, pensó Lacey. *Igual que hace su padre*.

Frank se lanzó desde la casa del árbol como una bala de cañón, corrió por el puente de cuerdas, obligando a un niño mayor a girarse para evitar ser derribado, y se zambulló por el tobogán. Con una sonrisa, Lacey vio a Sheila corriendo sobre la superficie de goma del parque infantil con sus pantalones de imitación de cuero y una rebeca de estampado de leopardo ondeando a su alrededor. Otras madres, de las que había muchas, observaban la escena.

Sin duda aportas glamour al Club de Mamás, pensó Lacey.

Al final del tobogán esperaba otro niño pequeño. Era de edad similar, pero de temperamento diferente. Permanecía quieto y en silencio con las manos en los bolsillos, mirando fijamente a Frank.

Cuando Sheila llegó al final del tobogán, estaba sin aliento. — *¡Cuidado, Frank!*

Pero no había necesidad de preocuparse porque las botas de agua de Frank habían creado suficiente fricción contra el tobogán para frenarlo antes de llegar al final.

Sheila cogió a Frank en brazos y luego miró al niño que estaba al final del tobogán. —Lo siento, jovencito.

Él levantó la mirada pero no respondió.

—Quizás deberías apartarte del tobogán. Es más seguro —dijo Sheila.

Lacey sonrió. *Sheila, te presento a Tobias*.

Se produjo un momento incómodo entre Sheila y Tobias. Tobias no era muy comunicativo. Nunca lo había sido realmente.

—¿Dónde está tu mamá? —dijo Sheila.

Tobias se giró en dirección al banco del parque donde Lacey estaba sentada. Lo normal en este momento habría sido señalar a Lacey. Lacey sonrió de nuevo. Su niño era cualquier cosa menos normal.

El banco del parque no estaba demasiado lejos, por eso Lacey podía escuchar todo lo que Sheila decía.

—¿Por qué no vas con tu mamá? —dijo Sheila.

Tobias permaneció inmóvil.

La madre del niño le resultaba familiar a Sheila. No recordaba haber conocido a nadie con una apariencia tan llamativa desde su última visita a Whitby durante el famoso Festival Gótico. La mujer tenía tatuajes que le subían por ambos lados del cuello. Llevaba la cabeza rapada y lucía un grueso delineador negro y pintalabios del mismo color. Vestía una camiseta negra con una cruz plateada manchada de sangre en el frente, vaqueros negros ajustados y botas góticas con cordones hasta las rodillas.

El niño, que simplemente se había quedado quieto mientras Frank se deslizaba por el tobogán hacia él, no hacía ningún esfuerzo por volver con su madre.

No es que le culpe realmente, pensó Sheila, *no parece muy accesible*.

—¿Esa es tu mamá? —dijo Sheila.

El niño no respondió, pero siguió mirando fijamente a la mujer.

La mujer se puso de pie y levantó una mano. —¿Tobias? —Tenía un fuerte acento del sur de Estados Unidos—. ¡Ven aquí! —Hablaba lentamente y arrastrando las palabras—. ¡Ya te he dicho antes que no te quedes mirando así!

Sheila notó que Frank apretaba su agarre y escondía la cara en su cuello. Era evidente que la mujer le ponía nervioso y esto, a su vez, hizo que Sheila sintiera mucha simpatía por Tobias.

—No estaba haciendo nada malo —dijo Sheila—. Solo no quería que le golpearan al final del tobogán.

La mujer dio un par de pasos hacia delante. —El espacio personal es algo desconocido para mi Tobias. Tienes que perdonarle.

Sheila reconoció a varias madres que pasaban curioseando. En unos minutos, estarían cotilleando sobre Sheila y su peculiar nueva amiga del parque. No es que le importara. Estaba muy por encima de eso.

La mujer se había acercado ahora, y Sheila pudo ver que se había aplicado base blanca para acentuar su tez pálida. La mujer extendió su mano. —Soy Millie Radford.

—Sheila. —Le estrechó la mano.

—Y este hombrecito es Tobias. —Se arrodilló detrás de él y le besó en la mejilla—. No es como otros niños, como probablemente habrás notado. ¡Dios lo puso tan lejos en el espectro que casi se cayó por el otro lado!

Sheila estaba atónita por la forma en que Millie hablaba de su hijo mientras él podía oírla. Bajó la mirada para que su expresión no delatara su malestar.

—¿Sabes? Hemos venido a Salisbury para ver a nuestra gente. La primera vez, fíjate, que ve a su gente. ¿Y sabes qué les dice a todos?

Sheila levantó la mirada y negó con la cabeza. Frank se aferró con más fuerza.

—¡Nada de nada! No importa cuánto le anime, simplemente se niega. ¿Sabes? Me estoy volviendo loca. Si sigue así, voy a tener que darle una zurra.

Los ojos de Sheila se abrieron como platos.

—¡Vaya, lo siento! No pongas esa cara tan afligida, solo estaba bromeando. Es mi gato ragdoll. No le haría daño ni a un pelo de su cabeza, aunque me haga pasar un infierno.

Extendió la mano y tocó a Frank en el hombro. —¿Cómo te llamas, pequeño?

Frank se apartó bruscamente. Sheila lo apoyó dando un paso atrás. Algo se sentía muy extraño aquí.

La sonrisa de Millie desapareció y sus manos cayeron sobre los hombros de Tobias. Él estaba mirando fijamente a Sheila y a Frank. No sonreía. De hecho, su rostro parecía bastante inexpresivo. Como si realmente no estuviera conectado con la situación que se desarrollaba a su alrededor. *Pobre niño*.

—No sois tan amigables aquí como en mi tierra. ¿Es así como tratáis siempre a los forasteros? —dijo Millie.

—No estoy segura de a qué te refieres —Sheila dio otro paso atrás—, pero realmente tenemos que irnos.

—¿De vuelta con tu marido?

—Sí...

—¿Cómo se llama?

—Lo siento, pero *realmente* tenemos que irnos. —Sheila se dio la vuelta para alejarse y no miró atrás.

YORKE ESTABA SENTADO SOLO en la sala de investigación, contemplando un recuerdo manchado de sangre del último caso relacionado con la familia Ray.

Era una fotografía que se había recuperado del cadáver de Thomas Ray después de que su hijo Lewis lo asesinara. El despiadado asesino la había clavado en la pierna de su padre.

Yorke no estaba seguro de que hubiera alguna respuesta en esta fotografía, pero necesitaba refrescar su memoria y sacarla de la sala de pruebas no le había costado mucho tiempo.

La fotografía se había tomado en 1944 en la Granja de Cerdos Ray, ochenta años antes de que Paul Ray llegara para quemarla

hasta los cimientos y ser secuestrado por segunda vez. Dispersos sobre y alrededor de una valla estaba la cosecha de Rays de aquella época.

Miró primero a un niño y una niña que sujetaban a un niño pequeño por las piernas. El pequeño había sido Thomas Ray. El chico que lo sujetaba era Ritchie Ray, padre de Lacey Ray y abuelo de Paul. Ritchie pasó gran parte de su juventud institucionalizado tras ser sospechoso de asesinar a su hermana, la chica que sujetaba la otra pierna de Thomas.

Yorke suspiró. Ritchie y Thomas. Trozos de maldad en una familia muy mala.

Pasó al siguiente trozo. Andrew Ray, el padre de Thomas. Un hombre corpulento con un hueso nasal que se había roto tantas veces que yacía plano contra su cara y serpenteaba en todas direcciones. Los trozos de maldad no podían ser peores que Andrew. Un hombre que se había vuelto tan obsesionado con la existencia de extraterrestres que había establecido un culto depravado y había comenzado a reclutar gente de la zona.

—Rezad por los Ray —dijo Yorke.

Esa era la frase que muchos lugareños utilizaban mientras la secta de Andrew marchaba, tumultuosamente, por el pueblo, vandalizando las iglesias locales que se negaban a apoyarles en sus creencias equivocadas.

En la fotografía, Gladys Ray, la viuda de Reginald, se encontraba junto a la familia. Tenía una mirada distante como si estuviera recordando tiempos más felices ya pasados. Un tiempo anterior a 1918 quizás. El año en que descubrió que su amado Reginald era un asesino en serie que había estado alimentando a los niños del pueblo con sus restos en el almuerzo dominical.

Dorothy, la hija de Gladys y Reginald, también aparecía en la fotografía. Había muerto poco después de que se tomara esta fotografía durante la gran epidemia de gripe.

Yorke respiró profundamente. Había una imagen granulada de alguien en el corral de cerdos al fondo. No recordaba haberla notado durante la última investigación. Bajó por el pasillo y pidió prestada una lupa a Wendy, una Asistente de Apoyo a la Dirección. Ella le

lanzó una mirada por encima del borde de sus gafas. —Me alegro de tenerle de vuelta, señor.

—¡No parece que se alegre! —sonrió Yorke.

—Lo estoy, de verdad. Es solo que cuando usted está aquí, la carga de trabajo tiende a aumentar.

Yorke señaló su estación de té y le guiñó un ojo. —Solo le estoy dando algo que hacer. Me di cuenta de que ya se había acabado ese paquete gigante de bolsitas de té que le di antes de irme de permiso.

—¡Compórtese, señor! —rompió su fingimiento y sonrió.

—Te la devolveré más tarde. —Se marchó, levantando la lupa.

—No, no lo hará —le gritó ella—. ¡La dejará por ahí y tendré que ir a buscarla!

De vuelta en la sala de investigación, Yorke usó la lupa en la imagen granulada. Era de una niña joven limpiando en el corral de cerdos.

¿Y quién es esa?

Habían pasado por el proceso de rastrear todo el árbol genealógico durante la última investigación y, por lo que Yorke sabía, no había otros parientes en ese momento.

Yorke calculó por la pobre imagen que esta chica tenía entre diez y trece años. *¿Tal vez solo trabajaba allí? ¿Una jornalera?*

Hablaría con Gardner sobre ello de camino a casa y lo mencionaría en la reunión de mañana.

La agente Collette Willows apareció en la puerta. Le caía bien Willows porque siempre parecía entusiasmada. Siempre que se sentía desanimado, experimentaba una ráfaga de motivación en su presencia.

—Señor, ¡no va a creer esto!

—Probablemente sí lo creeré, Collette. Estoy llegando a esa etapa de mi carrera en la que pocas cosas me sorprenden. Supongo que lo has conseguido, ¿no?

—Sí, no fue difícil desenterrar los viejos informes policiales sobre los asesinatos de Reginald Ray. Después de todo, aterrorizó Devizes.

Yorke tomó la carpeta marrón de sus manos. —Lectura para antes de dormir.

—Demonios, señor. ¿Podría dormir después de leer eso?

—Te lo haré saber mañana por la mañana.

—Supongo que ya lo sabe todo, ¿no?

—La mayor parte, sí, pero un repaso para la reunión de mañana no vendría mal. Entonces, vamos, Collette, ¿qué es lo que no voy a creer?

—Ábrala y mire la fotografía de Reginald.

Yorke hizo exactamente eso. Luego miró a Willows. —Me retracto, Collette. Tenías razón. No me lo creo.

Jake estaba en el baño de Caroline, refrescándose antes del viaje de regreso a casa. Se miró al espejo y vio las mentiras grabadas en su rostro. Estaban prácticamente esculpidas. ¿Cómo era posible que los demás no las notaran también?

Últimamente, cada vez que Sheila le miraba, él evitaba sus ojos. Era probablemente la señal más obvia de que algo iba mal. A pesar de saberlo, no podía evitarlo. ¿Cuántas excusas más podía inventar para apartar la mirada?

He tenido un día horrible... me duele la cabeza y solo voy a tumbarme.

No tenía muchas opciones en esta situación. Si se comunicaba adecuadamente con ella, se delataría o ella vería a través de sus mentiras. Pero si continuaba evitándola, pronto ataría cabos...

Jake pasó la mano por su cabeza rapada y pensó: *solo hay una opción, terminar de una vez con esta maldita aventura*.

Sonó su teléfono. Lo sacó del bolsillo y vio que el número estaba oculto.

—¿Diga? —dijo Jake.

Nada.

—¿Diga?

Seguía sin haber respuesta. Estaba a punto de colgar cuando...

—¿Adivina quién soy?

Jake se sujetó al lavabo para no caerse. *No, no...*

—¿Ya lo has adivinado?

Jake tomó una brusca inhalación por la nariz. *Otra vez no...*

—Cualquiera diría que no quieres hablar conmigo, Jakey...

—*¿Hablar contigo?* —siseó su respuesta—. La última vez que *hablé* contigo, Lacey, me esposaste a una silla y amenazaste con cortarme en pedazos.

—*Dios mío*, Jakey, qué sensible eres. Sí, estaba cabreada, pero pensaba que habíamos superado eso. Me parece recordar un momento bastante íntimo. ¿No me digas que lo has olvidado?

—*Tú* me besaste mientras estaba encadenado. No tiene nada de íntimo.

—¿No estuvo delicioso?

—No realmente.

Ella suspiró.

—¿Tanto te repugno, cariño?

—¿Qué quieres? —Realmente quería gritar, pero hacer que Caroline viniera corriendo no ayudaría en nada.

—Dejar todo esto atrás. Fuimos cercanos una vez, hace mucho tiempo. Podemos volver a serlo.

—Éramos cercanos antes de que supiera que eras una sociópata. Antes de que empezaras a matar gente.

Lacey se rio.

—*¿Qué?*

—Bueno... ¿cómo puedes estar tan seguro de que tú viniste *antes*?

Jake gimió. —Dime qué quieres, Lacey.

—Quería hablar contigo, ante todo, sobre ser un chico malo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Dónde estás ahora, Jakey?

—En casa.

—Mentiroso.

—¿Por qué iba a mentir?

—Bueno, le mientes a tu mujer y a tu hijo, ¿por qué no me mentirías a mí?

Jake apoyó su frente en el espejo. *Lo sabe. Joder. Lo sabe.*

—Supongo por tu repentino silencio que tengo tu atención.

—Siempre tienes mi atención, Lacey. Parece que tienes mucha habilidad para eso.

—Muy amable por tu parte. Ahora, la pregunta del millón... ¿amas a tu mujer, Jake?

Jake golpeó su frente contra el cristal. No lo suficientemente fuerte como para hacerse daño, pero sí lo bastante como para despertarse si tuviera la suerte de estar dormido. —*De verdad* no quiero tener esta conversación.

—Tomaré eso como un *no*, entonces. Para ser justos, ¡me costaría amar a alguien que lleva esos pantalones de cuero sintético! Aunque, a mí me cuesta amar en general. Dicho esto, me gustó la rebeca de leopardo.

Jake sintió cómo la sangre le subía a las sienes.

—Está loca por tu pequeño. Me gusta eso en una madre.

Jake sintió que se le cerraba la garganta.

—Te has conseguido una auténtica mamá sexy, Jake. Sin duda.

—*No te atrevas*...

—*Cuidado, Jake*. Sabes cómo respondo a la agresión. Especialmente de machos alfa wannabe como tú. Siempre ha sido mi debilidad.

Jake cerró los ojos y rodó su frente sobre el cristal.

—Escucha, Jake, podría ayudarte. Después de todo, Sheila es una carga ahora, ¿verdad? Puedo hacer que desaparezca. Que *ambos* desaparezcan si tú...

—*¿Dónde están?* —Jake había renunciado a intentar mantener la voz baja.

—Estamos todos juntos en el parque.

Todo empezó a dar vueltas. Jake cerró los ojos. —Por favor...

—Basta, Jake. No tienes que suplicar. Siempre he sido muy complaciente contigo.

Hubo un golpe en la puerta del baño.

—¿Estás bien ahí dentro? —dijo Caroline.

—Sí —respondió Jake, tapando el micrófono del teléfono—. Solo estoy hablando con el trabajo por teléfono.

—Vale, ¿una taza de té?

—Sí, por favor.

Esperó unos segundos y luego volvió a ponerse el teléfono en la oreja.

—¿Qué parque?

Lacey dijo: —Ah, ¿no es Caroline un encanto? Está preocupada por ti.

—*¿Qué parque?*

Lacey se lo dijo. —Y los cuatro lo estamos pasando de maravilla.

—¿Cuatro?

—Oh, perdona, ¿no lo sabías? Ahora soy mamá.

—*¿Qué...? ¿Cómo?*

Lacey se rio. —Vamos, Jake. ¡Seguro que no tengo que explicártelo todo! Me haces sonrojar.

—*Lo que sea... no me importa*, solo no les hagas daño a Frank y Sheila. —Hizo una pausa, recordando algo de repente—. Aunque no entiendo... Sheila te *conoce*. La amenazaste antes. ¿Por qué hablaría contigo?

—No me reconoció. Solo conoció a Millie de Carolina del Sur. —Cambió a un acento sudamericano—. De todos modos, puedes dejar de preocuparte. Se ha ido. Creo que me encontró un poco intimidante.

Fue música para los oídos de Jake. Suspiró. —Gracias a Dios... Lacey, ¿qué quieres de mí?

—¿Me creerías si te dijera que quiero que vengas a conocer a mi hijo, Tobias?

—No, no te creería.

—Pues más te vale hacerlo, porque es verdad. Necesito tu ayuda.

Jake negó con la cabeza. —¿Después de todo lo que me has hecho, quieres mi ayuda?

—Sí.

—¿Y si te mandara a la mierda?

—¿De verdad quieres saber la respuesta a esa pregunta?

Jake no tuvo que pensarlo mucho tiempo. —No.

—Ven a encontrarte conmigo en el parque ahora. Hay tres bancos, a ver si puedes adivinar qué mamá soy yo.

—¿Al aire libre? No es propio de ti. La última vez, me arrastraste a un taller apartado. ¿Te está ablandando la maternidad?

—Ojalá fuera ese el caso, Jakey. Si acaso, últimamente va en la dirección contraria. Ven a buscarme. Si traes a tus compañeros, usaré mi única llamada desde la cárcel para contactar con Sheila y contarle todo sobre Caroline.

Jake apretó los dientes.

—Es una apuesta por mi parte, Jake, porque podrías hacer lo correcto. Podrías detenerme y luego ir a contarle la verdad a Sheila de todas formas. Pero he conocido a Sheila. Es toda una fiera. Me encanta apostar, y apuesto a que no puedes soportar que Sheila sepa la verdad. Sospecho que ella te haría cosas aún peores que las que yo te haría...

No estaba seguro de cómo responder.

—Hasta pronto, Jakey. Dale recuerdos a Caroline.

La llamada se cortó.

Jake tenía una decisión que tomar, pero primero tenía que vomitar en el baño.

Mientras Yorke conducía a casa, sus ojos seguían desviándose hacia la carpeta marrón en el asiento del copiloto.

La fotografía de Reginald Ray, tomada en 1916 cuando tenía sesenta años, le había puesto los pelos de punta. Era la viva imagen del principal sospechoso Robert Bennett, hasta las manchas rojas en la cara.

Pero, a pesar de estar desconcertado, Yorke no sucumbiría a teorías descabelladas. La explicación era obvia. Ya la había comentado con Gardner por teléfono, y la expondría al equipo en la reunión de mañana.

Robert tenía que ser un descendiente directo de Reginald.

Igual que Lewis, el hijo de Thomas Ray, se había desprendido del árbol familiar, también lo había hecho Robert. El siguiente paso, mañana, sería averiguar dónde y cuándo se había producido esa caída.

La Fiscalía había confirmado anteriormente que tenían pruebas suficientes para ir a juicio, especialmente si los resultados de las pruebas llegaban por la mañana indicando que el ADN de Robert estaba en la botella de agua que Yorke había encontrado en el árbol detrás de la granja de los Mitchell. Sin embargo, había algo que seguía preocupando mucho a Yorke sobre la implicación de Robert.

Antes, había pasado tiempo mirando Google Maps. Luego, también había hecho una incómoda llamada telefónica a la tía de Samuel. Finalmente, volvió a la granja Mitchell para trazar la supuesta ruta de Robert desde la parte delantera de la granja hasta la parte trasera.

La cronología sugería que lo siguiente ocurrió en solo cinco minutos: Robert denunció la desaparición ficticia de su nieto, salió de la granja hacia el aparcamiento y fue captado por las cámaras de vigilancia, condujo hasta la parte trasera de la granja, atravesó los árboles y los campos hasta la parte posterior del laberinto, y secuestró a Samuel.

La investigación de Yorke demostró que en total se tardarían quince minutos.

No había forma de que Samuel hubiera tardado quince minutos en llegar al perímetro de un laberinto que probablemente conocía como la palma de su mano. De la misma manera que era muy improbable que se hubiera quedado allí durante unos trece minutos por si acaso aparecía un niño perdido. No. Samuel debía haber sido secuestrado en un plazo de cinco minutos. Robert no podría haber hecho ese recorrido en tan poco tiempo.

Yorke se mordió el labio inferior. *¿Y si Robert no trabajaba solo?*

El resultado del ADN de mañana podría confirmar esto. Todos esperaban que fuera de Robert, pero ¿y si no lo era? *¿Quién sería el segundo secuestrador? ¿La muestra de ADN arrojaría una coincidencia en su base de datos?*

Y luego estaba el ganadero lechero, Bryce Singles, en su tractor, a tener en cuenta. Él *había visto* a Robert adelantándole, y luego había recibido una sarta de insultos de su principal sospechoso. Entonces, si Robert no estaba solo, ¿dónde se había escondido el

segundo secuestrador? ¿El que realmente había agarrado a Samuel desde el perímetro y lo había arrastrado por el campo y el bosque?

¿Habría estado este segundo secuestrador en un segundo coche que siguió más tarde? O, ¿se habría escondido en el asiento trasero de Robert, con el pobre Samuel potencialmente metido en el maletero?

Sonó su teléfono. Era Gardner.

—¿Señora?

—Como sospechabas, Mike. El propietario del inmueble, Peter McCall, está muerto. Volví después de hablar con los padres de Samuel. Acaban de sacar partes de su cuerpo de la fosa séptica de la parte trasera. La Científica tiene una noche infernal por delante.

Discutieron este horrible giro de los acontecimientos durante un par de minutos, antes de que Yorke expusiera su teoría sobre la cronología.

Gardner suspiró. Eso lo decía todo. Estaba de acuerdo con él.

—Y yo que pensaba que estábamos a punto de cerrar este caso —dijo Gardner.

—No, no lo pensabas, Emma. Si lo hubieras pensado, ¿por qué habrías vuelto a la escena del crimen?

Gardner suspiró por segunda vez. —Supongo que tienes razón.

—Yo me iría a casa a acostarme temprano. Fue una verdadera lástima que no se recuperaran huellas dactilares de la botella, ya que eso habría dado un resultado más rápido. Pero obtendremos los resultados del ADN a primera hora, y luego supongo que todo volverá a ponerse en marcha.

—Sí. —Parecía a punto de llorar.

—¿Estás bien, Emma?

—Sí... más o menos. Contárselo a los padres de Samuel fue una de las peores experiencias de mi vida. Lo supieron en cuanto nos vieron en la puerta. He visto angustia antes, pero nunca había visto nada como esto. Ryan estaba de rodillas y Holly no paraba de gritar. Nos costó a los tres, Mark, yo y Bryan, calmarlos.

Bryan era el Oficial de Enlace Familiar, allí para apoyarles durante esta experiencia y descubrir más información sobre la víctima.

—¿Ha llamado Bryan a algún refuerzo para esta noche? —dijo Yorke.

—Sí.

Era el turno de Yorke para suspirar. —Te respeto por hacer eso tú misma, Emma. Nunca ha sido la responsabilidad más glamurosa del trabajo. Muchos la habrían delegado. Es bastante difícil cuando pierden a alguien en un accidente, pero cuando es asesinato, trae un nuevo nivel de ansiedad. La ambigüedad, la falta de cierre... la maldita falta de sentido... puede causar reacciones extremas. He estado ahí, Emma. Necesitas ir a casa, estar con tu familia y descansar.

—Lo haré, señor...

Yorke se rio. —Ya estás otra vez.

—Es porque es tu trabajo. Nunca he conocido a nadie que pueda hacer este trabajo como tú. No voy a soportar ser una impostora mucho más tiempo.

—Buenas noches, Emma.

—Buenas noches, Mike.

Se estaba haciendo tarde, y el parque comenzaba a quedarse tranquilo. Jake se quedó en la entrada, mirando de banco en banco, confundido.

Solo un banco estaba ocupado. Por una mujer con la cabeza rapada, vestida de negro. No había ningún niño con ella, pero había un niño pequeño sentado en un columpio frente a su banco. Era demasiado joven para manejarlo correctamente, así que simplemente se balanceaba hacia adelante y hacia atrás con el viento.

Seguramente no...

Mientras se acercaba, ella no levantó la mirada hacia él, pero eso no demostraba que no fuera ella. Después de todo, estaría jugando. Eso era lo único que hacía siempre.

Cuando ella miró al niño pequeño en el columpio, Jake vio que sus ojos y labios estaban cubiertos de maquillaje negro y había optado por tatuajes que llegaban desde su cuello hasta su cara.

Tenía sentido. Quería evitar la atención que sus recientes hazañas habían atraído sobre ella, mientras seguía siendo una completa exhibicionista.

Él se paró frente a ella. —¿Millie de Carolina del Sur?

—¡Por supuesto! —Lacey utilizó el acento sureño americano que había introducido antes por teléfono.

Él se sentó a su lado. Ella sonrió y señaló su cabeza rapada. —Vaya, ¿cuándo te hiciste eso? Pareces totalmente diferente.

Jake se encogió de hombros.

—Sabes —dijo Lacey, volviendo a su acento normal del oeste de Inglaterra—, ahora me arrepiento de haber elegido este lugar, porque solo quiero besarte por todas partes. Y no puedo —señaló a dos adolescentes en un balancín—, no delante de los niños.

—Bueno, al menos hay otras cosas que tampoco me harás.

—¡Vamos, Jake! ¿No podemos dejar el pasado atrás? Si quisiera matarte, ¿no crees que ya lo habría hecho? Mientras sigas siendo interesante para mí, prefiero tenerte en el mundo.

—Gracias, Lacey —dijo Jake y sonrió con desdén.

—Al menos dime que me veo bien.

Jake negó con la cabeza. —No eres mi tipo.

—Mierda... ¡no digas eso! Hice esto por ti.

Jake suspiró sonoramente. —¿Por qué has vuelto, Lacey?

—Me gusta, Jake. Directo al grano. —Le dio una palmadita en el muslo—. Antes de pedirte ayuda, voy a ayudarte.

Jake negó con la cabeza. —No necesito tu ayuda.

Lacey comenzó a hurgar en su mochila a sus pies. Jake la miró de reojo. *¿Qué estaba haciendo?* Recordó el enfrentamiento con sus tijeras de podar hace varios años en aquel taller de coches. Su corazón comenzó a latir más rápido.

Por el rabillo del ojo, notó al niño pequeño balanceándose en el columpio, mirándole. Su cara estaba pálida e inexpresiva.

—Ese es Tobias, mi niño pequeño o *mi muñeco de trapo*, como le llamo en Carolina del Sur. —Sacó un sobre marrón tamaño A4 de su

mochila.

—Qué curioso, porque la última vez que te vi, no tenías hijos, y él debe tener unos cinco años.

Lacey se encogió de hombros. —Siempre tan suspicaz, ¿eh? Llegaremos a Tobias en un minuto, pero primero necesito ayudarte. —Le tendió el sobre. Cuando él alargó la mano para agarrarlo, ella lo retiró—. Pero primero, prométeme ayudarme, si yo te ayudo.

—No...

—Vale, entonces nada de ayuda.

—*¿Cuándo te he pedido yo tu jodida ayuda?*

—Nunca. Pero la necesitas. Créeme, la necesitas *de verdad*.

—¡Ridículo, como siempre!

Lacey comenzó a meter el sobre en su mochila. —Como quieras. Vive en la ignorancia. Continúa con Caroline hasta... hasta... hasta...

—¿*Hasta* qué?

Ella le lanzó un beso a Jake. —Hasta que mueras.

Jake extendió la mano. —¡Dame el sobre!

—¿Y...?

—¿Y qué?

—¿Y prometes ayudarme?

—Lo que sea. Prometo ayudarte. Ahora dame el maldito sobre.

—Buen chico.

Lacey le hizo una señal a Tobias. Él se bajó del columpio y caminó lentamente hacia ellos. Ella le entregó el sobre a Jake.

—Siéntate en mi regazo, cariño —dijo Lacey.

Tobias saltó sobre su regazo y ella lo rodeó con sus brazos.

—¿Qué te dijo que hacía para ganarse la vida, Jake?

—Es esteticista. —Jake sacó algunas fotografías.

—Oh, oh, la primera mentira. Mira la fotografía de arriba.

La fotografía de arriba mostraba a un hombre alto, trajeado. Tenía un peinado con raya lateral engominada. Agarrada de su brazo, llevando un glamuroso vestido rojo, estaba Caroline.

—¿Exnovio? —dijo Jake.

—Nuestra encuesta dice *no*. Ese es su marido, David Hewitt. Trabaja con Simon Young. ¿Has oído hablar de él?

—No.

—Lo habrías hecho si trabajaras en Southampton.

—¿Por qué?

—Simon es el director general de Young Properties, o al menos esa es su fachada. En realidad —Lacey quitó las manos de la cintura de Tobias e hizo un símbolo de pistola con sus manos—, es un gángster de alto nivel. —Fingió disparar—. Pam pam.

—No entiendo... —El color empezó a desaparecer del rostro de Jake.

—Bueno, empecemos por esto. Ella no tiene que trabajar como esteticista porque está forrada. Está casada con el lugarteniente de Simon Young, David Hewitt.

—No creo nada de lo que me estás contando.

—Realmente tienes problemas de confianza, ¿verdad? Pasemos a la fotografía número dos.

Jake miró la siguiente fotografía de Young y Hewitt comiendo juntos en un restaurante.

—Las cosas se han estado calentando un poco en Southampton para el señor Simon Young últimamente. Alguien ha estado interfiriendo con su negocio. —Se dio unos golpecitos en la barbilla fingiendo estar sumida en sus pensamientos—. ¡Ah, sí! ¡Esa sería yo! Creo que esta es la reunión que tuvieron hace aproximadamente un año cuando Simon le dijo a David que estuviera más atento. Que alguien, *sí, esa soy yo*, estaba jugando con su imperio y, en ocasiones, hiriendo y matando a ciertos miembros de su personal. Fue más o menos cuando la dulce Caroline se mudó a Salisbury. O más bien fue enviada a Salisbury. Fuera de peligro.

Jake sintió su corazón golpeándole contra las costillas. —Estas son solo palabras e imágenes...

Lacey besó la cabeza de Tobias. Él miraba fijamente al frente. No mostró ninguna reacción ante la muestra de afecto de Lacey. *Probablemente se da cuenta de lo falso que es*, pensó Jake.

Lacey continuó: —Mira la siguiente foto, Jake, y quizás entonces me concedas el beneficio de la duda.

Jake miró la siguiente foto. No se lo esperaba y se estremeció. Era una foto de un hombre y una mujer abrazados. A ambos les habían cortado el cuello.

Sobre sus regazos había un niño muerto.

—Joder. —Se llevó la mano a la boca.

—Ya sabes lo que voy a decir a continuación, Jake, ¿verdad?

Él asintió.

—Voy a decir que esta es una imagen del último hombre con el que Caroline tuvo una aventura. Esa pobre mujer a su lado es su esposa inocente. Y el niño muerto sobre sus regazos es su hijo de cuatro años.

Si Jake no hubiera vomitado ya antes en casa de Caroline, probablemente habría vomitado ahora mismo.

—Sí, David y Simon son hombres muy malos, Jake. Y lo peor es que ahora mismo van camino de Salisbury.

Jake la miró. —¿Cómo lo sabes?

—Por dos razones. —Acarició el pelo de Tobias—. En primer lugar, este pequeño hermoso es el hijo de Simon, y lo quiere de vuelta.

Frotó su nariz contra la parte posterior de la cabeza de Tobias. Él seguía sin ofrecer expresión alguna en su rostro.

—¿Y la segunda razón?

—Bueno... los invité yo, por supuesto.

Miró fijamente por encima del hombro de Jake. Él se giró para ver qué estaba mirando.

Fuera del parque, al otro lado de la calle, había un hombre observándolos. Lacey le saludó con la mano, y el hombre se dio la vuelta.

CADA VEZ que Simon Young veía la grabación, su respiración se aceleraba ligeramente.

La zorra psicótica solo había grabado lo que ocurría dentro de la habitación. La mayoría de sus muertes, dos para ser exactos, ocurrieron fuera de cámara en la puerta principal.

Esto era decepcionante. Quería ver cada golpe que esta puta despiadada asestaba contra su gente. *Cada golpe.*

Cada vez que atacaba, *cada vez*, enviaba un archivo de vídeo por correo electrónico. Su asalto a sus negocios por todo Southampton había sido implacable. Pero los negocios no eran lo único que le había arrebatado, ¿verdad? También le había quitado algo mucho más importante.

Observó cómo Clive Bates lanzaba su obsceno cuerpo contra ella, solo para fallar y recibir un picahielos en el costado. Al menos logró golpearla; y después, cuando estaba encima de ella, consiguió extraer algo de vida de esa sanguijuela.

La respiración de Young continuaba acelerándose. Cómo deseaba, *deseaba desesperadamente*, que fueran sus manos las que rodearan su cuello.

—Algún día lo serán, Lacey —le dijo a la grabación—. Puedes estar segura de ello.

El siguiente momento en el vídeo fue uno que enturbió la pureza de su rabia con otra emoción.

Vio a un niño pequeño clavar un cuchillo en el cuello de Clive.

Su hijo.

Tobias.

Así, con la rabia, llegó otra emoción. Una a la que no estaba realmente acostumbrado. Desesperación.

Siempre había sabido que recuperaría a su hijo algún día. Nunca lo había dudado. Ni por un segundo. Pero este niño en el vídeo... ¿era realmente su hijo?

Parecía tan diferente... tan frío... tan vacío...

¿Dónde estaba el niño que había perdido? ¿El pequeño alegre con el que solía acurrucarse, al que leía cuentos, con el que construía granjas de Lego?

Así que, hoy, ahora, sentía verdadera desesperación, porque ella se había llevado a su hijo hace más de dos años, y parecía que nunca lo iba a recuperar. No al que perdió. No al niño que amaba.

Con rastros de lágrimas en los ojos, reinició el vídeo, solo para ser interrumpido por su teléfono.

—Es Johnny, señor Young.

—Adelante, Johnny.

—Ha vuelto. Exactamente como usted nos la describió. Tatuajes, cabeza rapada. Primero se detuvo en la casa de su hermano muerto en Salisbury. Uno de mis hombres estaba posicionado allí y la pilló examinando el lugar de arriba a abajo. Está desocupada ya que el resto de la familia se ha mudado a Wilton. Pensé que podría entrar y utilizarla como escondite, pero se acobardó.

Young se puso de pie. Todavía respiraba rápidamente.

—¿Está usted bien, señor Young?

—Estoy bien, Johnny. Pero que sepas esto, no se acobardó. Fue allí porque sabía que estaríamos allí. Me está invitando a salir a jugar.

—De acuerdo, señor Young. Sabemos dónde está ahora mismo. La muy descarada me acaba de saludar directamente. ¿Qué quiere que hagamos?

—Nada, Johnny. No hagáis nada.

Hubo una pausa. —¿En serio? No lo entiendo. ¿Por qué?

—Porque estoy aceptando la invitación. Voy a salir a jugar.

Después de colgar, notó que su respiración había vuelto a la normalidad.

7

YORKE HABÍA RELEGADO el desastre que era la Operación Bookmark a un segundo plano hacía diez minutos. Ahora, estaba centrando su atención en algo que no importaba menos.

Ewan. Su hijo adoptivo.

Qué cosa más horrible hacerle a alguien, pensó, *llamarle huérfano*.

Yorke ni se molestó en plantearse la pregunta: ¿qué impulsa a la gente a hacer cosas tan horribles? No tenía sentido. Sabía que la gente hacía cosas horribles. De hecho, cosas mucho más horribles que llamar a alguien huérfano. También sabía que tratar la causa del problema no era la solución definitiva. Que el problema siempre volvía.

Era lo mismo cuando Yorke y su equipo ponían fin a la maldad. Detuvieron a Robert Lock, solo para que Christian Severance emergiera de las sombras un año después.

Había que aceptar que nunca terminaría. Había que aprender a vivir con la existencia del mal y simplemente aprender a lidiar con él cada vez que asomaba su fea cabeza.

Entonces, ¿cómo iba a explicárselo a un chico de trece años?

Bueno, tendría que dejarle claro que siempre habría personas ahí fuera que intentarían hacerle daño. La respuesta no era sucumbir. Y saber que volvería una y otra vez construía resiliencia.

Yorke hizo una mueca. No solo iba a tener que abordar esto ahora, sino que también tendría que admitir que había echado un

vistazo al móvil de Ewan. Había invadido su privacidad. Y no se había comportado como un buen padre. Uno preocupado, sí, pero no uno bueno.

Ensayó en su mente lo que iba a decir.

"Hasta que llegasteis tú y Beatrice, no tenía mucha experiencia cuidando de nadie. Incluso ahora, no tengo mucha experiencia. Bea acaba de llegar, y tú, Ewan, no mucho antes. Quiero ser lo mejor que pueda, de verdad, pero creo que va a llevar tiempo, y seguramente cometeré algunos errores por el camino..."

Se imaginó poniendo una mano en el hombro de Ewan en este punto.

"No estamos aquí para reemplazar a tus padres. Y nunca soñaríamos con intentarlo. Siempre los tendrás en tu vida, Ewan, independientemente de lo que diga cualquiera. Puede que ya no puedas verlos, pero eso no significa que hayan desaparecido por completo. Nunca creas eso. Nunca creas a aquellos que te digan tales cosas.

"Desde que llegaste a nosotros, nuestras vidas nunca han sido mejores, Ewan. No queremos jamás reemplazar a tus personas más especiales, pero no podemos evitar considerarte ahora como nuestro hijo. Te queremos tanto, y solo hice lo que hice porque estaba muy, muy preocupado. Y cometí un error, porque admito abiertamente que soy un tonto que va aprendiendo sobre la marcha..."

Yorke se secó las lágrimas y aparcó el coche en su entrada.

Vio que las luces de la cocina estaban encendidas. Apagó el motor del coche.

Y entonces decidió repasar su disculpa una última vez antes de entrar en la casa.

Mark Topham iba por su tercera copa y estaba intercambiando miradas con un apuesto joven al otro lado del bar.

Luego se volvió hacia el camarero y pidió su cuarta ginebra con tónica.

Tres copas no habían sido suficientes para aliviar una noche en la que acababa de comunicar a Holly y Ryan Mitchell que su hijo estaba muerto.

Sin embargo, la cuarta copa, especialmente cuando la bebió tan rápido, comenzó a difuminar sus sentidos.

Y era más que bienvenida.

No tuvo que pedir su quinta copa. El apuesto joven se había colocado junto a él y pidió para ambos.

Cuando la madre de Patricia, Jeanette, lo detuvo en la entrada, Yorke se quedó desconcertado. No por su presencia, porque Patricia ya le había informado que Jeanette estaba cuidando de Ewan y Beatrice mientras ella trabajaba en la escena del crimen en la granja, sino porque prácticamente lo arrastró hasta el salón.

—Vale —Yorke cerró la puerta tras ellos—. Supongo que esto no va a ser una buena noticia.

—Tengo que decirte algo —dijo Jeanette—. Patricia ya lo sabe porque se enteró antes de que la llamaran, pero sabía que no tendría oportunidad de hablar contigo en el trabajo.

—Continúa.

—Han enviado a Ewan a casa desde el colegio hoy.

—De acuerdo, ¿por qué?

Jeanette suspiró. Se apartó el cabello blanco por detrás de las orejas. Se quitó las gafas y las colgó de su rebeca. Parecía estar haciendo de todo menos ir al grano...

—¿Jeanette?

—Le ha dado una paliza tremenda a alguien.

—¿Qué? ¿Ewan?... imposible.

—Ha mandado al chico al hospital. Le ha fracturado el pómulo y la nariz.

Yorke empezó a moverse hacia la puerta. No sabía si estaba preocupado o enfadado. Supuso que era una mezcla de ambos.

La mano de Jeanette salió disparada y agarró el brazo de Yorke. —Eh, señor, cálmate.

Yorke se detuvo, la miró y respiró hondo. —Empiezo a ver de dónde saca Patricia su carácter.

—¡Puedes creerlo! Así que, antes de que salgas disparado, necesitas conocer toda la historia. —Retiró la mano.

—Vale.

—Ewan lo ha admitido, y le han expulsado un par de días. Ya me ha contado por qué lo hizo.

—Creo que puedo aventurar una suposición. ¿Intervino la palabra *huérfano* por casualidad?

Jeanette asintió. —Entre otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—En el vestuario, empezaron a reírse de su cicatriz.

—Por el amor de Dios —dijo Yorke, preguntándose si debía añadir, *pues se lo tenían merecido*, antes de darse cuenta de que sería la ira hablando, y que realmente no creía eso—. ¿No hay nada que sea sagrado?

Yorke oyó abrirse la puerta del salón. Se volvió. Ewan estaba allí con un ojo morado y el labio cortado.

Yorke miró de nuevo a Jeanette, y luego se acercó a Ewan. —¿Te pegó él primero?

—No. Sus amigos me hicieron esto. Después. Mientras me apartaban.

Yorke se acercó y puso sus manos sobre los hombros de Ewan. —Esta no es la respuesta. No para nada. Nunca lo es.

—¿Cuál es la respuesta entonces, tío Mike?

Yorke negó con la cabeza. En ese momento, sinceramente no lo sabía. Y lo peor de todo era que todo lo que había ensayado durante el viaje a casa había desaparecido de su mente.

Jake miró por el retrovisor a Tobias. Estaba encaramado en uno de los elevadores de Frank. —Déjame hablar a mí, ¿vale?

Tobias miraba al frente con expresión impasible. Jake supuso que no tenía nada de qué preocuparse por ese lado.

Apretó con fuerza el volante y sudaba. *¿Qué demonios estoy haciendo?*

Para empezar, estaba tomando la palabra de Lacey. ¿No debería verificar primero la existencia de David Hewitt? ¿Realmente estaba Jake manteniendo una aventura ilícita con la esposa de un gánster?

Pero como Lacey había señalado: —¿De verdad tienes tiempo para confirmar todo lo que he dicho mientras tú y tu familia estáis en grave peligro?

Su propuesta había sido simple. —Llevo bailando mucho tiempo, y Simon Young se está acercando demasiado a mi pista de baile. Voy a terminar con esto y, por suerte para ti, Jakey, eso significa el fin de David Hewitt. Pero necesito tu ayuda.

Jake se había burlado. —O *simplemente* podría llevarte a la comisaría e involucrar a mis colegas.

—Podrías, Jakey, pero no es una apuesta que te recomendaría. Si Simon tiene aunque sea la mitad del poder e influencia que tiene sobre la policía en Southampton, diría que las cosas podrían moverse demasiado lentamente para nuestros gustos, especialmente cuando tenemos a seres queridos en peligro.

—Entonces, ¿qué esperas que haga?

—La parte fácil. Relájate. Quiero que tú y Sheila os ocupéis de Tobias mientras yo atrapo a las arañas.

En ese momento, Jake había mirado a Tobias. —¿Fácil? ¿Relajarme? Parece tan peligroso como tú.

—Lo es —Lacey había sonreído—. ¿No te encanta por eso?

Jake había sacudido la cabeza, sin saber cómo responder.

—Pero estaréis a salvo. Créeme. De hecho, puede que incluso os proteja. Imagínate, un niño de cinco años cuidando de un macho alfa como tú.

Al principio, no podía creer que como policía hubiera escuchado realmente la propuesta. Ahora, mientras giraba el coche hacia la entrada, mirando a un niño de cinco años con la mirada vacía, no podía creer que realmente la hubiera aceptado.

Sin embargo, sus opciones habían sido limitadas. Si se hubiera negado, y hubiera marchado a la comisaría con ella, habría alertado a los peces gordos de la Policía de Wiltshire. Yorke ya le había informado de sus sospechas de que había corrupción en la policía tras sus recientes experiencias. ¿Y si ahora se enfrentaba a esa corrupción? ¿Era un riesgo que merecía la pena correr?

Su segundo teléfono, el que escondía de Sheila, estaba sonando otra vez. *Caroline*. Era la única que usaba este número. Había llamado tres veces desde su reunión con Lacey, y aún no había contestado ninguna.

Realmente no podía ignorarla una cuarta vez. Podría empezar a levantar sospechas. Comprobó primero que Sheila no estuviera mirando por la ventana de la cocina, y luego contestó. —Hola, Caroline. Estoy en casa, así que no puedo hablar mucho.

Hubo una pausa antes de que ella respondiera. —¡Vaya forma más brusca de contestar al teléfono!

Mierda... —Lo siento, me pongo un poco nervioso cuando estoy tan cerca de casa.

—Ya veo... No me sorprende después de todo lo que me has contado sobre Sheila.

Jake sintió una oleada de culpabilidad sobre él. Esta era su esposa. La mujer a la que se suponía que amaba. Que *amaba*. Y la estaba criticando con alguien con quien tenía una aventura.

—Bueno, será mejor que vayas a jugar a ser amo de casa, solo quería oír tu voz antes de acostarme. ¿Nos veremos mañana?

—Te llamaré cuando tenga ocasión.

—Vale, buenas noches, amante.

—Buenas noches.

Y entonces lo supo. *Lacey había estado diciendo la verdad.*

Para Caroline, él no era más que un juguete, una escapada bienvenida de la vida llena de pruebas de estar casada con un mal hombre. Si no lo fuera, ¿cómo podría soportar que él volviera a casa con su esposa cada noche? Después de todo este tiempo, ¿no estaría exigiendo que terminara el matrimonio y fuera a estar con ella? El tema nunca se había planteado siquiera.

Antes, en el parque, Jake había exigido que Lacey no hiciera daño a Caroline. Lacey había asentido en señal de acuerdo, pero no había hecho comentarios, como tanto le gustaba hacer. Así que Jake sospechaba que podría estar mintiendo. Una parte de él había querido advertir a Caroline, pero ahora estaba tan contento de no haber cometido ese error.

Si Caroline había tenido una aventura antes, y se había quedado de brazos cruzados mientras asesinaban a una familia, solo para salir y hacerlo todo de nuevo, ¿no la convertía eso en malvada también?

Jake pasó la mano por su cabeza rapada. De repente sintió que estaba rodeado de monstruos, y de repente se sintió utilizado.

YORKE SE SENTÓ con el expediente abierto en su regazo y miró la fotografía de Reginald Ray colgado de un árbol.

En 1918, la versión oficial había sido que Reginald se había ahorcado. Incapaz de soportar una enfermedad de la piel y un apetito asesino, había optado por el suicidio. A Yorke le sorprendía que la policía hubiera logrado que la teoría del suicidio se mantuviera. Reginald colgaba a una distancia considerable del suelo. Debió haber tenido ayuda. Sin embargo, todos los involucrados vendieron la misma historia; la policía, su esposa Gladys, el mozo de granja que trabajaba para ellos. Y fue aceptada, a pesar de que todos en Wiltshire sospechaban la verdad: que Reginald había sido ejecutado por seis soldados.

Otros tiempos. Era sorprendente pensar que estos legisladores de Wiltshire pudieran optar por evitar la justicia porque estos soldados ya habían ido al infierno y vuelto. No solo en las trincheras sino en Little Horton, donde sus hijos habían sido robados y devorados por la familia Ray.

Así que, a pesar de que todos en Wiltshire sospechaban, *incluso sabían*, que los padres de los niños asesinados habían matado a Reginald, nadie lo cuestionó. El enemigo público número uno había

desaparecido, y estos soldados ya habían sufrido bastante por el Rey y la patria, y merecían que los dejaran en paz.

De hecho, la única información referente a los acontecimientos reales estaba al final del expediente. Procedía del último soldado superviviente, William Walsh. En su lecho de muerte en 1960, describió con detalle los sucesos de aquella noche de 1918.

William no quería morir con el conocimiento de que «al maldito bastardo de Reginald Ray no se le dio una salida fácil de la verde tierra de Dios».

Yorke leyó la declaración que William había dictado a su esposa.

Los acontecimientos ya formaban parte de la historia local incluso antes de que esta declaración saliera a la luz, pero en una era más moderna, donde el mundo había visto su buena parte de monstruos con deseos asesinos, parte de esta información adquiría una nueva claridad. Después de sus propias experiencias, Yorke sentía que podía leerla con ojos nuevos.

Tras mirar la fotografía y leer la referencia de William al momento en que Reginald llamó a su propio rostro «un trozo de fruta podrida», Yorke dedujo que Reginald también sufría de PVS. La misma enfermedad que padecía Robert Bennett, quien se parecía al gemelo de Reginald. Robert era un descendiente. De eso, ya no había ninguna duda.

Pero eran las otras cosas que Reginald dijo las que resonaban con Yorke en este momento. Se había lamentado a William y a los otros soldados de que no podía encontrar parejas sexuales cuando era joven. A pesar de no recordar las palabras exactas de Reginald, William había dicho que «hablaba de sexo como un animal. Incluso se relamió los labios en un momento dado». El pensamiento moderno consideraba la desviación sexual y la motivación sexual como grandes desencadenantes del asesinato en serie. Según William, tampoco mostró ningún remordimiento y fue despreocupado en sus confesiones de asesinato. Más características típicas.

Para Yorke y sus colegas, Robert, hasta ahora, no había revelado nada de esto. No es que fuera concluyente. Otra característica del sociópata es lo bien que mienten y enmascaran sus deseos.

Según William, Gladys no sabía nada. Yorke lo creía. Reginald había poseído a esta mujer mucho más joven como un objeto. La había maltratado. La había controlado. Su ignorancia era ciertamente creíble.

Comparó esto con la situación matrimonial de Robert. Su esposa le había abandonado. Otro fuerte contraste. A menos que la hubiera asesinado, claro.

Pero era el pensamiento retorcido y desadaptado lo que realmente resonaba con Yorke. Lo había visto antes en Terrence Lock y Christian Severance. Reginald se había comido a los niños porque quería «su juventud, su frescura, *su salud*» dentro de él.

A Yorke no le sorprendía que William pudiera recordar esta parte palabra por palabra. ¿Quién podría olvidar semejante declaración?

¿Había sido ese el motivo de Reginald? ¿La creencia de que comer niños regeneraría una apariencia en descomposición?

William le había dicho a Reginald que no había funcionado. Reginald no estaba de acuerdo.

Mirando las fotografías, Yorke se inclinaba más hacia el punto de vista de William.

¿Estaba Robert Bennett haciendo ahora lo mismo? ¿Albergaba él también la creencia delirante de que de alguna manera podría mejorar su apariencia cazando a víctimas jóvenes? Las víctimas no eran tan jóvenes como las de Reginald, pero eran jóvenes, no obstante.

Yorke oyó que se abría la puerta de entrada.

Patricia.

Dejó el expediente.

Ella entró en el salón. —A tiempo parcial, y un cuerno. ¿Cuántas veces van a destrozarme mi día libre?

—Es culpa tuya por ser tan buena en tu trabajo. ¿Seguro que no podían haber llamado a otra persona para una emergencia?

—No. Al parecer hay cosas sucediendo en Southampton, y la otra opción a tiempo completo estaba ocupada. ¡Y menuda escena la que me ha tocado! Tengo una constitución fuerte, pero lo de esta noche ha sido otra cosa.

Yorke asintió.

—Todavía estaban sacando trozos de él de la fosa séptica cuando me fui.

Yorke suspiró.

—Sí, lo siento. —Tenían normas estrictas para evitar hablar del trabajo en casa. El suspiro era la señal para cambiar de tema.

Desafortunadamente, el tema al que cambiaron venía cargado con su propia dosis de ansiedad.

Ewan.

Sheila iba ya por su tercer cigarrillo mentolado. Le hervía la sangre y estaba intentando calmarse.

Fumaba por la ventana abierta, para no poner en riesgo los pulmones de Frank, que estaba arriba en la cama, y de Tobias, que probablemente estaba en el salón mirando fijamente a la pared. *Aunque*, pensó Jake, *fumar era la menor de las preocupaciones de ese pobre chico.*

Jake se dio cuenta de que su mentira era elaborada y entendía que Sheila podría descubrirla en cualquier momento. Pero, ¿cuál era la alternativa? *Vale, Sheila, estoy teniendo una aventura con alguien que está casada con un asesino que trabaja para el Al Capone de Southampton. Dicho asesino viene hacia Salisbury para reunirse con su mujer, que actualmente tiene uno de mis trajes colgado en su armario. ¿He mencionado que a este asesino no le importa matar a los hijos de quienes se acuestan con su mujer? Sí, lo sé. Impresionante, ¿verdad? En fin, no te preocupes, ya que Lacey ha vuelto. Te acabas de topar con ella en el parque vestida como Marilyn Manson y hablando con acento de Carolina del Sur. Bueno, su hijo, ya sabes, ¿el que no hace expresiones faciales? ¡Sí, ese que está en el salón! Lacey ha dicho que si lo cuidamos unos días, ella ejecutará a todos los hombres malos, y la vida podrá volver a la normalidad...*

Si le contara la verdad, ella saldría por la puerta y estaría en casa de su madre en menos de una hora. También llamaría a la policía, y

pondría a todos en peligro.

Antes, cuando Jake había llegado a la puerta con Tobias, los ojos de Sheila se habían abierto de par en par y había dicho: «No entiendo... este chico, Tobias, lo conocí antes». Entonces le explicó su experiencia con Millie en el parque.

Jake la dejó hablar. Ya se había enterado de este encuentro por Lacey, pero actuó como si fuera la primera vez que oía hablar de ello.

—Millie —dijo Jake— secuestró a este joven. Es una mujer peligrosa. *Al menos esa parte era cierta...*

—Hemos detenido a Millie. Resulta que no solo ella es peligrosa, sino que también lo son las personas a las que les quitó el chico. *También más o menos cierto... pero ¿lo siguiente? No tanto...* —Ya sabes que no puedo explicarte los detalles de una operación en la que estamos, Sheila, pero puedo decirte esto: el joven Tobias está en peligro. Me he ofrecido voluntario para mantener a este chico a salvo, hasta que podamos detener a quienes quieren recuperarlo.

Sheila frunció el ceño. —Eso no suena a ningún tipo de procedimiento que haya oído jamás.

Y tenía razón, por supuesto.

—Sí, pero a veces las situaciones requieren un pensamiento creativo, y esto fue lo mejor que se nos ocurrió. *O la mejor mentira que pude inventar en un abrir y cerrar de ojos.*

—Es una gilipollez.

Jake se encogió de hombros. *Sí, lo sé.*

—¿Por qué tú? ¿Por qué no podía hacerlo otra persona? ¿Por qué no podía haber intervenido el gran Michael Yorke?

—Vamos, Sheila. Es su primer día de vuelta...

—¿Emma, entonces?

—Su marido tiene gripe. —Jake se imaginó a sí mismo como una media araña, tejiendo una telaraña a su alrededor.

La conversación fue y vino de esta manera durante bastante tiempo, hasta que pusieron CBeebies para Tobias en el salón y se retiraron a la cocina para continuar la discusión.

Sheila dejó caer su tercer cigarrillo mentolado en el fregadero. Siseó. —Nos has puesto en peligro.

Es más bien lo contrario, pensó Jake. *Nos he dado la mejor oportunidad.* —En absoluto, la persona peligrosa, su marido, no tiene ni idea de que Millie está bajo custodia. Necesitamos mantener la apariencia de que sigue en paradero desconocido con Tobias para hacerle salir. Tan pronto como aparezca, le detendremos, y el pobre Tobias entrará en el sistema. Con eso en mente, ¿quizás deberíamos ofrecerle a Tobias un par de días felices? No le permitirán volver con sus verdaderos padres por razones similares. El pobre chico no tiene mucho tiempo antes de acabar en un centro de acogida.

—¿Por qué no podía haber entrado en el sistema ahora? Su padre no lo habría sabido.

—No puedo responder a esa pregunta. *Lo cual era cierto. No tenía ni idea de cómo justificar esto.* —De verdad que no me lo permiten. Vas a tener que confiar en mí, tienes que hacerlo.

Y esta es la última palabra sobre el asunto, pensó Jake.

Afortunadamente, por una vez, Sheila pareció estar de acuerdo. Aunque, esto fue lo que tuvo que decir al salir de la habitación: —Dos días. Si dura más, yo misma lo llevaré de vuelta a la comisaría. Entiendo que es un niño pequeño y no soy un monstruo, pero te has traído el trabajo a casa. No es seguro. Tú no eres seguro. Tú y Tobias podéis dormir donde queráis. Yo me llevaré a Frank a nuestra habitación conmigo y pondré una mesa delante de la puerta. Buenas noches.

Con eso, salió furiosa, dejando a Jake sintiéndose como una mierda.

Después de hablar sobre Ewan durante media hora, Yorke y Patricia decidieron que seguían sin tener claro qué hacer a continuación, así que en su lugar hicieron el amor.

Se movieron lentamente y con ternura el uno con el otro. Ambos estaban emocionalmente frágiles tras la expulsión de Ewan y un día de trabajo particularmente horrible, y solo necesitaban afecto y cariño, más que pasión frenética.

Después, Patricia apoyó la cabeza en el pecho de Yorke y él le pasó los dedos suavemente por el pelo.

Yorke se sintió revitalizado por la experiencia y ofreció una solución al problema de Ewan. —Contactaré con Helen mañana.

La doctora Helen Saunders era la psicóloga infantil con la que Ewan había estado reuniéndose durante más de un año tras la muerte de sus padres. Después de ser dado de alta, su médico local había solicitado más sesiones, pero esto estaba resultando ser una larga espera. Era hora de acudir a lo privado.

—¿Crees que podrá atenderle pronto? —dijo Patricia.

—A más de cien libras la sesión, seguro que lo intentará.

—No seas cínico... ella fue increíble.

—Sí, lo sé, ¡de ahí las cien libras! Aunque no es el dinero lo que me preocupa. Es la reacción de Ewan.

Patricia giró la cabeza para besar el hombro de Yorke. —Dudo que sea positiva.

Cuando habían solicitado más sesiones hace un par de meses, Ewan había intentado disuadirlos. Estaba preparado, dijo, para dejar todo atrás y seguir con su vida. De todos modos, siguieron adelante con la solicitud, sabiendo que pasaría bastante tiempo antes de que las sesiones se materializaran. Ahora, estaban a punto de pulsar el botón de avance rápido.

—Lo verá como un retroceso —dijo Yorke—. Pero tenemos que hacerle ver que no lo es. Esto es parte de todo el proceso. Tendrá que aprender a lidiar con la insensibilidad de los demás porque eso, me temo, nunca desaparecerá. ¿Vas a ir a trabajar mañana?

—Sí. Hay demasiados análisis que informar. He hablado con mamá; pasará el día aquí con Ewan.

—Vale, entonces hablaremos con él mañana por la noche.

Después de que Patricia se quedara dormida y se diera la vuelta, él acarició las cicatrices en su espalda y permaneció despierto la mayor parte de la noche. Sus pensamientos atormentados por granjeros caníbales, adolescentes problemáticos y policías corruptos.

La única ventaja de su insomnio fue que estaba alerta y listo para Beatrice a una hora intempestiva, evitando que su amada esposa pasara una mala noche de sueño.

8

NO ERA LA primera vez que Mark Topham se encontraba en esta situación, y desde luego no sería la última.

Resultaba aterrador pensar que toda la experiencia había desarrollado su propia pequeña rutina.

Comportamiento coqueto en un bar; cantidades copiosas de alcohol para enmascarar su depresión; sexo sin protección disponible a un coste más elevado; un repentino bajón tras un frenesí sexual inducido por el alcohol; y un momento incómodo cuando pedía a la prostituta que abandonara la habitación del hotel.

Momento para la indignación de la prostituta. Porque a nadie le gusta realmente ser utilizado, aunque estuviera en la descripción del trabajo.

—Sabes, es bastante tarde. Podría quedarme a pasar la noche. No te costaría más —dijo James.

Igual que Bobby, el prostituto de la noche anterior, James suplicaba por más tiempo.

¿Y no es eso extraño?, pensó Topham. *¿No debería ser yo, el cliente, quien suplicara por más tiempo?*

Pero eso solo demostraba lo verdaderamente maligna que era toda esta situación. Todos estaban solos. James, en su vida sin amor, siendo tratado como un trozo de carne cada día. Y Topham, porque alguien había asesinado a su prometido.

Topham se secó las lágrimas de los ojos. —Me gustaría que te fueras. —Sintió la mano de James en su espalda y se apartó

bruscamente.

—Te sinceraste conmigo antes en el bar.

—No lo recuerdo.

—Fui un buen oyente entonces; puedo serlo ahora también.

Topham sintió la mano en su espalda otra vez y se dio la vuelta. —*No te lo pediré otra vez*.

Y entonces llegó el momento de indignación. James saltó de la cama, desnudo, y señaló a Topham. —Por favor, no me hables así. Muéstrame algo de respeto.

—¿Por qué? —Topham sonrió, a pesar de no sentirse divertido en absoluto.

—Porque no soy un objeto.

—¿No lo eres?

Topham podía oírse hablar como si fuera simplemente un observador. Le impactaba. Incluso le horrorizaba. Sería el primero en admitir que con todo el abuso del alcohol y las noches sin dormir, no estaba completamente en control de sí mismo. —Solo vete... por favor. Realmente no lo entiendes.

—Lo entiendo lo suficiente —dijo James, agarrando sus pantalones del suelo—. ¿Ese último chico del que me hablaste en el bar? ¿El que te dejó con el corazón roto? Tuvo suerte de escapar. ¡Entiendo *eso*!

Topham se incorporó. —*¡Basta!*

James se puso los pantalones. —¿Basta? El tiempo ha expirado, cariño. Ya no tengo que hacer lo que me digas. Yo decidiré cuándo es suficiente. —Se abrochó el cinturón—. Sí, ese último chico tuvo mucha suerte. ¿Cómo se llamaba? —Chasqueó los dedos—. *¡Neil!* ¡Eso es! Bueno, este Neil debió verte tal como eres. —James le dio la espalda a Topham y se arrodilló sobre una silla al final de la cama para coger su camisa.

Topham sacó las piernas de la cama. —Eso no es lo que pasó. —Se puso de pie.

—¿Así que ahora sí quieres hablar? —James se puso la camisa y se dio la vuelta. Se estremeció cuando vio a Topham de pie a un metro frente a él.

—¿Cuántas veces tengo que pedirte que te vayas de una puta vez?

James empezó a abrocharse los botones de la camisa. —¿Qué crees que estoy haciendo? Me voy, igual que todos los demás en tu vida te han dejado. Igual que hizo Neil.

Topham apretó el puño. —No vuelvas a decir su nombre.

—¿Por qué?

—Porque está muerto, *por eso*.

Los ojos de James se abrieron de par en par.

Topham cerró los ojos. Podía sentir su corazón golpeando contra sus costillas. En su mente, podía ver las palabras escritas en una tarjeta por Christian Severance, un hombre mudo que había visto el cadáver de Neil: *Había trozos de él por todas partes, Mark. Le habían apuñalado miles de veces.*

Sintió una mano en su hombro.

—Oye... lo siento.

Topham levantó la mano para tocar la de él. —¿Neil? ¿Eres tú?

Entonces, en su mente, pudo ver las palabras escritas en la segunda tarjeta por Christian Severance: *Y ella seguía haciéndolo cuando me fui. Apuñalándolo. Una y otra vez.*

Abrió los ojos. Por supuesto, el hombre frente a él no era Neil. Era solo alguien más en el camino. En el camino de todo.

Topham golpeó a James en un lado de la cabeza. Fue un golpe demoledor, y el joven cayó de rodillas. Topham lanzó otro puñetazo en arco. Esta vez la nariz de James crujió, y cayó de lado al suelo.

Topham miró a su víctima gimiente. La sangre fluía de su nariz y le cubría la boca y la barbilla. Sabía que debería alejarse. Ahora mismo. James no representaba ninguna amenaza, y Topham se estaba comportando peligrosamente fuera de lo normal.

¡Pero, la liberación! Anhelaba sentir de nuevo lo que había sentido con los dos últimos golpes.

Se agachó sobre el joven y hundió su puño en la barbilla. La cabeza de James se echó hacia atrás con tanta fuerza que seguramente dejaría una marca en el suelo de parquet. La sangre le corría ahora por la cara y le llegaba a los ojos.

—Por favor... por favor... ¡no puedo ver!

En su interior, Topham se suplicaba a sí mismo. *¡Para... para... para!*

Lo golpeó dos veces más y luego, sin aliento, se apartó rodando.

Apenas un minuto después, Topham miró hacia James y comenzó a llorar.

Paul Ray miró su mano derecha.

Sabía que era un sueño, pero se alegraba de tenerla de vuelta, aunque fuera por poco tiempo. La vida sin ella iba a ser dura.

Sobre él, un cuervo descendió en picado desde la oscuridad de las copas de los árboles hacia la luz de la luna. Paul siguió su trayectoria con los ojos. Le hizo girar completamente y contempló con asombro y horror la restaurada granja de los Ray. *¿Había venido a quemarla de nuevo?* Se dio cuenta de que nada le daría mayor placer.

Sintió una mano en su hombro. —¿Hijo?

Se dio la vuelta para enfrentarse a su padre, pero en su lugar se encontró con otro cuervo, flotando a varios metros frente a él. —¿Papá?

El cuervo graznó y se elevó más alto en el aire, giró y se alejó volando de Paul. Planeaba lentamente. Quería ser seguido. Paul obedeció.

A medida que se acercaba al árbol retorcido donde Reginald Ray actualmente luchaba por respirar al final de una cuerda, Paul aumentó su ritmo. No estaba seguro de por qué hacía esto porque, sueño o no sueño, no iba a salvar la vida de este despiadado asesino.

Paul se acercó a los seis hombres. Supuso que estos eran los soldados que habían ejecutado a su antepasado. Conocía la historia bastante bien. La mujer que estaba con ellos debía ser Gladys, la joven esposa de Reginald.

Privado de oxígeno, Reginald estaba ahora en un frenesí desesperado.

A pesar de saber lo que su tatarabuelo había hecho, verlo morir no le daba a Paul ningún placer. ¿Porque era un familiar? *No*, eso *absolutamente* no tenía nada que ver. Era el hecho de que sabía que esta muerte, este momento, no cerraba las viles atrocidades causadas por su linaje enfermo. Habían continuado e, incluso ahora, podrían estar continuando a través de su tía Lacey.

Y, de vuelta a la realidad, ¿quién era el hombre que fingía ser Reginald? ¿El que le había tomado la mano? ¿Sería él, también, otro descendiente de su siniestra familia? Sin duda, para parecerse tanto a este hombre ahorcado, debía serlo.

Después de que Reginald muriera, el cuervo se lanzó hacia su lengua que sobresalía. Paul apartó la mirada con asco y notó que todos los soldados habían desaparecido. Estaba completamente solo otra vez.

Cuando volvió a mirar a Reginald, vio que su cuerpo estaba cubierto de cuervos, de pies a cabeza. *Las aves lo estaban consumiendo.*

Paul cerró los ojos. *Estoy listo para despertar ahora, de verdad...*

Abrió los ojos y jadeó. Una soga vacía se balanceaba desde la rama. Sintió que alguien le daba golpecitos en el hombro.

—¿Hijo?

—¿Papá? —Paul se volvió, sintiendo cómo el alivio inundaba su cuerpo.

Pero no era su padre. Era Reginald Ray.

Sus ojos habían sido picoteados, sus orejas habían sido masticadas hasta convertirse en pequeños muñones de carne y la mayor parte de la piel había sido arrancada de su rostro. Era un desastre de sangre y hueso.

Reginald envolvió a Paul con sus brazos y lo atrajo hacia sí. Frotó su carne húmeda y expuesta contra la cara de Paul. —Somos sangre, Paul. Somos sangre.

Paul intentó alejarse, pero se sentía atrapado.

—Somos sangre...

Paul abrió los ojos y vio a su madre durmiendo en la cama del hospital contigua a la suya. Ella había pagado para que compartieran una habitación durante la noche.

Estaba despierta y se incorporó cuando vio que él estaba desorientado. —Paul, ¿estás bien?

—¿Podemos ir a casa mañana?

—Bueno... no estoy segura... los médicos querían observarte durante unos días...

—Por favor, mamá... necesito seguir con mi vida. Dejar esto atrás.

Paul ya sabía cuál sería la respuesta. Su madre haría cualquier cosa por él. La quería profundamente por ello. Cualquier cosa que estuviera mal en su vida, ella era la antítesis de eso. Ella lo hacía todo mucho mejor.

—Hablaré con ellos por la mañana —dijo Sarah.

Paul se recostó, sonriendo. —Te quiero, mamá.

—Y yo te quiero muchísimo, Paul.

Paul pronto volvió a dormirse. Y esta vez, no soñó.

Era otra noche larga para Gardner. Esta era su rutina. Tres noches a la semana. Esperaba hasta que Barry y Anabelle se quedaran dormidos, bebía una copa de vino para ralentizar sus pensamientos acelerados, y sacaba su cuaderno de detrás de uno de los armarios de la cocina.

No tenía necesidad real de esconder este cuaderno. Barry sabía de su existencia y había jurado no leerlo nunca. Él cumplía su palabra en todo, lo cual era una de las razones por las que se había unido a él en primer lugar. Anabelle tampoco era una preocupación; era demasiado joven para estar examinando el diario de TCC de su madre.

Pero aun así, estos eran sus pensamientos, y los sentía increíblemente privados. Más privados incluso que su propio cuerpo, que estaba feliz de compartir con su marido. Pero no estos pensamientos. No. Estos no. Así que lo mantenía escondido, sin importar qué.

Pienso, luego existo estaba escrito en la portada del cuaderno. Eran las palabras del gran filósofo, Descartes.

Gardner había escrito debajo de la proposición: *Soy lo que pienso*.

Siempre sonreía cuando veía eso. *Les daría guerra a estos filósofos.*

Pasó la mano por la portada del diario. *Esto soy yo en este diario. Si elijo lo que pienso, entonces elijo lo que soy.*

Abrió una página de principios de año:

Al disparar a Robert Lock, salvé la vida de un niño inocente. Si hubiera bajado esa arma, si me hubiera negado a cometer este acto, un niño de once años nunca habría crecido. Esto es inaceptable para mí como madre y es inaceptable para mí como agente de policía. Si hubiera perdonado su vida, habrían intentado tratarlo, ayudarlo. ¿Pero a qué precio? La vida de un niño pequeño. Inaceptable. Y si le hubiera disparado en el brazo o en la pierna, y lo hubiera dejado lisiado, le habría dado la oportunidad de terminar lo que había comenzado con Ewan Brookes.

Se secó las lágrimas de los ojos. Había sido una época difícil, pero ahora creía, de todo corazón, cada palabra en la página. Cada uno de esos nuevos pensamientos.

Pasó el dedo por los pensamientos desadaptativos, de los cuales había muchos: *podrías haberle entregado el arma a otra persona... podrías haber intentado calmarlo de nuevo...*

Cada uno venía ahora con un pensamiento alternativo, pero no necesitaba leerlos. *Conocía* el nuevo pensamiento. No solo de memoria, sino simplemente a través de *creerlo* y pensarlo.

Avanzó hasta una fecha posterior, después del intento casi fatal contra su vida.

Fue decisión de otra persona apuñalarme. Yo no elegí ser apuñalada. Por lo tanto, no es mi culpa. He elegido un trabajo para ayudar a las personas, y mis intenciones ese día, como lo son cada día, eran ayudar. Quería ayudar a alguien cuya vida estaba en peligro. No estaba sacrificando mi vida, no estaba eligiendo dejar a mi hija sin madre, simplemente estaba eligiendo ser altruista. Lo haría de nuevo, y mi marido me apoyaría en esta decisión.

Avanzó en el libro hasta llegar a una página en blanco.

Escribió un par de pensamientos que había tenido hoy y que habían hecho que sus niveles de ansiedad se dispararan.

¿Y si alguna vez me encuentro en la misma situación que Holly y Ryan Mitchell? ¿Sentada mientras alguien explica que han encontrado el cuerpo de mi hija? Si no estuviera tan ocupada todo el tiempo, ¿podría ofrecerle a Anabelle más tiempo y seguridad? ¿Esto evitaría que tales cosas terribles se convirtieran en realidad?

Anotó una lista de emociones que cada uno de estos pensamientos le hacía sentir: paranoia, culpa, terror, etc.

Luego, comenzó a escribir pensamientos más llevaderos: *Estadísticamente, las probabilidades de que tu hijo sea asesinado son extremadamente bajas. Ningún padre puede vigilar a su hijo las veinticuatro horas del día.*

Su teléfono empezó a sonar. La pantalla indicaba que era Topham.

—¿Mark?

—Joder, Emma. Necesito ir a tu casa. Necesito hablar contigo.

Ella miró su diario de TCC y luego pensó en su familia durmiendo. —¿Qué ha pasado? ¿No puede esperar hasta mañana?

Topham le explicó lo que había hecho. Ella ya estaba de pie antes de que terminara.

—¿Está bien?

—Sí. Eso creo. Ojos morados. Labios y nariz ensangrentados. Le di mucho dinero. ¿Crees que eso le mantendrá callado?

—No lo sé. —Quería gritarle por teléfono, pero mantuvo el tono controlado.

—Quiero ir a quedarme allí, Emma. Tengo miedo. Perdí el control.

Precisamente por eso no puedo tenerte aquí, pensó Gardner. *No voy a traer violencia cerca de mi familia, por mucho que me importe, Mark.*

—Me quedé en blanco. No sentí nada. Me ha asustado.

—¿Dónde estás ahora?

—En la habitación del hotel. No quiero estar solo, Emma.

—Escúchame, Mark. ¿Dónde está tu coche?

—En casa.

—Bueno, al menos no estás conduciendo borracho otra vez. Vale, vístete y vete a casa. Me reuniré contigo allí. Necesitas alejarte de ese lugar inmediatamente. Lo más probable es que él no vaya a la comisaría. Es un prostituto. No es bueno para el negocio. Pero cuanto más tiempo te quedes allí, más probabilidades hay de que los que dirigen el hotel hagan una llamada de emergencia. ¿Lo entiendes? ¿Cuán borracho estás?

—Me he despejado rápidamente. Por favor, queda conmigo en casa.

—Lo haré, Mark.

—Tengo miedo.

—Lo sé, Mark. Ahora, haz lo que te digo.

Después de colgar, devolvió su diario a su escondite y llamó a un taxi porque había bebido demasiado.

Mientras esperaba sentada, intentó pensar en formas de ayudar a Mark, pero no se le ocurría ninguna. No creía que un diario como el suyo fuera suficiente en este momento.

Él estaba perdiendo el control.

9

AL DÍA SIGUIENTE, Yorke fue el primero en cruzar la puerta de la sede de Wiltshire, y por tanto el primero en recibir la actualización sobre el ADN recuperado de la botella de agua encontrada en la parte trasera del laberinto en la granja de los Mitchell.

Era Louise Tenor, del laboratorio.

—En cristiano —dijo Yorke por teléfono.

—¿Acaso te lo cuento de otra manera alguna vez?

—No, nunca. Por eso siempre acudo a ti primero.

—Eres muy amable, Mike. Me alegra tenerte de vuelta. Aquí lo tienes, en cristiano. Comparamos el ADN con el que tenemos en la base de datos del difunto Lewis Ray. Están emparentados. También tenemos una coincidencia entre ese mismo rastro y el ADN de Robert Bennett.

Yorke respiró hondo.

—¿Estás bien? Es lo que esperabas, ¿no?

—No estoy seguro. Comenzaba a cambiar de opinión.

—¿En serio?

—Supongo que esta coincidencia es segura, ¿no?

—A menos que tenga un hermano gemelo, sí, yo...

—*¿Cómo dices?*

—Hermano gemelo.

—¿No sería diferente el ADN?

—Sí... pero déjame explicarte. Originalmente, nos enseñaron que el ADN en gemelos idénticos sería el mismo. Pero las cosas han

avanzado desde entonces. Tradicionalmente, solo comparábamos partes de las secuencias de ADN —los elementos que sabemos son particularmente variables de una persona a otra. Seguimos haciéndolo en la mayoría de los casos. ¡Por eso recibes los resultados tan rápido! Sin embargo, ha habido algunos casos donde gemelos idénticos han sido sospechosos y hemos tenido que secuenciar el genoma completo de cada uno para buscar diferencias sutiles que provienen de mutaciones genéticas e influencias ambientales. Es caro y lleva mucho tiempo. Están desarrollando más pruebas que pueden detectar estos cambios epigenéticos más rápido, pero no tenemos acceso a ellas ahora mismo. Aunque supongo que las probabilidades de que haya un gemelo involucrado en este caso son escasas, ¿no?

A Yorke ya nada le sorprendería. Especialmente considerando la peculiar discrepancia temporal entre Robert Bennett saliendo de la entrada de la granja de los Mitchell, y luego secuestrando a Samuel cinco minutos después desde la parte trasera. —Me gustaría enviar el ADN a un laboratorio que tenga acceso a estas pruebas más rápidas. ¿Es posible?

—Bueno, será caro, así que necesitarás que te lo autoricen.

—Se hará, Louise.

Era la sala de crisis de la DCI Emma Gardner. Todas las miradas estaban puestas en ella.

Yorke sabía que no había nada de qué preocuparse. Ella podía manejarlo. Yorke le había dado suficiente experiencia dirigiendo casos cuando él era DCI. Hoy, podía observarla con orgullo.

Sí, parecía agotada, pero ¿no era eso cierto para todos los líderes eficaces que trabajaban en el mundo de la aplicación de la ley? Ella pilotaba el barco cada segundo del día en un caso como este, simplemente porque cada segundo contaba.

¿Cómo decía el viejo refrán? Ya dormirás cuando estés muerto. O en el caso de una investigación de homicidio, ya dormirás cuando

nadie más esté en peligro de morir.

Le sonrió y ella le devolvió la sonrisa. Mentiría si dijera que no estaba preocupado por ella, pero, Dios, ¿acaso no estaba tremendamente orgulloso?

Mientras ella se dirigía a su audiencia y se desplazaba de imagen en imagen en la pizarra, Jeremy Dawson, del HOLMES 2, el Sistema de Investigación de Grandes Casos del Ministerio del Interior, tecleaba rápidamente en su portátil; la brillante capa de sudor en su rostro era testimonio de su dedicación a no perderse ni un solo detalle de esta investigación.

A Yorke le caía bien Jeremy y le complacía ver que parecía estar finalmente madurando, y ya no aparentaba ser un chico de dieciséis años en prácticas. Gardner le había contado antes que las cosas se estaban poniendo serias entre él y otra operadora de HOLMES 2 que había colaborado en el caso de Christian Severance nueve meses antes.

Yorke buscó a Topham con la mirada pero no pudo verlo. Recordó la pequeña charla que habían tenido en la escena del crimen el día anterior. Esperaba que finalmente hubiera decidido tomarse un tiempo libre y guardar luto.

Sus ojos se posaron en Jake, quien tragaba café desesperadamente, intentando inyectar algo de vida en sí mismo. ¿Acaso dormía alguien por aquí?

Estaba mucho menos contento de ver al agente Luke Parkinson. El hombre había sido persistentemente perturbador durante la investigación de Severance, y Yorke había reaccionado inapropiadamente lanzando su teléfono por la ventana en esta misma sala. Su relación se había deteriorado aún más cuando Parkinson había presenciado la detención de Yorke fuera de la cervecería, y habían llegado a las manos. Parkinson le dirigió una mirada desdeñosa.

En cierto modo, pensó Yorke, *probablemente se alegra de verme*. *Le da la oportunidad de regodearse*.

Gardner terminó su resumen del día anterior con la identidad de la víctima en la fosa séptica de la Escena del Crimen. Una vez que repasó los espeluznantes detalles de cómo alguien había trabajado

largas horas con una sierra para reducir a Peter McCall, de cincuenta y ocho años, a pequeñas partes, reveló una información que Yorke sólo había escuchado diez minutos antes, cuando Gardner lo había recibido en la puerta de la sala de crisis. —Después de informar a la familia de Peter McCall, viudo, en Southampton sobre su fallecimiento, salió a la luz una información interesante. Es descendiente de un hombre llamado Lionel McCall.

Las miradas se cruzaron entre los agentes. Yorke sabía que cada uno de ellos estaría intentando recordar dónde habían oído ese nombre antes.

Gardner alivió sus frustraciones. —Lionel McCall es uno de los seis soldados que ejecutaron a Reginald Ray en 1918. Peter era su bisnieto.

Las miradas continuaron y Yorke notó que más de un rostro había perdido su color.

—Podría ser coincidencia, pero lo primero que haremos esta mañana será elaborar una lista de todos los descendientes vivos de estos seis asesinos, o *héroes*, como algunos creen. Después debemos contactar con cada uno de ellos. He asignado tres agentes a esta tarea. Encontraréis las asignaciones pegadas en la pizarra como de costumbre.

En este punto, Gardner había planeado dejar que Yorke presentara el ángulo de Ray. Se acercó al frente de la sala. Hacía mucho tiempo que no se dirigía al equipo que solía liderar regularmente.

Menos de una frase después, parecía que nunca se hubiera ido. —Pasé la mayor parte de anoche sumergido en la investigación de Reginald Ray. Si se puede llamar investigación a hacer la vista gorda.

Hubo risas de algunos agentes, pero no de Parkinson, ni de los aduladores que se reunían a su alrededor como moscas alrededor de un desagüe. Yorke *seguía siendo* su oficial superior y aún podía reprenderlo si así lo deseaba, pero esa era una herida que quería evitar reabrir si era posible.

—Sabemos que Reginald Ray era un caníbal, y sabemos que el asesino de Samuel Mitchell se comportaba de manera similar —. Yorke no sintió la necesidad de elaborar más, todos eran muy

conscientes de que el maldito asesino se había dado un festín con el pobre joven—. Así que, estaba buscando un motivo.

Asintió a Willows, que recorrió la sala entregando copias de la declaración hecha por William Walsh en su lecho de muerte en 1960. Había resaltado las secciones apropiadas en amarillo antes de pasarlas por la fotocopiadora a color.

Uno de los agentes junto a Parkinson leyó en voz alta el primer fragmento resaltado cuando Willows terminó de repartirlas. —No quiero morir con el conocimiento de que al maldito desgraciado de Reginald Ray se le dio una salida fácil de la tierra verde de Dios.

—No le culpo —dijo Parkinson—. Aunque no estoy de acuerdo en que la horca sea una forma difícil de salir. Es demasiado rápida. Este cabrón debería haber pagado durante más tiempo.

Sus aduladores asintieron. Yorke notó una mirada maligna en los ojos de Parkinson. *¿Parte de tu verdadera naturaleza asomando, Parkinson?*

—¿Cara como fruta podrida? —dijo Jake—. Bonito.

—¿Y con quién podemos relacionar eso, Sargento Detective Pettman? —dijo Yorke.

Los ojos de Jake se abrieron de par en par. —¿Robert Bennett? ¿Con su SFP?

—Precisamente, prepárate para esto.

Yorke asintió a Tyler, quien entonces recorrió la sala repartiendo fotografías de Reginald Ray. Se escucharon jadeos audibles. Alguien dijo: «Imposible». Otro dijo: «Sin duda, Bennett es un maldito Ray entonces».

Una vez que las fotografías fueron distribuidas, Yorke dijo: —También hemos vinculado el ADN de Bennett con el árbol genealógico de la familia Ray. Podéis ver que ha heredado el SFP.

—¡Ha heredado todo el maldito aspecto! —dijo Jake.

—Sí, hay más que un parecido sorprendente —dijo Willows.

—Jodidamente sobrenatural si me preguntáis —dijo Parkinson y gruñó.

—Entonces, volviendo al motivo —dijo Yorke—. Por favor, mirad de nuevo la declaración de William Walsh. He resaltado, diez líneas

desde abajo, las razones que dio Reginald para matar y comerse a seis niños locales.

Su juventud, su frescura, su salud.

—Jesús —dijo Willows—. ¿Ha existido alguna vez una familia tan loca?

—Así que, lo lanzo para vuestra consideración. ¿Realmente creía Reginald que podía revertir su enfermedad, su SFP, alimentándose de estos pobres jóvenes?

—Bueno, ¡si lo creyó, no funcionó maldita sea! —dijo Parkinson, apuñalando su copia de la fotografía con el dedo.

—William Walsh hizo exactamente el mismo comentario —dijo Yorke—. Quizás, en la mente retorcida de Reginald, pensó que estaba funcionando. No lo sé. Pero ese fue el motivo que dio. Entonces, ¿podría Bennett, o quien sea *realmente* el responsable, estar comiendo a estos jóvenes por la misma razón?

Parkinson estaba a medio levantarse de su silla. —¿Por qué has dicho "quien sea el responsable"? ¡Sabemos que es Bennett! Está desfigurado exactamente de la misma manera, por el amor de Dios.

—Llegaré a la razón por la que tengo dudas en un momento, pero primero quedémonos con esta idea del motivo. Los niños a los que Reginald atacó eran más jóvenes que Samuel Mitchell, pero él sigue siendo bastante joven, y por lo tanto aún podría encajar en esta filosofía de *juventud, frescura y salud*.

Yorke notó que todos los ojos estaban abiertos y firmemente fijos en él. La sugerencia de que había tenido dudas sobre la culpabilidad de Robert Bennett los había sumido en el desconcierto. La idea de un caníbal todavía suelto, aunque lo dudaran inmensamente, sería demasiado para soportar.

Yorke señaló una fotografía de la botella recuperada detrás de la granja Mitchell. —El ADN en la botella *es* de Bennett. No dejó huellas dactilares y probablemente llevaba guantes, pero dejó saliva para que la analizáramos.

Algunos de los agentes parecían confundidos. Algunos se encogieron de hombros.

—Eso demuestra que es él, ¿no? —dijo Jake.

Yorke señaló una fotografía de la sierra ensangrentada de la escena del crimen de anoche. —El SOCO ha recuperado más ADN de esta sierra. También coincide con el de Bennett. La sangre en la sierra muestra que se ha usado tanto con Samuel Mitchell como con Peter McCall.

Gardner parecía nerviosa. Abrió los ojos a Yorke. Le estaba indicando que llegara al punto antes de que Parkinson y sus aduladores intervinieran.

—Pero a pesar de esta evidencia abrumadora, la cronología simplemente no funciona —dijo Yorke.

En este punto, la Superintendente Joan Madden entró. Caminó lentamente hacia la parte trasera de la sala. Nadie habló, así que Yorke podía escuchar cada paso. Una vez que llegó a la pared, se giró y se apoyó contra ella con los brazos cruzados, escuchando.

Decir que parecía intimidante sería quedarse corto. Al menos podría hacer callar a Parkinson por un momento.

Yorke les explicó el problema. No había forma de que Robert pudiera haber ido desde el frente de la granja *hasta* la parte trasera, detrás del laberinto, en un marco de tiempo tan corto.

—¿Podría alguien tener mal la hora? —dijo Jake.

—Las imágenes de CCTV de Bennett saliendo marcan la hora. Acababa de denunciar la desaparición de su nieto inventado, así que Samuel habría entrado directamente en ese laberinto. No importa cuántas veces trace la ruta en Google Maps, o la conduzca yo mismo, no se puede hacer esa ruta en menos de quince minutos. Y no pudo haber vuelto a través de la granja porque no aparece en las cámaras de CCTV de nuevo.

Madden tosió. —Bien, esto parece indiscutible. Entonces, ¿las opciones, Inspector Detective Yorke?

—La opción más obvia sería que Bennett reconoció la zona en un momento o fecha anterior. Dejó la botella de agua allí en ese momento, pero no fue él quien estaba detrás del laberinto el día del secuestro.

—¿Así que sugieres —dijo Madden—, que no estaba trabajando solo?

Hubo murmullos entre la multitud.

—¿El granjero que lo vio? ¿Bryce Singles? ¿Podría ser él? —dijo Jake.

—Es posible —dijo Yorke—. Pero, ¿realmente se habría presentado para denunciar que Bennett le gritó insultos si estuviera involucrado?

—Pero no hay problema en traerlo para más interrogatorios —dijo Madden.

—De acuerdo —dijo Gardner—. Esa tarea ha sido asignada al agente Parkinson.

Yorke notó que los ojos de Parkinson se entrecerraban. Consideraría esta pista como un callejón sin salida. Aunque bien pensado, se quejaba de casi todas las tareas, así que no importaba demasiado cuál le asignaran.

Yorke dijo: —Cuanto más le doy vueltas a esto, más convencido estoy de que alguien más que trabajaba con Bennett secuestró a Samuel. Y si todos aquí dedicáis un tiempo a analizar esto en HOLMES después de la reunión, sé que llegaréis a la misma conclusión.

—¿Podría Bryce Singles estar inculpando a Bennett? —dijo Willows—. Podría haber hecho ese falso informe sobre haberlo visto. Podría haber plantado fácilmente la botella de Bennett.

—Pero, ¿cómo habría metido a Samuel en el laberinto en ese momento exacto sin la ayuda de Bennett? ¿Y por qué estaría Bennett allí denunciando la desaparición de su nieto ficticio? —dijo Jake.

La cara de Willows se puso roja. —Sí... tienes razón.

—Bueno —dijo Madden—. Son dos. Entonces, ¿quién es el segundo si no es Singles?

Yorke hizo una pausa y miró a Gardner. Ella bajó la mirada. Sabía lo que iba a decir a continuación y estaba nerviosa.

—Alguien que se parece exactamente a Bennett *y* a Reginald Ray.

Algunos agentes negaron con la cabeza, otros intercambiaron miradas. Parkinson directamente soltó una carcajada.

Yorke se dio cuenta de que, debido a su reciente suspensión, había perdido algo de respeto en esta sala.

Madden dijo: —*¡Silencio, todos!* Queremos escuchar esta teoría.

—La doctora Tenor me informó anteriormente que aunque el ADN de la botella coincide con el de Bennett, no es cien por cien concluyente. Hay una prueba más larga que buscará diferencias sutiles en el ADN como resultado de diferentes influencias ambientales a lo largo de la vida de un sujeto. He enviado nuestra muestra para esta prueba. Mirad, ya no esperábamos que otro Ray apareciera de la nada. Creo que debemos tener la mente abierta. ¿Y si hay dos? ¿Y si son gemelos?

—No tiene sentido —dijo Parkinson.

Gardner dijo: —No, agente Parkinson, tiene perfecto sentido. Bennett prepara la trampa para Samuel. Cinco minutos después, en un momento en que Bennett no podría haber estado detrás del laberinto, Samuel es secuestrado por el hermano gemelo de Bennett, también un doble exacto de Reginald, y también sufriendo de SEP. Es el hermano gemelo quien insultó a Bryce Singles.

Parkinson y sus seguidores estaban negando con la cabeza.

Madden comenzó a caminar hacia la salida. Yorke escuchó sus pasos de nuevo.

En la puerta, se giró y se dirigió a la sala. —Ahora mismo, hasta donde sabemos, no hay nadie desaparecido o en peligro inmediato. Tenéis el lujo de explorar la teoría del inspector Yorke. Sí, es descabellada, pero pediría a la mayoría que dediquéis algo de tiempo a leer casos antiguos. La historia está llena de lo descabellado. Buen trabajo, inspectora jefe Gardner e inspector Yorke, por encontrar una teoría que apoya la cronología, y sé que el equipo en toda la sala os apoyará para confirmarla o descartarla. Buenos días a todos.

Se giró para salir de la sala.

Yorke intercambió una mirada con Gardner. Había un atisbo de sonrisa en sus labios. Si no hubiera un caníbal, o dos, sueltos, Yorke quizá habría vitoreado.

—El inspector Yorke va a investigar los antecedentes familiares de Bennett. Necesitamos saber en qué momento Bennett se separó del árbol genealógico y, igual de importante, con quién. Si implica, como sospecha el inspector Yorke, a un gemelo, creo que esto se

puede aclarar rápidamente. El sargento Pettman y yo volveremos a hablar con Bennett con esta nueva teoría para ver si podemos sacarle algo. Lo que me lleva a otro elemento que casi olvidé mencionar. A pesar de los esfuerzos del agente Hammond y del agente Willows, no hemos conseguido localizar a la esposa de Bennett, Sandra. Bennett afirma que se ha fugado con otro hombre, pero no estamos más cerca de descubrir quién es esta persona tan esquiva.

—Porque es una mentira —dijo Parkinson. Varios agentes a su alrededor murmuraron su acuerdo.

—Bueno, PolSA está registrando de nuevo la propiedad de Bennett *y* McCall hoy —dijo Gardner—. Si hay juego sucio, no tengo dudas de que encontraremos algo.

Después de que todos se marcharan, Yorke, Jake y Gardner se quedaron rezagados en la sala de reuniones.

—Creo que fue bien —dijo Jake—. Pero hazme un favor, ¿jefe? La próxima vez que decidas tirar el teléfono de Parkinson por la ventana, ¿podrías tirarlo a él también?

Yorke palmeó el gran hombro de Jake. —Iba a pedirle al musculoso que lo hiciera. Es demasiado pesado para mí.

—Siempre has sido el mejor delegando. —Gardner sonrió.

Yorke se dirigió a Gardner. —¿Mark?

—Llamó para decir que estaba enfermo. Migraña. —Apartó la mirada.

Yorke asintió y miró a Jake. —Pareces agotado.

—Lo de siempre. El sofá cama. —Jake también apartó la mirada.

Yorke salió de la habitación sintiéndose miserable. Sus dos amigos más cercanos acababan de mentirle descaradamente otra vez.

10

LA MADRE DE ROBERT BENNETT, Elysia, había fallecido cinco años antes, y el padre había muerto varios años antes de eso. Yorke ya había mirado fotografías de ambos y no había PVS y, desde luego, ningún parecido familiar con los Ray. Sí, podrían ser descendientes de Reginald, pero lo dudaba. Hasta la detención de Robert el día anterior, los Bennett habían sido granjeros respetables y devotos de la iglesia durante casi un siglo.

Ya se había producido cierta indignación local tras la cobertura en prensa sobre la detención de Robert. Varias llamadas telefónicas de irritados residentes de Devizes que se referían a la familia Bennett como «lo mejor de lo mejor» y «tan altruistas como pocos».

Si supieran que en realidad formaba parte de la familia Ray, no estarían haciendo esas llamadas. Ni hablar. Los Ray eran imanes para la violencia y la tragedia, y no importaba lo bien que se escondieran, nunca iban a escapar de ese legado.

Entonces, si Robert no era un Bennett y era, de hecho, un Ray, ¿cómo había la familia del siglo de Wiltshire heredado a un descendiente de ese linaje psicótico?

Aparte de Robert y su esposa, Sandra, ningún Bennett seguía con vida. El Ayuntamiento de Wiltshire lo había aclarado. También confirmaron que existía un certificado de nacimiento para Robert, fechado en 1945.

Yorke siguió sus instintos hasta Charlotte Wilson; una anciana de 83 años que había realizado cuatro llamadas telefónicas sobre el

«repugnante» tratamiento que Robert había recibido por parte de una sociedad construida sobre los «cimientos de la comunidad agrícola» de la cual «los miembros de la familia Bennett habían sido los embajadores más maravillosos». Yorke pensó que cualquiera que pusiera tanto empeño en glorificar a unos granjeros avícolas debía conocerlos muy bien a ellos y a su historia.

Charlotte Wilson era viuda y vivía con su hija, Lucy, en un apartamento en Spire View. Mientras Yorke se dirigía hacia ese monstruo industrial en las afueras del corazón medieval de Salisbury, se preguntó cómo una mujer que había pasado la mayor parte de su existencia en los «cimientos de la comunidad agrícola» estaba afrontando la vida en la ciudad.

No muy bien, razonó Yorke, si encontraba tiempo para hacer llamadas como las de ayer.

Yorke había telefoneado con antelación para avisar a Charlotte y Lucy de su llegada. Charlotte estaba más que encantada de verle. Probablemente estaba lista para poner las cosas en su sitio respecto a la injusticia cometida por la Policía de Wiltshire.

Después de aparcar, pulsó el timbre con la etiqueta Lucy Wilson. Fue Lucy quien respondió.

—Hola... soy el Inspector Detective Michael Yorke. He llamado antes para hablar con su madre.

—Le abriré, pero me temo que se va a sentir decepcionado.

Yorke pensó en preguntarle qué quería decir antes de darse cuenta de que ya había colgado. El timbre sonó y entró.

Dos chicos estaban discutiendo por una bicicleta en el hueco de la escalera. Uno debía de tener unos quince años, el otro varios años menos.

—¿Está todo bien? —dijo Yorke mientras se acercaba a las escaleras.

—Bien —dijo el chico mayor—, es mi hermano.

Yorke miró al chico más joven, cuya cara estaba roja y manchada. —¿Es eso cierto?

El chico más joven asintió.

El chico mayor arrebató la bicicleta a su hermano y comenzó a empujarla hacia la salida. —Me va a prestar su bici un rato, el

pequeño retrasado.

Por un momento, Yorke imaginó a Ewan en aquel vestuario con un chico señalando las cicatrices en su pecho diciendo *Huérfano*.

—Eh, quítate de mi camino —le dijo el chico mayor a Yorke.

Yorke se había interpuesto frente a él. —¿En qué piso están vuestros padres?

—¿Y a ti qué te importa?

Yorke respiró hondo. *Contrólate, estás tratando con un niño petulante, no con un matón armado.*

Las experiencias de Ewan realmente lo tenían alterado.

La puerta se abrió detrás de los dos chicos y un hombre ancho y achaparrado con cara aplastada salió pesadamente. La camiseta polo que llevaba puesta era demasiado pequeña para él y Yorke se sorprendió de que no se rompiera. También se preguntó si la razón por la que su cara parecía tan aplastada era porque se la había apretado a través de un cuello tan estrecho.

—Papá, este hombre está en mi camino —dijo el chico mayor.

El hombre empezó a gruñir, así que Yorke le mostró su placa.

—Ven aquí, Todd —dijo el hombre.

—Y devuélvele la bicicleta a tu hermano —dijo Yorke.

Todd empujó la bicicleta de vuelta a su hermano menor. El niño lloroso sonrió.

—Lo siento —el hombre tomó a Todd por el hombro—. Siempre están peleándose.

Mientras Yorke subía las escaleras, escuchó cómo conducían a Todd a su apartamento para una reprimenda. Miró por encima de su hombro y vio al hermano menor desaparecer por la puerta para dar un paseo en bicicleta y sonrió.

Lucy Wilson, que parecía joven para tener sesenta años, lo estaba esperando en la puerta del apartamento. Llevaba una camisa de manga corta que dejaba ver unas flores entrelazadas tatuadas a lo largo de sus brazos. Le hizo pensar en el papel pintado de la casa de su abuela que frecuentaba regularmente a principios de los años ochenta, mientras su madre se daba atracones de drogas y alcohol.

—Mi madre ha tenido una recaída y ahora está dormida, inspector. Pasarán horas antes de que se despierte —suspiró—. Cada

vez son más frecuentes.

—Lamento oír eso.

—Gracias. Es mejor si casi le ha llegado su hora. No por mí, entiéndame, la quiero y haré cualquier cosa por ella. Pero no puede acostumbrarse a esta vida a la que la he traído y todos los demás que conoció ya se han ido. Además, tampoco habría sacado mucho de ella sobre los Bennett. Los tiene en un pedestal. ¡Como probablemente descubrió usted ayer por la tarde antes de que yo le quitara el teléfono! —Sonrió y mostró sus dientes blanqueados—. Para ser sincera, quizás sea mejor que hable conmigo. Yo sé todo sobre los Bennett, con sus virtudes y defectos.

Yorke sintió que su corazón se aceleraba. —Eso sería estupendo.

—Entre entonces y pondré la tetera al fuego.

Lacey Ray se preguntaba qué habría pasado si la hubieran querido de niña.

En estos días, a menudo observaba a familias jóvenes que estaban *tan felizmente* absortas las unas en las otras y se preguntaba si las cosas habrían sido diferentes si ella también hubiera tenido eso.

Miraba cómo la joven madre se arrodillaba ante su adorado hijo para enseñarle a mirar a la derecha, luego a la izquierda, antes de cruzar. Observaba al joven padre que subía a su pequeño querubín sobre sus hombros.

Y todo el tiempo se preguntaba.

Solo se preguntaba.

Su padre, Richie Ray, había sido un hombre frío, que había asesinado a su hermana en un ataque de locura, y había pasado la mayor parte de su vida institucionalizado. Su madre, Mary-Ann Ray, había sido una drogadicta perdida en un caleidoscopio que la hacía entrar y salir de la realidad.

Su madre nunca le había enseñado las normas para cruzar la calle y su padre nunca la había levantado para ver el mundo desde

arriba.

Así que los había castigado.

Había manipulado su coche para que murieran entre fuego y metal retorcido.

Y ahora, estaba allí preguntándose si las cosas realmente podrían haber sido diferentes.

Desde que tenía memoria, se había sentido permanentemente aburrida y necesitada de estímulos. Pero incluso cuando se le presentaba alguna estimulación, cualquier tipo de excitación había sido difícil de conseguir. Raramente, si es que alguna vez, se había sentido feliz. Había luchado por preocuparse por los sentimientos de los demás, a menos que estuvieran siendo tratados injustamente de alguna manera. Incluso la ira solo se manifestaba como una forma de leve irritación.

Sin embargo, muy recientemente, frente a toda esta monótona insensibilidad, había conseguido encontrar un destello. Tobias. Había descubierto en sí misma una capacidad para preocuparse, y potencialmente, cuidar de alguien.

¿Era amor? Lo dudaba. Pero tenía esperanza. Y la esperanza también era algo nuevo que estaba experimentando.

Muchos años atrás, los médicos, que sinceramente creían que podían categorizar cada proceso de pensamiento y meter a cada individuo en una caja, la habían llamado *narcisista maligna.*

Sería todo un logro demostrar que estaban equivocados. Sí, probablemente tenían razón sobre su necesidad psicológica de poder. Después de todo, estaba a punto de entrar en casa de Caroline y afirmar su autoridad sobre ella. Probablemente también tenían razón sobre su sentido de grandiosidad. Se jactaba del hecho de que muchas de sus acciones habían tenido resultados positivos. Le costaba recordar una sola víctima que hubiera sido buena para la sociedad cuando estaba viva.

Pero, ¿la ausencia de conciencia?

Sentía que en esto se equivocaban. Si algo malo le ocurriera a Tobias, se culparía a sí misma por ello. Simplemente lo sabía.

¿Preocupación, esperanza, una conciencia?

¿Eran estas señales de que las cosas estaban cambiando para ella? ¿Era tan erróneo preguntarse si las cosas habrían sido diferentes si le hubieran dado amor? ¿Le habrían *enseñado* a amar?

Vio a una joven salir de la casa de Caroline. Caroline se despidió con la mano en la puerta y la cerró.

La mujer estaba completamente sola.

Lacey cruzó la calle, de modo que pasó junto a la joven. Tenía una figura impresionante, y el pelo negro azabache recogido hacia atrás en una cola de caballo. Tenía un bronceado y unas cejas gruesas, recién microblading.

¿Ha sido eso deseo lo que he sentido? Lacey sonrió. *¡Añadid eso a vuestra lista, médicos!*

—Buen trabajo —guiñó un ojo Lacey.

La joven evitó el contacto visual. Su bronceado era demasiado oscuro para que Lacey pudiera determinar si se había sonrojado o no.

Lacey llegó al bordillo y subió a la acera. Se giró y observó cómo la hermosa mujer se subía a un Audi Descapotable rojo. Respiró hondo varias veces.

Sí, eso es definitivamente deseo.

Se volvió, caminó por el sendero y tocó el timbre.

Caroline abrió la puerta.

Otra señora con una figura estupenda, pensó Lacey. *¿Existe la posibilidad de que esté sexualmente frustrada?*

Pasó un momento tratando de recordar su último encuentro sexual, pero su hilo de pensamiento fue interrumpido por Caroline. —¿Puedo ayudarte?

—Sí, puede —dijo Lacey.

No había venido vestida con ropa gótica, sino que llevaba una chaqueta de cuero marrón y unos vaqueros ajustados.

—Me encontré con esto —Lacey levantó la tarjeta de visita de Caroline—. Y realmente necesito su ayuda. No con esto... —se pasó una mano por la cabeza rapada—. Sino con estas —se tocó la ceja derecha y luego la izquierda.

Caroline frunció la frente. —No es así realmente como funciona esto. Tienes que llamar con antelación para pedir cita. Mi próxima

cita es en treinta minutos, me temo, y después tenía planeado terminar por hoy. Así que, no hay mucho que pueda hacer con tan poca antelación.

—Pensé que diría eso y hasta que mi novia se despertó esta mañana y señaló su disgusto por ellas, las cejas eran lo último en mi mente también! Por eso he traído esto —Lacey sacó un fajo de billetes de veinte libras del interior de su chaqueta de cuero.

Caroline levantó las cejas. —Esto parece bastante...

—¿...poco ortodoxo?

—Sí.

—Bueno, estoy desesperada. Mi novia es actriz de telenovelas y realmente no quiero estropear esta relación. Si le digo quién es, verá mi situación. Ningún precio es demasiado alto para mantener viva esta llama. Así que, hay mil libras aquí. Si llama para cancelar su cita, podemos ponernos manos a la obra.

—¿Mil libras, *en serio?*

—Paga ella —dijo Lacey—. Una gota en el océano para ella.

Caroline asintió. —Supongo que puedo hacer una excepción. Pasa, señorita...?

—Señorita Ray, pero puede llamarme Lacey.

No hubo reconocimiento alguno ante el nombre, pero ¿por qué habría de haberlo? Caroline era de Southampton; el legado de los Ray no estaría en su banco de memoria.

—De acuerdo, Lacey, pase.

Entró en la casa.

—Y dígame, ¿quién es esa actriz de telenovelas? —preguntó Caroline, cerrando la puerta.

MIENTRAS YORKE DABA un sorbo a su té, escuchaba los gritos ahogados que venían del apartamento de abajo.

Lucy miró hacia abajo y suspiró.

—Lo siento, puede que haya provocado una pequeña discusión familiar al entrar —dijo Yorke.

—No se culpe. Esas discusiones ocurren cada hora.

—No es bueno. Yo crecí en un hogar similar. Al final afectará a esos chicos.

Ella le miró con simpatía. —Bueno, en mi caso fue lo contrario, no había discusiones en mi casa. Aunque no por ello fue menos difícil. Éramos la familia *perfecta*. —Hizo comillas con los dedos sobre la palabra *perfecta*—. Verá, cuando eres *perfecta*, la apariencia lo es todo. Dios no permita que alguien piense que no eres *perfecta*.

—Me lo imagino —dijo Yorke—. ¿Eran estrictos entonces?

—Mucho. Como niños, se nos veía pero no se nos oía. Mi padre solía darle la mano a mi hermano en vez de abrazarle. Se hace una idea. Era frío. Pero *perfecto*. —Soltó una carcajada y bebió—. Mi madre lo recuerda pero nunca lo admitirá. Era una forma de abuso en sí misma.

Era el turno de Yorke de ofrecerle una mirada comprensiva. —Señora Wilson, ¿qué sabe usted sobre la familia Bennett?

—¡Otra familia *perfecta*!

—¿No está de acuerdo entonces?

Sonrió. —¿Sabe que mantenían a su hijo, Robert, prácticamente oculto?

Yorke dejó su taza de té en la mesa y se inclinó hacia delante. —No, no lo sabía.

—Recibía educación en casa. No es que le hubiera visto en el colegio de todas formas, era diez años mayor que yo. Pero algunos de mis amigos mayores recuerdan cómo se retaban unos a otros para ir a la granja y mirar la cara del misterioso chico a través de la ventana.

—¿En serio? ¿Y qué veían?

—Un chico con un eczema horroroso y calvas en la cabeza. Pobre crío. —Suspiró—. Me alegra decir que yo no era lo bastante mayor para formar parte de ese grupo. Le trataban como a un bicho raro. No es de extrañar que nunca saliera. Yo tampoco lo habría hecho. Aunque ese no era el verdadero motivo por el que nunca salía. Era porque sus padres se avergonzaban de él.

Yorke suspiró. —¿Quién cuidaba de Robert cuando ellos salían a ser pilares de la comunidad?

Ella pasó la mano hacia delante y hacia atrás sobre su brazo tatuado con motivos florales. —Se pudría en casa con una criada interna.

—¿Una criada interna?

—Sí, supongo que no era raro en aquella época. Muchos granjeros adinerados, como los Bennett, tenían criadas internas y jornaleros. Sin duda esa mujer le crió. Desde luego ella le dio clases en casa. Me la encontré unas cuantas veces en el pueblo. Era una señora muy callada. Bastante educada, pero nunca hablaba realmente con nadie.

—¿Era mayor?

—No realmente —dijo Lucy—. Probablemente tenía mediana edad cuando yo tenía unos quince años.

Yorke hizo un rápido cálculo mental. —Sé que es una pregunta extraña, pero ¿cree que podría haber sido su verdadera madre?

Se encogió de hombros. —No lo sé. Pero en realidad no es una pregunta tan extraña. El rumor siempre fue que Robert Bennett había sido adoptado.

—¿Por qué?

—Porque antes de la llegada del bebé Robert, Elysia y su marido no tenían hijos y supuestamente no podían concebir. Verá, el padre había servido en la guerra y había sufrido una horrible herida por metralla. —Señaló hacia abajo a su propia entrepierna.

—¿Solo rumores?

—Todo eran rumores entonces, inspector Yorke. Todo eran teléfonos descompuestos. Pero sé esto... —Hizo una pausa para sonreír—. ¡Si estuviera entrevistando a mi madre, no estaría obteniendo nada de esto!

—¿Ella no sabía de estas cosas?

—¡*Por supuesto que sí*! ¡Pero no arruinaría la imagen *perfecta* ante un extraño como usted!

Yorke sonrió.

Hablaron unos minutos más antes de que un timbre les interrumpiera la conversación.

—Está despierta, tengo que irme —dijo Lucy—. Tardará unos veinte minutos en despertarse completamente. ¿Quiere esperar?

Yorke declinó. Sentía que ya tenía más que suficiente información por ahora.

Mientras salía de Spire View, el joven acosado de antes hizo un caballito con su bicicleta al pasar. Yorke pensó en el daño que etiquetas como "retrasado" o "huérfano" hacían a los niños. Luego, pensó en Robert sentado junto a la ventana mientras los niños de su pueblo señalaban hacia dentro, riendo, y se preguntó qué daño le habría causado eso.

Después de que Gardner y Jake hicieran otro intento de interrogar a Robert Bennett sin conseguir avances, se quedaron junto a la máquina de café quejándose del estado del café con leche que servía.

Sonó el teléfono de Gardner. Era Yorke.

Después de varios minutos escuchando a Yorke y tomando notas, Gardner agarró el brazo de Jake. —Vamos a volver a entrar.

—¿Quieres decirme por qué?

—No hay tiempo. Lo descubrirás dentro.

Se sentaron frente a Robert. Estaba esposado y un agente permanecía de pie cerca de él. Tenía gruesas manchas de crema por toda la cara, ocultando sus zonas irritadas. Parecía un payaso de circo al que hubieran lanzado un pastel a la cara.

Gardner se puso sus nuevas gafas y miró su bloc de notas. Podía sentir a Jake inclinándose sobre ella intentando leer sus notas. Le lanzó una mirada; él se encogió de hombros y se echó hacia atrás.

—Ha salido a la luz nueva información, Robert —dijo Gardner.

—¿Robert? ¿Ahora estamos en términos de nombre de pila?

—Bueno, como soy la única persona que aún se interpone entre usted y una cadena perpetua, pensé que podríamos dejar las formalidades.

Él se encogió de hombros.

—Tengo entendido que sus padres han fallecido, lo cual lamento mucho.

Una sonrisa irónica se dibujó en el rostro de Robert.

—Y tenemos algo muy importante que preguntarle.

Robert asintió pero no respondió.

—¿Sigue viva la criada que le cuidó cuando era niño?

Su sonrisa desapareció y sus ojos se abrieron de par en par. —¿Quién os ha hablado de eso?

—Eso no es relevante. Lo único relevante es si está viva o no.

—Está viva, pero es un callejón sin salida para vosotros. Sufrió un derrame cerebral hace unos años y su tronco encefálico quedó dañado, lo que significa que no puede moverse.

—Síndrome de enclaustramiento —dijo Jake.

—Sí.

—He oído hablar de ello. ¿Mantienen la consciencia pero solo pueden comunicarse con el movimiento de los ojos?

—Más o menos —dijo Robert—. Pero dejó de comunicarse hace mucho tiempo.

—¿Cómo se llama? ¿Dónde está? —dijo Gardner.

—¿Y si me niego a decíroslo?

—Entonces terminaremos toda discusión. Le consideraré un sospechoso hostil y procederé a imputarle cargos. Cuando llegue la fecha de su juicio, se tendrá en cuenta su completa negativa a cooperar. O podría hacerse un favor a sí mismo, darme la información y dejarnos intentar ayudarle.

Gruñó. —Se llama Hayley Willborough. Pero no os servirá de nada. Yo lo dejaría estar.

—Gracias. Solo unas preguntas más, Robert.

No respondió.

—¿Cuándo se marchó de casa?

—Cuando tenía veinticinco años. Conocí a mi mujer y ella finalmente me sacó de aquella casa.

—¿Qué ocurría en esa casa?

—¡Bueno, supongo que ya lo sabe después de venir aquí con tanta determinación! —resopló Robert—. Me trataban como a un prisionero. No fui al colegio con los otros niños y cuando crecí, la única amiga que hice fue mi mujer. Ella ayudaba en la granja. Si no

hubiera empezado a trabajar allí, probablemente nunca habría salido de aquel maldito lugar.

—Y ahora ella se ha ido y te ha dejado —dijo Jake.

—Gracias por recordármelo, detective.

—¿Mantuvo el contacto con sus padres después de marcharse definitivamente?

—¡Por supuesto! ¡Eran mis padres después de todo! Aunque me tratasen como a un leproso.

—¿Y con Hayley Willborough también? —preguntó Gardner.

Robert bajó la mirada. —Sí. Ella fue la única que me trató con amabilidad. Aparte de mi mujer cuando nos conocimos.

—¿Podemos preguntarle sobre un rumor que hemos oído?

Robert sonrió. —¿Que soy adoptado?

Gardner asintió.

—¿Cómo podría saberlo? Nunca me lo habrían dicho si lo fuera.

—Al parecer, su padre resultó gravemente herido en la guerra.

—Sí. La metralla le destrozó las joyas de la familia. Incluso peor que mi propia cara, debo añadir. Sin embargo, él podía salir todo el tiempo mientras yo me quedaba en casa. Supongo que era más difícil mantener oculta mi desfiguración.

—Entonces, ¿es posible que no fuera su padre biológico?

—Mis padres eran populares. Podrían haber pedido a otro granjero una donación de esperma, por lo que yo sé. Una vez más, estas son preguntas que nunca he podido responder, así que no puedo responderlas ahora, ¿verdad?

—¿Y Hayley Willborough? ¿Podría ser ella su verdadera madre?

Robert tomó aire profundamente. Su mirada se perdió en el vacío. Hubo un largo momento de silencio antes de que respondiera. —Quién sabe. Como he dicho, ella fue la única que me trató como a un hijo.

—¿Seguía viéndola? ¿En la residencia?

—Sí, cada semana.

—¿Podría decirnos, por favor, dónde está Hayley ahora?

Robert suspiró y escribió la dirección.

11

LACEY MERODEABA POR el salón mientras Caroline preparaba su sala de tratamientos después de su última cita con aquella impresionante mujer morena con la que se había cruzado en la calle.

Estaba tardando mucho. ¿Qué había elegido la clienta anterior? ¿Una depilación completa?

Dio un sorbo a la manzanilla que le había ofrecido Caroline, acompañada del comentario: «Le dará un brillo saludable a tu piel».

La habitación estaba equipada con materiales caros. Había una chaise longue de cuero frente a un televisor y un equipo de sonido de gama alta.

Estar casada con un gánster y dirigir un negocio de belleza desde casa claramente tenía enormes beneficios económicos. Lacey se había arriesgado mucho con las mil libras en la puerta. ¿Realmente era el dinero un problema para Caroline?

Aunque en realidad no importaba. Lacey habría obligado a Caroline a entrar en su propia casa si hubiera sido necesario. Pero la sutileza siempre era la mejor opción. Aburrida, pero segura.

Caroline estaba tardando demasiado, y Lacey decidió que era hora de actuar. Dejó su taza en la repisa de la chimenea junto a una fotografía enmarcada en plata de dos niños pequeños en la cubierta de un yate. Del bolsillo interior de su cazadora de cuero, sacó un recuerdo de su aventura en la industria pornográfica snuff de Southampton.

La navaja automática.

—Son mis sobrinas —dijo Caroline desde detrás de ella.

—Se parecen a ti —Lacey deslizó la navaja automática de vuelta en su bolsillo—. Pensaba que eran tus hijas.

—La sala de tratamiento está lista si quieres seguirme.

Lacey se giró y asintió. —¿No hay fotos de ningún hombre?

Hubo una pausa incómoda. —Así es.

Lacey sonrió. —Supuse que estarías casada.

—¿Por qué supondrías eso?

Lacey se encogió de hombros. —Es una buena pregunta. Tengo un problema con las suposiciones.

Caroline frunció el ceño, igual que había hecho antes en la puerta principal.

Te confundo, ¿verdad? pensó Lacey. —Entonces, ¿no estás casada?

—No, pero ¿a qué viene ese repentino interés?

Zorra mentirosa. —Solo estoy haciendo un poco de conversación.

Caroline la condujo a la sala de tratamiento, y Lacey se alegró de ver que la iluminación era azul. Le recordaba a su propia habitación, la Habitación Azul. Un lugar de armonía y juicio. Iba allí a menudo con sus víctimas, justo antes de encontrarse físicamente con ellas y acabar con sus vidas.

No había estado en la Habitación Azul con Caroline. Era una lástima porque Caroline era adecuada. Era una destructora de hogares. Más aún, se aprovechaba de los inocentes. Caroline sabía que, eventualmente, el fuego y la furia llegarían a Salisbury en forma de su homicida marido, y Jake pagaría el precio máximo.

La muerte de su esposa y de un niño inocente no mayor que su propio y hermoso Tobias.

Caroline no era de su género habitual, pero era *más que adecuada* para su Habitación Azul.

Pero, por desgracia, le había hecho una promesa a Jake. No debía matar a Caroline. Y Jake le había hecho un favor importante esta vez.

Sin embargo, no se había dicho nada sobre infligir algo de dolor...

—Me gusta esta habitación —dijo Lacey—. Especialmente la iluminación.

—Elegí el azul porque es un color relajante.

—Sí. Es mi color favorito. Los chinos lo usan para aliviar el dolor... ¿voy a sentir dolor hoy, Caroline?

—No, utilizaré una pomada anestésica.

La habitación era pequeña. Consistía en una camilla, cubierta con toallas, y una lámpara que se parecía a algo de un dentista, descendiendo del techo. La sala estaba preparada con equipamiento.

—Si quieres tomar asiento en la camilla, te explicaré el proceso.

—Todo a su tiempo, Caroline. Primero me gustaría hablar contigo sobre otra cosa que tengo en mente.

Con satisfacción, Lacey vio cómo el color desaparecía del rostro de Caroline. *Sabe que está a punto de ser descubierta*...

—Desde que has entrado en mi casa —dijo Caroline—, te has estado comportando de manera extraña.

Lacey sonrió. —Sí, es algo que suelen comentar. *Soy una narcisista maligna, ¿sabes?*

—Me gustaría que te marcharas, por favor.

—¿Por ser diferente? ¿Tu marido nunca te enseñó a aceptar a todo el mundo, sin importar sus excentricidades? —Lacey se llevó la mano a la boca—. Ah, perdona, me equivoco, no estás casada, ¿verdad?

El color había desaparecido por completo del rostro de Caroline ahora.

—Voy a adivinar lo que estás pensando... Estás pensando que estoy aquí por Jake. Sabes que no soy su esposa, Sheila, porque habrás visto fotografías de ella, así que supones que soy una amiga de la familia que ha venido a asustarte, ¿no?

Caroline no respondió.

—Bueno, te equivocas. No soy realmente una amiga de la familia. Quiero decir, Jake y yo tenemos historia, pero no de la forma que estás pensando...

—¿Te das cuenta de lo que mi marido hará si se entera de todo esto? —dijo Caroline—. ¿Te das cuenta de lo peligroso que es?

—Sí, lo sé. Lo sé todo sobre David y su jefe, Simon.

—¿Quién eres tú?

—Te lo dije en la puerta. A diferencia de ti, yo no mentí hoy. Bueno... quizás sobre la estrella de la televisión, pero algo de embellecimiento nunca viene mal. El hecho es, Caroline, que no vas a morir hoy porque le hice una promesa a Jake. Sin embargo, me temo que este no es el caso de David y Simon.

—Pero están en Southampton —dijo Caroline.

Lacey se dio cuenta de que estaba mirando hacia la puerta abierta; se estaba preparando para salir corriendo.

Lacey negó con la cabeza. —Me temo que no. Están de camino a Salisbury y su primera parada será aquí. No tengo ninguna duda.

Caroline corrió. Lacey fue rápida. Levantó a la mujer del gángster hacia atrás y le rodeó el cuello con un brazo. Apretó hasta que la esteticista quedó inerte en sus brazos.

Yorke siempre pensaba que las residencias de ancianos se esforzaban mucho en parecer acogedoras sin serlo realmente. Esta no era una excepción.

La Residencia Orchard llenaba su jardín exterior con un huerto. Pasear entre una decorativa exhibición de manzanos, albaricoques, arándanos, avellanos e higueras no hacía nada para disimular la realidad. Un exuberante jardín lleno de color y vida le parecía a Yorke un truco evidente. La gente no era ingresada aquí para florecer como este jardín, sino para morir.

Después de recibir la actualización de Gardner y dirigirse a la Residencia Orchard, Yorke había llamado con antelación para decir que le gustaría hablar con Hayley Willborough. La directora había sonado genuinamente sorprendida. Hacía mucho tiempo que Hayley no se comunicaba. Yorke había dicho que aun así quería intentarlo.

Así que, tras registrarse con la misma directora, la enfermera le condujo por un pasillo blanco. Era ridículamente limpio y ridículamente largo. Pero lo que más inquietaba a Yorke sobre el pasillo era su inmensa longitud. Intentó hacer algo de conversación

con la enfermera, pero ella no mostró interés, y el trayecto de tres minutos pareció dolorosamente más largo de lo que era.

Finalmente, entraron en una habitación blanca y estéril, que distaba mucho del colorido y fructífero huerto.

Hayley Willborough, apoyada sobre varias almohadas, tenía el tamaño de una niña pequeña. Tenía un tubo de respiración en el centro del cuello. Yorke notó que sus ojos le seguían mientras rodeaba la cama.

Tomó su mano entre las suyas. Solo después se dio cuenta de que lo había hecho instintivamente. No había ninguna agenda oculta detrás de su muestra de simpatía por esta pobre mujer. De repente, se sintió inmensamente culpable por el hecho de que estaba a punto de abordar temas que serían muy dolorosos para ella.

La enfermera se acercó al otro lado de la cama. Tomó la otra mano de Hayley. —Hola, señora Willborough, ¿está disfrutando de *Deal or No Deal?*

No hubo respuesta de Hayley. Durante la llamada telefónica inicial, la directora había informado a Yorke que Hayley había dejado de responder hacía más de un año. «Antes podía usar un programa informático donde generaba voz con diferentes movimientos de sus ojos, pero desgraciadamente ya no puede».

Yorke miró hacia el televisor suspendido del techo. Noel Edmonds estaba al teléfono negro hablando con el banquero mientras un concursante sudaba frente a una caja roja.

—¿Está bien si bajamos el volumen un momento, por favor, señora Willborough? —dijo la enfermera.

De nuevo, sin respuesta.

La enfermera cogió el mando a distancia y bajó el volumen.

Antes, en el coche, Yorke había preguntado por teléfono a la directora si Hayley sabía sobre la detención de Robert Bennett. La noticia había salido en los informativos y era difícil de evitar. Le informaron que ella lo desconocía y que lo único que veía en televisión eran telenovelas y concursos, y si todavía los entendía era una incógnita para cualquiera.

Yorke se sentó junto a Hayley, aún sosteniendo su mano. —Señora Willborough, mi nombre es Inspector Detective Michael Yorke

y lamento mucho venir a su casa y molestarla así. No hay nada que me desagrade más que tener mi placer televisivo interrumpido, pero es muy importante. —Hizo una pausa para sonreír, y acarició suavemente su mano.

Yorke tomó aire profundamente. Se sentía verdaderamente fatal. —Estoy aquí por Robert Bennett.

Hizo una pausa para ver si ella reaccionaba. No lo hizo.

—En cuanto a su salud, está bien, así que no se preocupe por eso. Sin embargo —tomó otro respiro profundo, tratando de formular esto correctamente—, se ha metido en un pequeño problema...

¿Pequeño problema?, pensó, burlándose internamente de sí mismo.

—...y podría necesitar algo de ayuda para salir de él.

Esperó alguna señal de que le estuviera escuchando. No ocurrió nada. Miró a la enfermera. Ella se encogió de hombros.

—Hace muchos años, usted fue sirvienta de Elysia Bennett y su marido. ¿Es eso correcto?

Nada. Era frustrante, pero no lo dejó ver. Le debía a esta pobre señora más que eso.

—Sé que usted está muy unida a Robert, Hayley. Las personas con las que hemos hablado sugirieron que era como un hijo para usted.

Y entonces Yorke detectó algún movimiento. El más mínimo parpadeo en sus ojos. ¿Quizás se había equivocado?

—¿Era como un hijo para usted, Hayley?

¡No, no se había equivocado! Ahí estaba otra vez.

Miró a la enfermera. De repente, parecía interesada por primera vez desde que había entrado en la Residencia Orchard.

—Me han dicho que usted prácticamente crió a Robert. Que recibió educación en casa, y sus padres lo mantuvieron prácticamente recluido.

Más movimiento. Estaba respondiendo. Estaba llegando a alguna parte.

—¿Es esto cierto, señora Willborough?

Parpadeó una vez.

—*¡Sí!* —dijo la enfermera, y sus ojos se abrieron de par en par—. *¡Eso significa sí!*

Yorke sintió la adrenalina recorriéndole el cuerpo. —¿Lo quería?

Otro parpadeo.

—¿Todavía lo quiere?

Parpadeo.

—Señora Willborough, ¿es usted la madre de Robert?

Nada.

—Señora Willborough, ¿es usted su madre?

Seguía sin responder.

Yorke sintió ganas de suspirar pero se contuvo. Miró a la enfermera, le mostró un gesto de decepción y luego bajó la mirada de nuevo.

No estaba seguro de si esto merecía la pena. ¡Maldita sea, ni siquiera estaba seguro de si esto era ético!

¿Quizás debería darlo por terminado?

Y entonces Hayley parpadeó.

Sheila observaba desde la puerta del salón cómo Frank intentaba jugar con Tobias.

Dios, amaba a Jake a pesar de todo. Había pasado años superando el hecho de que estaba consumido por su trabajo y tenía poco tiempo para ella y Frank. Incluso había superado el hecho de que su exnovia sociópata la había amenazado de muerte en plena calle hace varios años.

¿Pero esto? ¡Esto era un nivel completamente nuevo!

Tobias estaba sentado en un pequeño escritorio que habían instalado para Frank. No se movía. Solo miraba fijamente. No muy diferente a ayer cuando se encontró por primera vez con él y su molesta madre, Millie. Si acaso, parecía haberse vuelto más pálido e inmóvil durante la noche.

Observaba a Frank rebuscando en una caja de Duplo antes de acercarse con las manos llenas de piezas de plástico. Su hijo era

tremendamente amable. Estaba colocando el Duplo frente al niño mayor, intentando ayudarlo, hacerle participar. Pero estaba fracasando. Y eso preocupaba a Sheila.

Sentía compasión por el chico, de verdad que sí, pero no podía evitar preguntarse qué había traído Jake a su casa.

Fue en ese momento cuando decidió que, en cuanto este niño fuera devuelto a su madre, dejaría a Jake de una vez por todas.

—Frank —dijo.

Su hijo levantó la mirada hacia ella.

—Ven a ayudar a mamá a preparar la comida para todos.

Frank, su buen niño pequeño, se alejó caminando torpemente de la habitación, dejando a Tobias mirando, con expresión vacía, las piezas de Duplo.

Yorke continuó con sus preguntas pero solo algunas obtuvieron respuesta. Cualquier cosa relacionada con Robert estimulaba una respuesta. Las preguntas sobre su cuidado, su educación y su deseo de tenerlo con ella ahora se encontraban todas con un único parpadeo. Yorke aún tenía que ver un parpadeo doble.

—Cuando se fue para estar con su esposa, ¿echó de menos a Robert?

Parpadeo.

—¿Pero estaba contenta por él?

Parpadeo.

—¿Dio usted permiso a los Bennett para adoptar a su hijo?

Sin respuesta.

—¿Le caían bien los Bennett?

Sin respuesta.

—¿Le gustaría ver a Robert otra vez?

Parpadeo.

—¿Sabía usted, antes de hoy, que Robert estaba en problemas?

Su primer parpadeo doble.

Yorke rebuscó en su bolsillo y sacó una fotografía tomada de los Ray en 1944. La sacó de su pequeña bolsa de plástico. —¿Sabe quiénes son estas personas, señorita Willborough?

No parpadeó, pero Yorke estaba seguro de que podía ver algo en sus ojos. Algo que se parecía al miedo.

—¿Quiere ayudar a Robert?

Parpadeo.

—Entonces, debe ayudarme. ¿Conoce a estas personas?

Parpadeo.

Yorke señaló a la joven que limpiaba el corral de cerdos. La que había examinado antes con la lupa de Wendy. —No sé si puede ver esto claramente, señorita Willborough, pero hay una joven, tal vez de trece años, limpiando el corral de cerdos detrás de la familia Ray. ¿Es usted, señorita Willborough?

Pausa. Nada.

—Por favor, señorita Willborough... ¿es usted?

Parpadeo.

El corazón de Yorke se agitó en su pecho. Las piezas estaban encajando.

—¿Está el padre de Robert en esa fotografía?

Pausa. *Vamos, vamos*, pensó Yorke.

Parpadeo.

Yorke señaló al joven que sostenía en el aire al pequeño Thomas Ray. —¿Fue Richie Ray?

Parpadeo doble.

Thomas era demasiado joven, así que eso dejaba... —¿Fue Andrew Ray?

Nada.

—Andrew Ray es el padre de Robert, ¿verdad?

Ella parpadeó y una lágrima rodó por su rostro.

—¿Lo sabe Robert?

Parpadeo doble.

—¿Tuvo gemelos, señorita Willborough? ¿Robert tiene un hermano gemelo?

Parpadeo.

Yorke se puso de pie. No pudo evitarlo. Su adrenalina estaba por las nubes. —Solo para confirmar, ¿tenía un hermano gemelo?

Parpadeo.

Yorke se pasó la mano por la cabeza, bajando por la frente y sobre su barba. *Esto es*, pensó. *Ella tiene todas las respuestas. Puede que sepa dónde está el hermano de Robert. Sin embargo, no puede comunicarse... a menos que...*

—Señorita Willborough, usted solía comunicarse con un ordenador. ¿Podría seguir haciéndolo si le consigo el equipo?

Parpadeo doble.

Mierda... mierda...

—Señorita Willborough, ¿ha registrado alguna vez estos acontecimientos? ¿Un diario quizás? ¿Alguna información que nos ayude a encontrar a su otro hijo y a terminar con una situación que está fuera de control?

Parpadeo.

Vale... vale... piensa... ¡Mike, piensa!

—¿Estará en la granja de los Bennett?

Parpadeo doble.

—¿Está aquí? ¿En el hospital?

Parpadeo.

—De acuerdo... ¿registró su historia usando el ordenador cuando estaba más fuerte?

Parpadeo.

Miró a la enfermera. Ella se encogió de hombros.

—Entonces, ¿quién tiene esta información? —dijo Yorke.

—La tengo yo —dijo alguien desde la puerta.

Yorke se volvió. Era la directora con la que se había registrado. —Ella grabó su historia hace tres años y me pidió que la guardara.

La enfermera retrocedió y permitió que la directora tomara su posición junto a la cama de Hayley.

Le acarició la cabeza a Hayley. —Hayley, me dijiste que nunca querías que viera la luz. Dijiste que solo la compartiste conmigo porque no querías morir con la historia sin contar. Te lo preguntaré ahora, y solo te lo preguntaré una vez. —Hizo una pausa para mirar a Yorke—. Solo una vez, detective.

Yorke asintió.

Ella volvió a mirar hacia abajo. —¿Quieres que comparta la historia con la policía, Hayley?

La espera por la respuesta fue agonizante. Yorke se mordió el labio inferior. Miró a Hayley, suplicando con los ojos.

Ella parpadeó.

12

AHORA QUE LA EXISTENCIA del hermano gemelo había sido confirmada, Yorke contactó con la central para iniciar una búsqueda en los registros médicos de Wiltshire. Parecía la ruta más obvia. Era lógico que el gemelo idéntico de Robert también padeciera el raro trastorno de EVP. Confiaba en que podrían elaborar una lista de sospechosos potenciales.

La historia de Hayley Willborough, proporcionada por la directora de la residencia, no era extensa. Al fin y al cabo, había sido contada mediante los movimientos oculares de una anciana. Pero la brevedad no reflejaba la profundidad de la tragedia, que era insondable.

Yorke comía comida rápida mientras leía. A veces, el relato era tan absorbente que se olvidaba de comer. No tardó mucho en estar metiéndose patatas frías en la boca.

Hayley había trabajado en la granja de la familia Ray en 1944. La fotografía en la que aparecía paleando estiércol de cerdo en el fondo fue tomada cuando tenía quince años. Habría sido una fortuna que no viviera con los Ray y solo trabajara para ellos, si no fuera por el hecho de que su propia familia, los Willborough, también eran unos bastardos abusivos.

Debido a esto, el adoctrinamiento fue una tarea sencilla. El culto de Andrew Ray parecía ofrecer la promesa de una vida mucho más segura y estable.

Desafortunadamente, como ocurre con muchos cultos, esta promesa se rompió.

En 1952, cuando Hayley tenía 23 años, Andrew Ray afirmó que había sido abducido por alienígenas. La única evidencia de que esto había ocurrido era una gran cruz sangrienta tallada en su pecho. Una herida que todos, excepto los miembros de su creciente culto, creían que se había infligido a sí mismo. —Es donde me abrieron. Es donde entraron para explorar mi interior.

La filosofía detrás del culto de Andrew era sencilla. Los alienígenas estaban investigando los cuerpos humanos, *analizándolos*, para que cuando regresaran en cincuenta años (aparentemente, los alienígenas *sí* le habían dicho esto), pudieran exterminarlos con relativa facilidad.

Andrew encontraba personas, como Hayley, de toda la zona cercana. Buscaba individuos con problemas. Individuos que no podían encontrar consuelo en la religión en aquella época temerosa de Dios y se sentían atraídos por el santuario en su granja.

Andrew formó un ejército de veinte personas que escuchaban sus prédicas sobre la llegada de los alienígenas, y el único requisito para entrar era que él te tallara una cruz en el pecho.

¿Ventajas del trabajo?, pensó Yorke. *Maldito bastardo retorcido...*

Sus miembros pronto comenzaron a verse desaliñados. Habían entregado todas sus finanzas a Andrew y no quedaba nada para ropa y cortes de pelo. Empezó a dirigirlos en manifestaciones fuera de iglesias y en centros urbanos, advirtiendo sobre la llegada de los alienígenas.

Pero la mayoría de la gente escupía en su dirección y muchos otros murmuraban: —Rezad una oración por los Ray—, cuando pasaban junto a estos individuos afligidos.

Finalmente, el grupo se redujo a diecinueve cuando uno de los seguidores de Andrew, Alan, rompió una regla fundamental. Hayley tuvo suerte porque ella también había roto la misma regla, pero parecía que Andrew tenía debilidad por ella.

La regla era simple. Todas las mujeres, que eran doce, solo podían copular con Andrew. Los hombres, que eran siete, tenían que practicar la abstinencia. Era necesario, decía Andrew, para mantener su fuerza al máximo en caso de que los alienígenas hicieran una aparición temprana. Estas criaturas podrían haber sido conscientes

de un ejército en crecimiento y estarían ansiosas, en un momento inesperado, de descender y ponerle fin. Por lo tanto, no podía haber formación de relaciones sexuales, y el ejército crecería solo a través de Andrew fecundando a su rebaño.

A pesar de que Hayley afirmaba que en realidad solo ella quedó embarazada, Yorke sintió una repentina oleada de pánico. *¡Por Dios! ¡Que no haya más de esta vil descendencia vagando por Devizes!*

En más de una ocasión, Hayley y Alan habían encontrado esperanza real el uno en el otro de que las cosas podían mejorar, en lugar de la falsa esperanza ofrecida por Andrew y su culto. Habían planeado huir juntos.

En este punto del relato de Hayley, ella se había centrado larga e intensamente en su arrepentimiento de que no hubiera sido Alan el padre de sus hijos. Durante muchos años, se había forzado a creer que lo era, hasta que aparecieron las erupciones en la piel de la cara de Robert y destrozaron sus ilusiones. Su descendencia eran los verdaderos descendientes de Reginald Ray.

El día que Andrew descubrió la aventura ilícita, encerró a Hayley en un viejo granero durante tres noches. Durante esas noches, Alan quedó fuera, atado a un árbol con la cruz en su pecho nuevamente abierta.

Hayley no sabía cuánto tiempo había tardado Alan en morir, pero los animales casi lo habían limpiado por completo el día que ella salió de aquel viejo granero. En su historia, recordaba este como el peor momento de su vida. De rodillas, gritaba a quien quisiera escuchar que aquello era la muerte de toda esperanza. Andrew respondió a estos gritos arrastrándola a su habitación y violándola.

Cuando Hayley descubrió que estaba embarazada un mes después, huyó de la granja y encontró refugio en una iglesia frente a la que una vez había protestado.

Andrew nunca la encontró. Hasta donde Hayley sabía, ni siquiera intentó buscarla. Murió no mucho después de cáncer. Yorke recordó las últimas palabras de Andrew a su hijo, registradas en el expediente del caso de Thomas Ray. "Es por esta misma puerta dentro de cincuenta años, que volverán a por ti, me lo dijeron. Y recuerda, esas criaturas pueden venir en forma humana o animal".

Yorke hizo una pausa para respirar profundamente. Era la advertencia que conduciría a la muerte de Dawn Butler, la esposa de su mejor amigo.

Mientras Yorke leía la siguiente parte del relato, su corazón se aceleró.

Ocho meses después de su huida, Hayley dio a luz a dos niños gemelos idénticos. Hayley deseaba, desesperadamente, quedárselos, pero la iglesia la convenció de que tendrían mejores oportunidades con una buena familia y que podrían organizar tal adopción.

—Además —le dijeron—, ¿quieres que crezcan con el legado que tú traes a sus vidas o preferirías que empezaran de cero?

Los niños fueron llevados al Orfanato de la Salvación, propiedad de la iglesia. Tres meses después, Hayley finalmente se resignó a no volver a ver a sus hijos y estaba a punto de comprometer su vida con la iglesia cuando ocurrió algo curioso.

Elysia Bennett acudió a la iglesia y pidió hablar con Hayley. Era una miembro influyente y adinerada de la comunidad que no había podido concebir. Recientemente había adoptado a un bebé del Orfanato de la Salvación y lo había llamado Robert.

Elysia era una mujer temerosa de Dios y creía que era su deber agradecer a la persona que le había dado el regalo supremo de un hijo. Había contactado con el orfanato y usado su poder e influencia para conseguir el nombre de la madre. Así, Elysia agradeció a Hayley y luego le preguntó si podía hacer algo por ella a cambio.

Hayley pidió ser la criada interna de los Bennett. Prometió no revelar nunca la verdad sobre el origen de Robert y se contentaría con servir a él y al resto de la familia Bennett en todo lo que pudiera.

El resto del documento de Hayley ofrecía una breve historia de las partes más felices de su vida hasta el derrame cerebral que la dejó paralizada. Había estado satisfecha de estar con su hijo y cuidarlo sin que él llegara a conocer la verdad. El hecho de que hubiera terminado criándolo debido a su trastorno cutáneo fue un premio agridulce. Se había resignado a la tragedia de no ver nunca a su otro hijo, simplemente porque se le había dado esta segunda oportunidad de felicidad y no podía arriesgarse a echarla a perder.

A menudo describía a Robert como una persona "amable" sin "un solo hueso malo en su cuerpo", a diferencia de su "padre biológico". Describió el momento en que Robert encontró la felicidad con su esposa como "el primer momento real en su vida en que se dio cuenta de que su existencia, y gran sufrimiento, habían valido la pena".

Yorke terminó sus patatas frías.

Sintiéndose emocionado, contactó con Gardner y le relató las partes más importantes de la historia.

Hubo un momento de silencio antes de que Gardner dijera:

—¿Estás bien, Mike?

—No lo sé. *Realmente* no lo sé. Había tanto dolor y sufrimiento en esa historia. Y no puedo dejar de pensar en Robert, aislado en su casa, burlado por los otros niños. A pesar de en lo que está involucrado. Simplemente no puedo quitarme esa imagen de la cabeza.

—¿Quizás deberías tomarte una hora libre? —dijo Gardner.

—Ni hablar. Tengo que averiguar qué pasó con el otro hermano en el Orfanato de la Salvación. Y tú y Jake tenéis que volver a contactar con Robert. Contadle todo, aunque sospecho que ya sabe la mayor parte. Decidle que el juego ha terminado. Si no nos dice dónde está su hermano rápidamente, volverá al aislamiento. Para siempre.

CAROLINE YACÍA en la cama de su sala de tratamiento. Seguía inconsciente después de que Lacey le restringiera el oxígeno al cerebro con su llave de cabeza.

Lacey esperaba no haber apretado demasiado fuerte. Si accidentalmente la había sumido en un coma, tendría dificultades con la siguiente fase de su plan.

Esta preocupación le recordó "A un ratón", el poema escocés de Robert Burns que había leído en la escuela. Recordó el verso, "The best laid schemes o' mice an' men gang aft a-gley", que se traduce

como "los mejores planes de ratones y hombres a menudo se tuercen".

Pensó en su último plan en la casa de rapé en Southampton, donde había perdido el control de la situación, dejando al pobre Tobias para que la sacara del apuro de manera sangrienta.

Sonrió. A veces era bueno que los planes salieran un poco mal. Aportaba emoción. Estímulo. Algo que ella anhelaba desesperadamente.

Caroline abrió los ojos. Miró fijamente a Lacey y jadeó.

—No te muevas —dijo Lacey.

Los ojos de Caroline se agrandaron.

—Tengo una aguja contra tu cuello. Contiene veneno. No morirás con dolor, pero *morirás*.

Caroline bajó los ojos intentando ver la aguja que presionaba contra su cuello.

—Vale.

—Antes de que intentaras huir, te dije que no eres tú quien tiene que morir hoy. Le prometí a tu semental que no te mataría.

—¿Jake?

—¿Tienes más de un semental?

—¡Él no tendría nada que ver con esto!

—¿Confías en un hombre que engaña a su mujer?

—*¿Qué quieres?*

Sonó un golpe en la puerta principal.

—Parece que estás a punto de descubrirlo.

Después de que Gardner y Jake le contaran todo a Robert Bennett, esperaron una respuesta.

Estuvieron esperando mucho tiempo.

—¿Cuánto de esto ya sabías? —preguntó Gardner, intentando hacer avanzar la conversación.

Robert suspiró.

—Sabía parte, sospechaba otra parte. ¿A quién le importa? Todo es irrelevante. No cambia nada.

Gardner, sintiendo una oleada de frustración, golpeó la palma de su mano contra la mesa. Podía sentir la mirada de Jake. No le importaba si estaba sorprendido. Ya era suficiente.

—¿Qué quieres decir con que no cambia nada? ¡Despierta, por el amor de Dios! Sabemos que hay dos de vosotros. Uno contó la historia en la recepción de la granja Mitchell, el otro secuestró al niño desde la parte trasera del laberinto. Y luego *ambos* os lo comisteis.

Robert señaló a Gardner. —Escúchame, yo no me comí a nadie. No tuve nada que ver con eso. Puede que parezca un maldito monstruo, pero no lo soy.

—¿Se lo comió tu hermano?

—¡Por favor, no le llames así!

—Entonces, ¿tienes un hermano? —dijo Jake.

—No puedo negar las pruebas, ¿verdad?

—¿Admites que estás involucrado? —dijo Gardner.

Robert respiró hondo y tamborileó con los dedos sobre la mesa. —Tenéis ADN, grabaciones de cámaras y Dios sabe qué más. No tiene sentido que sigamos dando vueltas sobre lo mismo eternamente.

Gardner y Jake intercambiaron miradas, ambos sintiendo alivio por el hecho de que finalmente estaban llegando a alguna parte.

—¿Dónde está tu hermano entonces? —dijo Gardner.

—Si le vuelves a llamar así una vez más, me cortaré la lengua antes que volver a hablar contigo.

—De acuerdo, ¿dónde está el otro hombre que se parece a ti? —dijo Jake.

Robert miró fijamente a Jake. —No lo sé. No sé quién es. Ni siquiera sé dónde está.

—¿Cuándo hicisteis este plan juntos?

—No puedo decíroslo.

Era el turno de Jake de golpear la mesa con la mano. Gardner se quitó las gafas y se frotó la frente; sentía que comenzaba a tener dolor de cabeza.

—¿Estás dispuesto a dejar que otros mueran? —dijo Jake.

—Por supuesto que no. Simplemente no puedo deciros nada más. Lo siento.

—Bueno, al menos lo sientes —dijo Gardner—. Creo que esta es la primera vez que muestras algo de remordimiento.

Robert entrecerró los ojos. —En realidad, detective, siento remordimiento. Mucho. Pero no siento la necesidad de mostrárselo a usted. Después de todo, usted y el otro detective son solo dos de las muchas personas que caminan por esta horrible tierra sin mostrar remordimiento por cómo tratan a los demás. Solo hay dos personas en mi vida que me han mostrado amabilidad. Mi madre, que está sufriendo en una residencia, y mi esposa, que... —Se detuvo.

—¿Que te abandonó? —dijo Jake.

Hubo un golpe en la puerta. Willows estaba mirando hacia dentro.

—Yo iré —dijo Jake.

Mientras Jake estaba fuera, Gardner y Robert se miraron fijamente. Robert ahora tenía lágrimas en los ojos. Ella recordó las palabras de Yorke por teléfono anteriormente: "No puedo dejar de pensar en Robert, aislado en su casa, burlado por los otros niños".

—Siento compasión por todo lo que te ha pasado —dijo Gardner —. De verdad. Nadie debería experimentar lo que tú experimentaste, pero no estábamos allí para detenerlo. Solo estamos aquí ahora para evitar que *esta* situación empeore. Estamos aquí y tú también.

Robert negó con la cabeza. —No lo entendéis.

La puerta se abrió. Jake estaba allí con la cara pálida. Gardner y Robert lo miraron fijamente.

—¿Qué ocurre, Jake? —dijo Gardner.

Jake miró al guardia que estaba detrás de Robert y le hizo un pequeño gesto con la cabeza. Gardner sospechó que le estaba advirtiendo que podría haber una reacción. El guardia asintió.

—¿Qué? —dijo Robert.

—Lo siento, Sr. Bennett...

Robert empezó a ponerse de pie.

El guardia puso sus manos sobre sus hombros. —Por favor, siéntese, Sr. Bennett.

—*¿Qué pasa?* —Robert se negó a sentarse. El guardia lo empujó con fuerza hacia su asiento.

—Hemos recuperado otro cuerpo en la granja McCall, enterrado en el campo detrás de la casa...

—*¿Quién?* —dijo Robert, intentando levantarse de nuevo, pero sin conseguirlo debido al firme agarre del guardia.

—Tenemos motivos para creer que es tu esposa, Robert. Lo siento muchísimo.

—¡NO! —Se retorció bajo las manos del guardia—. ¡NO! ¡NO!

El guardia realmente tenía que hacer fuerza para mantenerlo sujeto ahora. Jake corrió alrededor de la mesa para ayudar.

—¡EL MALDITO MINTIÓ! —Golpeó el suelo con los pies e intentó levantarse de nuevo. Jake le sujetó los brazos contra las piernas, mientras el guardia continuaba presionando desde arriba—. ¡MINTIÓ. ¡EL MALDITO MINTIÓ!

—¿Quién mintió? —dijo Gardner.

—¡EL MALDITO MINTIÓ!

—¿Quién? ¡Pongamos fin a esto ahora! Por Samuel, por tu esposa, por cualquiera que esté en peligro. ¡Dinos y pon fin a esto ahora mismo!

13

DI MARK TOPHAM se estremeció al abrir y cerrar los puños. Tenía los nudillos en carne viva.

De pie frente a la isla de su cocina, miraba fijamente una botella sin abrir de Southern Comfort. Había subido el volumen de la música al máximo para intentar ahogar la voz de James en su cabeza. *No... no... por favor...*

No estaba funcionando. Todavía podía oír al joven suplicando por su vida mientras él le golpeaba una y otra vez.

Se pasó una mano por su enmarañada mata de pelo. Antes cuidaba mucho su aspecto. Solía preocuparse tanto por su apariencia.

Solía.

Mientras desenroscaba el tapón del Southern Comfort, imaginó a Gardner sentada a la mesa de la cocina, donde había estado la noche anterior cuando acudió en su ayuda. La visualizó moviendo un dedo, arrugando la cara y diciendo: «Mark, recuerda que la bebida fue lo que te metió en problemas en primer lugar».

—Pero es lo único que me ayuda a olvidar. Es lo único que ahoga las voces. Severance describiendo lo que vio... describiendo el cuerpo de Neil. Y ahora la voz de James, suplicando por su vida mientras lo golpeaba. Aunque no era a James a quien estaba viendo, Emma. Era a Mayers. El Conducto. El cabrón responsable de la muerte de Neil. Es su puta cara la que sigo viendo...

Cuando Topham salió de la oscuridad de su imaginación, vio que se había servido un vaso de Southern Comfort.

Solo uno, pensó, *solo uno para ayudarme a olvidar durante unas horas. Para ahogar todo esto por un tiempo...*

Bebió el líquido pardusco, sintió cómo le quemaba la boca, la garganta, el pecho y luego el estómago. Permaneció ahí con los ojos cerrados hasta que sus pensamientos comenzaron a difuminarse.

Abrió los ojos y vio a Neil sentado a la mesa de la cocina con su camiseta de "Pink Freud". Tecleaba en su portátil, deteniéndose de vez en cuando para acariciarse la perilla y murmurar: «Ya veo».

—¿Un avance? —dijo Topham sonriendo.

—Algo así —respondió Neil—. Realmente creo que ahora sé qué es lo que atormenta a este tipo.

—Cuéntame.

Neil miró su reloj.

—¿Qué hay de la prohibición de hablar de trabajo después de las seis?

—Buen punto, pero te das cuenta de que eso también implica guardar el portátil, ¿verdad?

Neil sonrió y cerró el portátil.

—Terminemos la semana como la empezamos.

—¿Con comida a domicilio?

Topham cerró los ojos, y cuando los abrió, se encontró mirando una silla vacía.

Podía oír al Conducto susurrando en su cabeza. Su voz se hacía más fuerte por segundos.

Topham alcanzó el Southern Comfort, desenroscó el tapón y comenzó a beber directamente de la botella.

Yorke contactó con el ayuntamiento y habló con el departamento encargado de los NAP —Niños Acogidos y Protegidos—. Lauren Miller estaba fascinada por la consulta. Le contó animadamente a Yorke que, en otros tiempos, había existido un gran número de hogares

como el Orfanato de la Salvación, pero ahora quedaban muy pocos. Un número récord de niños estaban siendo ubicados con familias de acogida. Por muy feliz que esto le hiciera a él, y evidentemente a ella también, no hacía avanzar el caso, así que cortésmente la recondujo a su consulta.

No le llevó mucho tiempo revisar sus archivos. Ahora estaban todos informatizados.

La noticia no era la que él esperaba.

Sí, Robert había sido adoptado a los tres meses de edad por los Bennett, pero Christopher, su hermano, *nunca* fue adoptado. De hecho, Christopher había muerto de gripe en el orfanato menos de un mes después de la adopción de Robert.

Suplicó a Lauren, le dijo que no podía ser cierto, porque él sabía *con absoluta certeza* que su hermano gemelo seguía vivo. Ella se disculpó por no poder ayudarle más.

Hasta que la búsqueda médica del PVS arrojara algún resultado, Yorke se dio cuenta de que solo quedaba una vía.

La iglesia que había acogido a Hayley Willborough.

Después de introducir la iglesia en su GPS, recibió una llamada de Gardner. Le informó sobre la muerte de la esposa de Robert. —Su muerte fue diferente a las otras muertes de este caso. Menos salvaje. No hubo cortes ni desmembramiento. Parece que murió por un golpe en la parte posterior de la cabeza. Patricia cree que fue por una caída hacia atrás, pero obviamente eso no es concluyente todavía.

Gardner le relató entonces la entrevista completa con Robert, con todos sus detalles. Yorke lo absorbió todo mientras seguía el GPS hacia la iglesia.

A Jake y Gardner les había llevado tiempo conseguir que Robert volviera a comunicarse. Había estado inconsolable, simplemente murmurando repetidamente las palabras: «Mentiroso... puto mentiroso...». Cuando finalmente soltó la verdad, lo hizo rápida y furiosamente...

—Sandra no me dejó. *Obviamente*. Me amaba. Es la única persona que alguna vez se preocupó por mí además de mi madre. Mi madre *verdadera*, quiero decir.

Jake soltó los brazos de Robert y el guardia levantó las manos de sus hombros.

—Él *vino* a mí... el muy cabrón. Se presentó directamente en mi maldita puerta. Pensé que estaba soñando y cuando me di cuenta de que no era así, pensé que me había vuelto loco. Se parecía *exactamente* a mí. Incluso hasta en esto —señaló su rostro manchado—. *¿Te lo imaginas?* Me llevó un tiempo poder hablar correctamente y cuando finalmente lo hice, él estaba sentado en mi cocina bebiendo té. Dijo que se llamaba Reginald Ray. ¡Lo sé! Una estupidez, ¿verdad? Le dije que conocía la historia de los Ray y que todos habían desaparecido. Recuerdo su risa en ese momento. Era horrorosa, como el sonido de una tubería atascada o algo así. También tenía dientes postizos, pero no le ajustaban tan bien como los míos y hacían un ruido metálico mientras el siniestro se carcajeaba. Repitió su creencia de que él era Reginald Ray. Dijo que lo habían colgado de un árbol, pero que la última risa había sido para aquellos soldados cabrones porque ¡había vuelto! Tomando el cuerpo de un descendiente. Dijo que lo más gracioso era que yo era su hermano gemelo y que si miraba bien su cara, ¿cómo podría negarlo? Pero lo que dijo después me sacudió aún más. Sentí sus palabras hundirse en mis huesos y mi alma. ¡Me dijo que yo también era Reginald! *Somos Reginald*, dijo. Puede que aún no lo sepas, hermano, pero *somos Reginald*.

—El cabrón luego afirmó que como éramos Reginald, podíamos hacer algo con nuestra apariencia. Me explicó la idea de que podíamos absorber la juventud y frescura de una víctima consumiéndola y comenzar a revertir el daño que nuestra condición estaba causándonos. ¡Este hombre estaba completamente loco! Fue en ese momento cuando me puse de pie y alcancé el teléfono. Entonces, me preguntó dónde estaba mi esposa —Robert enterró la cabeza entre las manos y lloró. Jake y Gardner respetaron esos minutos de desesperación, antes de que continuara—. Le dije que estaba en el trabajo. Sonrió y dijo: *¿en la carnicería? ¿En el pueblo?* Y entonces lo supe. Supe que este hombre, mi hermano, no solo estaba loco, era peligroso. Llamé a Roland, el dueño de la carnicería, y descubrí que ella nunca había aparecido por el trabajo ese día.

Entonces, me lancé contra el cabrón. Dos viejos, rodando por el suelo, me sorprende que ninguno de los dos acabáramos con huesos rotos. Cuando nos agotamos, me dio un ultimátum: si quieres ver a tu esposa viva otra vez, harás lo que yo diga —se secó las lágrimas de los ojos—. Y lo hice. Todo lo que me dijo. Al pie de la letra. Y mintió. No la volveré a ver nunca, ¿verdad?

Gardner terminó de relatar la experiencia de Robert al conocer a su hermano gemelo, y Yorke la escuchó ponerse llorosa al otro lado del teléfono.

—Pobre hombre —dijo Yorke—. Lo habíamos juzgado mal.

—Cuando le dejé, estaba inconsolable.

Yorke suspiró.

—Bueno, sigue siendo culpable de complicidad. Entiendo la presión bajo la que estaba, pero sigue siendo parcialmente responsable de la muerte de Samuel Mitchell.

—Sí, y proporcionó esos detalles. Robert admite haber tendido una trampa a Samuel Mitchell al ir a esa recepción y emitir una alerta sobre su nieto desaparecido, Jordan. Como sospechaba usted, Mike, fue el hermano siniestro quien lo robó por la parte trasera de ese laberinto y se lo llevó en coche. Probablemente lo drogó, lo metió en el maletero, así que Bryce Singles no lo vio cuando pasó con su tractor. Cuando Robert fue a la granja McCall para recuperar a su esposa, se encontró con su hermano alimentándose del pobre chico. Su hermano le desafió a hacer lo mismo. Robert afirma no haber querido participar en ello. Solo quería recuperar a su esposa. Su hermano le dio un ultimátum. A menos que Robert se uniera a él en cuerpo y alma, en este acto de canibalismo, no le revelaría el paradero de su esposa. Le dijo que se fuera a casa y lo pensara y que volviera al día siguiente preparado para hacer lo que se le pedía. Por supuesto, no hubo día siguiente. En ese momento, Robert fue puesto bajo custodia como nuestro principal sospechoso. Es fácil decirlo, pero creo que si hubiera sido yo, habría confesado en ese momento y nos habría dado la oportunidad de salvar a su esposa.

—Sí, Emma, eso es fácil de decir. Aún no hemos conocido a este cabrón. Robert debe haber creído sinceramente que si nos ayudaba en nuestra investigación, su esposa perecería de manera similar a

ese pobre chico. El terror afecta a las personas de diferentes maneras. Lo hemos visto antes.

—Tienes razón. Aunque ella no pereció de la misma manera, ¿verdad? ¿Un golpe fatal en la parte posterior de la cabeza? ¿Una caída? ¿Podría ser que intentó escapar y murió en el intento?

—Solo hay una manera de saberlo con certeza. Debemos encontrarlo, antes de que se mueva de nuevo. Continuaré con esta pista, es lo único que tenemos en este momento a menos que surja algo de los registros médicos. ¿Puedes continuar con Robert? Sigue repasando la historia con él hasta que algo salte a la vista.

—Parece que vuelves a dar órdenes, Mike.

—Sí, lo siento...

—No lo sientas. Me gusta.

Reginald Ray observaba al camarero recoger algunos vasos vacíos. Le gustaba cómo se movía. *Le gustaba mucho.* Le recordaba a su propia juventud cuando era rápido y ágil. Por supuesto, nunca había tenido el rostro fresco que tenía este joven, pero sí ese brío en su paso.

Reginald estaba sentado en la esquina del pub. Era una taberna poco iluminada. Una elección apropiada. Su rostro parecía estar mucho mejor después de haberse dado un festín con Samuel Mitchell estos últimos días, pero aún sorprendería y conmocionaría a la mayoría de las personas, especialmente bajo luces brillantes.

El recogedor de vasos no podía tener más de dieciocho años. Tenía el pelo negro largo y llevaba unos vaqueros que le quedaban demasiado ajustados. *¿Cómo demonios te metes en ellos, joven?* Pensó para sí mismo. *Tal destreza, fuerza y... extravagancia*. Se relamió los labios.

Estaba decepcionado, pero no entristecido, por la negativa de su hermano Robert a unirse a él en esta aventura. La muerte de su esposa había sido un accidente. Sandra había intentado huir del granero en la granja Ray, y había tropezado y se había golpeado la

parte posterior de la cabeza contra una vieja pileta de alimentación para cerdos. No se sentía mal por esto. De ninguna manera. Ella iba a morir de todos modos. Pero no a manos suyas, sino a manos de su hermano, cuando finalmente entrara en razón.

Pero, por desgracia, Robert no había aceptado su forma de pensar y por una razón completamente desconocida para Reginald, ¡la policía lo había detenido! Esto no preocupaba a Reginald. Había sido increíblemente cuidadoso. Su hermano no podría señalar su paradero.

Sus pensamientos se dirigieron a Paul Ray. Esto sí le entristecía un poco. Se había topado con él completamente por casualidad la noche en que había muerto la esposa de Robert. Reginald se dirigía de vuelta a la granja de los Ray para recuperar algunas obras de arte antiguas que sospechaba seguían en la propiedad. Se había puesto una bolsa en la cabeza para proteger sus llagas de los vientos cortantes. ¡Cuando llegó, encontró a Paul quemando la granja! Había llegado demasiado tarde para detenerlo, así que simplemente lo dejó inconsciente con una de sus herramientas y se lo llevó a la casa de campo donde tenía a Samuel. Paul Ray, su hermoso descendiente, tenía fuego en las entrañas, y Reginald estaba tan seguro de que lograría conectar con él. Pero entonces simplemente se había marchado... No importaba. Sabía dónde vivía. Ya tiraría de ese hilo más adelante.

Reginald dio un sorbo a su pinta mientras el único otro bebedor del pub se acercaba. Parecía mayor que Reginald y se balanceaba ligeramente al caminar. Claramente no era su primera pinta del día. A juzgar por la ausencia de cualquier otra clientela en este lugar, probablemente era él quien mantenía a flote el negocio.

Al pasar junto al camarero, le entregó un vaso de pinta vacío. El camarero se quitó un auricular para poder oír al anciano.

—Esa pinta de Crop Circle me ha dejado maravillado, Steve —tenía un marcado acento irlandés—. Si sigues sirviéndolas tan bien como esta, se convertirá en mi habitual.

—¡Vamos, Kenny! ¿En lugar de la Lightning?

—Sí, amigo. En lugar de la Lightning.

Kenny se acercó a la mesa de Reginald. Se detuvo, lo miró y entrecerró los ojos.

—¿Horrorizado por mi aspecto, viejo? —dijo Reginald.

—No, señor. Si hay algo que mi vieja madre me enseñó antes de abandonar estos dulces lares fue a no juzgar nunca un libro por su portada. La apariencia no me importa lo más mínimo. Ni la forma, ni el tamaño, ni el color. Solo trataba de recordar su nombre... ¡Robert Bennett! ¡Eso es! Sabe, nunca olvido un nombre. No creo haberle visto antes en ninguno de los pubs de Salisbury, ¿verdad?

Reginald dio un sorbo a su cerveza. —No que yo recuerde. Probablemente debería haber venido antes. La cerveza está buena.

—Para morirse.

Reginald sonrió. —Interesante elección de palabras. La verdad es que mi esposa murió recientemente.

—Lamento oír eso, amigo, y siento mi juego de palabras. Mi esposa murió hace mucho tiempo. Deben ser unos quince años. Sé exactamente cómo te sientes. Pero quiero decirte algo —se tocó la cabeza—. Ella siempre está conmigo. La oigo aquí. Dondequiera que voy, haga lo que haga, todavía puedo comunicarme con ella. A veces me regaña, pero más a menudo me hace compañía y la sigo queriendo por ello.

Reginald sonrió de nuevo. —Es curioso que digas eso. Yo también puedo oír a los que se han ido hace tiempo aquí dentro —se tocó la cabeza.

—¡Nunca se van del todo! —dijo Kenny, devolviéndole la sonrisa.

—Tienes toda la razón. Pronto, espero, mi difunta esposa podrá unirse a la conversación.

—Sí, lo hará. Si es como mi esposa, no la mantendrás callada por mucho tiempo —Kenny miró su reloj—. Pero ahora voy con retraso para encontrarme con unos amigos. Me dirijo a *The Cloisters*. Siéntete libre de unirte a nosotros cuando termines aquí.

—Lo pensaré —dijo Reginald—. Adiós, viejo.

Después de que Kenny se marchara y Reginald terminara su pinta, hizo un gesto a Steve para que se acercara. El camarero vino, pero apenas pareció notar el aspecto de Reginald. Sorprendente, considerando el desastre en que se encontraba su cara.

Probablemente eran los auriculares metidos en las orejas del joven lo que lo distraía. Movía la cabeza arriba y abajo.

Cuando Steve se inclinó para coger el vaso, Reginald acarició el dorso de la mano del joven. Este se apartó.

—Lo siento —Reginald levantó las palmas de sus manos.

Fue en este momento cuando Steve se dio cuenta de la cara de Reginald. Reginald lo sabía porque era la misma reacción que había visto innumerables veces antes. Un rápido parpadeo de cejas para mostrar sorpresa, un ligero fruncimiento de mejillas para demostrar disgusto, antes de morderse el labio inferior para revelar vergüenza por la respuesta inapropiada.

El camarero se quitó los auriculares. —No pasa nada —de nuevo, se inclinó para coger el vaso y, de nuevo, Reginald le acarició la mano—. ¡Eh, tío! —dijo, apartándose bruscamente.

—Lo siento, otra vez —Reginald levantó las manos por segunda vez—. Pero no te preocupes; no se contagia.

La cara de Steve enrojeció mientras se mordía de nuevo el labio inferior. —No es eso —negó con la cabeza, pensó un momento y luego se lanzó a por el vaso por tercera vez. La mano de Reginald salió disparada y suspiró al rozar la joven piel. Steve dio un paso atrás—. Voy a tener que pedirle que se marche.

—¿Y por qué, *Steve*?

El camarero arrugó la frente. Seguramente se preguntaba cómo sabía su nombre. Le llevó un momento recordar que Kenny lo había usado. —Solo váyase, señor, por favor —dio otro paso atrás.

—¿Un anciano toca tu piel, quiere sentir tu frescura... y no se lo permites? —Reginald negó con la cabeza—. Bueno, dicen que la juventud de hoy es egoísta, pero no tenía idea de que fuera tan grave.

Steve miró alrededor del pub.

—Sí, estamos completamente solos —Reginald se levantó—. Todavía es bastante temprano. Tuve que esperar a que el irlandés baboso se fuera antes de poder hablar contigo —se mantuvo ligeramente encorvado—. Tienes que disculparme, joven, los músculos no son lo que eran —puso los puños en el centro de su espalda y echó los hombros hacia atrás. Se oyó un crujido. Gimió,

fingiendo molestia y alcanzó la bolsa de Tesco reutilizable en la silla junto a él.

—¿Entonces se va? —dijo Steve.

—Todo a su tiempo, hijo, todo a su tiempo —Reginald cojeó alrededor de la mesa. Reconoció que pretender ser viejo y frágil, y moverse tan lentamente, era en realidad más agotador que moverse a su velocidad normal—. Solo voy a hacer una visita más a la barra.

—Entonces, saldré por detrás y llamaré a la policía.

—¿Harás eso, hijo? ¿Negarás a un anciano una última copa solo porque quería poner sus manos sobre un joven tan fino? El mundo moderno a veces desafía la creencia, realmente lo hace —cojeó hacia Steve y se detuvo a pocos centímetros de él.

—Quizás debería simplemente acompañarle a la salida yo mismo.

—Por favor, hazlo —dijo Reginald—. Si hay algo que disfruto más que tocar la juventud, es ser tocado por ella.

Steve levantó las manos.

Bien, pensó Reginald, *el engaño está funcionando. Cree que soy débil y vulnerable. Oh, joven presuntuoso. ¡Ser joven y lleno de vigor! Cómo lo echo de menos. Cómo lo anhelo.* —Vamos, *Steve*, haz feliz a un viejo.

Steve resopló. —Basta ya. Voy a llamar a la policía. No es mi trabajo manejar a un anciano. Si algo sale mal, seré yo quien acabe en el juzgado.

Steve se dio la vuelta y marchó hacia la barra. Ni se molestó en levantar la trampilla, simplemente pasó por debajo.

Ah, ahí está otra vez, pensó Reginald, *la agilidad del joven.*

Steve pasó junto a una estantería de licores y desapareció por una puerta.

Reginald se estiró completamente, sintiéndose de repente más vivo. Metió la mano en la bolsa reutilizable y sus dedos se cerraron sobre el mango de su martillo de carpintero. Sonrió y dejó caer la bolsa al suelo.

Levantó el martillo frente a su cara y lo giró. A pesar de la escasa iluminación del pub, la cabeza de acero inoxidable y su garra brillaban.

¡Oh, Steve! El viejo que crees que dejaste esperando ahí fuera no es tan vulnerable como piensas.

Soltó una risita y se dirigió a la barra. Al igual que Steve, no se molestó con la trampilla, y se agachó por debajo.

No está mal para un hombre de setenta años, ¿eh? Tengo la energía de un chico de dieciséis años corriendo por mis venas. Literalmente. Bendito seas, Samuel.

Levantando el martillo de nuevo, Reginald pasó junto a la estantería de licores y se giró para enfrentarse a la puerta abierta. Steve estaba de espaldas a él.

Steve tenía un móvil en la oreja. —Maldita cobertura —siseó.

—Siempre puedes intentarlo fuera, Steve —dijo Reginald.

Steve casi saltó de su piel. Su teléfono cayó al suelo. —¡Mierda! ¡Mira lo que me has hecho hacer! —Se giró.

Reginald blandió el martillo y enterró la garra en la frente de Steve. Soltó el mango, y la garra se quedó clavada. —Eres un joven encantador, Steve.

El martillo de carpintero se desprendió y cayó. Reginald dio un salto atrás para que no le golpeara el pie.

Steve le miró fijamente durante unos instantes, balanceándose ligeramente. La sangre brotaba del agujero en su frente y corría por su cara. Abrió la boca intentando hablar, pero no salió nada.

Entonces, su rostro comenzó a contraerse. Su labio superior se curvó como si estuviera gruñendo, y luego se desplomó hacia atrás en el suelo. Allí, convulsionó unos momentos, antes de quedarse finalmente inmóvil.

Reginald se quitó la camiseta y los vaqueros y los colocó sobre la barra. Cerró la puerta tras él y Steve. Luego, se arrodilló y lamió la sangre del rostro del joven.

Se inclinó hacia atrás, dejando que la sangre se deslizara por su garganta, y tomó una respiración larga y profunda.

Se siente maravilloso.

Reginald cayó sobre Steve y comenzó a alimentarse.

14

EL CONTRASTE ENTRE el jefe, Simon Young, y su leal lugarteniente, David Hewitt, era sorprendente.

Simon Young era un individuo muy bajo de estatura, que no debería haber sido capaz de imponerse sobre los demás, pero lo hacía, con gran éxito, gracias a unos ojos pétreos que parecían atravesar a cualquier persona que quedara atrapada en su mirada. Mientras que David Hewitt era un hombre corpulento, de facciones alargadas y un ojo vago, conocido por ser un conversador difícil. Era bueno dando órdenes, porque si las ignorabas, te reduciría a polvo, pero no podía dominar una sala con una simple mirada amenazadora como su jefe.

La única similitud que compartían eran las pistolas con silenciador que apuntaban a Lacey.

—Solía ver un programa llamado El Gordo y el Flaco cuando era más joven —dijo Lacey a los dos nuevos ocupantes de la sala de tratamiento—. ¿Lo recordáis?

Young no respondió. Simplemente continuó intentando, sin éxito, desgastar a Lacey con una mirada gélida. Hewitt pareció confundido por un momento, pero rápidamente volvió a su habitual mirada furiosa. Su mujer estaba en peligro, después de todo. Tenía una aguja preparada llena de un químico letal presionada contra su cuello.

—Supongo que no —dijo Lacey—. ¿Qué tal los Krankies? ¿Artistas infantiles? Uno vestido como adulto, el otro como un niño

pequeño. ¿Recordáis? En realidad eran marido y mujer. Era un poco preocupante que fuera la esposa quien interpretaba al niño pequeño...

—Realmente te importa una mierda todo, ¿verdad? —dijo Young —. Estamos a punto de llenarte de agujeros.

Lacey sonrió.

—Al contrario, Simon, sí que me importa. *Peligrosamente* por lo que parece. Me importó cuando mataste a alguien muy cercano a mí en Southampton y, por eso, te quité a Tobias y destruí tus negocios —Hizo una pausa para deleitarse con el tic que había aparecido repentinamente en el labio superior de Young. Miró a Hewitt—. Y David. Me importó cuando tu mujer decidió involucrarse con un amigo mío, a pesar de saber lo que le sucedería a él y a su familia...

—Eso es *mentira* —dijo Caroline.

—*Cállate, zorra* —dijo Lacey, aplicando presión con la aguja contra su cuello.

—*Vale... vale...*

Lacey continuó:

—Ahora, ¿dónde estaba? Ah, sí... Caroline se involucró con él a pesar de saber lo que le sucedería a él y a su familia, y por eso quiero que vea morir a su marido.

El silencio se instaló en la habitación por un momento.

Y así, pensó Lacey, *comienza mi mejor plan.*

Young estalló en carcajadas. Miró a Hewitt, que ahora estaba blanco como un fantasma, y asintió para indicar que todo estaba bien. Hewitt también comenzó a reír, pero era obviamente forzado. Caroline no se rió.

—Realmente estás *jodidamente* loca, ¿verdad? —dijo Young.

—Dios mío —dijo Lacey—. ¿Cuántas veces tengo que explicar esto a la gente? Loca es demasiado general. ¡Tengo una etiqueta! Soy una narcisista malvada. Ansío el poder, tengo un sentido de grandiosidad —como espero que estéis empezando a daros cuenta— y tengo tendencias sociópatas. Por desgracia para el señor y la señora Hewitt aquí presentes, no tengo conciencia. Así que cuando él muera, no sentiré ningún remordimiento.

Young se rió de nuevo. Hewitt forzó una risita para su jefe. Caroline permaneció estoica.

Después de que dejaron de reír, Lacey dijo:

—¿Cómo es que solo Caroline se está tomando esto en serio? ¿Has visto los vídeos que te envié, Simon?

—Oh, por supuesto que los vi —dijo Young, con la pistola temblando en su mano temblorosa—. Sé de lo que eres capaz. Por eso habrá un agujero en tu frente en el momento en que esa aguja perfore su piel. Buena suerte pulsando el émbolo.

Ella retiró la aguja del cuello de Caroline, la colocó en el suelo y con la suela de su zapato la hizo rodar hacia delante. Se detuvo a los pies de Young.

—Adelante, tómala. De todos modos no puedo matarla. Más vale así. Le hice una promesa a un amigo mío.

Caroline se incorporó y agarró el hombro de Lacey.

—¡Zorra!

—¡QUITA TUS MANOS DE ELLA! —dijo Young.

Caroline soltó el hombro de Lacey, se bajó de la cama y se dirigió hacia su marido. Él la rodeó con un brazo, mientras mantenía la pistola apuntando a Lacey.

—¿Dónde está mi hijo? —dijo Young.

Lacey chasqueó los dedos.

—¡Y ahí está! La razón.

—La razón por la que *tú* morirás —dijo Hewitt.

—No, David, la razón por la que *tú* morirás —dijo Lacey.

Young dio una patada al suelo.

—*¡Basta ya!* ¿Dónde está?

—Anoche, después de que Tobias y yo diéramos esquinazo a tu hombre, lo llevé a un lugar muy especial.

—¿Dónde? —dijo Young.

—A un lugar lejos de miradas indiscretas como las tuyas, Simon. Pero lo cierto es que no tengo conciencia, como expliqué antes. Pensé, si yo no puedo tenerlo, entonces tú tampoco puedes tenerlo, así que lo metí en una pequeña caja negra...

—*No* —dijo Young, dando un paso hacia ella. La pistola temblaba con fuerza ahora—. Estás mintiendo.

—Cálmate, Simon. Todavía está vivo, por ahora. Metí a Tobias en su pequeña caja negra, y atornillé la tapa con fuerza. Si revisas mi bolso, que dejé en la sala de estar, encontrarás el destornillador que utilicé. Si llegamos a él, podemos abrirla rápidamente, sin necesidad de andar buscando uno que encaje. Sí, primero tendremos que desenterrarlo, lo enterré bastante profundo, pero después, podremos abrir...

Young había dado unos pasos más y ahora tenía el silenciador de la pistola presionado contra su frente.

Ella sonrió.

—¿Qué hora es, Simon?

Young ahora tenía lágrimas en los ojos.

—Voy a matarte, jodida...

—*¿Qué hora es?*

Hewitt gritó la hora.

—Mierda —dijo Lacey, aún sonriendo—. Es un poco más tarde de lo esperado. Debería tener suficiente oxígeno para el resto del día, pero nunca se puede estar demasiado seguro. Lo gastas más rápido cuando entras en pánico...

—ERES UNA ZORRA SIN CORAZÓN.

—Sí, precisamente —dijo Lacey—. Y, si lo piensas, ahora mismo, en esta situación, no hay mejor tipo de persona que ser... así que, dejémonos de tonterías... *vamos al grano*. —Movió los ojos para señalar al lugarteniente detrás de él.

—Te quebrarás si te meto una bala en la pierna —dijo Young.

—No, no lo haré. Me quedaré aquí sentada desangrándome hasta morir. Tic-tac. Tic-tac.

—Te arrancaré las uñas y los dientes.

—Sí, podrías hacer eso. Excepto que realmente no siento miedo y siempre puedo retirarme a mi Sala Azul si el dolor se vuelve insoportable.

—¿Sala qué?

—Meditación. Vamos, Simon. Tic-tac. Tic-tac.

—¿Qué esperas que haga?

Con una palabra por cada tic, movió su dedo de lado a lado como un metrónomo. —Dispara... a... David... Hewitt... en... su... cabeza.

Podía ver a Young pensando. Calculando una salida a este lío. Cuando se dio cuenta de que no había ninguna, se volvió para mirar a Hewitt.

El color desapareció del rostro de Hewitt. —Oye, no puedes hablar en serio.

—Por supuesto que no —dijo Young.

Hewitt suspiró aliviado.

Sin embargo, la expresión de Caroline no cambió. Sabía lo que vendría. —David...

Hubo una explosión. Las paredes blancas de la sala de tratamiento quedaron rociadas de rojo. Caroline se rascó la sangre y los sesos en sus ojos, gritando. Hewitt cayó hacia delante y lo que quedaba de su cabeza rebotó contra el marco de la cama con un repugnante golpe seco.

Young se volvió hacia Lacey. —Ahora mi hijo. Como prometiste.

—Tranquilo, tigre. Solo una cosa más —señaló a Caroline—. Recoge esa aguja y pónsela en el cuello. Una vez que lo hagas, te llevaré directamente a tu hijo. Sin trucos.

Young miró a Caroline. Sus ojos abiertos brillaban blancos a través de la máscara de sangre. —No, no...

—Vamos, yo lo haría —dijo Lacey—, pero hice una promesa. La única persona que podía tolerarla en esta habitación está muerta, así que nos harás un favor a todos.

Young se arrodilló y recogió la jeringa.

Lacey recordó el verso de su poema favorito: *los mejores planes de ratones y hombres a menudo se tuercen.*

Para ser sincera, pensó, *hasta ahora no hay nada torcido en todo esto*.

—¿Está bien Ewan ahora? —dijo Yorke por teléfono a Patricia.

—No estoy segura. Está en su habitación. Le llevé un vaso de agua, pero ni siquiera miró en mi dirección.

Yorke contempló la Iglesia Católica de San Francisco. No era particularmente grande e imponente, como la mayoría de las iglesias, pero aún mantenía una presencia impresionante por ser el único edificio en varios acres. Había una pequeña rectoría junto a ella hacia la que Yorke se dirigía ahora.

Patricia le había llamado después de regresar de la granja de los McCall donde habían desenterrado a la difunta esposa de Robert Bennett. Su madre, Jeanette, había estado cuidando a Ewan durante su suspensión escolar. Cuando Patricia regresó, había un vaso roto en la cocina y Jeannette lloraba en el sofá. Le había dicho a Patricia: «Simplemente perdió el control, *completamente*. Empezó a decir que nadie le entendía realmente y luego arrojó su vaso por la cocina. Subió a su habitación pero no ha bajado todavía y no me responde a través de la puerta».

—Dale un poco más de tiempo para que se calme —dijo Yorke—, intentaré volver lo antes posible, pero estoy tras la pista de algo importante.

Patricia suspiró. —Vale. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Yorke llamó a la puerta de la rectoría y fue recibido por el Padre William. Tenía noventa años y, a pesar de gozar de una salud impresionante para su edad, aceptó la oferta de Yorke de un brazo de apoyo.

—Podría arreglármelas solo, joven, pero estarías esperando todo el día a que cojeara hasta la sala.

—No es molestia, Padre —dijo Yorke, ayudándole hasta el sofá—, pero si pudiera grabar cómo me llama «joven», podría reproducírselo más tarde a mi mujer, que ha empezado a burlarse de mis canas.

—Será un placer —dijo el Padre William con una risita—. ¿Es picante la tuya entonces?

—Si estuviera en un menú, tendría tres guindillas rojas junto a su nombre.

El Padre William volvió a reír.

Yorke se sentó en el sofá a su lado.

—Te ofrecería una taza de té, pero estarías sentado solo un buen rato —dijo el Padre William.

—No se preocupe, Padre. No hay nada que me gustaría más que compartir una taza de té con usted ahora mismo, pero tengo algunos asuntos realmente urgentes...

—Sí, lo sé, hijo. Lo sé. —Suspiró—. Me alegro de que llamaras con antelación. Me dio tiempo para concentrarme. Mi mente no es lo que era. También me dio tiempo para asimilar la información que estoy a punto de compartir contigo, porque nunca la he compartido con nadie antes. —Suspiró de nuevo.

—Se lo agradecemos, Padre. Y puede asegurar que no se haga más daño a nadie.

—Te vas a preguntar por qué no te presento documentos, pero te diré de antemano que no hay ninguno, hijo. Nos remontamos a un tiempo que echo mucho de menos. Una época mucho más amable. Una época no vestida de burocracia y papeleo. Una época que no fallaba a las personas porque no marcaban ciertas casillas o retrasaba las cosas innecesariamente en detrimento de los involucrados.

Yorke no estaba de acuerdo. Esta burocracia era necesaria. Estaba ahí para proteger a la gente y ayudarla. Para evitar que las cosas salieran muy mal.

—El suceso que quieres conocer ocurrió después de que Robert Bennett fuera adoptado y llevado a un lugar seguro y feliz —dijo el Padre William.

Yorke pensó en aquel chico huraño, mirando por la ventana. La felicidad no parecía la mejor palabra para describir su vida con los Bennett.

—Se difundió un rumor. No sé cómo. Tal vez uno de los miembros del culto de Ray vio a Hayley en los terrenos de la iglesia, embarazada. Tal vez otra persona se lo contó a los miembros del culto. Aunque, por qué alguien compartiría información con *esa* gente, sería una incógnita para cualquiera. Así que, después de que Robert se fuera, Andrew Ray visitó el Orfanato de la Salvación buscando a Hayley y a su hijo. Afortunadamente, no tenía idea de

que había un segundo niño, así que pudimos mantener nuestra historia sencilla. El hijo de Hayley había muerto en el parto.

—¿Sabe cómo respondió? ¿Hay algún registro del encuentro?

—Ningún registro. Aunque sé perfectamente cómo respondió.

—¿Cómo es eso?

—Porque fui yo, hijo. Fui yo quien le mintió. —Hizo una pausa para santiguarse—. Y pido perdón por mi pecado de engaño, pero creo que era la única opción disponible para mí. Andrew Ray creyó mi mentira. Le dije que podía volver y ver los documentos al día siguiente si quería pruebas, e incluso me dediqué a falsificarlos esa noche. —Se santiguó de nuevo—. Pero nunca regresó. Creo que murió poco después. Cáncer.

—¿Quería saber dónde estaba Hayley?

—Le dije que había desaparecido sin dejar rastro. No, no insistió en eso. Y, hasta el día de hoy, sigo sin saber por qué.

Probablemente, pensó Yorke*, sabía que se estaba muriendo, y no quería que su nombre quedara manchado por la verdad de que había asesinado a alguien dentro del culto. Si la dejaba en paz, para que viviera su vida, ella podría guardar el secreto. Si comenzaba a perseguirla, ella podría haber revelado la verdad.*

—¿Y el segundo niño?

—Christopher Steele.

Yorke sintió un hormigueo en las terminaciones nerviosas. Metió la mano en su bolsillo para sacar su libreta y anotó el nombre frenéticamente, como si pudiera evaporarse de su cerebro tan rápidamente como había entrado en él.

—Los Steele eran una buena familia. Estaban conectados con la iglesia y les pedí este favor. No tenían hijos y estaban felices de criarlo. Les pedí que se mudaran y cambiaran de iglesia para que no hubiera ninguna conexión con el Orfanato de la Salvación. Por si acaso. Sabía que Andrew Ray se estaba muriendo, pero había más Rays, como seguro usted bien sabe, y una ruptura limpia era necesaria para Christopher.

Pero esa ruptura limpia no ha funcionado, *me temo*, pensó Yorke, sintiendo la desesperación burbujeando como acidez estomacal. —Y

aparte del falso registro de que Christopher murió en la infancia, ¿está seguro de que nada de esto está escrito en ninguna parte?

—Ni una sola cosa, hijo, como dije antes, no había presión por el papeleo. No era una época de burocracia. Era simplemente una época de compasión.

Excepto, pensó Yorke, *que ese acto de compasión puede haber retrasado esta investigación.*

El padre William le contó a Yorke todo lo que sabía sobre la familia Steele. Eran una pareja caritativa, de mediana edad, que habían trabajado en la agricultura la mayor parte de sus vidas. —Probablemente ya habrán fallecido. Eran mayores que yo en ese momento. Pero en cuanto a dónde fueron y qué fue de ellos, no puedo decírselo, detective. Ese niño estaba lejos de los Ray y eso era lo único que importaba. Lo único que importaba.

Yorke agradeció al padre William, le dijo que no se levantara, y salió de la rectoría.

Su teléfono sonó antes de que tuviera la oportunidad de poner al día a Gardner sobre las novedades. Era de la comisaría y resultó ser Gardner de todos modos.

Yorke suspiró cuando escuchó las noticias de Gardner y deseó que el padre William hubiera optado por la burocracia en lugar de la compasión en aquel entonces, porque tener el nombre de Christopher Steele antes podría haber salvado la vida de otro joven.

La escena del crimen parpadeaba en el foco de Jake como la llama de una vela. Sus preocupaciones por Sheila y Frank le estaban afectando.

¡Y estoy trabajando con Lacey Ray! ¿Cómo diablos hemos llegado a esto?

—Jake, ¿estás con nosotros? —dijo Gardner.

—Sí, lo siento, señora. Solo estoy impactado por lo que estoy viendo.

Steve Crawford había sido destrozado. A diferencia de Samuel, todavía conservaba todas sus extremidades, pero le habían arrancado enormes trozos a mordiscos. El asesino había masticado profundamente en su ojo derecho, dejando un agujero cavernoso y sangriento. Casi toda su mejilla había desaparecido, y los aparatos dentales de Steve brillaban a través de la abertura.

Lance Reynolds normalmente danzaba alrededor de la víctima para tomar sus fotos, pero aquí estaba limitado porque Steve había sido asesinado en un estrecho pasillo que conducía desde el bar hacia la parte trasera. Así que, simplemente se acercó lo más posible sin perturbar el charco de sangre y frió las retinas de todos con su flash. —Parece que ha sido atacado por algo inhumano.

Se había contactado con Patricia Yorke para que acudiera a la escena, pero estaba lidiando con una crisis familiar, por lo que enviaron a otro patólogo desde Southampton. Los patólogos suelen ser duros cuando se trata de cadáveres, pero tal era el estado de este cuerpo, que salió corriendo a tomar aire. Logró establecer la causa de la muerte antes de huir de la escena, aunque era obvio. Jake miró hacia abajo, al martillo ensangrentado junto al cuerpo.

Gardner tomó una respiración profunda que silbó a través de su mascarilla. —Así que, como estaba diciendo, Jake, probablemente quería alimentarse por las razones que Mike explicó en la comisaría. Por frescura, potencial de rejuvenecimiento... Dios mío, no puedo creer que esté diciendo todo esto.

—Continúa —dijo Jake, todavía tratando de concentrar su mente distraída.

—Pero quizás el asesino no tenía tiempo para trabajar con la sierra y necesitaba algo rápido.

—Ah, por el amor de Dios, mira ese cuello —dijo Lance, haciendo zoom—. Lo masticó hasta atravesarlo. Mira, se puede ver lo que queda de la nuez.

Jake y Gardner tomaron esto como una señal para alejarse del cuerpo, chocando con una fila de técnicos forenses detrás de ellos, desesperados por entrar en ese espacio estrecho y buscar rastros de evidencia. Jake sospechaba que una vez que se hubieran apretujado para entrar allí, estarían desesperados por salir de nuevo.

Salieron para continuar su conversación. El patólogo de Southampton pasó junto a ellos en el camino. Asintió a modo de saludo pero no dijo nada. Parecía demasiado descompuesto para eso.

Fuera, Gardner dijo: —Espero que Mike tenga razón. Espero que sea Christopher Steele y que atraparlo esta noche ponga fin a este jodido asunto.

—Parece que es él.

—Sí... pero si hay algo que he aprendido en los últimos dos años en delitos graves, es que nunca es tan simple. —Sonó el teléfono de Gardner—. Discúlpame, Jake.

Jake se apoyó contra la pared del pub y esperó a Gardner. Podía oírla en un acalorado intercambio con Topham. Ella le estaba diciendo que se fuera a casa y que lo vería más tarde. A juzgar por la frustración en su tono durante las siguientes partes de la conversación, él no estaba cumpliendo con la petición.

Jake suspiró. Todos estaban preocupados cuando la gente estaba muriendo, violentamente, a su alrededor. Realmente no era la mejor muestra para un equipo normalmente capaz. ¿Yorke también se vería afectado por la crisis familiar que estaba afectando a Patricia?

Su teléfono vibró. Lo sacó de su bolsillo y leyó el mensaje en la pantalla.

Estas palabras tuvieron un efecto peor en él que el cuerpo tirado en el suelo del pub.

15

DESPUÉS DE OBSERVAR la carnicería en la sala de tratamiento, Lacey dijo: —Creo que esta podría ser la habitación más hermosa en la que he estado jamás.

Simon Young desde luego no le vio la gracia. —Acabo de matar a mi mejor amigo.

—Vamos, Simon, has hecho cosas peores.

—Cuando todo esto termine, te voy a matar, ¿lo sabes?

—Simon, tus amenazas nunca me han preocupado.

—Deberían.

—Deja tu pistola sobre el cadáver y vámonos. Te llevaré hasta tu hijo. Puedes recuperarlo, y luego tú y yo... bueno... no volveremos a vernos jamás.

Young abandonó su pistola con silenciador y se dirigieron hacia la puerta principal. Había varios hombres fuera de la casa. Young les ordenó que se retiraran.

—Y si nos siguen, Simon, simplemente dejaré de darte indicaciones. Y si dejo de darte indicaciones... bueno... tic tac...

—Ya habéis oído a la señorita —dijo Young—. Si alguno me sigue y mi hijo muere, mataré también a vuestros hijos.

—Hablas como un jefe que realmente se preocupa por el bienestar mental de su personal —dijo Lacey.

Una vez en el coche, Lacey le dijo que siguiera recto.

Después de haberle llevado en una persecución inútil por el centro de Salisbury, para asegurarse de que nadie los seguía,

empezó a toquetear la radio. El coche se llenó de clásicos de los ochenta. —A Tobias le gusta la música —dijo.

—Que te jodan.

—Siguiente a la izquierda.

Fue en ese momento cuando Lacey le envió un mensaje a Jake y esperó a que respondiera con su ubicación. Si estaba en la sede central, eso afectaría a los tiempos y tendría que prolongar un poco más aquella persecución inútil. Jake respondió rápidamente. Estaba ridículamente cerca.

—¿A quién le estás enviando mensajes? —dijo Young.

—¿Quién está al mando aquí?

—Morirás lentamente.

—Cada experiencia merece saborearse. Siguiente a la derecha... y para ahí.

Tras salir del vehículo, Young fue hasta el maletero, lo abrió y metió la mano. Sacó un hacha.

—Vaya —dijo Lacey.

—Que te jodan si crees que voy a ir a algún sitio desarmado.

—Sí, lo entiendo, ¿pero un hacha?

—Me hiciste dejar mi pistola.

—¿Así que no llevabas una pistola de repuesto, pero sí un hacha?

—No siempre fui lo que soy hoy, zorra. Hubo un tiempo, hace mucho, en que era más... común.

Lacey pensó en el hacha. Sí, prefería que estuviera desarmado y posiblemente podría insistir en ello, como había hecho en casa de Caroline... pero tenía que admitir que estaba bastante impresionada. Además, podría resultar útil a medida que su plan evolucionaba. —¿Por qué no?

—No era una opción, como ya he dicho.

—Bueno, tal vez quieras mantenerla bajo tu chaqueta o algo así porque todavía tenemos cinco minutos andando y no quiero que me detengan antes de que lleguemos.

—*¿Cinco minutos?*

—Sí. Como si no hubiera un localizador en ese coche...

Notó que sus ojos se estrechaban.

—No tienes buena cara de póker, Simon. Además, saca tu móvil y tíralo en el maletero. Recuperarás a tu hijo, te lo he prometido, pero ninguno de tus amigos va a venir. Esto no va a ser el Duelo de OK Corral.

Después de que Gardner proporcionara una actualización adicional sobre el daño causado a la segunda víctima de Christopher Steele, Yorke completó su viaje a la granja Steele con la comida rápida de antes abriéndose paso de vuelta hacia su garganta.

Ya las grabaciones de las cámaras de seguridad habían mostrado imágenes de Christopher colándose en el pub y, menos de una hora después, saliendo de él. Desafortunadamente, luego se había perdido en las sinuosas calles que rodeaban el pub y podría haber subido a un vehículo fuera del alcance de las cámaras. El puerta a puerta ya se estaba intensificando para establecer la trayectoria de este asesino anciano.

Considerando cómo había evolucionado el caso hasta la fecha, Yorke no se sorprendió al descubrir que la propiedad de los Steele era otra granja en desuso que necesitaba serias renovaciones.

Yorke ya había adquirido la historia familiar de los Steele. Agricultores bien intencionados que, como los Bennett, tenían cierta reputación respetable. De nuevo, su hijo había sido bastante retraído pero, a diferencia de Robert, había asistido a la escuela a pesar del EVP. Los informes médicos ya habían confirmado que Christopher tenía EVP, pero no había acudido a un hospital o a una cita médica en más de diez años. No desde que sus padres habían fallecido.

Así que, pensó Yorke, *tenemos otro Ray, y tenemos otro solitario. ¿Qué caja de sorpresas estamos a punto de abrir en este hogar?*

Yorke no fue el primero en llegar al lugar. Agentes locales ya habían acudido a la propiedad para intentar arrestar a Christopher si se encontraba allí. No estaba. Una agente se inclinaba sobre un compañero, consolándole. Después de aparcar y acercarse a ellos a

pie, Yorke se dio cuenta de que en realidad no lo estaba consolando, lo estaba sujetando mientras vomitaba.

Otro agente se unió a esta pareja y registró a Yorke. Luego le informó de lo que habían encontrado.

—¿Humano? —dijo Yorke.

—No, animal —dijo la agente, volviéndose gris y girándose a un lado para tomar aire—. Lo siento.

—No hay necesidad de disculparse, agente. ¿Puede mostrarme?

Ella asintió.

Los de la Escena del Crimen y el resto del equipo de incidentes graves aún no habían llegado. Yorke se alegró de ver que todos los agentes habían usado su ropa protectora. Siguió su excelente ejemplo y se puso su traje de papel.

Mientras la agente guiaba a Yorke por la casa, pensó en Christopher y Robert.

Gemelos separados al nacer. Uno un caníbal perturbado como el abuelo que nunca conoció. ¿Y el otro? Bueno, ¿qué era Robert Bennett? No era un asesino, solo alguien que temía por la vida de su esposa y apoyaba a este monstruo en estos actos impensables.

La infancia de Robert Bennett no había sido precisamente un camino de rosas, entonces ¿qué fue diferente para ti, Christopher? ¿Qué te impulsó a convertirte en lo que te convertiste? ¿Cómo se separó tu camino del de tu hermano?

Había un olor que se intensificaba a medida que le guiaban por la casa. Apartó de un manotazo algunas moscas que se cruzaron en su camino. Finalmente, Yorke y la agente se detuvieron junto a una puerta bajo las escaleras.

—El sótano —dijo la agente—. No creo que pueda bajar allí otra vez.

Yorke asintió y abrió la puerta.

La pestilencia era abrumadora. Se cubrió la nariz con la mano e intentó desesperadamente recordar la fragancia de la última pastilla de jabón con la que se había lavado. Fracasó y sintió arcadas. Algo había muerto allí abajo. Y luego se había podrido.

Las moscas se elevaron en una ola desde el sótano. Con la mano que no tenía pegada a la boca, apartó más moscas de su cara.

La agente se estiró por encima del hombro de Yorke y encendió la luz del sótano.

—Lo siento.

Se dio la vuelta y dejó a Yorke descender por los escalones.

¿Y qué pasó después de que murieran tus padres, Christopher? Al revisar sus pertenencias, ¿encontraste algunas verdades? ¿Un diario, quizás? ¿Una carta del Padre William preguntando si todo iba bien? ¿Algo que te hablara de tu adopción ilegal? ¿Cómo te sentiste cuando descubriste la verdad sobre tu origen y quién eras? ¿Te sentiste inspirado por tu malvada herencia? Que eras descendiente directo del monstruo más notorio que esta parte del mundo había conocido jamás...

Yorke se acercaba al fondo de las escaleras. Intentó contener el vómito. Literalmente estaba respirando a través de la palma de su mano y se sentía bastante mareado por ello.

¿Y tu hermano? ¿Cómo te enteraste de él? ¿Estaba en esos diarios o fue un avistamiento casual?

En el último escalón, Yorke miró alrededor de la habitación. Se agarró a la barandilla para mantenerse firme.

Había una gran mesa de roble, no muy diferente a la de la granja de McCall, excepto que ésta se hundía bajo el peso de carne y huesos. Había cajas torácicas destrozadas y cráneos perforados; y montones de vísceras podridas que parecían pulsantes mientras cientos de moscas se alimentaban de ellas.

Alrededor de la habitación había cadenas saliendo de las paredes de piedra. Algunas vacías, otras aún sujetando a algún animal en descomposición. Había un cordero al que le habían serrado las dos patas traseras; un lechón que había sido destripado, y un potro, al que le faltaba toda la cabeza.

Entonces, Christopher, *¿es aquí donde pasaste tus últimos diez años? ¿Qué demonios estabas haciendo?*

Solo había dos posibles respuestas a esta pregunta. O bien intentaba saciar sus deseos sin cometer lo impensable como había hecho su abuelo; o estaba practicando.

Yorke se dio la vuelta. Podía sentir que algo dentro de él se quebraba.

Las cadenas.

Sujetando algo contra su voluntad, mientras se alimentaban de ello.

Tantas cadenas.

NADIE HABÍA PRESTADO a Reginald la más mínima atención en su viaje a casa de Sarah y Paul Ray. Esa era una de las pocas ventajas de ser viejo: la gente encontraba demasiado incómodo detenerse a prestarte atención, y estaban felices de dejarte confundir con el entorno. ¡Incluso con su cara!

Sonrió. Con esta cara, hubo un tiempo en que podría haber conseguido un fantástico trabajo con un circo ambulante y la gente habría pagado dinero para contemplarlo. Pero esa era de explotación había pasado hace mucho.

Reginald había tenido cuidado de no mancharse la ropa de sangre quitándosela antes de alimentarse. Después, se había secado con los paños de cocina de detrás de la barra; había un grifo, así que había podido limpiarse la sangre de las manos y enjuagarse la cara cubierta de lesiones hasta que la mayor parte de la sangre desapareció. Algunos de los paños apestaban a cerveza, pero eso no importaba; ayudaba a enmascarar el olor de las entrañas de Steve.

Después de vestirse, se había mirado en un espejo y estaba satisfecho de que su ropa limpia ocultara la mayoría de las manchas de sangre de su cuerpo. También se había permitido cinco minutos para examinarse la cara. Estaba funcionando. Lenta pero seguramente. Su piel parecía estar curándose.

Maldijo todos esos años perdidos alimentándose de animales jóvenes y vivos, intentando absorber la mayor cantidad posible de su frescura. El proceso había sido demasiado lento. ¿Por qué había esperado tanto? Samuel, y ahora Steve, le habían mostrado lo que era verdaderamente posible. Su abuelo tenía razón.

Se sentía realmente maravilloso. Ahora era verdaderamente Reginald. Sin duda. Que todos lo negaran. Él conocía la verdad.

Tardó más de una hora en llegar a la casa de Paul en Wilton. Durante ese tiempo, el día había muerto, y la oscuridad había extendido sus garras de tinta sobre el cielo. Ahora, de pie en la parte trasera de la casa, consideró el impacto de tomar a Paul como su próxima víctima.

Era un Ray, y uno no afectado por la aflicción que había plagado su propia existencia. ¿Podría consumirlo traer un impulso aún mayor al proceso de rejuvenecimiento?

Bueno, sólo había una forma de averiguarlo.

Probó la puerta trasera y se sintió aliviado al encontrarla sin llave. Su segunda opción había sido sacarlos de la casa volcando los cubos de basura y armando un alboroto. Una jugada mucho más arriesgada.

Entró en la oscura cocina. Había luz entrando por debajo de la puerta de la cocina y podía oír voces amortiguadas. El aire estaba impregnado con olor a curry, y Reginald arrugó el labio superior. Asqueroso. Sí, estaba lleno por Steve, pero el curry siempre le había repugnado de todos modos.

Podía oír las voces amortiguadas ganando claridad.

¿Vendrían ya?

Buscó el arma más cercana que pudo encontrar. Agarró un sacacorchos con el corcho aún puesto. *Es un poco temprano para una copa, ¿no?*

Miró alrededor de la cocina buscando un lugar para esconderse. Podía agacharse detrás de la isla en el centro y saltar de repente. Alternativamente, podía deslizarse detrás de la puerta de la cocina cuando se abriera y esperar a que lo vieran antes de atacar. O...

Miró hacia abajo y abrió el armario debajo del fregadero. Sin duda había espacio para un anciano diminuto como él junto a las tuberías de agua. Se metió dentro, apartando un poco de lejía y bolsas de basura de repuesto.

Cerró la puerta del armario, desenroscó el corcho de su arma de oportunidad, y esperó a que la familia Ray hiciera acto de presencia.

Mataría a Sarah primero. Era innecesaria, y luego le pediría a Paul que se uniera a él de nuevo. A diferencia de la última vez, estaría mintiendo. Reginald no daba segundas oportunidades.

Mientras Paul consideraba sus limitadas opciones, Reginald le daría un golpe al pequeño cabrón...

Y entonces... y entonces...

¡Joder-joder, estoy tan emocionado!

El teléfono de Jake vibraba en el asiento del copiloto, pero no se molestó en mirar la pantalla. Sabía que era Gardner porque se había quedado boquiabierta cuando él se despidió con un gesto a través de la ventanilla del coche.

Al acercarse a su casa, apagó las luces. No iba a anunciar su llegada entrando a toda velocidad en su camino de acceso, así que optó por aparcar cerca de la parada de autobús al otro lado de la calle. Echó un vistazo rápido a su adosado de nueva construcción. La luz exterior estaba encendida, la puerta principal cerrada y la ventana del salón iluminada. Todo parecía normal. Jake sabía que era cualquier cosa menos eso.

Lacey le había enviado un mensaje: *Young está aquí. Me tiene retenida. Me lleva a tu casa para buscar a Tobias. ¿Dónde estás?*

¿Por qué Simon Young le permitiría enviar un mensaje? ¿Estarían trabajando juntos? Y si no era así, ¿qué la había poseído para guiarlo directamente hasta Tobias?

¿A qué demonios estaba jugando?

Respiró hondo de nuevo, salió del coche y cogió una palanca del maletero. La calle estaba bien iluminada por las farolas, así que ni se molestó en buscar sombras, simplemente se movió tan rápido como pudo.

Se precipitó a través del pequeño jardín delantero de su casa, esquivando algunos gnomos que Frank había recolocado desde los bordes hasta el centro, y se deslizó por la verja lateral. Cuando llegó al jardín trasero, la luz exterior se encendió de golpe. Lo había previsto. Cada opción conllevaba un riesgo, pero entrar por detrás le daba más posibilidades que hacerlo por la puerta principal.

En la puerta del patio, se animó un poco al ver que las luces de la habitación trasera estaban apagadas. La luz de la cocina también estaba apagada. Los intrusos quizás aún no se habían percatado de su presencia.

Sacó sus llaves y buscó con el pulgar la llave de la puerta del patio. Debido al temblor de sus manos, tardó un momento en introducirla en la cerradura. Después de girarla, deslizó la puerta a un lado tan silenciosamente como pudo y se escabulló tras una cortina roja hacia la oscuridad.

16

—¿NO HAS OÍDO eso? —Sarah silenció el televisor, se levantó y se acercó a la ventana.

—¿Qué? —dijo Paul desde el sofá. Se sentía aturdido por los analgésicos y no estaba dispuesto a levantarse para acompañarla.

—¿Ese golpeteo?

—No. —Paul observó a su madre mientras examinaba el jardín durante un minuto—. ¿Podemos volver a poner el televisor...?

—*¡Ahí! ¡Mira!*

A pesar de su aturdimiento, Paul se levantó del sofá y se unió a ella junto a la ventana.

Sarah estaba señalando hacia fuera—. El muro de nuestro jardín... míralo... estaba golpeando en nuestra ventana... *estoy completamente segura.*

Los ojos de Paul se abrieron como platos. Su mente regresó a un momento de sus sueños, y al instante en que fue golpeado hasta perder el conocimiento fuera de la casa de los Ray.

¿Era eso un cuervo posado en el muro del jardín?

PARA EL INSPECTOR detective Michael Yorke el mundo estaba en constante cambio.

Cada vez que se atrevía a creer que tenía todo bajo control y que podía seguir adelante, le lanzaban otra bola curva, y se quedaba allí con la mano vacía, mientras la pelota se perdía en la noche tras él.

Algo que había visto en aquel matadero le había perturbado profundamente. Había provocado un cambio sísmico en todo lo que creía haber entendido hasta ese momento. Todo.

No era tanto la sangre y la violencia. Eso formaba parte del mundo que Yorke habitaba, y así había sido durante mucho tiempo.

Era algo mucho más profundo. Y era algo a lo que no quería enfrentarse directamente, no todavía. Simplemente porque no lo creía. No quería creerlo.

Llamó por teléfono a Collette Willows en la central.

—Se le oye alterado, señor.

—Lo estoy, Collette, más de lo que pueda imaginar.

—¿Puedo ayudarle?

—Sí, pero quiero que me diga lo que quiero oír, en lugar de lo que sé que va a decirme.

—¿Señor? No tiene sentido lo que dice.

—No, no lo tiene —dijo Yorke—. ¿Puede buscar el informe de la escena del crimen de Samuel Mitchell? ¿Podría conseguir también la declaración de Paul Ray?

—Por supuesto. ¿Por qué? ¿Qué estamos buscando?

Yorke miró por la ventana hacia la granja donde Christopher Steele había orquestado un catálogo de atrocidades.

—Cadenas, Collette. Ahí es donde creo que yace la verdad. En las cadenas.

—¡TÚ QUÉDATE ATRÁS, JODER!

Jake no pasó mucho tiempo en la habitación trasera. Los gritos de su mujer le hicieron salir rápidamente de la oscuridad.

A pesar de su movimiento rápido, tuvo cuidado de no delatarse todavía. La puerta de la sala estaba entreabierta. Todavía sujetando la palanca, Jake se asomó por la rendija entre la puerta y el marco.

Sheila estaba apoyada contra la chimenea; una de sus manos estaba sobre el hombro de Tobias, y la otra sobre el de su hijo. Frank estaba pálido y se encogía apretándose contra su madre; mientras que Tobias colgaba flojo, con los ojos bajos y aparentemente desenfocados.

Las dos personas a las que Sheila les gritaba estaban más cerca de la puerta donde él se encontraba. Aunque Jake los veía desde atrás, reconoció de inmediato la cabeza rapada y los tatuajes de Lacey. El hombre más bajo que estaba a su izquierda no le resultaba familiar, pero supuso que era Simon Young, si había que creer el mensaje de texto de Lacey. Young llevaba un hacha sobre un hombro. Jake sintió que todo en su interior se tensaba.

—Dicen que el infierno no conoce furia como la de una mujer despechada —dijo Young—. Pero eso no es nada comparado con un padre al que le han robado a su hijo.

—Yo no me llevé a tu hijo —dijo Sheila—. Nos lo entregó Millie. Esa mujer que está a tu lado.

Jake reconoció el tono en la voz de Sheila porque a menudo él era quien lo recibía. Era cortante y no mostraba debilidad. A pesar de esta aterradora situación, Jake sintió orgullo y amor por esta mujer. Era una luchadora.

—*¿Millie?* ¿Eso es lo que te dijo? —dijo Young—. Es buena mintiendo. Ella *me dijo* que mi hijo estaba enterrado vivo en una caja negra. A menos que acabes de desenterrarlo, supongo que no eres la única a la que han estado engañando por aquí.

—¿Entonces quién es? —Sheila levantó su mano del hombro de Tobias, que no pareció darse cuenta, y la movió lentamente detrás de su espalda hacia la chimenea.

El atizador, pensó Jake. *No, no, Sheila... despacio. Si lo ve...*

—Lacey Ray —dijo Young.

Los ojos de Sheila se abrieron de par en par—. Jesús, *¿en serio?...* otra vez no... Lacey... ¿nunca te largas?

—Cuida tu lenguaje delante de los niños —dijo Lacey.

Jake observó cómo el fuerte barniz de Sheila se resquebrajaba.

Young se rio. —¡No me lo digas! Está en un planeta diferente, ¿verdad? Si no estuviera a punto de morir antes de que acabe la

hora, quizás la habría vuelto a contratar.

Lacey chasqueó la lengua. —Vamos, vamos, Simon, ya hemos hablado de esto. Eso es imposible.

Young miró a su derecha hacia Lacey. Tenía ojos pequeños que se movían inquietos mientras el resto de su rostro permanecía pétreo e inmóvil. —Escucha, zorra. Sigues viva simplemente porque no quiero que mi hijo sea testigo de las cosas que voy a hacerte.

—Ha visto cosas peores... te lo puedo asegurar.

—*¡No me tientes!* El buen humor y el alivio que siento por haber encontrado a Tobias con vida tienen fecha de caducidad.

Cualquier sospecha que Jake tenía sobre Lacey trabajando con Young se evaporó. ¿Por qué había traído al gánster aquí poniendo en peligro a Tobias y a ella misma? ¿Y luego invitar a Jake también? Seguramente, no esperaba que él entrara y arrestara a Young por su cuenta, ¿verdad? Y ella sabía que no podía traer a sus colegas ya que eso habría sido un billete de ida a la cárcel. Entonces, ¿cuál era su juego? ¿Por qué había orquestado-

Y entonces le golpeó como una bala. Ella *quería* que Jake derrocara a Young con ella.

Hace mucho tiempo, Jake había acusado a Lacey de ser emocionalmente inmadura. Cada vez que ella regresaba, le recordaba esta crítica, lo amenazaba con la muerte. Pero la muerte no era la venganza definitiva, ¿verdad? La máxima demostración de poder y venganza sería controlarlo y convertirlo en su maldito títere.

Lacey los estaba manipulando a todos.

Sheila levantó el atizador y lo apuntó hacia los dos intrusos. —Salid de mi casa.

Young dijo: —Dame a mi hijo, y lo haré.

—No voy a dejar que un niño pequeño salga de aquí con un maníaco que lleva un hacha, ¿no crees?

—Como quieras. —Young bajó el hacha de su hombro—. Que empiecen la diversión y los juegos. —Golpeó suavemente la cabeza del hacha contra su mano.

Entonces sucedió algo sorprendente. Mientras Jake entraba en la habitación sosteniendo su palanca, Tobias despertó repentinamente de su estupor, avanzó corriendo y rodeó con sus brazos a su padre.

Lacey miró a Jake y sonrió. —Hola, amante.

SARAH GOLPEÓ LA VENTANA. El pájaro negro se mantuvo firme. —Creo que nunca antes había visto un cuervo por aquí, ¿y tú?

Paul negó con la cabeza.

—Estás pálido otra vez, hijo. ¿Estás bien?

—Se me están pasando los analgésicos. —Levantó su muñón vendado hacia su madre—. Y está empezando a latir como un...

—*¡Ni se te ocurra!* —dijo Sarah. Ya tenía la palma de la mano en el aire.

—¿Ni una vez? Quiero decir, si perder una mano no es razón suficiente para una palabrota o dos, ¡entonces no sé qué lo será!

Sarah abrazó a su hijo y luego lo sostuvo por los hombros. Él la miró, y después le secó una lágrima que corría por su rostro. —No otra vez, mamá. Sigue mirando al cuervo. Voy a la cocina a buscar más analgésicos.

En la cocina, encendió la luz.

Su madre tenía razón sobre el cuervo: no recordaba haber visto ninguno por aquí antes. Había visto uno la noche en que fue dejado inconsciente, mirándolo fijamente mientras él se arrodillaba ante la figura encapuchada. También había visto muchos en aquel sueño, picoteando la cara de Reginald...

Se acercó al fregadero y se sirvió un vaso de agua. Lo levantó en el aire. El agua estaba turbia, así que lo colocó en el escurridor para que se asentara. Notó que la luz exterior estaba encendida. Miró a través de la ventana de la cocina hacia su diminuto jardín trasero y vio que una de las bolsas en el cubo de basura estaba rasgada. Gatos.

Tras ese sueño, y desde que volvió del hospital, había buscado en Google sobre los cuervos. Descubrió que los cuervos podían operar en equipo y se sabía que cazaban presas demasiado grandes para un solo pájaro.

—Más os vale tener cuidado ahí fuera, gatos. —Paul recogió el vaso de agua ahora transparente—. Parece que los cuervos andan cerca.

Se alejó del fregadero y dio un par de pasos hacia la isla. Sonrió al recordar la isla "fácil de montar" que habían comprado en Ikea hacía solo unos meses.

Fácil de montar, pensó, *¡en todo un día!*

Su sonrisa se transformó en una mueca cuando recordó su muñón. Ya no tendría que preocuparse por el bricolaje. Nadie le pediría ayuda. Con la mano izquierda, abrió el cajón y buscó sus analgésicos...

Oyó un ruido detrás de él.

Se giró rápidamente y vio que el gato había vuelto, hurgando en la bolsa de basura. Avanzó y golpeó con fuerza la ventana. El gato salió disparado. —¡Y eso que te advertí sobre los cuervos!

Sintiendo la puerta del armario bajo el fregadero presionando contra su pierna, miró hacia abajo y vio que estaba entreabierta. La cerró con la rodilla.

Y volvió a quedar entreabierta.

Esta vez, lo intentó con su mano restante. Sin éxito. Consideró reorganizar el contenido del armario para que se cerrara más fácilmente, pero decidió que estaba demasiado cansado, y su muñón latía como un *hijo de puta*. Sonrió ante la palabrota que su madre no le dejaría usar.

Volvió a la isla, se acercó y sacó dos tabletas del paquete de analgésicos en el cajón abierto. Estas también le darían sueño. Le apetecía quedarse dormido frente al televisor. Cerró el cajón...

La cara irregular de Reginald Ray lo miraba desde abajo. El monstruo estaba tumbado de lado en el suelo de la cocina. —Hola Paul. —Sonrió, revelando sus dientes blancos mal ajustados—. Te fuiste sin despedirte.

Con el corazón martilleándole en el pecho, Paul miró hacia la puerta abierta del armario. Debía de haber salido arrastrándose de allí...

Sintió un dolor insoportable en la pierna. Gritó. Reginald estaba apoyado sobre su codo derecho mientras hundía el sacacorchos en

la pantorrilla de Paul.

Paul intentó apartar la pierna y perdió el equilibrio cuando el sacacorchos tiró de él hacia atrás. Al caer, el metal se desprendió de su pantorrilla con un sonido de succión. Cayó de bruces y el golpe le dejó sin aliento.

Entonces, sintió al anciano trepando por su espalda.

—¿Sabes? —dijo Reginald—. Pensé que teníamos una conexión. Me hiciste creer en ti. Y me has decepcionado.

Paul intentó darse la vuelta pero no pudo. A pesar del pequeño tamaño de Reginald, se sentía pesado. Los analgésicos en su sistema y el shock de la profunda herida en su pantorrilla estaban jugando en su contra.

—Te traté como a la realeza —dijo el anciano.

—Intentaste hacerme comer a alguien... ese pobre chico...

—¿Intenté? —dijo Reginald y soltó una carcajada—. ¿Intenté? ¡Nunca he visto a nadie disfrutar tanto de su cena!

—Mentiroso. Me negué. Nunca toqué...

—¿*Te negaste?* Te atiborraste y atiborraste. ¡Jodidamente joder! Eras uno de la maldita familia.

Paul sintió la punta del sacacorchos presionada contra el lado de su cuello.

—Un auténtico Ray si alguna vez vi uno —dijo Reginald—. Es una lástima que tenga que terminar...

Hubo un golpe seco. Paul sintió que el peso se levantaba de su espalda. Miró a la izquierda y vio que Reginald estaba ahora tumbado junto a él con sangre corriéndole por la cara.

—¿Quién eres? —dijo Paul.

—Soy Reginald Ray.

Paul le miró a los ojos. —No, ¿quién eres realmente?

—Eso no importa. —Tosió mientras la sangre brotaba por su rostro escamoso—. Lo que importa es que yo soy Reginald Ray. *Nosotros somos* Reginald Ray...

Hubo un destello metálico y otro golpe seco. La frente de Reginald se hundió, pero sus ojos permanecieron fijos en los de Paul. Sus siguientes palabras fueron débiles, y parecían exhaladas más que pronunciadas. —Tú eres Reginald...

Otro destello. Uno de los ojos de Reginald desapareció dentro de su cara y el otro sobresalió. —*Ray.*

Paul se dio la vuelta y miró a su madre. Sostenía una plancha en la mano. La levantó por encima de su cabeza y la dejó caer de nuevo. Esta vez, Paul no miró el daño que causó.

En su lugar, vio el vaso de agua que se había servido, deslizarse desde la encimera y caer hacia él.

No tuvo tiempo de moverse, así que la oscuridad llegó en su lugar.

A PESAR de saber que esto era exactamente lo que Lacey quería, Jake se dirigió hacia Simon Young. No tenía elección. Empuñando un hacha, el cabrón representaba un peligro claro e inminente. Con la palanca de neumáticos preparada, Jake apartó a Lacey de un empujón y cargó.

—Vamos a por él, tigre —dijo Lacey.

Los ojos de Young se agrandaron, empujó a Tobias a un lado y levantó el hacha para bloquear la palanca. Se oyó un fuerte golpe cuando el metal chocó contra el metal.

—¡JAKE!

Gritar fue lo peor que Sheila pudo hacer porque cuando Jake miró hacia ella y su hijo, bajó la guardia.

El empujón del hacha de Young contra su palanca fue repentino, y Jake retrocedió tambaleándose. Entonces, el gánster avanzó y balanceó el hacha. Se oyó un silbido cuando el hacha cortó el aire pero afortunadamente no a él. Había conseguido dar otro paso atrás y meter el estómago.

Lacey saltó y empujó a Young. Él trastabilló hacia un lado, acercándose peligrosamente a Sheila y Frank. Todavía no había levantado el hacha para otro golpe y el peso no le estaba ayudando con el tambaleo. Cuando estuvo al alcance de Sheila, ella blandió el atizador y le golpeó en la cara.

—¡ZORRA!

Agarrándose la mejilla, Young se tambaleó hacia Lacey y el hacha se le escapó de las manos. Jake se agachó y se lanzó hacia delante, soltando la palanca para poder recoger el hacha con su mano vacía.

Lacey aplaudió. —¡Trabajo en equipo!

Young se detuvo y sacudió la cabeza. Se quedó de pie en medio de todos ellos. —¿Y ahora qué? —Sonrió. Sus dientes estaban rojos de sangre—. ¿Vais a matarme todos? ¿Realmente creéis que si muero hoy aquí se acabó todo para vosotros? Todos y cada uno de vosotros seréis capturados, incluido el niño, y cortados en pedazos por vuestro...

Hizo una mueca y se llevó la mano a la espalda. Comenzó a tambalearse y a gemir.

Young se dio la vuelta para mirar a su hijo. Jake vio el cuchillo clavado en la parte baja de su espalda.

—¡El pequeño soldadito de mamá! —Lacey volvió a aplaudir.

—¿Qué demonios...? —Young jadeó en busca de aire—. Tobias... soy tu padre... —Alargó la mano, agarró al niño por el cuello y lo empujó hacia la ventana del salón.

—¡Jake! —Lacey le miró directamente—. Matará a Tobias.

Tobias se agitaba en las manos de Young. Su cara se estaba enrojeciendo, y su lengua había asomado entre sus labios.

Young dijo: —¿Quién eres tú?... ¿Qué te ha hecho ella?... No eres mi Tobias.

Jake giró el hacha y golpeó hacia abajo con la parte posterior de la cabeza, con la intención de dejar inconsciente a Young. En el último momento, Young se acercó más a Tobias y Jake falló el centro de su cabeza. En su lugar, la parte posterior del hacha raspó más allá de su oreja y se estrelló contra su hombro izquierdo con un crujido nauseabundo.

Young soltó a Tobias. El niño se desplomó en el suelo y jadeó en busca de aire, mientras su padre emitía un largo gemido gutural. Finalmente, cuando Young se giró, Jake vio que su brazo colgaba inerte de su hombro destrozado y que la mayor parte de la oreja se le había desprendido.

Young volvió a llevarse la mano a la espalda y esta vez consiguió sacarse el cuchillo. Se tambaleó hacia Jake. A pesar de las heridas, sus ojos seguían ardiendo con vida, moviéndose rápidamente, intentando todavía traspasar a todos los que se cruzaban con ellos.

—Se acabó —dijo Jake—. Suelta el cuchillo.

Young se llevó la mano a la oreja y esta se le quedó en la mano. Se volvió hacia Lacey, se la tiró a la cara y se abalanzó sobre ella con el cuchillo.

Jake volvió a balancear el hacha, pero esta vez no consiguió girarla a tiempo. Se enterró profundamente en la espalda de Young. Detrás de él, Sheila ahogó un grito. Él le lanzó una mirada. Gracias a Dios que estaba cubriéndole los ojos a su hijo.

El ruido del cuchillo al golpear el suelo de parquet devolvió su atención a Young.

Lacey dio un paso adelante, sonriendo. Empujó suavemente a Young en el pecho. Él retrocedió tambaleándose y se balanceó.

—Pensé que ibas a matarme.

Él abrió la boca para hablar, pero solo emergió un hilillo de sangre roja oscura.

—Shh —puso un dedo en sus labios—. Cuidaré muy, muy bien de Tobias. Es hora de que duermas.

Se desplomó de rodillas y miró a Jake. La energía en esos ojos había desaparecido. Y entonces, detrás de esos ojos muertos, el hombre también se desvaneció. El cuerpo cayó hacia delante.

Lacey le miró y arqueó una ceja.

—Estoy orgullosa de ti, Jake...

—¡NI SE TE OCURRA DECIRLO, JODER!

Jake oyó a su hijo romper a llorar detrás de él.

Lacey sonrió.

—Siempre supe que lo llevabas dentro.

17

ANTES INCLUSO DE terminar su conversación con Willows, Yorke ya había iniciado su viaje a Wilton. El mundo estaba en constante cambio, los giros inesperados no cesaban, había oído lo suficiente para saber que Wilton era donde debía ir para estabilizar esta situación, pero el conocimiento, *la agonía*, de la verdad seguía siendo demasiado difícil de soportar.

Las cadenas...

Le pidió a Willows de nuevo: —Acláramelo una vez más.

—Por supuesto, señor... lo siento, señor.

—¿Por qué te disculpas tanto, Collette?

—Porque sé lo que esto significa para usted —estaba al borde de las lágrimas.

—Solo es nuestro trabajo...

—Tonterías, señor.

Yorke suspiró. —Sí, tienes razón. Son tonterías.

Aceleró hasta los setenta por un camino rural. Había activado una sirena bicolor y encendido una luz azul intermitente en la parrilla delantera.

La mayoría de la gente le cedía el paso, pero aquellos que no lo hacían, probablemente porque llevaban la música demasiado alta, se llevaban un susto repentino cuando él los adelantaba como una exhalación.

—No había cadenas en la escena del crimen de Samuel Mitchell.

Yorke mantenía su coche recto como una flecha; un giro brusco podría hacerle derrapar hasta la muerte. Y no iba a permitir que eso ocurriera. Tenía que vivir lo suficiente para resolver todo esto.

—¿Y Paul definitivamente dijo que había estado encadenado a esa silla? —preguntó Yorke.

—Definitivamente.

Yorke se preparó mientras adelantaba bruscamente a un Audi. Le lanzó una mirada furiosa al atónito conductor.

Yorke se mordió el labio. —¿Dónde demonios está esa cadena?

—Lo siento, señor. Además, tras revisar de nuevo su historial médico, no había contusiones alrededor de sus tobillos que coincidieran con su historia de que había luchado contra las cadenas y golpeado la silla contra la pared.

—¿Pero *sí había* una silla rota en la escena del crimen?

—La había, pero el informe médico sugiere que no tenía moratones en la espalda a pesar de lo que Paul le contó...

—Jesús. Entonces, ¿estamos diciendo que nunca se liberó de esa silla? ¿Que nunca estuvo encadenado?

—Lo siento, señor.

Yorke golpeó el volante con el puño. Se acercaba a una curva y debería haber reducido más de lo que lo hizo. Sintió cómo se apretaba contra el lateral del coche al tomarla cerrada. —¿Cómo demonios hemos pasado esto por alto?

—Ha habido mucho que procesar en tan poco tiempo...

—¿Y qué demonios significa todo esto?

—No lo sé, señor.

—Estaré en casa de Paul y Sarah en quince minutos. Envía algunos agentes.

—Lo haré, señor.

—Sí, señor. ¿Y señor?

—Por favor, no digas que lo sientes otra vez. Por favor, no lo hagas.

—De acuerdo, señor, no lo haré.

—Gracias.

PAUL RAY ESTABA en el aire.

Sabía que era un sueño porque no era posible que pudiera estar tan alto, pero agradecía el cambio de escenario después de presenciar lo que su madre había hecho.

A su lado, un cuervo flotaba. Los ojos castaños y turbios lo miraban fijamente. Frente a él, vio la granja de los Ray. Debajo de él, mirándolo, estaban los soldados.

El horror comenzó a invadirle. Estaba colgado de un árbol.

Levantó las manos para arañar la cuerda alrededor de su cuello. Era gruesa y tensa, por lo que sus dedos no hacían ninguna diferencia. Intentó hablar, pero se dio cuenta de que no podía. Entonces, se dio cuenta de que tampoco podía respirar.

Abajo, los soldados vitoreaban su muerte. Quería gritarles: "¡Os habéis equivocado de persona! No soy Reginald. Soy yo. Paul. ¡Soy inocente!".

También reconoció a Gladys. La sufrida esposa de Reginald observándole a él, al hombre equivocado, morir.

Junto a él se abalanzó otro cuervo. *No*, pensó mientras luchaba contra la cuerda, *no, no, no! No me arrancaréis los ojos... la lengua...*

Mi vida.

Entró en frenesí, luchó con todas sus fuerzas, pero era inútil. La oscuridad se cernía sobre él. Abajo, junto a los soldados y Gladys, había un joven mirando hacia arriba.

Era él.

Pero, ¿cómo puede ser? Porque si estoy allí, ¿cómo puedo estar también aquí?

A menos que...

Seamos Reginald Ray.

Los cuervos lo rodeaban ahora. Estaban listos para consumirlo. Llevárselo dentro de ellos.

Yo soy Reginald Ray.

Los cuervos se acercaron.

Después del asesinato, Sarah había arrastrado a Paul desde la cocina hasta el salón y sobre la alfombra en el centro de la habitación. Luego, había colocado una toalla fría sobre el corte en su cabeza y envuelto el sangriento agujero de su pierna con varios paños de cocina. Finalmente, había llamado a los servicios de emergencia. No tardarían en llegar.

Ahora, estaba sentada a su lado en la alfombra, acunando su cabeza. Suspiró aliviada cuando por fin abrió los ojos. —Mi niño —le besó en la mejilla. Una lágrima rodó por su cara y empapó la toalla en su frente—. Todo ha terminado ya... no te preocupes... todo ha acabado.

Él movió los ojos de un lado a otro.

—Algo cayó sobre tu cabeza. Probablemente tengas una conmoción cerebral.

Él respiró profundamente por la nariz.

—Por favor, quédate tumbado...

Se incorporó. Sarah se echó hacia atrás para evitar un choque de cabezas.

Sin decir nada, permaneció sentado durante un rato, mirando al frente. Con cautela, ella le acarició la espalda. —Por favor, Paul, eres todo lo que tengo. Espera a la ambulancia...

—Me encuentro bien —Paul se puso de pie. Gimió mientras probaba varias veces su pierna herida, antes de cojear pasando junto a ella hacia la ventana.

—Cuidado con la pierna, cariño, la dejó bastante destrozada.

—Deja de atosigarme, mujer. Creo que nunca me he sentido mejor.

Sarah se estremeció. —Pero... Paul...

—¿Es que no me has oído?

Ella se llevó la mano a la boca. Cuanto antes llegara la ambulancia, mejor.

El silencio se mantuvo durante un tiempo mientras le daba espacio para respirar y mirar por la ventana. Pero, finalmente, la

impaciencia pudo más que ella. —¿Qué estás buscando?

Él no respondió.

Ella se levantó y se acercó por detrás. —¿Estás buscando al cuervo?

Él siguió sin responder, así que le puso una mano en el hombro. —Paul, por favor, ven a sentarte. Estás cansado.

Él se dio la vuelta y se quedó cerca de ella. La sangre corría por el lado izquierdo de su cara desde el corte en la frente. —*Se ha ido*. Gracias a Dios.

Con lágrimas en los ojos, Sarah alzó las manos y tomó el rostro de Paul entre ellas. —No eres tú mismo. Y estás sangrando mucho. Por favor, escucha a tu madre.

—Hay algo en ti, mujer —colocó su única mano sobre una de las manos de Sarah en su cara y se inclinó para besarla.

Al principio, ella aceptó su afecto, pero cuando sintió su lengua presionar contra sus labios y luego deslizarse dentro de su boca, se apartó bruscamente. —*¿Paul, qué estás haciendo?*

Su labio superior se levantó en una mueca, pero sus ojos no parecían enfadados. Parecían hambrientos. Se pasó la lengua por el labio superior. —Siempre dije que los Ray saben mejor —su mueca se transformó en una sonrisa voraz.

—Te has golpeado muy fuerte la cabeza, Paul —sus palabras temblaban.

—Sí, ¿y qué?

—Deberías sentarte.

Él resopló. —¿Qué diversión podemos tener sentados?

Ella dio un paso atrás. —No entiendo...

—¿Qué es lo que no entiendes, mujer? —se pasó la lengua por el labio superior de nuevo y dio un paso hacia ella.

Ella levantó las palmas de las manos. —¡Paul, este no eres tú!

La mano de Paul salió disparada y agarró una de las muñecas de Sarah. —¡Joder! ¿Acabas de darte cuenta?

—Suéltame, Paul, antes de que yo...

Él la atrajo bruscamente contra sí. Luego le soltó la muñeca y llevó su mano restante hasta su trasero, apretándola aún más contra él. Ella podía sentir la entrepierna de su hijo contra la suya. Estaba

excitado. Una ola de náuseas la invadió y el terror paralizó sus miembros.

Él acercó su cara a la de ella. —Relájate, mujer, baila conmigo.

—*¡Paul!*

—Nunca me he sentido tan *vivo*.

Intentó apartarse, pero no pudo. Ahora él sujetaba la parte posterior de su cabeza en el hueco de su brazo. Podía sentirlo lamiéndole el cuello.

—*Para, Paul*. Soy tu madre... ¡soy tu *maldita* madre!

Sin dejar de sostener su cabeza con el brazo y empujando su erección contra ella, echó la cabeza hacia atrás para mirarla directamente. —Joder, tienes carácter, Sarah.

Al restregar su cara contra ella, se había manchado con su propia sangre, enrojeciéndolo como un demonio. A pesar de que cada vez se parecía menos a su hijo, se dijo a sí misma que debía luchar contra la duda. *Este era su hijo. Lo era. Y necesitaba su ayuda.*

Paul aspiró profundamente por la nariz. —¿Joe llegó a ver este lado tuyo? —sonrió y tocó sus dientes manchados de sangre con la lengua—. Si no, realmente deberías habérselo mostrado. Si hubiera sabido qué perra más feroz tenía entre manos, quizás no se habría follado a media comarca de Wiltshire.

—Paul, necesitas...

Hubo un destello cegador cuando la frente de su hijo se estrelló contra su nariz. Intentó apartarse, pero él la atrajo con más fuerza. Su nariz y sus sienes palpitaban. Podía sentir la sangre manando a borbotones.

Con la boca llenándose de sangre, dijo: —Estás herido... Paul... no sabes lo que estás haciendo...

Hubo otro destello. Esta vez sintió cómo su frente se clavaba en su labio superior. Su cabeza se balanceaba, así que mantuvo los ojos cerrados. Se sentía caer, pero él la sujetaba con fuerza suficiente para evitarlo. Podía sentirlo moviendo su entrepierna contra ella.

—Soy Reginald Ray. Usarás mi verdadero nombre cuando te folle...

—*¡Paul!* —abrió los ojos. Los cabezazos habían fragmentado su visión y dividido a su hijo en dos—. No eres... Reginald —hizo una

pausa para dejar que la sangre y las lágrimas de su boca gotearan sobre su barbilla—. Eres... Paul... mi hijo.

Él se abalanzó de nuevo. Podía sentirlo restregar su cara contra la suya y lamiéndola, seguramente saboreando los fluidos de su cuerpo que manaban de su nariz, labio y boca. Luego sintió cómo la mordisqueaba.

—Paul... esto no es...

Él retrocedió bruscamente y la miró. —Paul está aquí, pero no por mucho tiempo, no cuando se dé cuenta de lo que te he hecho.

Ella le escupió. —Deja en paz a mi hijo.

Él abrió la boca y se abalanzó de nuevo. Ella sintió una sensación ardiente alrededor de su clavícula. —¡DÉJAME... EN... PAZ! —El vómito brotaba de su boca mientras él le mordía. Su visión se nubló aún más. Si no fuera porque Paul la sostenía, ya estaría de rodillas. O de espaldas.

Empezaba a dar la bienvenida a la oscuridad en la que se estaba hundiendo, cuando él de repente le soltó el trasero y la dejó tambalearse hacia atrás. Estaba a punto de caer cuando él alzó su única mano para agarrarle ferozmente el pelo.

Retrajo el brazo sin mano.

—Te quiero, Paul.

Él lanzó su codo. Todo destelló.

Ella tomó aire. —*He dicho* que te quiero, Paul.

Destello.

—Te quiero...

Destello.

Abrió los ojos. El mundo se había vuelto del revés. Apenas comprendía lo que estaba viendo ahora, y apenas comprendía lo que realmente estaba sucediendo.

—Baila conmigo —oyó decir a su hijo.

Sintió su cálido brazo alrededor de su cuello.

—Sí... por supuesto...

No podía verlo ahora, pero podía ver la pared blanca.

Destello.

Su cabeza y su cara ardían.

Vio la pared de nuevo, manchada de sangre.

Destello.
Destello.
Nada.

JAKE PROTEGIÓ el cuerpo de Young lo mejor que pudo para que su mujer y su hijo no lo vieran. —Esperadme fuera.

—¿Por qué? —Sheila seguía tapándole los ojos a Frank—. ¿Qué va a pasar ahora?

—No lo sabe —Lacey se colocó junto a Jake—. Pero yo que tú haría lo que te dice. Y por favor, llévate a mi hijo contigo.

Jake se volvió para mirar con desprecio a Lacey, y luego miró de nuevo a su temblorosa familia. No podía distinguir si era Sheila la que temblaba, o su hijo, o ambos. —Por favor, salid.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer con *ella*?

Lacey resopló. —No va a ponerse a follarme al lado de un hombre con un hacha clavada en la espalda, ¿verdad?

Jake se volvió y empujó a Lacey contra la pared. —Cállate. Cállate, o te...

—¿Harás qué? Quizás tengas razón, Sheila, quizás debería preocuparme.

—Bueno, si no te preocupa lo que él pueda hacer —siseó Sheila —, más te vale preocuparte por lo que pueda hacer yo.

Lacey aplaudió como había hecho antes cuando habían trabajado juntos para reducir a Young. —*¡Viva el equipo Pettman!* Realmente os subestimé.

Jake miró a Sheila otra vez. —Salid.

—*Vale* —dijo Sheila—, pero date prisa. Voy a llamar a la policía.

—Bien —dijo Jake—. Espera fuera a que lleguen.

Sheila tendió una mano a Tobias, que estaba de pie sobre el cuerpo de su padre.

—Tobias —dijo Lacey, mirando al niño que había robado—. Ve.

Tobias se apartó del cadáver y tomó la mano de Sheila.

Mientras salía de la habitación con Tobias y Frank, Sheila dijo: —No hagas ninguna tontería, Jake. Ya estás metido en suficientes problemas.

Jake cerró la puerta tras su mujer.

—Tiene razón, ¿no crees, Jake? Te encuentras en un buen lío.

Se acercó a Lacey, evitando el charco de sangre que se extendía desde el cadáver. Cuando estuvo a un metro de ella, se detuvo y mantuvo la mirada baja. No quería que viera la furia en sus ojos. —Entonces, ¿cuál es el plan, Lacey?

—¿Plan, Jake? ¿Por qué piensas que hay un...

Jake le propinó un puñetazo en el estómago. Le cortó la respiración y ella cayó de rodillas. Él la miró directamente desde arriba. —*¿Cuál es el plan, Lacey?*

Una vez recuperó el aliento, ella levantó la mirada. —Vaya, sabía que estabas cambiando, Jake, pero esto es realmente algo...

Le dio una fuerte patada en el abdomen y ella cayó de lado. —¿CUÁL ES EL PLAN, LACEY?

Jadeando por aire, luchó, pero consiguió pronunciar algunas palabras. —¿Qué... crees... que es?

Jake apoyó las palmas de las manos en la pared e inclinó el cuerpo sobre ella. —Déjame adivinar, Lacey, ¿quieres que huyamos juntos hacia el atardecer?

Ella se giró sobre su espalda para poder mirarlo. Sonriendo y con la respiración recuperada, dijo: —Vaya, esa es una idea que no había considerado. Ya tendrías un hijo hecho. Solo estarías cambiando lo mismo por lo mismo.

—*¿Lo mismo por lo mismo?* ¿Tú y ese chico al que maltrataste por Sheila y Frank? ¿Has perdido la cabeza?

—¿De verdad tienes que preguntarlo? —Se incorporó y se arrastró hasta la pared.

Jake suspiró. —Has arruinado mi vida, ¿lo sabías?

—Un momento, campeón. Yo no te llevé hasta Caroline. Eso lo hiciste tú solito.

Miró hacia la puerta, con la paranoia de que Sheila pudiera estar escuchando, antes de mirar el cuerpo en el suelo y darse cuenta de que ese era el menor de sus problemas.

Se dio la vuelta hacia la pared y se deslizó por ella hasta quedar sentado junto a Lacey.

—¿El primero? —dijo Lacey, dando un golpecito a la cabeza de Young con su zapato.

—El último —dijo Jake—. ¿Planeaste todo esto?

Ella arqueó las cejas.

—En realidad, no contestes. Supongo que el único consuelo es que tú también irás a la cárcel. Y será una distinta a la mía, así que probablemente nunca tenga que verte de nuevo. No hay mal que por bien no venga, supongo.

—A menos que...

—*No.* No más, por favor. Ya he tenido suficiente.

Ella apoyó la cabeza en su hombro. —Vale, esperemos al final.

Jake miró su cabeza. —*Y una mierda.* En cualquier momento vas a intentar convencerme de algo, ¿no? No te veo rompiendo la costumbre de toda una vida.

—¿Recuerdas algunas de las cosas de las que te convencí en el pasado...

—Ahora no, Lacey.

—Más tarde entonces. Cuando te escriba.

Jake suspiró. —Al menos ese chico, Tobias, volverá con su madre.

—Sí, y con el sindicato criminal que la rodea. De Guatemala a Guatepeor.

—Aun así. Al menos su verdadera madre podría ayudarle a sentir emociones.

Lacey se rio. —Realmente me has malinterpretado por completo, ¿lo sabes?

—¿Ah, sí?

—No es demasiado tarde para que esto funcione para todos nosotros.

Jake resopló. —*¡Ahí está!* Venga, Lacey, ilumíname. ¿Qué movimiento fantástico propones?

—Bastante simple. Tú limpias el mango del hacha y yo pondré mis manos por todas partes. Asunto resuelto.

—¡¿Eso es todo?! Vaya montón de gilipolleces. Después de todo esto, ¿simplemente te rendirás e irás a la cárcel, y me dejarás libre?

—¿Quién ha dicho nada de la cárcel? —Lacey levantó la cabeza de su hombro—. Saldré de aquí con Tobias y tú podrás volver a ser el sargento detective Jake Pettman con su destrozada familia como si nada de esto hubiera pasado.

Jake suspiró. —No hay límites para tu ambición, ¿verdad? ¿Y cómo propones hacer que eso funcione? ¿Por qué estabais tú, Young y Tobias aquí en primer lugar? ¿Cómo pudiste simplemente marcharte?

Lacey le besó en un lado de la cabeza. —Jake, eres uno de los hombres más inteligentes que he conocido. Estoy segura de que puedes ingeniártelas. Después de todo, hay un baño de sangre en casa de Caroline y mi ADN también estará allí...

—¿Caroline?

—No toqué ni un pelo de su cabeza.

Jake negó con la cabeza. —No puedo simplemente dejarte salir de aquí. No después de todo lo que has hecho.

Lacey le besó de nuevo. —¿No puedes, amante?

18

YORKE NECESITABA aferrarse a algo para sentir una mínima sensación de control. *Algo*... *cualquier cosa*. Por fugaz que fuera. Por falso que resultara.

Eligió la parte superior del televisor, que seguía encendido, aunque sin sonido. Dos políticos se enfrentaban con sus planes para arreglar el mundo.

No están en esta habitación, pensó Yorke. *No están viendo lo que yo estoy viendo*. *Si lo estuvieran, sabrían que se enfrentan a una tarea imposible: el mundo nunca podría volver a estar bien*.

Sarah Ray estaba muerta. Para saberlo, no necesitaba comprobar su pulso, pero aun así lo había hecho. Alguien le había estrellado la cabeza contra la pared.

Podría haber sido Paul quien lo hizo.

Yorke agarró el televisor con tanta fuerza que sus nudillos resplandecieron. Respiró profundamente. Control. Lo necesitaba. El mundo estaba en constante cambio. *Tranquilo... tranquilo... tranqui-*

Un coche rugió al arrancar fuera. Voló hacia la ventana y vio un Kia blanco bajo la farola al otro lado de la calle. Paul estaba al volante. Debió de haber salido por la puerta trasera y rodeado la casa cuando Yorke entró.

Corrió hasta la puerta principal y luego hacia su coche aparcado en lo alto del camino de entrada. Paul ya había llegado al final de la hilera de casas girando hacia North Street antes de que Yorke

hubiera encendido el motor. Su sirena rompió el silencio de Wilton y las luces intermitentes atravesaron la oscuridad.

Yorke subió rápidamente de marcha y giró bruscamente a la izquierda en North Street. Podía ver las luces traseras de Paul en la distancia. Muchos vehículos ya se habían apartado a un lado debido a la conducción errática de Paul, lo que permitió a Yorke adelantarlos.

Yorke pisó a fondo. Casas adosadas y pequeñas tiendas pasaban como un destello.

Cuando llegó al desvío, Yorke vio que Paul ya había provocado que tres coches chocaran por detrás en la A36. Otros vehículos detrás del amontonamiento, y en el lado opuesto de la carretera, se habían detenido para evitar verse involucrados en el desastre. Esto permitió a Yorke girar inmediatamente. Sus ruedas chirriaron y el olor a goma quemada inundó su coche.

Las luces traseras del Kia de Paul se hacían más grandes. Yorke llevó el coche casi a ciento treinta kilómetros por hora y estaba a centímetros del parachoques de Paul. Yorke sintió la adrenalina quemar cada nervio de su cuerpo cuando vio la rotonda acercándose rápidamente. Sospechaba que Paul simplemente pasaría por encima o ambos estarían acabados.

Se equivocaba. Las luces de freno de Paul se encendieron.

Yorke clavó su propio freno mientras veía a Paul entrar en un derrape pero lograr girar el Kia hacia la izquierda en la rotonda.

Yorke no se sintió tan afortunado. Sus ruedas estaban bloqueadas y ahora entraba en su propio derrape. Sintió el terror, como ácido, derritiendo sus entrañas. Después de casi noventa grados, el coche se enderezó y ahora estaba en The Ave.

No tuvo tiempo de suspirar aliviado, en su lugar pisó el acelerador de nuevo. Presionó un botón en su salpicadero. Afortunadamente, Gardner era la última persona a la que había llamado, así que no tuvo que desplazarse.

—¡Emma! Estoy persiguiendo a Paul Ray.

—¿Qué?

—No hay tiempo para explicaciones, solo ve a la casa de los Ray en Wilton. Sarah está muerta—

—*¡Dios, no!*

—*¡Emma, escúchame de una vez!* —Iba por el centro de la carretera. El tráfico seguía abriéndole paso a Yorke. Filas de casas encaladas se difuminaban a su izquierda. Paul estaba a metros de distancia—. *Acabo de salir de la A36 en King's Road hacia The Ave, y me estoy acercando al puente sobre el ferrocarril. Necesitas que bloqueen la carretera más adelante*. —Le dio el número de matrícula del vehículo de Paul, lo que era innecesario ya que podrían acceder a los detalles del vehículo de Sarah, pero podría ganarles unos segundos extra.

Mientras pasaban por un polígono industrial, Paul comenzó a reducir la velocidad.

—¿Qué demonios?

Paul se detuvo en la entrada del puente del ferrocarril. Salió del Kia y se dirigió hacia el puente.

—Se ha detenido, Emma. Envía a alguien aquí ahora mismo.

Colgó, se detuvo detrás del vehículo de Paul y saltó del coche.

PAUL NO ESTABA MUY seguro de lo que estaba pasando mientras se tambaleaba por el puente.

Recordaba a Reginald en el suelo, mirándole. También recordaba haber sido apuñalado en la pierna, de ahí la cojera. Pero no estaba seguro de lo que había sucedido desde ese momento. Tenía un dolor palpitante en la cabeza, y podía saborear la sangre que le corría por la cara y le entraba en la boca.

¿Por qué había conducido hasta el ferrocarril? ¿Y qué había pasado con su madre y Reginald?

Apoyó las manos contra la barrera del puente y vomitó sobre las vías del tren varios metros más abajo.

¡Mi madre!

Sintió que su columna vertebral se convertía en hielo.

Con ese viejo...

—¡Paul! ¡Soy yo, Mike!

Paul se volvió hacia la entrada del puente. Efectivamente, Yorke estaba allí.

Paul se tambaleó y se apoyó contra la barrera de ladrillo a la altura del pecho para evitar caerse. Con los ojos cerrados para combatir la repentina desorientación, recordó un momento lejano, cuando Yorke le había rescatado de aquella vil granja de cerdos, devolviéndole la vida...

Los vehículos de emergencia se extendieron como una erupción y todo cambió. La oscuridad y la desolación fueron reemplazadas por el pulso de la luz y la vida. Junto a la ambulancia, su madre tenía el brazo alrededor de aquella pobre chica, Martha.

—Pensé que íbamos a morir ahí dentro —dijo Paul—. Gracias.

—No hay de qué —dijo Yorke—. Tú fuiste el valiente en todo esto. El cuidado que tuviste con tu madre fue increíble. Debe estar muy orgullosa...

—¿Dónde está mi madre, Mike?

Yorke se acercó. —Paul, tienes que venir conmigo. No es seguro estar aquí arriba.

La pregunta no había sido respondida. *Mi madre... Reginald... por favor, Dios, no...*

—¿Mamá? —Las lágrimas llenaron las comisuras de sus ojos.

La respuesta de Yorke se demoró. No sería la verdad. —Está preocupada por ti. Como yo.

Las lágrimas de Paul comenzaron a caer. —Está muerta, ¿verdad?

Un coche pasó junto a ellos. Tocó el claxon pero no se detuvo.

Yorke puso una mano en el hombro de Paul. —Todo lo que sé ahora mismo, Paul, es que no estás bien. He venido a buscarte... y a ayudarte.

Paul podía ver la tristeza en los ojos del detective.

—Dime la verdad, Mike. Estaba en la cocina y ese hombre regresó.

—¿Quién?

—Reginald.

—¿En la casa?

—Sí, lo vi en la cocina. Se había estado escondiendo. Me apuñaló en la pierna, y ahora no puedo recordar nada.

Yorke puso una mano en el hombro de Paul. —Ven conmigo. Pronto averiguaremos lo que está pasando.

Yorke comenzó a guiar al frágil muchacho puente abajo. Otro coche pasó. Este se detuvo, y el conductor se asomó por la ventanilla. —¿Todo bien?

—Sí. Policía —dijo Yorke.

El conductor le creyó y continuó su camino.

—¿Qué me pasa, Mike?

Yorke estaba desesperado por no entablar esta conversación con Paul. No aquí. No ahora mismo. Quería tenerlo tras puertas cerradas, con varios de sus colegas y los profesionales necesarios para tratar este problema psicológico. El hecho de que este pobre joven no tuviera recuerdo alguno de lo que había hecho le provocaba náuseas a Yorke.

—Has pasado por mucho, Paul. Y no solo esta semana, sino también hace años. Vamos a llevarte a un lugar cálido.

Paul se escabulló bajo el brazo de Yorke y retrocedió varios pasos. —¿Y luego qué, detective? ¿Administrarás algo de justicia policial a la antigua usanza? Oh, ya he estado al otro lado de eso antes. Más de una vez. No fue particularmente agradable, pero fue *estimulante*, te lo puedo asegurar.

Yorke no se movió. Paul estaba a solo unos metros delante de él. Quería mantenerlo así. No quería tener que perseguirlo.

—Golpear al hombre con la cara jodida... ¡era un pasatiempo nacional entonces! Pues bien, el hombre con la cara jodida ha empezado a devolver los golpes, y déjeme decirle, señor, que me siento mucho mejor por ello.

—Paul, no hay nada malo en tu cara.

—Vamos, vamos, detective. No te hagas el tonto. Sabes perfectamente con quién estás hablando.

—Estoy hablando con Paul.

Se rio. —¿De verdad sueno como ese patético comadreja? Soy Reginald.

—Reginald Ray está muerto. Murió hace mucho, mucho tiempo, Paul. Hay un hombre llamado Christopher Steele que es descendiente de Reginald. Fue él quien te sacó de la granja Ray. Fue él quien te hizo mirar mientras asesinaba a Samuel Mitchell.

—¡Sé quién es Christopher Steele! ¡Esa zorra luchadora acaba de aplastarle la cabeza en su cocina y este pequeño mierdecilla ni siquiera recuerda haberlo visto!

Yorke no había llegado a entrar en la cocina de la casa, así que supuso que esto era posible. Eso verificaría lo que Paul había dicho momentos atrás sobre ser apuñalado en la pierna.

—Escucha, Paul. Fue Christopher Steele quien te enseñó qué tipo de hombre era Reginald. Se metió en tu cabeza en lo que debió ser una situación horrible. Es esa influencia maligna la que ha causado esto de alguna manera.

—*Joder-joder*, por última vez, no estás hablando con Paul Ray. Como un pequeño gusano, está escondido, como siempre hace. No puede recordar nada, pero yo sí, ¿sabes? Recuerdo *todo*. Todo lo que hago *y* todo lo que él hace. Ahora es el momento de ayudarle con eso... —Sonrió con malicia.

—Paul, si puedes oírme, por favor escucha. Voy a tener que llevarte ahora a la comisaría. Preferiría que no te resistieras.

Su sonrisa desapareció. —¿Mike?

—¡Sí! Paul, ¿eres tú?

—¿Mike? —Su rostro palideció. Dio dos pasos atrás. Sus ojos se abrieron de par en par—. Recuerdo... oh, Dios... ¡RECUERDO!

Yorke se sobresaltó.

—Puedo *verlo* todo.

Yorke podía oír el estruendo de un tren a lo lejos. —Escucha, Paul...

—*¡Mi mano, Mike!* —Estaba sosteniendo la palma de su única mano restante en dirección a Yorke—. Hay sangre en mi mano. La sangre de mamá. *¡Puedo verlo todo!*

Yorke dio un paso hacia Paul. —Estás enfermo, Paul. Tu trauma ha causado un Trastorno de Identidad Disociativo. Te has fracturado

en dos personalidades...

—OH DIOS, MAMÁ. —Se llevó su única mano a la frente—. *¿QUÉ HE HECHO?*

Yorke dio otro paso y extendió una mano hacia él. —Cuando estabas con Christopher Steele, en aquella habitación, él creó esta otra personalidad. No creo que lo hiciera intencionadamente, pero creo que adquiriste sus rasgos. Solo puedo imaginar el trauma por el que debiste pasar para causar esto.

—Recuerdo. Me comí a Samuel. Me dio trozos de ese pobre chico y me los comí. —Su mano voló a su boca—. Soy un monstruo. Dios mío, soy un monstruo...

Yorke negó con la cabeza. —No eres un monstruo. Estás enfermo. La otra personalidad se está volviendo dominante, controlándote. —Logró llegar hasta Paul y puso su mano en su hombro—. Necesitas ayuda, necesitas venir conmigo.

Yorke sintió el aire vibrar mientras el tren se acercaba retumbando.

Las lágrimas corrían ya por el rostro de Paul. Yorke también quería llorar, pero tenía que mantener el control.

—He hecho daño a mamá. La he golpeado y la he herido. A mi propia madre. Ella me quería. No dejaba de decirme que me quería. Yo seguía golpeándola y luego... la pared... oh Dios, ¿QUÉ HE HECHO?

—No fuiste tú, Paul. Fue algo más. Una parte de ti que hay que extirpar.

—¿Dónde está ella?

—En el hospital.

—Estás mintiendo.

Todo el puente se iluminó. Yorke miró a la derecha. El tren había rugido desde la oscuridad.

Paul respiró hondo y miró fijamente a Yorke. —Esta vez llegaste demasiado tarde, Mike.

Yorke sintió un vacío carnívoro en su estómago que crecía y lo consumía. —No, estoy aquí *ahora*, Paul.

—*No*, es demasiado tarde. Soy igual que todos los demás. Solo otro Ray.

—*No es verdad. Puedo ayudar*...

—Nadie puede ayudar, Mike.

Yorke sintió un dolor punzante en la rodilla; Paul le había dado una patada y se había zafado de la mano que tenía sobre su hombro. —Solo hay una manera ahora. Es justo como dijiste.

—¿Como yo dije?

—Tiene que ser extirpado.

Dijo algo más, pero Yorke no pudo oírlo por el ruido del tren que se aproximaba. Yorke se abalanzó y fue rápido, pero Paul fue más rápido. Esquivó a Yorke, que solo logró cerrar la mano en el aire vacío.

—¡PAUL, PUEDO AYUDARTE! —Yorke rezó para que pudiera oírle por encima del ruido del tren.

Paul miró fijamente a Yorke mientras retrocedía.

—¡POR FAVOR! —gritó Yorke.

Paul se dejó caer hacia atrás sobre la barrera de ladrillo para enfrentarse de lleno al tren.

19

DESPUÉS DE VER AMBOS cadáveres, Gardner salió, cruzó la carretera y se subió al coche. Aún no había decidido si iba a romper a llorar o a vomitar.

Aunque no tardó mucho en decidirse.

Durante el trayecto a esta escena del crimen, donde tanto Sarah Ray como Christopher Steele habían perecido a causa de heridas catastróficas en la cabeza, había recibido notificación de otras dos escenas del crimen.

Se habían recuperado dos cuerpos en la casa de una esteticista en Salisbury, y otro cadáver había sido encontrado en casa de los Pettman.

Jake, Sheila, Frank y otro chico joven llamado Tobias estaban en el hospital. Jake ya había prestado declaración. Por lo que Gardner podía entender, Lacey Ray había regresado a Salisbury con dos criminales de Southampton. Al primer hombre lo había despachado Lacey en la casa de la esteticista, junto con la propia esteticista; y el segundo hombre había sido ejecutado, con un hacha, en la casa de Jake. El chico, Tobias, era hijo de la víctima, y el niño que Lacey había secuestrado hacía unos años.

Jake no había podido dar una razón por la que Lacey llevaría a este infame hombre a su casa para matarlo, pero como él había dicho sucintamente: "¿Acaso una mujer como Lacey necesita una razón?"

En eso tenía razón, pensó Gardner. *Lacey a menudo actuaba fuera de los límites de la razón.*

Jake no había podido intervenir en lo que ocurrió en la casa porque el criminal en cuestión lo había dejado inconsciente con un atizador. Gardner solo podía imaginar el terror que Sheila y el pobre Frank debieron sentir mientras veían cómo Lacey acababa con la vida de un hombre de forma tan brutal. Al parecer, Jake se estaba culpando por no haber estado despierto para impedirlo, y la conmoción cerebral solo empeoraba su estado mental. Lacey había huido de la escena, pero la habían atrapado apenas unos minutos después. Claramente no había anticipado la rapidez de la respuesta policial tras la llamada de emergencia de los Pettman. Jake era uno de los suyos, después de todo, y por tanto tenía derecho al servicio completo. Lacey no había tenido adónde huir y ahora, Dios mediante, pasaría el resto de su vida en la cárcel.

Mientras Gardner estaba de pie junto al cuerpo de Sarah dentro de la casa, pensando que las cosas no podían empeorar más, Yorke la había llamado y le había dado la noticia.

El hecho de que Paul se hubiera ido ya era bastante devastador, pero la manera en que había partido la había golpeado con fuerza. Le costó mantener el teléfono en la mano mientras Yorke le relataba sus descubrimientos.

Trastorno de identidad disociativo... una personalidad fragmentada y maligna nacida de experiencias traumáticas... una identidad en forma de Reginald Ray tras estar expuesto a Christopher Steele en su matadero... su otra personalidad le hizo creer que estaba encadenado... la otra personalidad se alimentó de Samuel Mitchell... la otra personalidad le hizo esto a su madre...

La otra personalidad le mostró todo antes de morir.

Paul tuvo que revivir todo lo que hizo.

Sintió el vómito en la garganta y las lágrimas en los ojos.

Su teléfono sonó. La pantalla le indicaba que era Topham.

—Dime que estás en casa —no podía creer que hubiera pronunciado esa orden con tanta fuerza. Se sentía frágil y su cuerpo temblaba.

Topham no respondió.

—¿Mark?

—Lo siento, Emma —no había fuerza en la voz de Topham.

—¿Por qué?

—Por no escuchar.

—Mark, ¿qué pasa? ¿Dónde estás?

—Adiós, Emma.

—No me hagas esto, no me digas esto, Mark Topham. ¿Dónde demonios estás?

—Eres la mejor de todos nosotros —a pesar de que su voz sonaba quebradiza, su declaración venía con convicción.

—¿Mark? *¿Mark?* ¡¿MARK?!

Nada.

Intentó llamarle de nuevo pero la enviaron directamente al animado mensaje del buzón de voz de Topham. Sonaba como una persona completamente diferente.

Después del pitido, dijo: —¡Llámame! —Colgó—. ¡Mierda! ¡Mierda!

Decidiendo ir a casa de Topham, arrancó el motor. Su teléfono sonó cuando empezaba a acelerar. Pisó el freno y respondió: —¡Maldita sea, Mark, no me cuelgues!

—Eh... lo siento, señora.

—¿Collette?

—Sí, señora.

—Perdona, Collette, Mark y yo acabamos de tener una discusión... en fin... ¿está todo bien?

—No realmente, señora. Tenemos otro cadáver.

—Tiene que ser una *puta* broma. ¿Qué está pasando aquí? ¿Dónde?

—En el Hotel Blue Forest de Salisbury. Es un sitio relativamente nuevo. Se escuchó un alboroto en una de las habitaciones y lo denunciaron. Un hombre joven. Se llama Dan Tillotson. Es un prostituto de Southampton...

La visión de Gardner empezó a dar vueltas. —¿Cómo dices?

—Un prostituto...

—¿Cómo ha muerto?

—Golpeado, señora. Hasta quedar irreconocible.

No... no... no. —¿Algún indicio de quién lo ha hecho?

—Tenemos testigos que vieron a un hombre alto entrar con la víctima y salir solo. Las grabaciones de las cámaras de seguridad aclararán...

Había apartado el teléfono de su oreja y lo había presionado contra su muslo para no poder oír más a Willows. Gardner pensó que sus costillas se astillarían bajo la fuerza de su corazón desbocado.

Lo siento Emma... por no escuchar... eres la mejor de todos nosotros.

Entreabrió la puerta del coche, dejando entrar algo de aire.

Primero vomitó y luego comenzó a llorar.

20

YORKE SE DESLIZÓ junto a Patricia después de que ella abriera la puerta. Vio su expresión desconcertada y se disculpó, pero ya estaba a mitad de las escaleras antes de que pudiera escuchar su respuesta.

Sin aliento, llamó a la puerta de Ewan.

—*Vete.*

Llamó con más fuerza.

—*He dicho que te va*...

La última palabra nunca llegó. Yorke ya estaba dentro de la habitación, mirando a su hijo adoptivo, que yacía en la cama con una revista a su lado.

—Ahora no, Mike. Ahora no.

Yorke se sentó en el borde de la cama junto a Ewan.

—¿Me estás escuchando, Mike? —Sintió que Ewan le empujaba por detrás, instándole a alejarse—. Déjame en *paz* de una vez.

Yorke se giró en la cama y deslizó la mano por detrás de la cabeza de Ewan. Intentó atraer la cabeza del chico hacia él, pero este se resistió.

—¡Suéltame! —Le dio un puñetazo en el pecho a Yorke.

Yorke no lo hizo.

—¡*Suéltame!* —Le golpeó de nuevo.

Yorke aumentó sus esfuerzos y forzó la cabeza de Ewan hacia su pecho.

El joven cedió y se desmoronó contra su padre adoptivo. —Mike... —Empezó a llorar. Todo su cuerpo temblaba.

Yorke nunca había visto a Ewan sumido en tal desesperación. Ni siquiera cuando despertó en el hospital y descubrió que su padre, Iain, había fallecido.

Todo el cuerpo de Ewan parecía plegarse sobre sí mismo. Yorke lo abrazó tan fuerte como pudo, aterrorizado ante la idea de que si lo soltaba, el joven se desintegraría entre sus brazos. —Mike... Me siento solo... tan... *jodidamente* solo.

—Lo sé —dijo Yorke entre bocanadas de sus propias lágrimas—. Pero no estás solo, y quiero asegurarme de que nunca vuelvas a sentirte así.

Epílogo

HOY, POR UNA vez, la Residencia Orchard desprendía un aire más acogedor de lo habitual. El colorido huerto seguía siendo pretencioso y el serpenteante pasillo blanco continuaba siendo estéril pero, mientras se sentaba junto a Hayley Willborough, Yorke experimentaba una sensación de sosiego que no había sentido durante meses.

Hayley estaba en paz. Su fallecimiento le había proporcionado el cierre que había anhelado desde su juventud, cuando Andrew Ray le robó la inocencia, y una conclusión definitiva que había seguido eludiéndola mientras permanecía encerrada dentro de su propio cuerpo.

Yorke apretó su mano marchita.

Cuando Yorke se enteró de su muerte, solicitó un momento a solas con ella. No tuvieron inconveniente en concederle ese tiempo.

Durante el trayecto había reflexionado sobre por qué había hecho esta petición, pero no le llevó demasiado tiempo llegar a una conclusión.

Esta mujer, que había soportado tanto y había luchado con tanta determinación por el hijo que había dado a luz pero que nunca pudo reconocer como propio, merecía una despedida final. Y con Robert Bennett encarcelado, y habiendo desaparecido todos aquellos a quienes había conocido o amado, Yorke sintió que esa responsabilidad recaía sobre él.

Hayley le había ofrecido la verdad, incluso cuando esta parecía estar desesperadamente fuera de alcance. Había reunido las energías en su cuerpo moribundo para comunicarse con Yorke en una situación tan grotesca.

Merecía este momento de respeto.

Así que Yorke le acarició el dorso de la mano, le habló de Ewan y Patricia y de las brasas de felicidad que aún ardían en su propia vida y, ocasionalmente, se inclinó para besarle la fría frente.

Luego, después de que Yorke le diera un último adiós y abandonara el hospital, sus pensamientos también se dirigieron a su difunta madre y hermana, como sucedía a menudo, y derramó una lágrima por todas ellas durante el viaje de regreso a casa.

Cuando Robert Bennett se enteró de la noticia del fallecimiento de su madre, le concedieron tiempo a solas en su celda por compasión.

Desde la muerte de su esposa, su propia salud había empeorado rápidamente. Su enfermedad cutánea se había agravado, las náuseas lo atenazaban durante la mayor parte del día y no dejaba de perder peso. Mientras se recostaba en su cama, con lágrimas en los ojos, apenas podía mantenerse consciente.

Pero lo hizo. Porque si alguien merecía las últimas gotas de su vida y su lucha, era su madre.

Pasó un tiempo recordando las innumerables ocasiones en que ella se había sentado junto a él frente a la ventana, ofreciéndole la compañía que ninguna persona de su edad le había brindado jamás. Le enseñaba, sí, pero también hablaban durante horas sobre su gran pasión, los animales, y sobre las alegrías de la vida que le esperaban cuando fuera lo suficientemente mayor para abandonar la prisión que sus padres adoptivos habían creado.

Robert sintió una punzada en el pecho. Sabía que era su corazón. Ya había ocurrido el día anterior, pero no se había molestado en informar de ello. Cuanto antes, mejor, en lo que a él concernía.

Su mente se dirigió a Christopher Steele, su hermano gemelo. El bastardo que le había arrebatado a su esposa. Este hombre había sido de su misma sangre. Debería haberle recibido con los brazos abiertos, no con un apetito de destrucción.

¿Qué había provocado que la maldad floreciera en Christopher? ¿Estaba también destinada a llegar a él?

La familia Ray, pensó. Ni siquiera soy el último, ¿verdad? Hay otra. Una mujer. También en prisión...

Ahí estaba otra vez. La punzada. Más intensa, esta vez. Podía sentir cómo se extendía junto con una creciente oleada de náuseas. Notó el entumecimiento en su brazo...

Robert Bennett se dio la vuelta y hundió la cara en la almohada para que nadie pudiera oírle sufrir un infarto.

Sabiendo que estaba escapando del mal que había devastado las mentes de tantos de sus familiares, murió satisfecho.

JAKE PERMANECIÓ de pie observando las grandes aves negras que rasgaban líneas en las nubes bajas iluminadas por la luna. No creía haber visto nunca nada parecido.

Miró hacia el árbol del que Reginald se había balanceado y a su propio coche debajo. Había aparcado donde Paul lo había hecho varias noches antes. Jake bajó la cabeza. Las huellas de Paul aún estaban frescas y, sin embargo, el chico ya no existía.

También dirigió la mirada a otra parte de la obra de Paul: los restos ennegrecidos y esqueléticos de la granja. Entonces hizo lo que había venido a hacer.

Cayó de rodillas y gritó. No había palabras. Durante días sus emociones habían permanecido enjauladas dentro de él, así que ahora surgían como un rugido.

Lacey lo había manchado. Lo había convertido en un asesino. ¿Y pensaba que simplemente podría marcharse? ¿Otra vez? Él había aceptado su oferta. Le había permitido dejar su ADN en el hacha que acabó con Simon Young, pero luego le había dado la vuelta a la

situación. Había agarrado a Tobias y se había negado a permitir que se marchara con ella. Ella se había desesperado, había amenazado su vida, como hacía tan a menudo, pero se había visto obligada a huir cuando llegaron las sirenas.

Pero no corriste lo suficientemente rápido, ¿verdad?

Durante días, había esperado que sus colegas aparecieran en su puerta y se lo llevaran esposado. Nunca ocurrió. ¿Por qué? No tenía ni idea. ¿Por qué no les contaría ella todo? La amargura que ahora debía sentir hacia Jake debía estar carcomiéndola por dentro. Quizás, simplemente quería guardárselo para ella misma, pero eso no sucedería pronto. No con ella encarcelada.

Jake dejó de rugir y jadeó buscando aire.

Te mereces todo esto. Eres el último de ellos y mereces estar encerrado en la nada.

Se la imaginó sentada en su habitación estéril. Sola. Sin nadie que la visitara. Viviendo del vacío y de recuerdos ardientes.

Sonrió. Ella se consumiría bajo el peso de esos recuerdos y el anhelo de lo que nunca podría tener de nuevo.

Ardería como había ardido esta granja.

Y cuando finalmente se convirtiera en cenizas, él no estaría allí para despedirse.

Se alegraría con el resto del mundo por su fallecimiento, sabiendo que ella era la última de los Ray.

No le permitirían un bolígrafo para escribir una carta. Un arma potencial, decían. También podrías suicidarte con uno, afirmaban.

Le dijeron que una llamada telefónica era lo mejor que podían ofrecerle. Ella les dijo que no era suficiente y continuó armando alboroto hasta que cedieron.

Mañana, le dijeron, podría dictar una carta a un guardia que luego sería enviada al destinatario.

Así que Lacey se sentó sola en una habitación que había sido despojada de todo excepto un colchón y planeó lo que pondría en su

carta, la primera de muchas, para Tobias. Una carta que, sabía, nunca enviarían realmente. Aun así, se alegraría de su creación.

Más tarde, descendió profundamente a su Sala Azul.

Todos estaban allí esta noche. Sus padres, Lewis Ray, Billy Shine y algunas de sus víctimas más recientes del grupo de snuff de Southampton. Todos sentados encorvados en sillas, con aspecto solemne. Se bañaban en luz azul, pero no encontraban el consuelo que Lacey hallaba en este color.

Se movió entre ellos, y cuando pasó junto a Simon Young, sonrió.

Cuando no estuviera escribiendo cartas a su hijo, aquí es donde se quedaría.

Podría ser feliz aquí.

Bueno... al menos durante un tiempo.

Tobias observaba a la mujer que llamaban su madre mientras se afanaba por él.

Primero, le mostraron su nuevo dormitorio. Las paredes y las sábanas estaban decoradas con robots.

—Transformers —le dijo ella—. Podemos cambiarlos si quieres.

Tobias se acercó a una caja de juguetes en una esquina. Cogió una figura de plástico que era una mezcla entre un hombre robot y un avión. Después de mirarla durante unos momentos, la volvió a dejar.

—Pertenecían a tu padre —dijo ella—, cuando tenía tu edad. Le encantaban.

Miró a su madre. Ciertamente no la reconocía, y no estaba seguro de si le gustaba. Su rostro parecía demasiado dulce. Extendió la mano para tocarlo. Se sentía demasiado suave.

Ella cerró los ojos y suspiró. —Te quiero, hijo.

Él se volvió y miró por la ventana. El jardín y los arbustos de alrededor eran grandes. Notó algunos gatos disfrutando del espacio.

Le gustaban los animales. Le gustaba jugar con ellos. Pensó en los juegos que podría jugar.

—Creo que volveremos a ser felices, Tobias —dijo su madre desde detrás de él—. Incluso después de todo lo que ha pasado, podemos ser felices.

Sintió que ella le besaba la parte posterior de la cabeza.

—Bienvenido a casa, Tobias Simon Young.

Tobias se volvió lentamente para mirar a su madre. Ella sonrió. Él no le devolvió la sonrisa. Ella abrió sus brazos hacia él. Él no fue hacia ella.

—Es Tobias Ray —dijo.

Continúa el viaje de Yorke en **Danza con la Parca.**

¿Cómo se detiene a un asesino perfecto?

Tras los terribles acontecimientos del año pasado, el equipo del DCI Yorke está a punto de encontrar la paz. Pero cuando un acto de violencia terrorífico destroza su equilibrio, se ven obligados a danzar con un hábil asesino sin rival.

Cuando queda claro que este sicario está vinculado a las organizaciones criminales más siniestras, Yorke se ve forzado a sumergirse en su propio pasado y enfrentar un futuro en el que estará solo o muerto.

¿Podrán Yorke y sus seres más queridos sobrevivir a la Parca? ¿O será este el último baile?

Haz clic aquí para leer **Danza con la Parca** ahora.

Agradecimientos

Como siempre, debo dar un enorme agradecimiento a mi familia: Jo, Peter, Janet, Ian y Eileen por su ánimo y paciencia. Sin olvidar a mis pequeños, Hugo y Beatrice, que me hacen reír incluso cuando el trabajo se vuelve abrumador.

Gracias, como siempre, a Jake, que siempre está ahí para apoyarme y animarme, ¡aunque esté inundado con sus propias tareas! Un enorme agradecimiento de nuevo a Cherie Foxley, que continúa asombrándome con sus ideas para las portadas de Yorke. Gracias a Aubrey Parsons, que está en proceso de dar vida a Yorke en Audible.

Gracias a Jo Fletcher, Jenny Cook y Kath Middleton por sus despiadadas —pero necesarias— correcciones. Gracias a todos mis lectores beta que se tomaron el tiempo de leer los primeros borradores y ofrecer valiosas opiniones: Keith, Carly, Cathy, Donna, Yvonne, Holly y Alex. Gracias a los blogueros que continuamente me apoyan: Shell, Susan, Dee, Caroline y Jason. Gracias, y adiós a Nik Plumley, un lector leal y una gran persona. Serás echado de menos por muchos.

Por último, gracias a cada lector y a cada maravilloso bloguero que continúa leyendo mi ficción. Espero que *El Resurgimiento de los Ray* os haya entretenido, y espero que todos os unáis a mí y a Yorke para un *Danza con la Parca* en julio...

Si has disfrutado leyendo *El Resurgimiento de los Ray*, por favor tómate unos momentos para dejar una reseña en Amazon, Goodreads o BookBub.